LIBRO dot.com

# LA ESPADA ROTA

## POUL ANDERSON




LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

# LA ESPADA ROTA

# POUL ANDERSON

*La dedicatoria de la primera edición de esta obra*
*fue para mi madre*

*ASTRID ANDERSON*

*lo mismo que esta, sólo que ahora ha de ser compartida*
*(duplicando de tal modo mi satisfacción)*
*con mi hija, quien lleva su mismo nombre.*

## INTRODUCCIÓN

De espadas y aventureros:
la fantasía de Poul Anderson

*Hay espadas que empuña el entusiasmo*
*y jinetes de luz en la hora oscura.*

*Julio Martinez Mesanza, Europa*

A la hora de presentar al autor que inaugura esta nueva colección de literatura fantástica, Poul Anderson, con su obra La espada rota, antes que nada habrá que decir que tal elección no es debida al azar, sino a un deseo editorial consciente que responde a la necesidad, profundamente sentida, de presentar al público de lengua castellana las mejores obras, y más injustamente olvidadas, de los autores más destacados de ese amplísimo campo que es la literatura fantástica, sin distinción de géneros ni subgéneros, que han influido notablemente en posteriores obras de autores más recientes.

La espada rota y otra excelente novela de Anderson, La saga de Hrolr Kraki, que también forma parte de los primeros títulos de la colección Ultima Thule, rondaban por mi mente durante los últimos años, insinuándoseme con insistencia a la espera de verse editadas, como si tuviesen vida propia. Y ambas me dejaban oír una y otra vez el estruendo del combate y el clamor de las espadas que se encierra entre sus páginas, y que quienes tengan la gentileza de leer estas líneas de presentación no tardarán en descubrir.

La espada rota, que pertenece al género conocido como «fantasía heroica», resulta ser, en una primera aproximación, algo así como una mezcla, explosiva, sin dudarlo, y a partes iguales, entre el Rober E. Howard más salvaje y sombrío, y el J. R. R. Tolkien más élfico que uno se pueda imaginar,

ya que narra la historia de Skafloc, el Ahijado de los Elfos, en el marco histórico de las invasiones vikingas de la Inglaterra del siglo IX.

Pero aún hay más, ya que el trasfondo mítico-simbólico de la obra va a entrelazar, de manera sorprendente, motivos de la mitología, irlandesa con otros del mundo nórdico, para proyectarlos sobre un fondo fantástico y muy querido por todos nosotros, estoy seguro, que es el Mundo de las Hadas —o de Faerie, como lo llama su autor—, de suerte que, en más de un momento, trolls y elfos llegarán a codearse con Lugh Brazo Largo y con Odín, aunque sin perder de ojo el mundo real, el mundo de los hombres, corno se dice en la novela. Sólo por ello, por la riqueza de combinaciones e interpenetraciones de estos cuatro universos indicados y por el simple hecho de curiosear en ese curioso ejercicio de imaginación que representa, creo que bien vale la, pena leérsela.

Y aun podría añadirse otra razón más: porque tal y como su autor, Poul Anderson, uno de los más prolíficos —y más premiados— de la literatura fantástica, reconoce en el posfacio a esta edición, La espada rota constituye uno de los momentos más brillantes de su producción, que sólo sería continuado, en cierto modo, por Hrolf Kraki, lo que explica que ambos títulos se hayan escogido para la presente colección. Ello no quiere decir que ésta vaya a recoger obras inusuales ni raras por sí mismas, sino sólo aquellas que lo sean debido al interés que encierren y por estar bien escritas. Habría que puntualizar, por tanto, que La espada rota está escrita de tal manera que recrea formalmente las sagas escandinavas —hay mucho en ella de las Eddas y dé la Saga de Grettir, que narra la lucha del héroe islandés Grettir contra los trolls—, con poemas que se han intentado poner en métrica en la presente traducción y una notable densidad de prosa poética, cuajada de kenningar. Por otra parte, es de destacar en ella la meticulosidad de las descripciones de los combates y batallas —no en vano Anderson fue miembro de la Sociedad para el Anacronismo Creativo, una asociación de «guerreros» que diseñaban sus equipos y realizaban torneos incruentos, muy activa en los USA por la década de los años setenta— y la finura de los tipos psicológicos de sus protagonistas, sobre todo de los dos más importantes: Skafloc, el Ahijado de los Elfos, y Valgard Berserkr, su doble, sombra o imagen especular, ya que, realmente, es el «hijo cambiado» o changeling que los elfos le dejaron a su madre en la cuna al llevarse a Skafloc.

Comentaba antes la importancia que tienen los volúmenes de la colección Ultima Thule como modelos que han influido en obras posteriores. Pues bien, el lector verá que la espada Tyrfmg, rúnica y maldita, que empuña Skafloc y que da título a la novela, aun participando del arquetipo de «espada encantada que causa la muerte cada vez que resulta desenvainada» (D 1653.1.1.1 del Motif-índex of Folk-Literature de Stith Thomson), se encuentra en el origen

de la Stormbringer, o Atraetormentas, la espada de otro héroe de estos mundos de fantasía, Elric de Melniboné, creado por el británico Michael Moorcock.

y digo esto sin ánimo de vilipendiar a Moorcock ni a su Elric, a quienes dediqué un largo y elogioso estudio en Fan de Fantasía, la revista dirigida por José Luis González Lago (precisamente en su número 6, de junio de 1982), pues la idea de «multiverso», en la que se basa el entramado físico-teórico del discurso de Moorcock, ya había sido desarrollada por Poul Anderson —que es físico de formación— en otra obra anterior, que también transcurre en el reino de Faerie. Me refiero, ciertamente, a Three Hearts and Three Lions — que recrea, en clave que equidista entre la ciencia ficción y la fantasía, las aventuras de un célebre héroe medieval del ciclo carolingio, Ogier el Danés—, publicada por entregas en los números de septiembre y octubre de 1953 de la prestigiosa revista norteamericana The Magazine of Fantasy and Science Fiction, pocos meses antes de que apareciese la obra que nos ocupa, La espada rota, que en edición americana, The Broken Sword, fue editada en 1954 por Abelard Schuman.

¿A qué es debido que esta obra de Anderson haya pasado desapercibida? A la edición, al mismo tiempo que ella, de El Señor de los Anillos de Tolkien. En efecto, The Lord of the Rings aparece en Gran Bretaña en 1954, de suerte que frente a una temática similar, el profesor de Oxford eclipsa totalmente al recién titulado norteamericano. No deja de ser, por tanto, una broma del destino —¿quién sabe si no sería debido a un encantamiento de los trolls y de sus adictos?— que Tolkien, quien, precisamente, quería resucitar esa dimensión feérica que veía perdida, debido a una falta de coordinación con su «aliado» del otro lado del Atlántico, malograse sus encomiables esfuerzos.



Librodot

***

Poul Anderson nació en Pennsylvania (USA) el 25 de noviembre de 1926, de padres daneses. Tras una estancia en Dinamarca, regresó a Estados Unidos, a Minnesota, acabando en 1948 la licenciatura en Físicas, profesión que no llegaría a ejercer, ya que su carrera de escritor había comenzado un año antes, en 1947, con el cuento Tomorrow Children, escrito en colaboración con F. N. Waldrop, que le es publicado en el número de marzo de la revista Aftounding Science Fiction. Desde entonces hasta el día de hoy, su bibliografía se compone de más de 410 entradas, con obras que van desde la ciencia ficción «dura» a la fantasía heroica, pasando por la fantasía histórica, la space opera, la ciencia ficción de aventuras y el relato policial. El número de galardones que atesora, salvo error u omisión, es de dieciséis, entre ellos el Augusl Derleth de 1975 por la novela. Hrolf Kraki's Saga, que, como antes anunciábamos, aparecerá próximamente en esta colección.

Con una producción tan extensa, sería empeño vano querer resumir en unas escasas líneas lo más importante de la misma. Sin embargo, debe apuntarse que, si existe una clave común en la temática de Anderson, estaría formada por el sentido de iniciativa y el saber resistirse a la adversidad. Sus héroes son individualistas, vitales y, al mismo tiempo, melancólicos y románticos, con un punto de anarquismo. A pesar de ser físico deformación y de haber escrito ensayos sobre el trasfondo científico de buena parte de sus novelas, como el interesantísimo The Creation of Imaginary Worlds (1974), Anderson resulta ser un fino analista histórico, partidario de un medievalismo ideal, que nada tendría que envidiar al de un William Morris, y defensor de las civilizaciones arcaicas frente a las evolucionadas, lo que le hace introducir mitos y leyendas clásicos en buena parte de sus obras, como en Queen of Air and Darkness

(1971), donde unos extraterrestres suscitan en los invasores humanos los terrores ancestrales a espíritus y duendes, o en Goat Song

(1972), en donde el mito de Orfeo se entremezcla con el de una civilización gobernada por un ordenador: Orfeo muere, pero ocasiona la muerte de aquella civilización.

También da idea de esa revuelta contra las máquinas que siente Anderson su cuento The Longeál Voyage (1960), ambientado en un satélite, donde los humanos que viven en él, que han involucionado a una época preindustrial, destruyen una nave espacial que encuentran, por miedo a que su evolución sea más rápida de lo que consideran conveniente. Lo mismo puede decirse de No Truce with Kings (1963), que narra los intentos que realizan unos extraterrestres para que la humanidad, que ha vuelto a la Edad Media, evolucione, de una manera análoga a la conocida novela de los hermanos Strugatski, convertida recientemente en película, ¡Qué difícil es ser Dios! Pero Anderson invierte el desenlace: los extraterrestres son derrotados, y esto es lo que les responde uno de sus oponentes: «No pongo en duda que los humanos cometamos errores tremendos. Pero la cuestión es que aprendemos mil maneras distintas de resolver nuesTros problemas. Quizá ahora podamos resolver alguno, ¡pero solos! Aquí, en la Tierra, tendremos el derecho a elegir libremente. Antes prefiero estar muerto que domesticado.»

Como una variante, Anderson había presentado pocos años antes su novela High Crusade (1960), que participa del mismo orden de ideas de la última obra comentada, pero en clave disparatadamente burlesca: unos individuos medievales de la Tierra se hacen con la nave de unos extraterrestres y se dedican a conquistar el universo como si realizasen una cruzada.

Mención aparte, fuera de las usuales temáticas de los mundos de fantasía y ciencia ficción, se encuentra su novela A Midsummer Tempest (1973), que viene a desarrollarse en un mundo paralelo donde las ficciones de Shakespeare son reales y el dramaturgo británico resulta ser un famosísimo historiador, y que ofrece un desenlace diferente a la lucha de Cromwell con su soberano Carlos 1, que marcaría (Anderson dixit) el comienzo en tierras anglosajonas del maquinismo y del capitalismo liberal, de raíces puritanas.

Dentro de la ciencia ficción, pero con contenidos históricos, se encuentra la serie de cuatro relatos Guardians of Time (1960), a la que vendrían a añadirse otros dos más, recogidos en el volumen Time Patrolman (1983).

La space opera, esto es, ciencia ficción ambientada en imperios estelares, más o menos decadentes, está representada por las obras recogidas en dos ciclos: el de Dominic Flandry y el del mercader interplanetario Nicholas Van Eijn.

Anderson también escribiría su personal versión de las aventuras de Conan el Bárbaro, en Conan the Rebel (1980), novela que marca el decantarse del autor hacia lo fantástico o histórico (en 1960 había escrito dos novelas históricas The Golden Slave y Rogue Sword) ya que ese mismo año aparece su trilogía El último vikingo, con tres volúmenes: The Golden Horn, Road to the Sea Horse y Sign of the Raven, y su novela The Merman's Children (1979), de suerte que en la actualidad, Poul Anderson disfruta de la fama de su último trabajo, la tetralogía El Rey de Ys, escrita en colaboración con su esposa Karen, cuya primera entrega apareció en 1986.

* * *

Indiquemos, por último, que en lo referente a la traducción se ha mantenido el espíritu y la época de la novela, al traducir tal cual los kenningar que Anderson, como buen nórdico, emplea profusamente —cuando habla, por ejemplo, de «el águila de sangre» para referirse a la sangre que brota de una herida— y que se han utilizado las palabras originales, ya fuera en nórdico antiguo (lo que los anglosajones denominan Old Norse) o en gaélico, del vocabulario empleado. Por ello, el cabo Skaw, del extremo norte de Jutlandia, escrito así, en inglés, figura en la traducción como Skagen, que es como corresponde. El inglés berserk pasa a ser berserkr, cuyo plural es berserkir. Tarnkappe, palabra alemana que Anderson ha debido tomar del Nibelungenlied, ajena, por tanto, al contexto escandinavo o élfico —por desgracia desconozco la lengua de los elfos—, se conviene en «manto de invisibilidad». Eochy, uno de los apelativos del dios irlandés Dagda, escrito así al transcribirlo al inglés, ha sido reescrito como Echu, en gaélico. En cambio, se ha conservado el sentido del original inglés longship, al traducirlo por «navío largo», ya que procede del antiguo nórdico langskip, palabra que designa el barco de guerra, también llamado, poéticamente, drakkar (dragón) y snekkja (serpiente), como recordase Lueien Musset en su espléndida obra sobre las invasiones de los «bárbaros», y que sugirió al noveliza sueco Frans G. Bengtsson el título de una maravillosa saga de vikingos. Y Danelaw, la palabra que hace referencia a la parte de Inglaterra que pasa a manos de los daneses tras el convenio al que llegan con el rey Alfredo el Grande, queda en inglés inalterada, por haberse convertido en palabra de uso corriente en los eludios dedicados al respecto.

El mayor problema de la traducción lo supuso la palabra inglesa changeling que, utilizada en un contexto folklórico, se refiere al ente que los seres feéricos, de Faerie, dejan a cambio del niño recién nacido que se llevan, por lo que la única traducción posible ha sido, y así aparece en algún momento, la de «niño cambiado», que, por otra parte, no resulta muy descaminada, pues se halla refrendada por una expresión castellana que participa del mismo orden de ideas, y que hace referencia al extrañamiento que sentimos al comprobar que una determinada persona parece distinta, lo que nos mueve al comentario de que dicha persona no es la de siempre, «que nos la han cambiado».

En la obra encontrarán arcaísmos y palabras poco usuales. Ello no se debe a una predilección del traductor por lo antiguo, sino al deseo de sugerir el empleo constante que Anderson hace de palabras de origen escandinavo y gaélico, que respecto al inglés suponen el mismo contraste que el que ofrecen las palabras y giros introducidos en estas páginas. Añadiré, finalmente, que el glosario que he preparado, y que figura al comienzo de la novela, podrá ilustrar algunos aspectos mitológicos del texto Si se ha arbitrado esta manera y no la usual de notas a pie de página, ello ha sido debido a que el número de estas notas habría resultado excesivo y fuera del contexto usual de una colección de literatura fantástica; de cualquier modo, puede resultar recomendable la consulta de cualquier manual de mitología céltica y nórdica. Dioses y héroes de la mitología vikinga y Druidas dioses y héroes de la mitología celta, escritos, respectivamente, por Brian Branston y Anne Eoss, dos destacados especialistas, y editados por Anaya con espléndidas ilustraciones a todo color, serán de inestimable ayuda al lector que no se halle al tanto de estas cuestiones, quien, en lo referente al mundo de Faerie, también podrá recrearse con otra obra análoga, incluida en el mismo fondo: Enciclopedia de las cosas que nunca existieron, de Michael Page y Robert Ingpen.

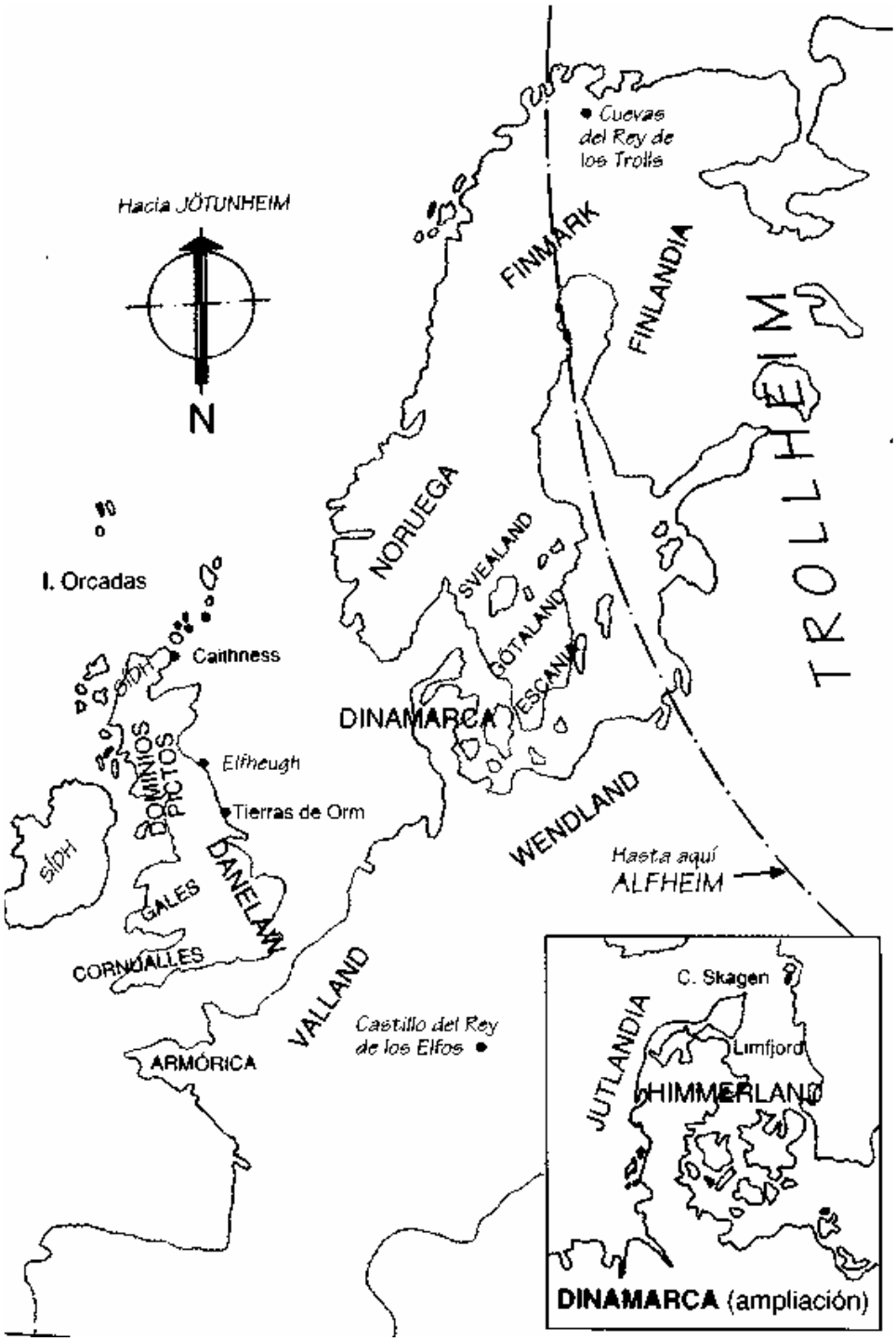


Librodot

El mapa que abre la edición proporciona una visión de conjunto del marco físico de la obra y debe suponerse en él que el mundo real y el de Faerie se superponen, lo que ha obligado a utilizar caracteres en redonda para los accidentes geográficos reales, y en cursiva para los de Faerie, de suene que no se pierda ningún lector en ellos.

Pero si entre la magia de la novela y alguna que otra runa mal pronunciada o encantamiento perdido el lector acabase en Faerie... entonces, ¡que no olvide saludar de mi parte a los Inmortales!

Javier MARTÍN LALANDA


Hacia JÖTUNHEIM
N
Cuevas del Rey de los Trolls
FINMARK
FINLANDIA
TROLLHEIM
NORUEGA
SVEALAND
GÖTALAND
ESCANIA
I. Orcadas
Caithness
sídh
DOMINIOS PICTOS
Elfheugh
Tierras de Orm
DINAMARCA
WENDLAND
Hasta aquí ALFHEIM
sídh
GALES
BANELAW
CORNUALLES
VALLAND
Castillo del Rey de los Elfos
ARMÓRICA
C. Skagen
JUTLANDIA
Limfjord
HIMMERLAND
DINAMARCA (ampliación)

## GLOSARIO

Si no aparece referencia al tipo de mitología, habrá de entenderse que se trata de la germánico-nórdica.)

Abismo: También conocido como Ginnungagap, es la discontinuidad de la que nació el mundo.

Aegir: Dios del mar. un gigante amigo de los Ases

Alfredo el Grande: Rey de Inglaterra (reina desde 871 hasta 899) que consigue independizarse de los daneses, tras vencerlos en la batalla de Ethandun

Angus Mac Oc: En la mitología irlandesa, hijo del Dagda, literalmente, «hijo de la juventud», o «dios joven» Es una especie de Eros céltico, de dios del amor, eternamente joven y bello También conocido como Angus Og

Armórica: Región del norte de Francia que recibiría el nombre de Bretaña tras la colonización, durante los siglos VI y VII, de los celtas llegados de Britania

Asa-Loki: «El Loki de los Ases», en contraposición a Utgard-Loki, «el Loki de Utgard», o del mundo de «fuera», donde habitan los Gigantes del Hielo. Hijo precisamente de un gigante, representa el espíritu del mal, siendo el causante, por sus múltiples intrigas, del Ragnarok u Ocaso de los Dioses

Ases: Dioses nórdicos que comparten el poder con otro grupo de dioses, los Vanes, de naturaleza mas pacifica Viven en Asgard, una espléndida ciudad que los Gigantes construyeron por encargo de Odín. En uno de sus edificios se encuentra el Valhalla, la famosísima sala donde los einherjar, los guerreros que han de acompañar a Odín en el Ragnarók, se matan a diario, para después renacer y gustar de todo tipo de delicias. El plural de As, si se escribe en antiguo nórdico, es Aesir.

Beowulf: Héroe del homónimo poema anglosajón, compuesto entre los siglos VI y VIII, que realiza todo tipo de hazañas. Aunque ha sido adoptado por los ingleses como un héroe propio, Beowulf era originario de Jutlandia o de Gotaland, al sur de la actual Suecia.

Berserkr: Apelativo aplicado a los guerreros que en medio de la batalla caían presa de ira homicida —la berserkirgangr—. Esta especie de «epilepsia activa» se debía a una ingestión de drogas, a una autosugestión, a la posesión por el dios Odín, o al hecho de endosar una piel de animal salvaje, de oso (de donde proviene el apelativo) o de lobo, que comunicaba al guerrero su fuerza. El frenesí del berserkr ya había sido descrito por los historiadores romanos con el término de furor germanicus. El plural de berserkr, en antiguo nórdico, es berserkir.

Brahmán: Palabra sánscrita, de género neutro, que en los Upanisads de la India representa el principio creativo del universo, el Alma del Mundo.

Brockcn: Pico de las montañas del Harz, en Alemania, donde las brujas se aprestan a celebrar la Noche de Walpurgis, tal y como cuenta Goethe en su Fausto (parte I, escena XXI).

Cathay: Nombre medieval de China.

Caza Salvaje: Motivo folklórico ampliamente difundido, que habla de muertos acechando a los vivos, dos de cuyos múltiples avalares vienen a ser el medieval de la «Danza de la Muerte» y el posterior de la «Santa Compaña», en Galicia. En el caso que nos ocupa, se trata de Odín conduciendo a los guerreros caídos en la batalla.

Cipango: Nombre medieval del Japón.

Cromlech: Palabra galesa que designa cualquier tumba de cámara megalítica.

Cruachan: Cueva encantada en la llanura de Magh Ai, en la provincia de Connaught, en Irlanda.

Cu Chulainn: Semidiós y el héroe más importante de la mitología irlandesa, a quien se atribuyen hazañas sin cuento.

Dagda Mor: Según la mitología irlandesa, el padre (Ollathir = padre de todos) de los Tuatha Dé Danann. Es el dios de los contratos. Se le representa con un caldero mágico que siempre provee

de alimento, una enorme maza capaz de dar y quitar la vida, y un arpa que suscita el sueño, la risa o la pena. También es conocido como Echu Ollathir y Padre de las Estrellas.

Danu: La Madre Tierra que engendra la estirpe de dioses irlandeses que se llaman a sí mismos «Gente de la diosa Danu», esto es, los Tuatha Dé Danann. También conocida como Dana o Ana.

Danclaw: Esa parte de Inglaterra adjudicada a los daneses después de la batalla de Ethandum, comprendida entre el Muro de Adriano, al norte, y la línea que une Chester con Londres, al sur.

Dríades: Según la mitología griega, especie de ninfas confinadas en los árboles en los que viven, de suerte que la muerte de éstos ocasiona la suya propia.

Druida: Miembro de la casta sacerdotal de los antiguos celtas.

Eddas: Recopilación de poemas mitológicos, compuestos entre los siglos IX y XIII. Tiene dos partes: la Edda. en Prosa, recopilada por Snorri Sturlusson (o Edda Menor), y la Edda Poética (o Edda Mayor), anterior.

Escaldo: Poeta-guerrero de la antigua Escandinavia. Uno de los más importantes fue el islandés Egil Skallagrimsson (ca. 910-990), quien participó en las invasiones vikingas a Inglaterra-.

Familiar: Espíritu infernal que anima ratas o gatos y que sirve de compañía a la bruja después de que ésta haya establecido su pacto con el Diablo.

Fenrir: Lobo de tamaño descomunal, engendrado por Loki de la giganta Jötun Angrbodha. Participará en la Ultima Batalla contra los dioses.

Fomorianos: Gigantes, personificación de las fuerzas del Caos, que vivían en Irlanda antes de la llegada de los Tuatha De Danann, y a quienes estos últimos vencerían.

Freyr: Uno de los dioses Vanes, representantes de la fertilidad; junto con Odín y Thor, formaba la terna de divinidades veneradas en el Gran Templo de Uppsala, en los últimos tiempos del paganismo nórdico.

Gardhariki: Literalmente, «Reino de las Ciudades», apelativo aplicado por los vikingos a Rusia.

Garm: Perro monstruoso que vigila la entrada al mundo de los muertos o Hel, y que tiene características similares a las de Fenrir.

Gente Pequeña, la: Habitantes del reino de Faerie de pequeño tamaño, que gastan bromas a quienes los ven. También conocidos como la Buena Gente o el Pueblo Pequeño.

Gloriana: La Reina de las Hadas del poema homónimo de Edmund Spenser (1522-1599), The Patrie Quemen.

Gnomos: Según la sistematización de Paracelso, seres elementales que viven en el interior de la tierra.

Grondel: Monstruo muerto por Beowulf, que aterrorizaba a la corte de Hrotgar, rey de los daneses. A juzgar por su descripción el monstruo del film de Jack Arnold, La mujer y el monstruo, y el del cómic La cosa del pantano.

Gul: Necrófago que vive en cementerios y lugares en ruinas. Es propio del folklore árabe.

Gulban Glass: Uno de los Cinco Guardianes del Ulster, de la estirpe de los Tuatha Dé Danann, que en Irlanda no se fueron al mundo subterráneo y se quedaron sobre la superficie para incitar a los milesios a combatir.

Heimskringla: Parte de la Edda de Snorri, y que comienza con la Ynglingasaga, que trata de los antiguos reyes de Uppsala, de los que da una lista que abarca los siglos IX, X y XI, con una corta noticia histórica y el lugar en que fueron enterrados.

Hel: Hija de Loki y reina del mundo de los muertos.

Jörmungandr: También conocida como Midgardsorm, es la serpiente marina que ciñe con sus anillos el mundo. Símbolo del infinito, o del Ouroboros, la serpiente que se muerde la cola, es hija de Loki y de la giganta Angrbodha. Thor y esta serpiente se matarán mutuamente en la Batalla Final.

Jötunheim: Patria de los Gigantes del Hielo o Jötun.

Kami: Espíritu de la religión shintoísta japonesa asociado a los distintos accidentes geográficos de la naturaleza: fuentes, ríos, árboles, montañas...

Katana: Espada de un filo, ampliamente utilizada en Japón.

Kilt: La llamada «falda escocesa», usada por los varones.

Kraken: Monstruo mítico del Mar del Norte, que arrastraba los navíos a las profundidades, tras reventar su casco con su poderoso abrazo, de donde procedía su nombre. Posiblemente se tratara de alguna especie de cefalópodo colosal.

Lai: Cualquier composición poética antigua que se recitaba, o cantaba, acompañada de un instrumento musical, generalmente el arpa.

Leprechaun: Típico duende de Irlanda, al que se representa vestido de verde, con sombrero rojo y zapatos de hebilla.

Licántropo: Hombre que se transforma en lobo. Por extensión se aplica a todo aquel capaz de adoptar la forma de cualquier otro animal.

Lugh Brazo Largo: Dios pancéltico de la guerra y de la magia. Identificado con el Sol, su nombre hace referencia a lo lejos que llegan los rayos del astro. Los irlandeses le dieron el epíteto de Samildanacri, «el que puede hacer cualquier cosa». Su animal emblemático es el cuervo.

Mac Cuill: Este dios de la mitología irlandesa, junto con los dos que le siguen en esta lista, forman una terna que viene a ser una duplicación, en versión masculina, de la Triple Diosa Macha. En la sistematización dumezihana, Mac Cuill encarna la segunda función, la guerrera.

Mac Cecht: Encarna la tercera función, la relacionada con la alimentación y la reproducción.

Mac Grcinc: Hijo del Sol, encarna la primera función, la regia y sacerdotal.

Manannán Mac Lir: Dios de la mitología irlandesa encargado de dispensar el buen o mal tiempo en el mar. Es el soberano de Tir n'an Og.

Martillo, Signo del: Durante algún tiempo, los escandinavos confundieron adrede, en un peculiar sincretismo, la cruz de Cristo con el martillo de Thor, ya que ambos símbolos religiosos tenían una apariencia muy parecida.

Menhir: Monumento megalítico que viene a ser una gran piedra hincada en el suelo.

Midgard: Mundo del Medio, el poblado por los hombres.

Milesios: Pueblo mítico (los hijos de Mil Espáne) que llega a Irlanda después de los Tuatha Dé Danann y que ocupa la superficie de la isla, mientras que el subsuelo queda para los Hijos de Danu.

Ninfas: Divinidades de la naturaleza en la mitología griega, asociadas al principio húmedo de la vida. Se las encuentra en fuentes, montañas y bosques.

Nornas: Divinidades que tejen los destinos de los seres vivos. Son análogas a las Moiras de los griegos y a las Tria Fata de los romanos.

Nueve Mundos: Las nueve regiones que resultan de dividir los tres planos, tierra, cielo y subsuelo, en otras tres regiones, atravesadas todas ellas por el fresno Yggdrasil.

Odín: El dios supremo del panteón nórdico, patrón de la magia, de la poesía y de la guerra. Tuerto (perdió uno de sus ojos al conseguir la sabiduría) y con una larga barba gris, recorre el mundo disfrazado de vagabundo, montado en su caballo de ocho patas Sleipnir, y empuñando la lanza hecha de la madera de Yggdrasil. Su animal emblemático, al igual que sucede con Lugh, es el cuervo.

Pan: Dios de la antigua Grecia, personificación de las fuerzas de la naturaleza selvática, representado como un híbrido de hombre y cabra, o sea un fauno, ya que Fauno viene a ser la adaptación que los romanos hacen de este dios al introducirlo en su propio panteón. Al aparecerse a los hombres les inducía ese tipo de terror que se ha dado en llamar «pánico».

Pueblo Antiguo: Posiblemente, el que construyera los megalitos.

Ran: Esposa de Aegir, a quien dio nueve hijas, especie de sirenas, que atraen a los navegantes a su perdición.

Runa: Cada una de las letras de los distintos alfabetos rúnicos utilizados por los escandinavos para la escritura y para fines mágicos.

Sabbath Negro: Cónclave o reunión de brujas, celebrado durante la noche de Walpurgis, la madrugada del 1.° de mayo.

Samita: Tejido muy preciado con el que en la Edad Media se fabricaban vestidos.

Segunda Vísta: Facultad propia de la gente de las regiones célticas que permite vislumbrar acontecimientos futuros.

Sídh (Síth o Síde): Palabra que tiene el significado de «reposo» y «calma» ( de la raíz *sed, como en el gaélico Sluagh Síth: «gente que vive en paz»), y que designa tanto la condición de

imperturbabilidad como al pueblo feérico que vive en las colinas huecas o túmulos de Irlanda, supuestamente encantados. Este nombre comunicó su significado a las colinas y, más tarde, a los Tuatha Dé Danann que se fueron a vivir a ellas.

Skirnir: El mensajero de los dioses. En el Skirnirsmal, que narra sus aventuras, Skirnir convence a Gerd, una joven que vive en Jötunheim, de que acepte los avances amorosos de Freyr, uno de los dioses Vanes, quien le regalará su espada como premio a su buen hacer.

Surt: Gigante del Fuego de las regiones situadas al sur, punto cardinal con el que viene a identificarse, que participará en la Batalla Final contra los dioses de Asgard.

Taniál: Heredero del trono en Escocia e Irlanda.

Thor: El Hércules nórdico, aunque con la categoría de dios. Conduce un carro tirado por dos cabras, maneja el famoso martillo Mjolnir, capaz de abatir a los gigantes, y viste un cinturón, que duplica sus fuerzas, y guantes de hierro, cuando empuña el martillo. Son famosas sus correrías y sus excesos. Era el dios más popular entre los agricultores escandinavos, porque su martillo desencadenaba el rayo y la lluvia. Equivalente al Donar de los germanos.

Tir n'an Og: Tierra de la Eterna Juventud, enclave insular de los Tuatha Dé Danann.

Tuatha Dé Danann: Literalmente, «Gente de la diosa Danu», uno de los pueblos míticos que invaden Irlanda. Al ser vencidos por los milesios se refugian bajo los monumentos megalíticos de aquella tierra y pasan a denominarse Sídh.

Tyr: El dios de la guerra. Se le representaba con la runa que corresponde a la T, inicial de su nombre, y que simboliza una lanza. Es manco, pues perdió la mano derecha en las fauces de Fenrir al ponerla como prenda de una estratagema que consiguió encadenar al feroz animal.

Utgard-Loki: El gigante que reina en Utgard.

Valkirias: Hijas de Odín que recogen a los muertos caídos en la batalla para nutrir con ellos las filas de los einberjar de su padre.

Vanes: Dioses de la fertilidad: Freyr, Freyja y Niord. El plural de Van, en nórdico antiguo, es Vanir.

Vigrid: El lugar donde tendrá lugar la batalla final, dando lugar al Ragnarók, el Ocaso de los Dioses.

Vikingo: En sus orígenes, palabra despectiva, derivada de vik, «bahía», que daba a entender que los vikingos no eran gente ducha en la navegación, sino en recorrer las costas y fondear en sus bahías y, por extensión, en saquear. Posteriormente, el oficio de vikingo —practicado durante el verano— vendrá a complementar la economía de gente dedicada a la agricultura y a la ganadería.

Vísta Encantada: Ese tipo de vista que permite trascender la realidad y vislumbrar lo oculto.

Weregild: Indemnización pagada a la víctima de un daño, o a su familia y allegados, según el derecho germánico.

Wieland: Antepasado de todos los elfos, célebre por su destreza en la forjan.

Wyrd: Principio filosófico o divinidad abstracta, de género neutro, entre los germanos, que viene a simbolizar el Destino, o sea, destino revestido de cierto contenido de sacralidad. En los últimos tiempos del paganismo, los vikingos se ufanarían de no servir a otro dios que a Wyrd.

Wyvern: Especie de dragón alado del mundo céltico. Posee la misma raíz que el castellano «víbora».

Yggdrasil: Eje del mundo, representado por un fresno gigantesco.

Ymn: Espíritu del folklore árabe, tan capaz de ayudar al hombre como de aterrorizarlo.

Ys: Ciudad mítica de la Armórica, situada en el mar, como si fuera una especie de isla.

Yule: Nombre entre los escandinavos del solsticio de invierno y, por extensión, de la fiesta con que se celebra, ya que supone la llegada del sol y la derrota de las tinieblas.

## CAPITULO 1

Érase una vez un hombre llamado Orm el Fuerte, hijo de Ketil Asmundsson, un rico terrateniente del norte de Jutlandia. La familia de Ketil se había asentado desde siempre en aquella tierra, al menos hasta donde alcanzaba la memoria de los hombres, y muchos eran los acres que poseía. La esposa de Ketil se llamaba Asgard y era hija ilegítima de Ragnar Calzas de Pelo. Por su parte, Orm descendía de gente honrada, pero como aún vivían sus cuatro hermanos mayores, no pensaba que a la muerte de su padre le correspondiese una parte importante de la herencia.

Orm era un vagabundo de los mares y pasaba la mayor parte de los veranos ejerciendo de vikingo. Cuando aún era joven, murió Ketil. El hermano mayor, Asmund, se encargó de dirigir la granja. Y así marcharon las cosas hasta que Orm, en su vigésimo invierno, se acercó a él y le dijo:

—Ya llevas muchos años apoltronado aquí, en Himmerland, disfrutando de lo que es nuestro. Queremos una parte. Pero si nos repartimos las tierras entre los cinco, sin hablar de las dotes que corresponden a nuestras hermanas, nos veremos convertidos en pequeños propietarios y nadie nos recordará después de muertos.

—Es verdad —le contestó Asmund—. Lo mejor es seguir trabajando juntos.

—No quiero ser el último de la cola —replicó Orm—, por eso te hago el siguiente ofrecimiento. Dame tres barcos debidamente pertrechados, con las suficientes provisiones y armas que vayan a necesitar los que vengan conmigo, y me buscaré mi propia tierra, renunciando a todos mis derechos a la herencia.

Al oír aquellas palabras, Asmund se sintió complacido y mucho más al enterarse de que dos de sus hermanos se irían con Orm. Antes de la primavera ya había equipado los navíos largos, que había conseguido sin tardanza, y había hablado con muchos hombres de la vecindad, los más jóvenes y pobres, que se sentirían encantados de viajar al Oeste. Al primer augurio inconfundible de buen tiempo, aunque las aguas siguiesen encrespadas, Orm condujo sus naves fuera del Limfjord. Y aquélla fue la última vez que Asmund le vio.

Las tripulaciones remaron con energía, poniendo rumbo hacia Septentrión, hasta que a su izquierda quedaron los fondeaderos y bosques profundos, cubiertos por los despejados cielos de Himmerland. Al doblar el cabo Skagen encontraron viento favorable, por lo que izaron las velas. Con los codastes apuntando a su tierra natal, colocaron en las respectivas proas las cabezas de dragón. El viento silbaba entre las jarcias, las rachas de viento hacían espumear el mar y las gaviotas gañían, mientras volaban alrededor de los penoles. Contento de contemplar aquel espectáculo, Orm improvisó un poema:

Caballos de blancas crines
(¡escuchad cómo relinchan!),
grises y de enjutos flancos,
galopan hacia Poniente.
Enfurecidos por los invernales
vientos, resoplan



Librodot

y embisten, mientras transportan
la carga que es mía.

Como habían zarpado antes de lo acostumbrado, llegaron a Inglaterra antes que los demás vikingos, consiguiendo de tal suerte un rico botín. Cuando la estación estaba llegando a su término, Orm se dirigió a Irlanda. Ya no abandonaría las islas occidentales, sino que emplearía el verano para conseguir botín, reservando parte del mismo para venderlo durante el invierno y comprar más barcos.

Pero, con el tiempo, sintió el deseo de tener una casa propia. Unió su pequeña flota a la enorme de Guthorm, a quien los ingleses llamaban Guthrum, y muchas fueron sus ganancias al seguir por mar y tierra a aquel señor, aunque sólo comparables a sus pérdidas el día en que el rey Alfredo los venció en Ethandun. Orm y varios de sus hombres se encontraban entre los que consiguieron abrirse camino en la batalla perdida y escapar. No tardó mucho en enterarse de que Guthorm y el resto de los daneses que fueron rodeados habían salvado la vida a cambio de recibir el bautismo. Orm vio claramente que aquella medida podría suponer la paz entre su gente y la de Alfredo y que le impediría tomar nada de Inglaterra, en contra de su deseo.

Así pues, se dirigió hacia lo que más tarde los ingleses llamarían el Danelaw, en busca de un hogar.

Encontró un terreno bien orientado, de aspecto agradable y cubierto de vegetación, abierto a una pequeña bahía que ofrecía cierto abrigo a sus barcos. El inglés que lo ocupaba, un hombre rico y con cierto poder, no quiso vendérselo. Pero Orm regresó por la noche, rodeó la casa con sus hombres y la incendió. El propietario, sus hermanos y la mayor parte de sus allegados murieron. Se dice que la madre de aquel hombre, que era bruja, se salvó —porque los asaltantes dejaron salir a las mujeres, niños y siervos que quisieran irse— y lanzó una maldición a Orm: su primogénito se criaría lejos del mundo de los hombres, y él mismo daría cobijo a un lobo que, llegado el momento, le mataría.

Con tantos daneses rondando y viviendo por los alrededores, los parientes supervivientes del inglés no se atrevieron a hacer nada y aceptaron el weregild y el precio de la propiedad que Orm les impuso, por lo que ésta pasó legalmente a ser suya. Entonces construyó una nueva casa, mayor que la anterior, y otros edificios, y gracias a su oro, a sus seguidores y a la fama que tenía, no tardó en ser reconocido como un gran jefe.

Cuando ya llevaba un año asentado en aquella tierra, pensó que sería bueno tomar mujer. Cabalgó con muchos guerreros hasta los dominios de un conde inglés, Athelstane, y le pidió la mano de su hija Aelfrida, de quien se decía que era la doncella más hermosa de todo el reino.

Athelstane dudó y tartamudeó, mientras Aelfrida se atrevía a decirle a Orm en la cara:

—Jamás me casaré con un perro pagano, ni siquiera cuando estuviese en mi mano hacerlo. Puedes llevarme por la fuerza, pero poca alegría sacarás de ello... ¡Te lo juro!

Aelfrida era delgada y grácil, de suaves cabellos castaño-rojizos y brillantes ojos grises; mientras que Orm era un hombretón de piel curtida y cabellera casi blanca, por tantos años de sol y mar. Pero como sentía que, en cierto modo, ella era la más fuerte, después de pensárselo un momento, dijo:

—Ahora que estoy en una tierra donde la gente adora al Cristo blanco, quizá me convendría hacer la paz con él y con los suyos. A decir verdad, es lo que han hecho la mayoría de los daneses. Me bautizaré si te casas conmigo, Aelfrida.

—¡Ése no es motivo suficiente! —exclamó la joven.

—Pero piensa —dijo astutamente Orm— que, si no te casas conmigo, yo no seré bautizado, y entonces, si hemos de creer a los sacerdotes, mi alma estará condenada —y susurró a Athelstane—: Además, incendiaré esta casa y te arrojaré desde lo alto de los acantilados.

—Sí, hija, no es cuestión de perder un alma —dijo Athelstane, sin dudarlo.

Aelfrida no se resistió durante mucho tiempo, pues, a pesar de su fuerte personalidad, Orm no era feo ni zafio; además, a la casa de Athelstane le venía bien un aliado tan rico y poderoso. Así pues, Orm fue bautizado y poco después se casó con Aelfrida y se la llevó a su casa. Vivieron juntos con el suficiente contento, aunque no siempre en paz

No se veía ninguna iglesia por las cercanías, ya que los vikingos habían quemado las que antaño hubiera. Por tanto, ya que así lo deseaba Aelfrida, Orm hizo que un sacerdote fuese a su casa,

y para quedar libre de todos sus pecados, decidió que construiría para él una nueva iglesia. Pero, como era hombre prudente que no deseaba ofender a ningún poder celestial, continuó con sus ofrendas a Thor a mediados del invierno, y a Freyr en primavera, para conseguir paz y cosechas abundantes; así como a Odín y a Aegir para tener suerte en la mar.

Durante aquel invierno, Orm y el sacerdote no dejaron de discutir por aquel motivo, hasta el punto de que en primavera, cuando a Aelfrida ya le faltaba muy poco para dar a luz, Orm perdió los estribos y echó a patadas al sacerdote, diciéndole que no volviera jamás. Aelfrida se lo reprochó duramente, hasta que Orm no resistió más y dijo, entre gritos, que ya estaba harto de tanto parloteo mujeril y que se iba. Y no mentía, pues, acto seguido, zarpó con su flota antes de lo que había pensado y pasó el verano saqueando las costas de Escocia e Irlanda.

Cuando apenas habían desaparecido las naves del horizonte, Aelfrida se reclinó en su lecho y dio a luz un niño grande y espléndido, al que, según el deseo de Orm, llamó Valgard, va que era un nombre utilizado desde siempre en su familia. Pero, como ya no había sacerdote que pudiese bautizarle, Aelfrida envió un siervo a la iglesia más cercana, que estaba a tres días de viaje, para que volviese con uno.

Mientras tanto, como se sentía feliz y orgullosa de aquel hijo, se puso a cantarle la misma nana que su madre le había cantado a ella:

¡Ea, ea, ea, mi pajarito,
de todos los pájaros el más bonito!
Oye cómo balan los borreguitos.
Ahora que el Sol ya está acostadito
Llega la hora de dormir un poquito.

¡Ea, ea, ea, mi cariñito,
duerme en mi regazo como un tronquito!
La estrella vespertina, dando pasitos,
ondea por la verde colina su sombrerito.
Llega la hora de dormir un poquito.

¡Ea, ea, ea, mi pequeñito,
tú y yo somos como los benditos!
El buen Dios, María y también su Hijito
velan por ti, dejando el camino expedito.
Llega la hora de dormir un poquito.

## CAPITULO 2

**I**mric, Conde de los Elfos, cabalgaba de noche para ver qué ocurría en el mundo de los hombres. Era una noche fresca de primavera, casi de luna llena, con la escarcha reluciendo entre la hierba y las estrellas tan discantes y brillantes como en invierno. La noche era muy tranquila, excepto por los suspiros del viento entre las ramas ya cargadas de brotes, y el mundo era un remolino de sombras y de fría luz blanca. Los cascos del caballo de Imric estaban forjados con una aleación de plata, que suscitaba un sonido como de campanas en el lugar donde golpeaban.

Se adentró en la floresta. Aunque la noche aún era más densa entre los árboles, pudo distinguir a lo lejos un débil resplandor rojizo. Cuando se acercó a él, vio que era el de un fuego, brillando a través de las rendijas de una choza de adobes y zarzas que se encontraba bajo una gran encina nudosa, que a Imric le trajo a la memoria una imagen de druidas cortando muérdago. Y, como podía sentir que en ella vivía una bruja, desmontó y llamó a la puerta.

Una mujer que parecía tan vieja y encorvada como la encina acudió a abrirle y le vio allí plantado, con la desmayada luna que le caía sobre el yelmo y la cota de malla; y su caballo, del mismo color que la niebla pastando en la escarchada hierba que le rodeaba.

—Buenas tardes, madre —dijo Imric.

—Ninguno de vosotros, gente élfica, puede llamarme madre, ya que he dado a luz hijos muy altos, pero de hombre —refunfuñó la bruja, mientras le invitaba a entrar y se apresuraba a servirle un cuerno de cerveza.

Los agricultores de los alrededores la proveían de alimentos y bebida como pago de la poca magia que podía hacer para ellos. Si antes Imric había tenido que doblarse, literalmente en dos, para entrar en la choza, en aquel momento, para sentarse en la única banqueta que estaba a la vista, no tuvo más remedio que aligerarla de una gran confusión de huesos y demás desperdicios que la cubrían.

Miró a la bruja con los extraños ojos de mandorla de los elfos, de un anublado color azul, sin blanco ni pupila. En los ojos de Imric relampagueaban pequeños destellos, como de luz de luna, que se recortaban contra las sombras del saber antiguo, ya que aquella tierra le conocía desde hacía mucho tiempo. Pero siempre había conservado un aspecto juvenil, con la frente amplia y los pómulos altos, la barbilla apuntada y la nariz recta y fina, signo inconfundible de los elfos de alta cuna. Su flotante cabellera de tonos plata y oro, más fina que la seda de la araña, cayéndole por debajo del yelmo adornado con cuernos, se derramaba sobre sus hombros, cubiertos con un manto rojo.

—No ha sido frecuente, en estas últimas generaciones, que los elfos se mezclaran en las cosas de los hombres —dijo la bruja.

—Es cierto, hemos estado demasiado ocupados en guerrear contra los trolls — contestó Imric, con una voz que era como el lejano susurro del viento entre los árboles—. Pero ahora que nos hemos concedido una tregua, tengo curiosidad por saber qué ha ocurrido durante los últimos cien años.

—Muchas cosas, aunque pocas que puedan llamarse buenas —se apresuró a decir la mujer—. Los daneses llegaron de allende los mares, matando, saqueando y quemando, y se apropiaron de buena parte del este de Inglaterra y de otras regiones.

—No me parece una cosa tan grave —dijo Imric, retorciéndose el bigote—. Antes que ellos, los anglos y los sajones hicieron lo mismo, y antes, los pictos y los escotos, y todavía antes los romanos, y mucho antes, los britanos y los goidelos y mucho, mucho antes... Pero la lista es larguísima y no creo que se acabe con estos daneses. Yo, que he llevado esta tierra al día, casi desde que fue creada, no veo en ello nada malo porque me ayuda a pasar el rato. Me agradaría mucho echar un vistazo a los recién llegados.

—Entonces, no necesitas cabalgar mucho —puntualizó la bruja—, pues Orm el Fuerte vive en la costa, que dista de aquí una noche, o menos, a caballo, de los que usan los hombres.

—Entonces, un paseo de nada para mi garañón. Me voy.

— ¡Detente..., detente, elfo!

Durante un momento, la bruja siguió sentada en su jergón, murmurando para sí, mientras sus ojos reflejaban la luz que provenía del pequeño fuego del hogar, de suerte que entre el humo y las sombras podían verse dos destellos rojizos. Después, súbitamente, esbozó una mueca de contento y exclamó:

—¡Sí, cabalga, elfo, cabalga hasta la casa de Orm, que da al mar! Él se ha ido a hacer una incursión, pero su mujer te acogerá gustosa. Acaba de tener un hijo, que aún no ha tenido tiempo de bautizar.

Al oír aquellas palabras, Imric echó hacia delante sus largas y puntiagudas orejas.

—¿Estás diciendo la verdad, bruja? —preguntó, en voz baja y átona.

—Sí, te lo juro por Satanás. Tengo mil maneras de saber lo que sucede en aquella maldita casa —la anciana se acunó hacia delante y hacia atrás, envolviéndose en sus harapos, cerca de las tibias brasas. Las sombras se perseguían unas a otras a lo largo de las paredes, inmensas y deformes—. Pero ve a observarlo por ti mismo.

—No me agrada llevarme al hijo de un jefe danés. Podría estar bajo la protección de los Ases.

—No. Orm es cristiano, aunque no practicante, y su hijo no ha sido consagrado hasta el momento a ningún dios.

—Es peligroso que me mientas! -dijo Imric.

—Yo no tengo nada que perder —respondió la bruja—. Orm quemo a mis hijos dentro de su casa, por lo que mi sangre morirá conmigo. No temo a dioses ni a demonios, ni tampoco a elfos, trolls u hombres. Pero digo la verdad.

—Echare un vistazo —fue el comentario de Imric, y se levantó. Las mallas de su cota tintinearon. Se echó por encima su gran manto rojo, que ondeó unos instantes, salió de la choza y montó en su blanco garañón.

Como una ráfaga de viento y un destello de luna, salió del bosque y atravesó los campos. A su alrededor se extendían profusamente la tierra, los umbríos árboles, las imponentes colinas, los pastos salpicados de blanco, dormidos bajo la luna. Aquí y allá se veía alguna que otra granja, agazapada en la oscuridad bajo el vasto cielo tachonado de estrellas. Había presencias extrañas moviéndose en la noche, pero no se trataba de hombres... Imric distinguió el aullido de un lobo, el resplandor verde de los ojos de un gato montes, el roce de minúsculas zarpas entre las raíces de robles y encinas. Al advertir que el Conde de los Elfos pasaba a su lado, se ocultaron en lo más profundo de la oscuridad.

Imric no tardó mucho en llegar a los dominios de Orm. Los graneros, cobertizos y demás construcciones menores estaban construidos con troncos apenas desbastados, que también cubrían tres de las cuatro paredes de una casa, mayor que las demás, que surgía de un terreno pavimentado de piedra. En la cuarta, el porche se terminaba en un frontón, en donde se habían esculpido unos dragones que servían de protección contra las estrellas que pudieran caerse del cielo. Imric buscó la pequeña casa de la dueña de todo aquello. Los perros le habían olfateado y gruñían, erizando su pelaje. Pero antes de que pudiesen ladrar, volvió hacia ellos su terrible mirada, que parecía la de un ciego, y les hizo una seña. Los perros se alejaron, arrastrándose a duras penas.

Como el viento que vagabundea de noche, se acercó a la casita. Gracias a sus artes mágicas, abrió los postigos de una ventana y miró a su interior. La luz de la luna cayó oblicuamente sobre una cama, inundando con sus tonos plateados a Aelfrida, cuyo rostro se hallaba cubierto por la nube que formaba su cabello suelto. Pero Imric sólo tenía ojos para el niño recién nacido que ella mantenía a su lado.

El Conde de los Elfos rió para sus adentros, tras la impenetrable máscara de su rostro. Cerró los postigos y montó a caballo, dirigiéndose hacia Septentrión. Aelfrida se movió, se despertó, y sintió a su pequeño. Tenía los ojos anublados de visiones inquietantes.

## CAPITULO 3

**P**or aquellos días, la gente de Faerie, la tierra encantada, aún vivía a nuestro lado, pero ya flotaba en sus moradas una atmósfera de irrealidad, como si se movieran entre el mundo de los mortales y otro que no conocemos; por otra parte, simples lugares que en un principio no parecían ser más que simples colinas en la lejanía, o lagos o florestas, relucían más tarde con esplendor arcano. Quizá así se explicara que aquellas tierras altas situadas hacia Septentrión, conocidas como Colinas de los Elfos, fueran evitadas por los hombres.

Imric cabalgó hacia Elfheugh, que para él no era un tolmo, sino un imponente castillo de altos chapiteles, puertas de bronce y patios de mármol; en sus corredores y salas podían verse preciosísimos tapices, mágicamente tejidos, de motivos cambiantes, y engastados con grandes gemas resplandecientes. A la luz de la luna, sus moradores bailaban en el césped que se extendía alrededor de la muralla. Imric penetró en ella, a través de la puerta norte. Los cascos de su caballo resonaron

como si golpeasen sobre hueco, mientras los enanos de la servidumbre se dirigían corriendo a su encuentro. Descabalgó y se apresuró a entrar en el torreón. La luz de las innumerables velas producía un juego de colores cambiante y engañoso sobre los dorados mosaicos, engastados con joyas. La música de arpas ondulantes y de gaitas y flautas vehementes llenaba las escancias, sonando como el susurro de los arroyuelos en la montaña. Los motivos de alfombras y tapices se movían lentamente, como si estuviesen vivos. Incluso las paredes y el pavimento, y las arcadas del techo, perdiéndose en el azul crepúsculo de las alturas, tenían algo de la cambiante mutabilidad de la plata viva; jamás eran iguales, aunque nadie pudiese decir en qué consistían exactamente aquellos cambios.

Imric bajó por unas escaleras. Su cota de malla tintineaba en aquel silencio. De repente, todo fueron tinieblas a su alrededor, con excepción de la tímida luz de una antorcha, y el aire de las profundidades de la tierra impregnó de frialdad sus pulmones. De vez en cuando, un sonido metálico o un gemido resonaban entre aquellos corredores de factura tosca que rezumaban humedad. Imric no les prestó atención, pues, como todos los elfos, se movía a sus anchas en la oscuridad, tan ágil y silencioso como un gato, mientras seguía bajando hacia las mazmorras. Finalmente, se detuvo ante una puerta de madera de encina, reforzada con planchas de bronce, llena de verdín y oscurecida por los años, pues las llaves que abrían sus tres grandes cerraduras sólo obraban en poder de Imric. Para abrirlas, manipuló en ellas, mientras murmuraba ciertas palabras, y empujó la puerta hacia dentro, que se abrió con un gemido, ya que habían pasado trescientos años desde que entrara en ella por última vez

Una hembra de troll estaba sentada en el suelo de la celda. Sólo llevaba encima una cadena de bronce, suficientemente gruesa para poder colgar de ella el ancla de un barco, que, terminándose en su cuello, iba a dar a la pared. La luz de la antorcha situada encima de la puerta caía oblicuamente sobre su enorme y rechoncha forma, tremendamente musculosa. Carecía de cabello, y su piel, verde, se le insinuaba sobre los huesos. Mientras volvía hacia Imric su repulsivo rostro, hizo una mueca que dejó al descubierto su dentadura lobuna. Pero sus ojos estaban vacíos, como si fueran dos abismos de negrura capaces de ahogar a cualquier alma que cayera en ellos. Imric la había encerrado hacía novecientos años y eso la había vuelto loca.

El Conde de los Elfos la miró, aunque no a los ojos. Dijo en voz muy baja:

—Tenemos que engendrar un niño para cambiarlo por otro, Gora.

La voz de la hembra de troll sonó como un trueno que saliera lentamente de las entrañas de la tierra.

— ¡Jo, jo! —dijo—. Ya estás de vuelta. Sé bien venido, quienquiera que seas, llegado de la noche y del caos. ¡Ah! ¿Es que nadie borrará jamás esa sonrisa de la faz del cosmos?

—Date prisa —dijo Imric—. Tenemos que terminarlo antes de que sea de día.

—Apresúrate, apresúrate, como las hojas otoñales en el lluvioso viento, o como la nieve cayendo del cielo, o como la vida corriendo hacia la muerte, o como los dioses caminando hacia el olvido —la enloquecida voz de la hembra de troll resonó en las lóbregas soledades—. Todas las cosas no son más que cenizas y polvo, arrastradas por un viento insensato, y sólo los locos pueden tener un atisbo de la música de las esferas. ¡Ah, el gallo rojo en el estercolero!

Imric tomó una fusta de la pared y la azotó con ella. Gora se agachó y así se quedó. Rápidamente, ya que no le agradaba el resbaladizo y frío contacto de aquella piel, hizo lo que debía. Acto seguido, Imric dio nueve vueltas seguidas alrededor de ella, en sentido contrario a las agujas del reloj, entonando una canción que ninguna garganta humana habría sido capaz de modular. Mientras cantaba, la hembra de troll temblaba, hinchándose y quejándose de dolor, de manera que cuando hubo completado la novena vuelta, lanzó un grito tan penetrante que atronó los oídos de Imric y dio a luz un niño.

Ningún ojo humano habría podido distinguirlo del hijo del jefe danés Orm, salvo por sus aullidos de ira y porque mordía a su madre. Imric anudó el cordón umbilical y cogió a la criatura entre sus brazos, con lo que ésta se tranquilizó.

—El mundo es como la carne que se pudre en una calavera —murmuró Gora. Hizo tintinear la cadena que la mantenía prisionera y retrocedió, temblando—. El nacimiento no es más que los gusanos brotando de la calavera. Los dientes no tardan mucho en encontrarse al aire, ya sin labios, ni los cuervos en dejar vacías las cuencas de los ojos. En seguida, el viento comenzará a soplar por las

oquedades de los huesos —aulló cuando Imric cerró la puerta—. Me espera, me espera en la colina, donde la bruma se agita, lacerada. Lleva esperándome novecientos años. El gallo negro canta...

Imric volvió a repetir, pero a la inversa, la operación que le había permitido entrar y subió apresuradamente por las escaleras. Engendrar hijos de aquella suerte, para cambiarlos después por aquellos de los que eran una imitación, no le proporcionaba ningún placer, pero la ocasión de hacerse con un niño humano era tan rara que no podía desaprovecharla.

Cuando salió al patio de armas vio que se avecinaba mal tiempo. Una horda de nubes cruzaba el cielo, mientras la luna parecía sustraerse a su negrura. Por Oriente, como una montaña, con relampagueantes runas que la recorrían, una tormenta se erguía en el horizonte. El viento vociferaba y aullaba.

Imric montó en su caballo y lo espoleó, dirigiéndose hacia el Mediodía. Volaron sobre despeñaderos, colinas y valles, y pasaron entre los árboles que gemían bajo el ventarrón. La luna arrojaba sobre el mundo sus convulsos resplandores blancos, de suerte que Imric parecía un fantasma, rodeado de tanto portento.

Cabalgaba con el manto ondeando alrededor de él como las alas de un murciélago. La luz de la luna caía sobre su malla y sus ojos. Mientras galopaba a lo largo de la zona más baja y plana del Danelaw, las olas morían a sus pies, salpicándole en las mejillas. De vez en cuando, el resplandor de un relámpago revelaba la vastedad de aquellas inquietas aguas. El trueno resonaba aún más estrepitosamente en la oscuridad que le seguía, tan estruendoso como el rechinar de grandes ruedas que cruzaran los cielos. Imric azuzó su caballo, lanzándolo a una carrera aún más salvaje. No le apetecía en absoluto encontrarse con Thor en mitad de la noche.

Cuando llegó a los dominios de Orm, volvió a abrir la ventana de Aelfrida. Ella estaba despierta y mantenía a su hijo junto a su seno, susurrándole palabras de cariño. El viento agitó sus cabellos alrededor de su rostro, cegándola. Le pareció que alguien había abierto los postigos.

El relámpago resultó cegador. Y el trueno que le siguió fue como un martillazo sobre una fragua. Aelfrida sintió que el pequeño se le escapaba de los brazos. Intentó cogerlo y, de nuevo, sintió su dulce peso, como si jamás le hubiese faltado.

«Gracias a Dios» —musitó—. «Había dejado de sentirte, pero ya te tengo de nuevo.»

Riéndose con todas sus fuerzas, Imric cabalgó de regreso a su tierra. De improviso, oyó que al eco de su risa venía a sumarse un sonido muy diferente, por lo que tiró de las riendas, con el corazón helado. Un desgarrón aislado que apareció en las nubes dejó caer un rayo de luna sobre la figura montada a caballo que se atravesaba en el camino del elfo, de suerte que, montado en su veloz corcel, Imric pudo tener un atisbo del imponente caballo de ocho patas, que corría más veloz que el viento, y de su jinete, de larga barba gris y rostro tapado por su sombrero. El rayo de luna brilló en la punta de su lanza y en su único ojo.

—¡Ea, adelante...! —así animaba a su cortejo de guerreros muertos y de sabuesos que aullaban, a los que llamaba con su cuerno de caza; el sonido que hacían los cascos de su caballo era como el golpeteo del granizo en el tejado. Instantes después, la horda ya se había ido y la lluvia volvía a caer, furiosa, sobre el mundo.

Imric apretó los labios. La Caza Salvaje no era de buen augurio para quienes la veían, por lo que no pensó que el Cazador Tuerto hubiese pasado tan cerca de él por simple casualidad... Tenía que volver a su casa. A su alrededor hervían los relámpagos, y a Thor podía ocurrírsele descargar su martillo contra cualquiera que se encontrase en campo abierto. Así pues, Imric, cogiendo bien fuerte bajo su manto al hijo de Orm, espoleó a su garañón.

En cuanto Aelfrida recobró la vista, atrajo hacia sí a su hijo. Y como no dejaba de gritar, pensó que no estaría mal darle el pecho, aunque sólo fuera para calmarle un poco. El pequeño lo aceptó, pero la mordió ferozmente, hasta hacerle daño.

## CAPITULO 4

**I**mric puso al niño que había raptado el nombre de Skafloc, y lo entregó a su hermana Leea para que lo criara. Era tan hermosa como él, con facciones talladas en marfil, cabello de plata y oro, peinado en trenzas, bajo una enjoyada corona, y ojos azules como el crepúsculo, que chismeaban con reflejos de luna. Vestía su grácil figura con flotantes vestiduras de seda de araña, que, cuando bailaba a la luz de la luna, le daban la apariencia de una llama blanca. Sonreía a Skafloc con labios pálidos y plenos, y la leche que le daba, obtenida gracias a medios sobrenaturales, corría como un dulce fuego por su boca y sus venas.

Muchos señores de Alfheim asistieron a los festejos con que se celebró la adopción de aquel nombre, trayendo riquísimos presentes: copas y anillos de espléndida hechura, armas forjadas por los enanos, cotas de malla, yelmos y escudos, vestidos de samita, de satén y de tejido de oro, conjuros y talismanes. Habrá que recordar que los elfos, lo mismo que los dioses, los gigantes, los trolls y los demás seres de la tierra encantada, no conocían la vejez y tenían una descendencia muy escasa, de suerte que entre la llegada de uno y otro hijo podían transcurrir varios siglos, lo que explica que el nacimiento de uno de ellos se convirtiese en un acontecimiento sensacional; pues bien, aún resultaba más portentosa la adopción de un ser humano.

Mientras tenían lugar los festejos, pudo oírse el tremendo resonar de los cascos de un caballo que se acercaba a Elfheugh, hasta el punto de hacer temblar sus muros y hacer cantar a sus portones de bronce. Los guardias hicieron correr el viento por sus trompetas, pero ninguno de ellos se habría atrevido a impedirle el paso a aquel jinete a quien el mismísimo Imric acudió a recibir a la puerta norte, con una profunda reverencia.

Su figura era gigantesca y magnífica, revestida de cota de malla y rematada en un yelmo que no era tan refulgente, empero, como sus ojos. La tierra temblaba ante el paso de su caballo.

—Salud, Skirnir —dijo Imric—. Nos sentimos honrados por tu visita.

El mensajero de los Ases avanzó a caballo por el empedrado patio iluminado por los rayos de luna. A su costado, inquieta y saltarina en su vaina, tan deslumbrante como el mismísimo fuego del Sol, se veía la espada de Freyr, que el dios Van le había regalado al regresar de su expedición a Jötunheim en busca de Gerd. Entre sus manos llevaba otra espada, larga y poderosa, indemne de herrumbre, a pesar de hallarse aún ennegrecida de la tierra en que había estado enterrada; pero su hoja había sido partida en dos.

—Imric, traigo un regalo para festejar la adopción de nombre de tu ahijado —explicó—. Guarda bien esta espada, hasta que sea capaz de blandiría. Entonces le dirás que el gigante Bolverk podrá repararla. Como llegará el día en que Skafloc tenga la necesidad imperiosa de empuñar una buena arma, los Ases le hacen este regalo, para que disponga de él cuando llegue ese momento.

Arrojó al suelo la espada rota, que cayó con un estruendo de acero; volvió grupas y se perdió en la noche, entre el retumbar de los cascos de su caballo. Los elfos permanecieron inmóviles, porque sabían que los Ases, para obrar de tal suerte, debían de tener algún designio secreto que Imric debía acatar.

Como ninguno de los elfos podía tocar el hierro, el Conde gritó a los enanos de su servidumbre que se encargaran de recoger los trozos de la espada. Guiados por él, que abría la marcha, los llevaron a la más recóndita de las mazmorras y los emparedaron en un nicho, cerca de la celda de Gora. Imric guardó el lugar con unas runas que trazó sobre la pared, y se fue, evitando durante largo tiempo volver a él. Mientras tanto, fueron pasando los años y nada volvió a oírse de los designios de los dioses.

Skafloc crecía rápidamente: era un muchacho de buena presencia, alto y alegre, con los ojos azules y el cabello castaño. Era inquieto y vivaz, mucho más que los escasos hijos de los elfos, y, al ser de estirpe humana, crecía mucho más deprisa que ellos, que no parecían cambiar nunca. Aunque



Librodot

no estaba en la naturaleza de los elfos el demostrar un profundo afecto por sus hijos, Leea sí que lo sentía por Skafloc y, para que se durmiera, le cantaba lais, que eran como el mar y el viento y los murmullos de la fronda. Le enseñó las maneras corteses de los elfos nobles y los compases coribánticos que practicaban al aire libre, descalzos sobre el rocío y ebrios de luz de luna. Una buena parte del saber mágico que aprendió Skafloc procedía de ella, como canciones que podían cegar, deslumbrar y fascinar, canciones capaces de mover rocas y árboles, canciones, en fin, sin sonido, que hacían bailar a las auroras boreales en las noches de invierno.

Skafloc tuvo una infancia feliz, mientras jugaba con los jóvenes elfos y sus compañeros. Había muchas presencias merodeando por aquellos valles y colinas, ya que en ellas se practicaba la brujería, de suerte que los mortales y animales que llegaban hasta allí a veces no regresaban. Como no todos los habitantes que vivían en las cercanías de Elfheugh eran indiferentes o amistosos, Imric designó a un miembro de su guardia para que acompañase permanentemente a Skafloc.

Los espíritus acuáticos se arremolinaban en las brumas de las cascadas; sus voces repercutían entre las paredes rocosas mojadas por las aguas. Skafloc sólo podía verlos fugazmente. En las noches iluminadas por la luna, atraídos por la claridad, como los demás ciudadanos de Faerie, se dejaban ver y se sentaban en las riberas musgosas, completamente desnudos, a excepción de las algas y las guirnaldas de lirios acuáticos con que entrelazaban sus cabellos; los elfos pequeños iban a su encuentro, para charlar con ellos. Aquellos espíritus tenían muchas cosas de qué hablar: de ríos de corriente impetuosa y de los peces que nadan en ella, de ranas, de nutrias, de martines pescadores y de lo que se dicen unos a otros, de los fondos llenos de guijarros, iluminados por el sol, de pozas secretas, de aguas verdes e inmóviles... y del rápido correr hacia las cascadas, entre estruendos y arcos iris, para desplomarse y girar por el aire.

Había otros dominios acuáticos, como pantanos traicioneros y pequeños lagos entre montañas, a los que no era aconsejable acercarse, así se lo decían a Skafloc, ya que sus moradores no eran de fiar.

Con mucha frecuencia se iba al bosque a charlar con la gente pequeña que vivía en él: gnomos humildes de ropajes grises y oscuros, sombreretes picudos y barbas grises que les llegaban a la cintura. Vivían con cierta comodidad ancestral bajo los árboles más gruesos y les encantaba contemplar a los elfos jóvenes. Pero sentían pavor de los elfos ya crecidos, por lo que se congratulaban de que ninguno pudiese llegar a sus viviendas... a no ser, claro está, que menguasen hasta alcanzar las dimensiones de los gnomos, cosa que ninguno de los altaneros elfos de noble cuna se habría atrevido a hacer jamás.

Por los alrededores siempre podía verse algún goblin. Antaño habían sido muy poderosos en aquella región, pero, después de que Imric entrase en ella a sangre y fuego, los que no habían muerto o huido habían perdido todo su poder. Aunque por aquel tiempo vivían furtivamente en cuevas, Skafloc consiguió hacerse amigo de uno de ellos y aprender no pocas de sus extrañas tradiciones.

En cierta ocasión, el muchacho oyó el lejano sonido de una flauta que salía de la profundidad del bosque. Fascinado por lo raro que sonaba, se dio prisa para llegar a la pequeña depresión de donde parecía provenir. Había aprendido a moverse tan silenciosamente que se encontró al lado del desconocido antes de que éste percibiera su llegada. Era una criatura extraña, de apariencia humana pero con patas, orejas y cuernos de macho cabrío. Tocaba con ayuda de una serie de cañas una melodía que resultaba tan triste como su mirada.

—¿Quién eres? —preguntó Skafloc, un tanto desconcertado.

La criatura apartó el instrumento de su boca, como si se dispusiera a echar a correr; pero, tranquilizándose, se sentó en un tronco. Su acento resultaba curioso.

—Soy un fauno —dijo.

—Nunca había oído ese nombre —Skafloc se sentó sobre el césped, con las piernas cruzadas.

El fauno sonrió melancólicamente en el crepúsculo. Sobre su cabeza acababa de encenderse la primera estrella.

—Soy el único por estas latitudes. Estoy exiliado.

—¿De dónde vienes, fauno?

—Del Sur. Vine aquí después de que el gran Pan muriese y el nuevo dios, cuyo nombre no puedo pronunciar, llegase á la Hélade. En nuestra tierra ya no queda sitio para los antiguos seres y

los antiguos dioses. Los sacerdotes talan los bosques sagrados y construyen iglesias por doquier... ¡Oh, aún oigo cómo gritaban las dríades, sin que ellos pudiesen oírlas, con gritos que hacían temblar el tranquilo y cálido aire, como si fueran a permanecer anclados en él para siempre! —el fauno agitó su rizada cabeza—. Huí hacia el Norte; pero me pregunto si aquellos de mis camaradas que se quedaron y lucharon, muriendo a causa de los exorcismos, no fueron más sabios. Eso fue hace mucho tiempo, joven elfo, y la soledad lo hizo aún mayor —las lágrimas le brillaban en los ojos—. Las ninfas, los faunos y los mismísimos dioses ya son menos que el polvo. Los templos se encuentran vacíos, blancos bajo el cielo, y, piedra a piedra, van convirtiéndose en ruinas. Y yo..., yo vago solitario en una tierra extranjera, despreciado por sus dioses y evitado por su gente: es una tierra de bruma y lluvia, y de férreos inviernos, de furiosos mares grises y pálidos rayos solares que despuntan entre las nubes. Ya no veré las aguas de zafiro y las dulcísimas ondas, ni las pequeñas islas rocosas donde nos aguardaban las ninfas, ni las vides ni las higueras, vencidas por el peso de sus frutos... Ya no veré a los majestuosos dioses del altísimo Olimpo...

El fauno interrumpió su lamento, se envaró, echó las orejas hacia delante, se levantó y se internó en la espesura. Skafloc miró a su alrededor y vio que el guardia que le habían asignado se acercaba para llevarle de regreso al hogar.

Pero a pesar de su tutela, salía a pasear solo con mucha frecuencia, sobre todo de día, ya que podía resistir su luz —que la gente de Faerie debía rehuir— y porque Imric suponía que ningún peligro podría sobrevenirle de parte de los seres mortales. Así se explica que Skafloc se desenvolviera mejor que los demás muchachos de Elfheugh y que llegara a conocer aquella tierra mucho mejor que cualquier ser humano que llevase viviendo en ella toda la vida.

Los animales que mostraban más familiaridad con los elfos eran el zorro y la nutria, al punto de que se decía que existía entre ellos una especie de parentesco y que poseían un lenguaje que no resultaba desconocido para los elfos. Del zorro, Skafloc aprendió los senderos ocultos de bosques y prados, las pistas y rastros que llegaban a distinguirse al incidir en ellas el sol de tal o cual manera, y la miríada de minúsculas señales que cuentan toda una historia a aquel que sea capaz de servirse de sus sentidos. La nutria le enseñó a conocer el mundo de los lagos y los ríos, a nadar con la misma agilidad que ella y a esconderse bajo abrigos que apenas habrían bastado para ocultar la mitad de su cuerpo.

Pero también aprendió a conocer igual de bien a otros animales. El más tímido de los pajarillos acudía a posarse en su dedo cuando le llamaba en su propia lengua. El oso le saludaba con un gruñido cuando se aventuraba en su madriguera. Ciervos, alces, liebres y urogallos comenzaron a guardar las distancias cuando a Skafloc le dio por cazar, pero con algunos de ellos, muy especiales, consiguió llegar a un acuerdo.

Dejemos aquí la semblanza de sus aventuras con los animales salvajes, ya que sería larguísima.

Los años corrían veloces, y él con ellos. Salía en cuanto despuntaba el primer brote verde de la primavera, cuando se despierta la floresta y se llena del estruendo de los pájaros que vuelven, cuando los ríos resuenan con el fragor de los hielos que se funden, y las tímidas florecillas blancas del musgo hacen pensar en copos de nieve que se resisten a marcharse. El verano le encontraba desnudo y moreno, con los cabellos flotantes y blanqueados por el sol, persiguiendo colinas arriba a las mariposas, como si quisiera llegar al cielo, o revolcándose entre la hierba por puro placer; o, en las noches claras, que eran una ensoñadora semblanza del día, bajo las estrellas, con los grillos cantando y el rocío resplandeciendo a la luz de la luna. Las atronadoras lluvias del otoño le lavaban, mientras se mantenía erguido en el sutil aire, lleno de los reclamos de las aves migratorias, con una corona de flores del color de las llamas en la cabeza. En invierno correteaba entre los copos de nieve, o se guarecía bajo los troncos caídos, mientras soplaba la tormenta y los árboles gemían; a veces, le gustaba permanecer inmóvil a la luz de la luna en los campos nevados, escuchando cómo crujía el hielo del lago a causa del frío, con un trueno que resonaba entre las colinas.

## CAPITULO 5

**C**uando las piernas de Skafloc comenzaron a alargársele de manera más que evidente, Imric se ocupó personalmente de él; al principio, sólo un poco, pero después, con el andar del tiempo, cada vez más, hasta hacer de él un auténtico guerrero de Alfheim. Los seres humanos, siendo de vida efímera, podían aprender más deprisa que el pueblo de Faerie, por lo que los conocimientos de Skafloc crecieron con más rapidez que su cuerpo.

Aprendió a cabalgar los caballos de Alfheim, yeguas y garañones blanquinegros, con la insólita elegancia de la plata viva, raudos e incansables como el viento, de forma que bien pronto sus galopadas nocturnas le llevaron desde Caithness a los Confines, con el aire, que hendía, cantándole en los oídos. Aprendió el uso de la espada y de la lanza, del arco y del hacha. Era menos ágil y grácil que los elfos, pero más fuerte que cualquiera de ellos, pudiendo llevar el equipo de combate durante tanto tiempo como fuera necesario; respecto a su elegancia debe decirse, no obstante, que cualquier otro Mortal habría parecido un zoquete a su lado.

Iba a cazar mucho por aquellas tierras, solo o en compañía de Imric y de su séquito. El arco de Skafloc envió a la muerte a muchos ciervos de poblada cornamenta, su lanza detuvo a muchos jabalíes de largos colmillos. Había otro tipo de caza, mucho más astuta, que se perseguía, no sin riesgo, por bosques y riscos, compuesta por unicornios y grifos, traídos por Imric desde los Confines del Mundo para su propio placer.

También aprendió Skafloc las costumbres de los elfos, su majestuosidad, su impenitente gusto por la intriga y su sutil lenguaje. Podía bailar al son de las arpas y de las gaitas a la húmeda luz de la luna, desnudo y despreocupado, como el más desenfrenado de los elfos. También podía recitar y cantar los cadenciosos lais que eran más antiguos que el hombre. También aprendió las artes de los escaldos, que hablaban en verso con la misma facilidad que en prosa. Llegó a conocer todas las lenguas habladas en Faerie y tres de las humanas. Sabía elegir a la perfección las mejores viandas de los elfos y los fuegos líquidos que ardían sin llama en el interior de las botellas cubiertas de telarañas que yacían en las bodegas subterráneas del castillo; pero, por encima de todo, no olvidaba sus preferencias por el pan negro y la carne salada de los cazadores, el sabor a lluvia, sol y tierra de los frutos selváticos, y el agua de los manantiales.

En cuanto brotó de sus mejillas la primera pelusa, asomo de barba, las hembras de la estirpe de los elfos comenzaron a interesarse por él. Como no temían a los dioses y tenían muy pocos hijos, los elfos ignoraban el matrimonio; pero era tal su naturaleza, que las hembras deseaban gozar del amor con mayor intensidad que los seres humanos, mientras que a los varones les ocurría lo contrario. Por esta razón, Skafloc pudo disfrutar de grandes favores, que aprovechó en más de una ocasión.

La parte más difícil, y quizá la más peligrosa, de su aprendizaje fue la magia. Por eso, desde que estuvo en disposición de dejar atrás los simples encantamientos hechos a medida de los niños, Imric se encargó de enseñársela. Aunque Skafloc no pudo profundizar en la materia tanto como su padre adoptivo, a causa de su condición humana y de lo efímero de su existencia, llegó a conocer tanto de ella como la mayor parte de los jefes elfos. Lo primero que aprendió fue a mantenerse apartado y a eludir el hierro, que elfos, trolls y goblins no podían soportar; y lo hizo tan bien que, después de haberle dicho que el hierro no tendría efecto sobre él, y de tocar receloso el clavo que había visto en la casa de un agricultor, sin sufrir daño por ello, no consiguió perder aquel hábito. A continuación aprendió las runas que curan las heridas y las enfermedades, que expulsan la mala suerte o que llevan él mal a un enemigo. También estudió las canciones que pueden desencadenar o apaciguar tormentas, traer buenas o malas cosechas, o suscitar cólera o paz en un pecho humano. Aprendió cómo extraer de sus minerales los metales, desconocidos para los humanos, que en Faerie sufren la aleación que viene a suplir al acero. También practicó el manejo del manto de invisibilidad,

y de las pieles que le permitirían adoptar la forma de un animal. Ya cerca del final de su preparación, aprendió las runas, cánticos y hechizos que pueden infundir vida a los muertos y permiten leer el futuro. También aprendió el ritual que sirve para invocar a los dioses, a pesar de que nadie lo utilizase, salvo en caso de tremenda necesidad, ya que podía poner en peligro la propia esencia y desatar fuerzas que podrían aniquilar a quien lo practicase.

Skafloc iba con mucha frecuencia a ver el mar y permanecía sentado frente a él hora tras hora, escrutando más allá de sus inquietas aguas la imprecisa línea en que se junta con el cielo, sin cansarse jamás de su voz profunda ni del aroma de sus honduras saladas, ni de sus ventosos dominios, ni de sus mil estados de ánimo. Descendía de una raza de navegantes y llevaba el flujo de las mareas en la sangre. Hablaba a las focas empleando su lenguaje de gruñidos y ladridos, y las gaviotas volaban en círculos a su alrededor para traerle noticias de los cuatro puntos cardinales. En ocasiones, cuando estaba en compañía de otros guerreros, las hijas del mar salían de la espuma, retorciendo sus largas cabelleras verdes según iban llegando a la playa, y entonces había gran regocijo. Eran frías y húmedas al tacto, y olían a alga; cuando todo había acabado, a Skafloc le quedaba en los labios un tenue sabor a pescado, que no conseguía eliminar el placer que sentía en su compañía.

Al cumplir los quince años ya era casi tan alto como Imric, con amplias espaldas y fuerte musculatura. Su larga y rubia cabellera, del color del lino, contrastaba con el tono moreno de su piel. Su rostro era franco y abierto, de huesos poderosos, con una amplia boca de sonrisa fácil y grandes ojos de intenso color azul, que eran un mundo aparte. Cualquier mortal que no hubiera tenido su experiencia habría dicho que un misterio se cernía sobre él, velado incluso tras aquellos ojos que habían contemplado cosas fuera del alcance de la humanidad ordinaria, y que se ponía de manifiesto en su manera de moverse como un leopardo.

Imric le dijo:

—Ahora eres lo bastante mayor para tener tus propias armas y no las mías; como, además, he sido convocado por el Rey de los Elfos, haremos un viaje por mar.

Al oír aquellas palabras, Skafloc lanzó gritos de alegría, dio volteretas por el campo y galopó alocadamente en su caballo a través de las tierras habitadas por los hombres, haciendo gratuitamente todo tipo de magias a falta de otra cosa. Hizo bailar los pucheros puestos al fuego, repicar las campanas de las iglesias, y, a las hachas, ponerse a cortar leña por sí solas. Con sus cantos mágicos subió las vacas hasta el tejado de la casa de un labriego, desencadenando un viento que dispersó su heno por todo el condado y una lluvia de oro que cubrió totalmente su patio. Con el manto de invisibilidad echado sobre los hombros, besó a las muchachas que al atardecer aún trabajaban en el campo, despeinándolas y echando a sus amantes a un foso. En los días que siguieron, aquello ocasionó innumerables misas con el objeto de detener aquel brote de brujería; pero, por aquel entonces, Skafloc ya se había hecho a la mar.

El navío largo de Imric, todo él de negro, surcaba las aguas con la vela hinchada por un viento provocado mágicamente. Su tripulación había sido reclutada entre los guerreros elfos más notorios, pues no había que echar en saco roto la posibilidad de un encuentro con los trolls o con el Kraken. Skafloc se mantenía de pie, junto al dragón de proa, escrutando ansiosamente lo que venía de frente; de pequeñito había recibido el don de la Vista Encantada, que le permitía ver tanto de día como de noche. Espiaba a las marsopas, que brillaban con tonos grises y plata bajo la luna, y saludó a una vieja foca que conocía. En una ocasión, emergió a su lado una ballena, con el agua espumeándole en los lomos. Muchas cosas, que los marinos mortales sólo vislumbran o ven en sueños, aparecían nítidas a los anublados y oblicuos ojos de los elfos y a los de Skafloc: las hijas del mar, retozando entre la espuma, mientras cantaban; la sumergida torre de Ys, un breve reflejo de blanco y oro, como el grito de desafío de un halcón; las Valkirias, apresurándose para llegar a alguna batalla en el continente.

El viento cantaba entre el cordaje y las olas rugían contra la quilla. Antes de la aurora, el bajel había alcanzado la otra orilla: arrastrado sobre la playa, quedó oculto gracias a un encantamiento.

Los elfos se acomodaron bajo un toldo en el puente, pero Skafloc estuvo recorriendo el lugar mientras fue de día. Se subió a un árbol y contempló, maravillado, las tierras de labranza que se extendían hacia el sur. Los edificios no eran como los de Inglaterra. Entre ellos podía verse la

mansión de un barón, tétrica y gris. Skafloc tuvo un fugaz sentimiento de piedad al pensar en la existencia tan mezquina que rezumaba de tanta lobreguez. No habría cambiado su modo de vida por nada en el mundo.

Cuando se hizo de noche, los elfos montaron en los caballos que habían llevado consigo y cabalgaron hacia el interior con la rapidez de la tormenta. A medianoche, llegaron a una región montañosa, donde la claridad lunar arrojaba un sutil velo plateado y espesas sombras sobre riscos y precipicios, y sobre el lejano brillo verdoso de los glaciares. Los elfos cabalgaban a lo largo de un sendero estrecho, con las lorigas tintineando, las lanzas en alto y las plumas y mantos ondeando al viento. El sonido de los cascos de sus caballos, al golpear en las piedras, suscitaba ecos en la inmensidad de la noches.

En lo alto sonó, bronco, un cuerno, al que respondió otro más abajo. Los elfos escucharon sonidos metálicos y un rumor de pasos. Cuando llegaron al final del sendero, vieron un destacamento de enanos que montaba guardia ante la entrada de una cueva.

Aunque aquellos hombrecillos de piernas arqueadas escasamente le llegaran a Skafloc a la cintura, eran de hombros anchos y largos brazos. Sus rostros oscuros y barbados expresaban cólera, y sus ojos ardían sin fuego bajo sus hirsutas cejas. Estaban armados con espadas, hachas de combate y escudos de hierro, armas que, antaño, no habían podido prevalecer contra las lanzas y flechas de los elfos, ni contra su velocidad y agilidad, por no mencionar sus cuidadosas artimañas.

—¿Qué queréis? —preguntó, con voz de trueno, el jefe de la partida—. ¿Acaso elfos y trolls no nos han hecho ya bastante daño, saqueando nuestras tierras y llevándose a nuestra gente para convertirlos en sus siervos? Esta vez nuestras fuerzas son mayores que las vuestras, y si dais un paso más os mataremos.

—Venimos en son de paz, Motsognir —replicó Imric—. Sólo queremos comprar vuestras mercancías.

—Conozco tus artimañas, Imric el Astuto —dijo, rudamente, Motsognir—. Dices eso para que bajemos la guardia.

—Os daré rehenes —ofreció el Conde de los Elfos, lo que aceptó, aunque rezongando, el Rey de los Enanos. Y, dejando a la entrada a varios de los recién llegados, aunque desarmados y rodeados por sus guerreros, Motsognir condujo a los demás al interior de sus cavernas.

Las paredes de roca estaban iluminadas por unas hogueras que arrojaban sobre ellas una penumbra sanguinolenta, cargada de sombras. Los enanos trabajaban incansables en sus forjas, golpeando tan fuerte con sus martillos en los yunques que a Skafloc comenzaron a zumbarle los oídos. En aquel lugar se hacían los objetos mejor trabajados del mundo: copas y cálices engastados de gemas; anillos y gargantillas de oro rojo, entrelazados de manera complicadísima; armas forjadas con los metales extraídos del corazón de la montaña, armas dignas de los dioses —y era bien cierto que los enanos habían trabajado para los dioses— y otras armas, estas cargadas de maldad. Potentes eran las runas y hechizos que los enanos podían grabar en ellas, tan desconcertantes como las artes que dominaban.

—Desearía que armases a mi ahijado —dijo Imric.

Los cegatos ojos de Motsognir estudiaron en aquella titubeante luz la alta figura de Skafloc. Su voz retumbó a través del repiqueteo de los martillos:

—¡Vaya, Imric, veo que has vuelto a recaer en tu antiguo vicio de cambiar niños! Algún día acabarás pasándote de listo. Pero, como veo que éste es humano, supongo que querrás para él armas de acero.

Skafloc dudó. Todavía no había conseguido superar los miedos de tantos años. Pero sabía lo que ocurriría con el tiempo. El bronce era demasiado blando y la curiosa aleación de los elfos demasiado ligera para poder desarrollar con ella la fuerza que veía crecer día a día.

—Sí, de acero —dijo, convencido.

—Muy bien, muy bien —rezongó Motsognir, y se dio la vuelta, dirigiéndose hacia su forja—. Déjame que te diga una cosa, muchacho: vosotros, los humanos, aunque débiles, de vida corta e inconscientes, sois indudablemente más fuertes que elfos y trolls, sí, y más que gigantes y dioses. Y el hecho de que podáis tocar el hierro sólo se debe a una razón. ¡Eh! —llamó—. ¡Eh, Sindri, Thekk, Draupnir, venid a ayudarme!

El trabajo de forja se desarrolló sin prisa, mientras aquel lugar se llenaba de chispas cada vez que golpeaban el metal. Tan extraordinaria era la habilidad de aquellos herreros, que muy poco después Skafloc vestía un yelmo alado y una resplandeciente loriga, de la que pendía un escudo que le cubría la espalda. A la cintura llevaba una espada y en la mano un hacha de combate. Todo su equipo relucía con el resplandor azulado del acero. Embargado de alegría, levantó en alto sus armas y emitió el grito de guerra de los elfos.

—¡Ah! —exclamó, mientras devolvía la espada a su vaina—. ¡Que los trolls o los goblins, o incluso los gigantes, se atrevan a acercarse a Alfheim! ¡Los golpearemos como el rayo y prenderemos fuego a sus tierras!

Y, acto seguido, improvisó un poema:

Veloz transcurre el juego de la espada,
que resuena, incesante, en la montaña.
Es buen reclamo el choque del acero
para llegar, sonoro, hasta el azul;
mientras, airadas, vuelan ya las flechas
y se yerguen las hachas hacia el cielo,
golpeando estrepitosas en lorigas,
hendiendo escudos y quebrando yelmos.

Veloz transcurre el juego de la espada:
lluvia de lanzas cae sobre las huestes;
la locura se ceba en muchos hombres,
que segarán las filas del contrario;
roja es la sangre que resuma el hacha,
y el lobo gris y el presuroso cuervo
sacian su sed en ella infatigables.

—Bien dicho, aunque resulte una pizca juvenil —comentó fríamente Imric—. Pero no olvides que no debes tocar siquiera a los elfos con tus nuevos juguetes. Y ahora, vamonos —y entregó a Motsognir un saco de oro—. Éste es el pago por vuestro trabajo.

—Preferiría que me pagaras liberando a los siervos que tienes de nuestra especie —dijo el enano.

—Me resultan muy útiles —fue el escueto comentario de Imric, y se marchó.

Al amanecer, los elfos se resguardaron en una cueva y, a la noche siguiente, cabalgaron hacia la gran floresta en donde se levantaba el castillo del Rey de los Elfos.

En el ambiente había una urdimbre de hechicerías que Skafloc no consiguió descifrar. Vislumbraba vagamente unas torres altas y esbeltas que se recortaban sobre la luna, en un crepúsculo de azur que vibraba con los vaivenes y las danzas de muchas estrellas, y escuchaba una música que calaba a través de la piel, la carne y los huesos, y conmovía el alma; pero hasta que no llegaron al salón del trono no fue capaz de distinguir nada con claridad.

Rodeado de sus nobles, todos ellos de gran estatura, el Rey de los Elfos reposaba en un trono de sombras. Dorados eran corona y cetro, y púrpura sus ropajes, armonizando con la penumbra que le rodeaba. Tenía blancos barba y cabello, siendo el único de los elfos en mostrar sobre la frente y las mejillas las arrugas propias de la edad. Pero, aparte de aquello, su rostro parecía esculpido en mármol y los ojos le ardían como brasas.

Imric hizo una reverencia, mientras los guerreros de su séquito doblaban la rodilla ante su rey. Cuando éste habló, fue como el canto del viento:

—Salud, Imric, Conde de los Elfos de Britania..

—Salud a vos, señor —contestó Imric, mientras mantenía la sosegada e imponente mirada de su soberano.

—Hemos llamado a Consejo a nuestros capitanes —explicó—, porque ha llegado hasta nosotros el rumor de que los trolls están dispuestos a ir de nuevo a la guerra. No hay duda de que se están armando para combatirnos, por lo que suponemos que en los próximos años se termine la tregua entre ellos y nosotros.

—Me parece bien, señor. Nuestras espadas se enmohecen en sus vainas.

—Quizá no esté tan bien, Imric. La última vez, los elfos rechazamos a los trolls, y habríamos entrado en sus territorios si ellos no hubieran firmado la paz. Illrede, el Rey de los Trolls, no es ningún loco. No se atrevería a ir a la guerra si no pensara que es más fuerte que antes.

—Haré todos los preparativos necesarios en mis dominios, señor, y enviaré espías.

—De acuerdo. Quizá puedan informarnos de algo interesante, ya que los nuestros no han podido decirnos nada fuera de lo corriente —en aquel momento, el soberano volvió la vista hacia Skafloc, quien sintió cómo se le iba helando el corazón al contemplar su mirada llameante—. Imric, hemos oído hablar de tu ahijado —murmuró—. Podrías habernos consultado al respecto.

—No había tiempo, señor —arguyó el Conde—. El infante habría sido bautizado antes de que hubiese podido acercarme a consultaros y volver de nuevo. Resulta bastante difícil robar un niño en los tiempos que corren.

—Y peligroso, Imric.

—Cierto, señor, pero vale la pena. No necesito recordaros que los humanos pueden hacer muchas cosas que están vedadas a elfos, trolls, goblins y demás seres afines. Pueden usar cualquier metal, tocar el agua bendita, caminar por tierra consagrada y pronunciar el nombre del nuevo dios. ¡Ay! Incluso los mismísimos dioses antiguos tienen que huir ante ciertas cosas que resultan inocuas a los humanos. Por este motivo, nosotros, los elfos, necesitábamos uno de ellos.

—La criatura que dejaste en su lugar también podría haber hecho las mismas cosas.

—Por supuesto que sí, señor. Pero vos no conocéis la naturaleza selvática y maligna de esos seres mestizos. No se les puede revelar la magia como a los humanos. Si no fuera porque nos aseguramos de que los hombres jamás lleguen a saber que les robamos sus hijos, para que no invoquen a sus dioses contra nosotros, los elfos no engendraríamos nunca criaturas como esas.

Hasta entonces, la conversación había tratado de materias conocidas por todos los presentes y se había desarrollado con el aplomo característico de los inmortales. Pero a partir de aquel momento, el tono del Rey de los Elfos se hizo más hiriente.

—¿Podemos confiar en este humano? Bastará con que se pase al bando del nuevo dios para estar fuera de nuestro alcance. Quizá ya sea demasiado poderoso.

— ¡No, señor! —Skafloc dio un paso hacia delante, inmiscuyéndose en aquella imponente asamblea y mirando de frente al Rey de los Elfos—. Estoy profundamente agradecido a Imric por haberme rescatado de la opaca, ciega y triste vida de los mortales. Soy elfo en todo, menos en la sangre, pues, siendo pequeño, tomé leche de pechos élficos, ahora hablo élfico y yazgo al lado de las doncellas de la estirpe de los elfos —irguió la cabeza, casi con arrogancia—. Dadme la venia, señor, y seré el mejor de vuestros sabuesos..., pero no olvidéis que perro que se expulsa no tarda en convertirse en lobo que se alimenta con el rebaño de su patrón.

Algunos de los elfos se sintieron espantados por tanta franqueza, pero su rey asintió, esbozando una sonrisa siniestra.

—Te creemos —dijo—, ya que, ciertamente, los hombres que llevamos a Alfheim antes que a ti se comportaron como guerreros valientes. Lo que realmente nos preocupa de ti es el asunto del regalo que te hicieron los Ases. No son parte ajena en este asunto y no podemos asegurar que sus propósitos coincidan con los nuestros.

Un escalofrío recorrió a todos los presentes, lo que motivó que alguno de ellos trazara en el aire signos rúnicos. Pero Imric comentó:

—Señor, ni siquiera los dioses pueden cambiar lo que ya haya sido decidido por las Nornas. Para mí sería una vergüenza perder el más prometedor de los hombres a causa de los imprecisos miedos del mañana.

—Y realmente lo sería —confirmó el Rey de los Elfos, pasando a exponer a los presentes otros pormenores.

Antes de que terminara la reunión de tantos nobles elfos se preparó un rico festín. Skafloc tenía la cabeza tan llena de la magnificencia de la corte del Rey de los Elfos, que, cuando finalmente regresó a su hogar, su desprecio y piedad por los humanos fueron tan grandes que, durante cierto tiempo, no quiso tener nada que ver con ellos.

Habían transcurrido media docena de años. Los elfos no mostraban cambio alguno, pero, en cambio, Skafloc había crecido tanto que los siervos enanos de Imric tuvieron que arreglarle el equipo de guerra. Ya era más alto y robusto que el Conde, y más fuerte que cualquiera del reino. Luchaba con osos y uros, venciendo con mucha frecuencia al ciervo en su carrera. Nadie en Alfheim habría podido tensar su arco o empuñar su hacha de combate, independientemente del hecho de que fuera de hierro.

Con los años se le fue adelgazando el rostro, que ocultó en parte con un bigote del mismo color trigueño que su larga cabellera. Pero era mucho más alegre y díscolo que antes, si puede decirse, y se complacía en las bromas más alocadas y en las empresas más temerarias; había llegado a ser un brujo malicioso, capaz de suscitar un remolino de viento que levantase lo justo las faldas de una joven, y un bebedor empedernido y pendenciero. Inquieto a causa de su propia fuerza, merodeaba por la región, cazando los animales más feroces que podía encontrar. Y siempre estaba dispuesto para una nueva aventura a pesar de que, tras buscar y matar en los pantanos a los monstruos de la progenie de Grendel, en más de una ocasión sufrió heridas espantosas que sólo podían curarse con la magia de Imric. Algunas veces también ocurría todo lo contrario: que estuviese sin hacer nada durante varias semanas, mirando con aire soñador las nubes en lo alto, casi sin moverse. O que adoptara la forma de algún animal y, entonces, con sentidos ajenos a los humanos, buscase florestas y aguas, para hacer cabriolas como una nutria, o corriese a pasos largos como un lobo, o volase con el orgullo del águila.

—Hay tres cosas que aún no he conocido —se jacto en cierta ocasión—: el miedo, la derrota y el mal de amor. Imric le miró de forma extraña.

—Eres demasiado joven —dijo— para haber conocido las tres cosas esenciales de la vida humana.

—Soy más elfo que humano, padre adoptivo.

—Sí... por ahora.

Un año después, Imric mandó aprestar una docena de navíos largos y se fue a realizar correrías. La flota cruzó el Mar Oriental y saqueó las moradas que los goblins tenían establecidas a lo largo de la costa rocosa. Las tripulaciones desembarcaron a continuación y se adentraron tierra adentro, haciendo una incursión en un poblado de los trolls, quemándolo después de haber matado a sus habitantes y tomado sus tesoros. Aunque la guerra no había sido declarada, aquellos saqueos y tanteos de la fuerza del contrario iban siendo cada vez más frecuentes en ambos bandos. Imric, Skafloc y los demás guerreros pusieron vela al Septentrión y después al Oriente, atravesando una fantástica tierra blanca de brumas y fríos, rodeada de icebergs a la deriva; doblaron un cabo, pasaron por un estrecho, y finalmente se dirigieron al Mediodía. Allí combatieron con dragones y saquearon a los demonios que vivían en aquella tierra. De nuevo siguieron la costa hacia Poniente, hasta que llegaron al Mediodía y volvieron a dirigirse nuevamente al Septentrión. Su batalla más dura tuvo lugar en una playa desierta contra una tropa de dioses exiliados, quienes, a pesar de encontrarse enflaquecidos y mermados y haber enloquecido en su soledad, aún disponían de tremendos poderes. Después de la confrontación hubo que quemar tres de los barcos, ya que no había hombres suficientes para tripularlos, pero Imric resultó victorioso.

Divisaron fugazmente a unos humanos, pero no les hicieron gran caso, ya que todo su interés se centraba en Faerie. Los mortales jamás los espiaban, a no ser con miradas sobrecogidas. No tuvieron que guerrear con nadie; muchos reinos los acogieron y estuvieron dispuestos a intercambiar sus mercancías, lo que hizo que sus escalas no fuesen breves. Tres años después de su partida, los navíos regresaron con un gran cargamento de riquezas y esclavos. Había sido un viaje glorioso, del que mucho se habló en Alfheim y en las tierras circundantes; y la fama de Imric y Skafloc fue grande.

## CAPITULO 6

**L**a bruja vivía sola en el bosque, con sus recuerdos como única compañía; y sucedió que éstos, con el paso de los años, se fueron alimentando de su alma, dejando en ella la impronta del odio y la sed de venganza. Después de muchos intentos, aprendió el modo de aumentar sus poderes y fue capaz de invocar a los espíritus que no son de este mundo y de hablar con los demonios de las capas superiores de la atmósfera, que incrementaron su saber. Y acudió al Sabbath Negro, que se celebra en el Brocken, volando alto en el cielo a lomos de una escoba, con sus harapos flotando en el viento. Fue un festín monstruoso, donde hórridas y antiguas formas canturreaban en torno al negro altar, mientras bebían, ávidas, de los calderos repletos de sangre; pero, quizá, lo peor de todo fuera encontrar en él a las mujeres jóvenes que tomaban parte en los ritos y en los espeluznantes acoplamientos.

La bruja volvió a su choza con más sabiduría que antes Y con una rata como familiar, que tomaba sangre de uno de sus marchitos pechos al morderlo con sus minúsculos y aguzados dientes y que, por la noche, se acostaba con ella en su catre, susurrándole cosas al oído mientras dormía. Así pues, llegó el momento en que la bruja creyó poseer el poder suficiente para invocar a aquel a quien tanto llevaba esperando. Sobre su cabaña se desataron rayos y truenos, mientras un resplandor azulado y el hedor de las simas infernales se iban insinuando en el ambiente. Pero la oscura presencia, ante la cual se postró, le pareció bellísima, pues todo pecado parece bello al pecador que consiente en él.

—¡Oh, tú, el de los muchos nombres, Príncipe de las Tinieblas, Compañero Maligno! —exclamó la bruja—. ¡Quiero que realices mi deseo, que estoy dispuesta a pagarte de la manera establecida desde antaño!

Entonces fue el momento de hablar de aquel a quien había invocado, y su voz fue pausada, acariciante y paciente:

—Llevas recorrido largo trecho en el camino que te conduce hacia mí, aunque aún no me pertenezcas del todo. La misericordia del de arriba es infinita, y sólo si la rechazas estarás realmente perdida.

—¿Qué me importa a mí la misericordia? —exclamó la bruja—. No me servirá para vengar a mis hijos. Estoy dispuesta a concederte mi alma con tal que me entregues a mis enemigos.

—Eso no puedo hacerlo —respondió su invitado—, pero puedo darte los medios que te permitirán hacerlos caer en tu trampa, siempre que tu astucia sea mayor que la de ellos.

—Con eso bastara!.

—Pero, antes, piénsatelo. ¿No te has vengado ya de Orm? ¿No eres tú la responsable de que tenga como primogénito a un hijo cambiado, y de que el mal que éste puede hacerle sea inmenso?

—Sí, pero el auténtico hijo de Orm prospera en Alfheim, y el resto de sus hijos crecen en paz. Quiero borrar de la faz de la tierra a su odiosa progenie, como él hizo con la mía. Los dioses paganos no me ayudarán y, posiblemente, tampoco Aquel cuyo nombre preferiría no pronunciar. Por eso, tú, Negra Majestad, tienes que ser mi amigo.

En sus ojos se insinuó durante un largo momento una mirada que albergaba unas diminutas y cambiantes llamas, más frías que el invierno.

—Como habrás podido conocer, los dioses no son totalmente ajenos a este asunto —dijo, casi en un susurro, aquella voz tranquila—. Odín, que prevé los destinos asignados a los hombres, hace planes que tardan mucho en realizarse... Pero tendrás mi ayuda. Te daré poder y conocimiento, hasta que llegues a convertirte en una bruja poderosa. Entonces te diré cómo has de atacar de una manera infalible, a no ser que tus enemigos sean más listos de lo que pienso.

»En el mundo hay tres Potencias contra las que nada pueden hacer dioses, demonios, ni hombres, y contra las que ninguna magia ni poder alguno prevalece: el Cristo Blanco, el Tiempo y el Amor.

»De la primera de estas Potencias sólo puedes esperar obstáculos a tus deseos, y has de impedir que Él y los Suyos tomen parte en la contienda. Lo conseguirás mientras no olvides que el Cielo deja a los seres sublunares hacer su voluntad, sin obligarles a seguir su camino; incluso los milagros siempre han dejado abierta una posibilidad a los hombres.

»A la segunda Potencia, que recibe tantos nombres como yo —Hado, Destino, Ley, Wyrd, las Nornas, Necesidad, Brahmán, y muchos más— es inútil invocarla, porque no escucha. Ni siquiera puedes saber si existe al mismo tiempo que la libertad de que te hablé, del mismo modo que tampoco puedes comprender por qué coexisten los antiguos dioses con el nuevo. Pero cuando estés realizando tus encantamientos más importantes, habrás de pensar en ello, hasta que conozcas en lo más profundo de tu ser que la verdad es algo que reviste formas tan diferentes como las mentes que intentan comprenderla.

»La tercera Potencia es de esencia mortal, por lo que te puede resultar tan favorable como todo lo contrario, siendo de este modo como habrás de usarla.

Tras aquellas palabras, la bruja pronunció el juramento, y entonces le fue revelado el modo de obtener el conocimiento que precisaba, con lo que finalizó aquel encuentro.

Pero quizá haya que señalar un hecho curioso: cuando aquel que había sido convocado salió de la choza, la bruja le siguió con la mirada, por lo que pudo comprobar que quien se iba no tenía el mismo aspecto que quien había entrado. Adoptaba la apariencia de un hombre muy alto, que caminaba rápidamente a grandes zancadas y que tenía una barba muy larga y del mismo color gris que el pelaje de los lobos. Se cubría con un manto y llevaba una lanza; bajo su sombrero de ala ancha le pareció ver un único ojo. La bruja se acordó de que también era muy astuto, de retorcidos propósitos, las más de las veces, y muy dado a disfrazarse en sus vagabundeos por todo lo largo y ancho del mundo. Por eso no pudo reprimir un escalofrío.

Pero cuando desapareció de su vista, sin que hubiera conseguido verlo claramente —podría haber sido una ilusión creada por la escasa luz de las estrellas—, no se quebró la cabeza con conjeturas, sino sólo con el constante dolor de lo que había perdido y de lo próxima que estaba su venganza.

Aparte del hecho de que el niño cambiado era de mal carácter y llorón, nada permitía distinguirlo del auténtico, y aunque Aelfrida se sintiese perpleja por el comportamiento de su hijito, no había llegado a poner en duda que fuese suyo. Bautizó al niño con el nombre de Valgard, como Orm quería, y le cantaba y jugaba con él, sintiéndose feliz por ello. Pero la criatura mordía tan fuerte que darle el pecho era un suplicio.

Orm se sintió complacido cuando llegó a su casa y se encontró con un niño tan espléndido.

—Será un gran guerrero —comentó—, manejará bien la espada y cabalgará navíos y caballos —y miró al patio—. Pero, ¿dónde están los perros? ¿Dónde está mi viejo y fiel Gram?

—Gram ha muerto —dijo Aelfrida con voz átona—. Intentó saltar sobre Valgard y destrozarle... Tuve que matar al pobre animal, porque se había vuelto loco. Y eso debió de alterar al resto de los perros, que ahora enseñan los dientes y huyen cada vez que salgo afuera con el niño.

—Es extraño —dijo Orm, en tono de reflexión—. Todos los de mi familia siempre les caímos bien a perros y caballos.

Pero cuando Valgard creció, resultó evidente que ningún animal quería estar cerca de él: el ganado salía huyendo, los caballos relinchaban y se apartaban, los gatos bufaban y se subían a los árboles, por lo que el muchacho tuvo que aprender a usar la lanza antes de lo debido, para defenderse de los perros. A cambio, no se mostraba nunca amigo de los animales, a los que propinaba patadas e insultos, llegando a convertirse en un cazador incansable.

Era taciturno y parco en el hablar, muy dado a chanzas de mal gusto y a la desobediencia. Los siervos le odiaban por su malevolencia y las crueles bromas que les gastaba. Y poco a poco, Aelfrida, a pesar de esforzarse en lo contrario, dejó de amarle.

Pero Orm estaba prendado de Valgard, aunque, en más de una ocasión, ambos no estuviesen de acuerdo. Cuando tuvo que azotar al muchacho, jamás consiguió arrancarle un grito de dolor, por fuerte que cayera su mano. Y cuando practicaba la esgrima y su espada se abatía sobre él, como si fuese a henderle el cráneo, Valgard nunca parpadeaba. Creció fuerte y ágil, y aprendió a manejar las armas como si hubiese nacido para ello, sin dar jamás muestras de miedo o de debilidad, pasara lo que pasase. Y aunque no tuviera propiamente amigos, no eran pocos los que le seguían.

Orm tuvo más hijos de Aelfrida: dos varones, el pelirrojo Ketil y el moreno Asmund, que eran dos muchachos que prometían, y dos hembras, Asgerd y Freda, esta última el vivo retrato de su madre. Todos eran como cualquier niño, encantadores en ocasiones y tristes en otras; al principio jugaban alrededor de su madre, pero más tarde lo hicieron por todas sus tierras. Aelfrida los quería con un amor constante y profundo. Orm también los quería, pero su preferido era Valgard.

Extraño, taciturno y silencioso, Valgard estaba a punto de convertirse en hombre. Por fuera no era diferente de Skafloc, salvo, quizá, porque su cabello era una pizca más oscuro y su piel un poco más blanca, y porque en sus ojos brillaba una especie de ruda frivolidad. Pero había tristeza en su boca, porque casi nunca reía, excepto cuando hacía manar la sangre o causaba algún tipo de dolor, y aun entonces aquella risa no era sino un mero enseñar los dientes. Más alto y más fuerte que la mayoría de los jóvenes de su edad, se relacionaba poco con ellos, excepto cuando los organizaba en bandas para hacer alguna bribonería. Raramente ayudaba en la granja, a no ser en la época de la matanza, por lo que acostumbraba a dar largas caminatas.

Como Orm todavía no se había decidido a levantar la iglesia que antaño prometiera al sacerdote, a los labradores de las cercanías les dio tiempo de ponerse de acuerdo y construirla. Aquello no le importó a Orm, quien dio permiso a su gente para que acudiese a visitarla. Aelfrida rogó al sacerdote que fuese a ver a Valgard y a hablar con él. El muchacho se burló de el en la cara:

—Jamás me inclinaré ante vuestro dios llorón —dijo—, ni ante ningún otro. Por lo demás, si es que los sacrificios a los dioses tienen algún sentido, los que mi padre hace a los Ases le son más útiles que cualquiera de las plegarias que él o tú podáis hacer a Cristo. Pues si yo fuese un dios recibiría con agrado las ofrendas en sangre que se me hicieran para que dispensara buena suerte, y a un hombre tan avaro que no hiciera más que aburrirme con tantos rezos melosos, le estamparía mi marca... ¡así! —y pesadamente, calzado como estaba, dio un pisotón al sacerdote.

Orm se rió muchísimo cuando se enteró de lo ocurrido, sin que las lágrimas de Aelfrída sirvieran de nada ni el sacerdote obtuviera consuelo.

A Valgard le gustaba la noche sobre todo, y era muy frecuente que se levantara de la cama y saliese afuera. Podía estar corriendo hasta la aurora con su largo paso de lobo, impulsado por algún destello de magia lunar oculta en su mente. No sabía lo que estaba buscando, salvo que sentía una tristeza y un anhelo que no podía describir, y una alegría inexplicable cuando mataba, mutilaba o destruía algo. ¡Sólo entonces era capaz de reír, con la sangre de los trolls golpeándole en las sienes!

Pero después de que, cierto día, al contemplar a las jóvenes que trabajaban en el campo, observara que el sudor dulzón de sus cuerpos se adhería a sus vestidos, se dedicó a otros pasatiempos. A su fortaleza y agradable aspecto había que añadir una desenvuelta lengua de elfo, que

sacaba a relucir cuando quería. Orm no tardó en pagar las indemnizaciones que tanto jóvenes como siervos exigían por los malos tratos de Valgard.

No dio mucha importancia a aquello, pero no sucedió lo mismo cuando el joven, que tenía unas copas de más, discutió con Olaf Sigmundsson y le mató. Orm pagó el werejild y comprendió que su hijo no estaba seguro en aquel sitio. Durante los últimos años había pasado en casa la mayor parte del tiempo, realizando viajes pacíficos de índole comercial. Aquel verano, sin embargo, Orm se llevaría consigo a Valgard, en calidad de vikingo.

Aquello fue la gloria para el muchacho, ya que supo ganarse rápidamente el respeto de la tripulación, por su destreza y valentía en la batalla, a pesar de las innecesarias muertes de quienes se hallaban indefensos. Poco después comenzó a entrarle a Valgard la berserkirgangr, que le hacía temblar, echar espuma por la boca y morder el borde de su escudo, mientras se arrojaba en medio del combate, aullando y matando.

Su espada era una cosa roja sin contornos precisos, por lo deprisa que se movía; no sentía la mordedura de las armas en su cuerpo, y el tremendo terror que producía su distorsionado rostro helaba de pavor a los hombres, haciéndoles perecer bajo sus golpes. Cuando pasaban aquellas crisis, se sentía cansado durante un tiempo; mientras tanto, los cadáveres se amontonaban a su alrededor.

Sólo los hombres más toscos y sin ley aceptaban tener que habérselas con un berserkr, y, recíprocamente, aquel tipo de gente era la única a la que a Valgard le gustaba mandar. Cada verano salía en busca de botín, solo o en compañía de Orm, que no tardó en desistir. Al llegar a la plenitud de su fuerza de hombre, Valgard ya se había labrado una siniestra reputación. Le gustaba conseguir oro para comprar barcos, tripulados con la hez de los mares, hasta el punto de que Orm le prohibió desembarcar en sus tierras.

Los demás hijos eran queridos por la mayoría de la gente. Ketil era parecido a su padre, grande y alegre, siempre dispuesto a una pelea o a una travesura, y, cuando tuvo edad para ello, se hizo a la mar con frecuencia. Pero la única vez que salió como vikingo, discutió profundamente con Valgard, por lo que, a partir de entonces, decidió seguir su propio camino como comerciante. Asmund era esbelto y de carácter tranquilo, buen arquero, pero en absoluto amante de la batalla, por lo que acabó encargándose de la granja. Asgerd era una joven grande, de manos fuertes y frescas, ojos azules y cabellos de oro, y Freda, según crecía, se iba haciendo tan hermosa como su madres.

Así estaban las cosas cuando la bruja decidió que ya era tiempo de tirar de todos los hilos de su telaraña.

## CAPITULO 7

**E**n un ventoso día de otoño, con el aroma de la lluvia en el aire punzante y las hojas de los árboles que tomaban los colores del oro, del cobre y del bronce, Ketil y un pequeño grupo de camaradas se fueron de caza. Cuando aún no se habían adentrado en el bosque vieron un ciervo blanco, tan enorme y de tan noble apariencia, que casi no daban crédito a sus ojos.

—¡Vaya, es una presa digna de un rey! —exclamó Ketil, espoleando a su caballo, mientras los demás le seguían, saltando sobre troncos y piedras, esquivando los tocones y los árboles caídos, abriéndose paso entre los arbustos y pisoteando las hojas caídas, con el viento rugiendo en sus oídos y el bosque convirtiéndose en una confusión de colores. Curiosamente, los sabuesos no se mostraban

muy ansiosos de proseguir la caza, y aunque Ketil no montase un caballo excepcional, fue dejándolos atrás, lo mismo que al resto de los cazadores.

Ante él, en la débil luz del atardecer, el ciervo blanco seguía dando brincos, con sus arbóreas astas apuntando al cielo, durante algún tiempo, la lluvia se derramó, gélida, a través de las desnudas ramas; en la ceguera de la persecución, Ketil apenas la sintió, pues no parecía preocuparse del tiempo ni del espacio recorrido, sino sólo de la excitación del galope y de la caza.

Finalmente llegó a un pequeño claro, y poco le faltó para atrapar al ciervo, pues aunque la luz era escasa disparó su lanza a la forma blanca. En aquel instante el ciervo pareció menguar y desvanecerse, como la bruma tras un golpe de viento. Cuando desapareció, sólo quedó en su lugar una rata que se apresuró a esconderse entre las hojas muertas.

De repente, Ketil se dio cuenta de que se había distanciado tanto de sus compañeros, que los había perdido. A través de la penumbra soplaba un viento desapacible y cortante. Su caballo temblaba de cansancio. Todo aquello significaba que había llegado a una parte del bosque que le era desconocida, lo que quería decir que estaba muy al oeste de los dominios de Orm. No podía comprender qué era lo que había espoleado al animal de aquella forma, impidiéndole caer exhausto. Y la singularidad de todo lo sucedido hizo que un escalofrío le recorriera la espalda.

Pero justo al borde del claro, bajo una inmensa encina, se levantaba una casa. Ketil se preguntó qué tipo de personas podrían vivir en ella, tan apartadas de los demás, y de qué podrían mantenerse, pues no vio signo alguno de animales ni cultivos. Al menos, pensó, en aquella casita de madera y techo de paja, en cuyas ventanas brillaba la plácida luz de un fuego, podrían abrigarse él y su caballo. Así que desmontó, cogió su lanza y llamó a la puerta.,.

Al abrirse ésta, pudo divisar una habitación profusamente amueblada, con un establo vacío al fondo. Pero donde, sobre todo, Ketil posó su mirada, fue en la mujer que había en ella, de suerte que ya no pudo mirar a ninguna otra parte. Sintió que el corazón le daba un vuelco y le golpeaba en las costillas, como haría un gato montes con la jaula que le mantuviera prisionero.

Era alta, y su vestido escotado se adhería admirablemente a cada curva de su maravilloso cuerpo. Su oscura cabellera, que llevaba suelta, le llegaba a las rodillas, resaltando el óvalo perfecto de un rostro tan blanco como la espuma del mar. Sus labios, carnosos y grandes, eran del color de la sangre; su nariz, delicadamente arqueada; sus ojos, de largas pestañas, bajo unas finísimas cejas, verdes. Aquel insondable color verde de sus ojos, de destellos dorados, parecía mirar dentro de la mismísima alma de Ketil, que, a pesar de la extraña sensación que sentía, pensó que nunca antes había conocido a una mujer semejantes.

—¿Quién eres? —preguntó ella, con voz suave y cantarina—. ¿Qué quieres?

Ketil sentía la boca seca, y los latidos de sus sienes comenzaban a ensordecerle, pero respondió con rapidez.

—Soy... Ketil Ormsson... Me he perdido mientras cazaba, por eso te pido que nos acojas durante una noche, a mi caballo y... a mí.

—Sé bienvenido, Ketil Ormsson —dijo ella, con una sonrisa que a punto estuvo de hacerle perder el corazón—. Bien pocas son las personas que llegan hasta aquí, y siempre me agrada saludarlas.

—¿Vives... sola? —preguntó.

—Sí... pero no esta noche —dijo, riéndose, y Ketil la tomó entre sus brazos.

Orm envió a sus hombres a preguntar a todos los vecinos, pero nadie supo decirle nada del paradero de su hijo. Así pues, tres días más tarde, ya no tuvo duda alguna de que algo malo le había sucedido a Ketil.

—Ha podido romperse una pierna, o encontrarse con ladrones, o tener cualquier incidente —comentó—. Asmund, mañana iremos a buscarle.

Valgard se sentaba derrengado en una banqueta, asiendo con la mano un cuerno de hidromiel. Dos días antes había terminado una de sus veraniegas correrías de vikingo, dejando barcos y hombres en unas tierras que había comprado a pocos días de viaje de las de Orm, y había vuelto a

casa por unos días, más que para saludar a la familia para probar la buena comida y bebida de su padres.

—¿Por qué te diriges sólo a Asmund? —preguntó—. Yo también estoy aquí.

—No se me había ocurrido que tú y tu hermano Ketil os profesarais un gran afecto —dijo Orm.

Valgard enseñó los dientes y vació el cuerno.

—Es cierto —contestó—. Sin embargo, iré a buscarle, y espero ser yo quien lo encuentre y lo traiga a casa. Pocas cosas le disgustarían más que tener que deberme un favor.

Orm se encogió de hombros, mientras a Aelfrida le brillaban los ojos y estaba a punto de llorar.

Partieron al alba del día siguiente, entre los ladridos de los perros, que se helaban nada más salir de sus bocas: eran muchos hombres a caballo, que se dispersaron por los bosques de acuerdo con un plan. Valgard iba solo y a pie, según su costumbre. Llevaba un hacha de combate como única arma y cubría su cabellera castaña con un yelmo; pero, por lo demás, con las prendas de pelo que le cubrían, podrían haberle tomado por un animal de presa. Olfateó el aire vigorizante y se movió en círculos, buscando algún rastro, ya que en ese arte tenía una habilidad inhumana. Al poco tiempo encontró lo poco que quedaba de uno. Enseñó los dientes una vez más y no tocó el cuerno, sino que avanzó con largos pasos, tan característicos en él.

Según pasaba el día iba progresando hacia Poniente, sin salir de un bosque cuya espesura aumentaba según iba acercándose a su parte más antigua, y que jamás había recorrido en ninguna de sus correrías. El cielo se hizo gris y las nubes parecieron descender sobre los esqueléticos árboles. El viento hacía girar las hojas muertas en torbellinos, que se movían por el aire como fantasmas que tuvieran prisa de llegar al infierno, con un silbido que a Valgard le ponía en tensión todos los nervios. Podía olfatear que algo andaba mal en aquel lugar, pero, como nadie le había instruido en la magia, no podía saber qué era lo que erizaba los cabellos de su nuca.

Cuando comenzaron a caer las sombras, ya había llegado muy lejos. Estaba tan cansado y hambriento que se sintió enfurecido contra Ketil por causarle tantas molestias. Aquella noche tendría que dormir al sereno, y eso que el invierno estaba ya en camino, por lo que se prometió que se cobraría cumplida venganza.

Pero... un momento... Vagamente, a través del crepúsculo que va haciéndose cada vez más oscuro, percibe un resplandor. No se trata de ningún fuego fatuo. Es un fuego..., un posible refugio, a no ser que se trate de la madriguera de gente sin ley. Pero, si tal es el caso, se dice Valgard con un gruñido, será un placer acabar con ellos.

Se hizo de noche antes de que llegara a la casa. Una fina nevisca impulsada por el viento le golpeaba en el rostro. Precavidamente, Valgard se aproximó a una ventana y espió a través de la hendidura que había en las impostas.

Ketil estaba sentado en una banqueta, cerca de un generoso fuego. Con una mano asía un cuerno lleno de cerveza, mientras que con la otra acariciaba a la mujer que tenía sentada encima de las rodillas.

La mujer..., ¡dioses todopoderosos!, era espléndida. Valgard se relamió mientras tomaba aire. Nunca había imaginado que pudiera existir una mujer como la que se reía encima de las rodillas de su hermano.

Valgard se dirigió hacia la puerta y golpeó en ella de plano con su hacha. Pasó un tiempo hasta que Ketil se decidió a abrir, lanza en ristre para ver quién había llegado. Por aquel entonces, la nevisca caía con mayor intensidad.

Imponente y furibundo, Valgard obstruyó la entrada con sus hombros. Ketil echó una maldición, pero se hizo a un lado y le dejó pasar. Valgard cruzó lentamente el umbral, goteando por la nevisca que le cubría y que comenzaba a fundirse. Sus ojos refulgieron al ver a la mujer, sentada de lado en la banqueta-?.

—No eres muy generoso con los huéspedes, hermano —dijo, en tono de chanza, que al otro le sonó como un ladrido—. Después de recorrer afanosamente tantas millas buscándote, me dejas afuera, en plena tormenta, mientras te diviertes con tu enamorada.

—No te pedí que vinieras —replicó Ketil, incómodo.



Librodot

—¿De veras? —Valgard seguía mirando a la mujer, quien aguantaba su mirada esbozando una sonrisa en la roja boca.

—Eres un huésped bienvenido —musitó—. Hasta ahora jamás había acogido a un hombre tan grande como tú.

Valgard lanzó una risotada y se volvió para mirar la turbación de Ketil, reflejada en su rostro.

—Aunque no me hayas invitado, querido hermano, pasaré aquí la noche —dijo—. Y ya que veo que sólo caben dos en la cama, y como el camino recorrido ha sido largo y fatigoso, me temo que habrás de dormir en el establo.

—¡No lo des por hecho! —exclamó Ketil, cogiendo tan fuerte su lanza que los nudillos se le quedaron blancos—. Si hubieses sido padre o Asmund, o cualquier otro de los nuestros, habrías sido bien recibido. Por eso tú, berserkr pendenciero, serás el único que duerma entre la paja.

Valgard hizo su mueca característica y agitó su hacha, enviando la lanza de su hermano hacia el dintel y partiendo en dos su punta.

—Vete, hermanito —ordenó—. ¿O prefieres que yo te saque afuera?

Ciego de rabia, Ketil le golpeó con el asta de la lanza. Los ojos de Valgard llamearon de furia. Se apartó. Su hacha cayó, hendiendo el aire, y se enterró en el cráneo de Ketil.

Todavía fuera de sí, se acercó a la mujer. Ella le recibió con los brazos abiertos. Valgard la abrazó y besó sus labios hasta hacerlos sangrar. Ella se rió sonoramente.

Pero a la mañana siguiente, cuando Valgard se despertó, vio a Ketil yaciendo en un amasijo de sangre y sesos, mientras parecía mirarle con sus ojos muertos; y entonces fue presa de un súbito remordimiento.

—¿Qué he hecho? —musitó—. He matado a alguien de mi propia familia.

—Mataste a un hombre débil —dijo la mujer con indiferencia.

Pero Valgard no se apartó del cadáver de su hermano, mientras seguía cavilando.

—A pesar de nuestras disputas, Ketil, pasamos juntos buenos momentos —murmuró—. Recuerdo lo divertido que nos pareció a los dos un ternerillo que se obstinaba en apoyarse en sus endebles extremidades, y también recuerdo el viento sobre nuestros rostros y el sol, rompiéndose en las olas, cuando nos hacíamos a la mar, y las bebidas fuertes, en la época del Yule, cuando las tormentas aullaban alrededor de la casa de nuestro padre... y cuando nadábamos, corríamos y gritábamos juntos, hermano. Ahora todo ha terminado, tú eres un cadáver que ya está tieso, mientras yo me preparo a recorrer una senda tenebrosa... Descansa en paz. Buenas noches, Ketil, buenas noches.

—Si les hablas a los demás de esto, te matarán —dijo la mujer—. Y eso no le devolverá la vida. En la tumba no hay besos ni pasión.

Valgard asintió. Levantó el cadáver y lo llevó al bosque. No quería volver a tocar el hacha, por lo que la dejó clavada en el cráneo, cuando sepultó al muerto bajo un túmulo de piedras.

Pero cuando regresó a la casa, la mujer le estaba esperando y pronto olvidó todos sus males. Su belleza empequeñecía el sol y no había nada que ignorase en el arte del amor.

El tiempo fue haciéndose cada vez más frío, hasta que despuntaron las primeras nieves. Aquel invierno prometía ser largo.

Una semana después, Valgard pensó si no sería mejor regresar al hogar. No quería que los demás fuesen a buscarle ni que pudiesen surgir desavenencias con los hombres de su flota. Pero la mujer no quiso irse con él.

—Aquí está mi sitio y no quiero abandonarlo —dijo—. Pero tú puedes venir cuando quieras. Valgard, cariño, siempre será un placer recibirte.

—Volveré pronto —prometió.

No quería llevársela por la fuerza, como había hecho con muchas otras mujeres. El hecho de que se le entregase libremente le resultaba algo inapreciables.

Ya en casa, su padre le acogió con alegría, pues había llegado a pensar que también iba a perderle. Nadie más pareció alegrarse abiertamente de volver a verles.

—He buscado hasta muy lejos, hacia Septentrión y Poniente —explicó Valgard—, y no encontré a Ketil.

—No —dijo Orm, sintiendo que la pena volvía a su corazón—, debe de estar muerto. Le buscamos durante días y al final encontramos su caballo vagando sin su jinete. Dispondré los preparativos para el banquete fúnebre.

Valgard sólo permaneció en compañía de aquellos hombres unos pocos días, al término de los cuales se aventuró nuevamente en los bosques, prometiendo llegar a tiempo de participar en el banquete fúnebre en honor de Ketil. Asmund, un tanto pensativo, le siguió con la mirada.

Al hermano menor le resultaba extraño que Valgard no hiciera comentario alguno sobre la supuesta muerte de Ketil, y más extraño aún que saliera a cazar —como había dicho—, justamente por entonces, cuando el invierno estaba a la vuelta de la esquina. Como los osos ya se habían aletargado y el resto de la caza era muy escasa, los hombres no se preocupaban de salir a buscarla entre la nieve. ¿Por qué había estado Valgard ausente tanto tiempo, y por qué se marchaba tan deprisa?

Y puesto que Asmund no dejaba de hacerse aquellas preguntas, dos días después de que se fuera Valgard, se decidió a seguirle. Como, mientras tanto, no había nevado ni hecho viento, aún sería visible su rastro en la crujiente blancura, por lo que Asmund se fue solo; provisto de esquíes atravesó grandes extensiones silenciosas, donde no se movía animal alguno, y el frío mordió una y otra vez su carne.

Tres días después, regresó Valgard. Mucha gente de los alrededores había llegado a la casa de Orm para el banquete fúnebre, que no había hecho más que comenzar. El berserkr se paseó, taciturno y parco en el hablar, por el patio lleno de gentes.

Aelfrida le tiró de la manga.

—¿Has visto a Asmund? —preguntó tímidamente—. Se fue al bosque y todavía no ha regresado a casa.

—No —fue el escueto comentario de Valgard.

—Sería una lástima perder dos hijos mayores el mismo mes y quedarse sólo con el peor —dijo Aelfrida, dándole la espalda.

Al atardecer, los invitados se reunieron en el salón para beber. Orm se sentó en su sitial, con Valgard a su derecha. Los hombres hicieron lo propio en los taburetes colocados junto a las paredes, a izquierda y derecha, levantando sus cuernos repletos de bebida para brindar a la salud los unos de los otros, y todos a la del muerto, a través de las llamas y del humo del fuego del hogar central. Las mujeres iban y venían a llenar los cuernos. Con excepción de la familia del anfitrión, los hombres estaban muy alegres por la cerveza, y más de uno no perdía de ojo a las dos hijas de Orm, a través de la cambiante y confusa luz rojiza.

Orm mostraba un talante sereno, como cuadraba a un guerrero que se ríe de la muerte; pero nadie habría imaginado lo que se ocultaba tras su rostro. Aelfrida no podía dejar de llorar de manera intermitente, con la desesperación del silencio. Valgard se sentó, sin decir ni palabra, bebiendo cuerno tras cuerno, hasta que la cabeza le empezó a dar vueltas y sólo consiguió ahondar en su tristeza. Lejos de las mujeres y de los trajines de la guerra no tenía nada que hacer, salvo dar una y mil vueltas a lo que había realizado, de suerte que el rostro de Ketil pareció dibujarse en la penumbra que se encontraba ante él.

La cerveza siguió corriendo hasta que todos estuvieron ebrios y la sala retumbó con su alboroto. Entonces, el sonido de alguien que llamaba a la puerta de la sala cortó como una espada tanto estrépito. El picaporte no estaba echado, por lo que aquel sonido atrajo la atención de los presentes. Era Asmund, que tras pasar por la antecámara, llegaba a la sala.

La luz que despedía el fuego hacía que su figura se recortase contra la oscuridad. Se detuvo, pálido y a punto de derrumbarse. Entre los brazos, envuelto en una capa, llevaba un pesado fardo. Su mirada vacía escrutó la sala, buscando a alguien; y poco a poco, fue cayendo un gran silencio.

—¡Bienvenido, Asmund! —exclamó Orm en aquella quietud—. Comenzábamos a temer por ti...

Asmund seguía mirando, inmóvil, hacia delante, y aquellos que habían seguido su mirada vieron que se detenía en Valgard. Finalmente habló, con voz átonas

—He traído un invitado al banquete fúnebre.

Orm permaneció sentado, inmóvil, aunque bajo la barba podía apreciarse la palidez de su rostro. Asmund dejó su carga en el suelo: estaba lo suficientemente helada para quedarse de pie, mientras él la sostenía con su brazo.

—El túmulo donde lo encontré estaba terriblemente frío —dijo Asmund, mientras las lágrimas le corrían por el rostro—. Como no era un lugar apropiado para él, he pensado que sería una vergüenza que celebráramos este festín en su honor, mientras él se quedaba allí, sin más compañía que el viento y las estrellas. Por eso he traído a casa a Ketil... ¡Sí, Ketil, ved que aún tiene clavada en la cabeza el hacha de Valgard!

Y tiró de la capa, de suerte que el resplandor del fuego cayó como sangre recién derramada sobre lo que estaba arrebujado alrededor del hacha. El cabello de Ketil se hallaba cubierto de escarcha. Su rostro muerto le hacía una mueca a Valgard. Su mirada fija estaba llena del fulgor de las llamas. Asmund lo mantenía apoyado junto a sí, de suerte que mirase a Valgard.

Orm se volvió lentamente, para observar al berserkr, que aguantaba aquella mirada ciega con la boca abierta, como la del muerto. Pero la rabia no tardó en sobrevenirle. Valgard se puso en pie de un salto, mientras decía a Asmund con un rugido:

—¡Mientes!

—Todos conocen tu hacha —dijo Asmund, dejando caer las palabras—. Ahora, buena gente, apresad al fratricida y atadlo para colgarlo.

—Reclamo mis derechos —exclamó Valgard—. Dejadme ver el arma.

Ninguno se movió. Todos estaban anonadados. Valgard atravesó la sala hasta la puerta de la antecámara, en un silencio donde no se oía ni respirar y sólo las llamas tenían voz.

Allí se habían apilado las armas. Al pasar, cogió una lanza y echó a correr.

—¡No escaparás! —gritó Asmund, mientras intentaba desenvainar la espada y cortarle el paso.

Pero Valgard se le adelantó. Su lanza atravesó el desprotegido pecho de Asmund, clavándole en la pared, donde quedó colgado, con el cuerpo de Ketil apoyado aún en él, como si ambos hermanos se hubiesen puesto de acuerdo para mirar boquiabiertos a su asesino.

Valgard aulló cuando la berserkirgangr hizo presa en él. Sus ojos refulgían con el color verde de la mirada del gato montes, mientras la baba caía de sus labios. Orm, que le había seguido, rugió, tomó una espada y le atacó. Valgard sacó muy a tiempo el cuchillo que usaba para comer, desvió la hoja de Orm, golpeándola de plano con su brazo izquierdo, y plantó la suya en la garganta de su padrea.

La sangre le salpicó. Orm cayó al suelo. Valgard cogió la espada. Llegaba más gente. Le bloqueaban la salida. Valgard abatió al que estaba más cerca. Su aullido resonaba entre las vigas.

La sala hervía de hombres. Algunos intentaron resguardarse en un sitio seguro, mientras otros optaban por capturar al demente. La espada de Valgard cantó. Otros tres campesinos cayeron al suelo. Entonces unos cuantos utilizaron de escudo la parte superior de una mesa, consiguiendo alejar a Valgard del montón de las armas y armándose ellos mismos.

Pero en aquel espacio tan reducido, las cosas no se podían hacer deprisa. Valgard no hacía más que lanzar cuchilladas a los que se encontraban entre él y la puerta, ya que no estaban armados. Se hicieron a un lado, algunos de ellos heridos, con lo que Valgard consiguió pasar. Un guerrero, que había conseguido un escudo ribeteado de hierro y una espada, le aguardaba en la antecámara. Valgard le golpeó. Su acero dio en el borde de hierro y se rompió.

—¡Tu espada es demasiado endeble, Orm! —exclamó Valgard.

Y mientras el hombre se precipitaba hacia su encuentro, echó la mano hacia atrás y arrancó el hacha del cráneo de Ketil. En su precipitación, su contendiente no se preocupó de cubrirse. El primer golpe de Valgard destrozó su escudo. El segundo le cortó el brazo derecho a la altura del hombro. Valgard salió corriendo por la puerta.

Las lanzas silbaron tras él. Huyó al bosque. La sangre de su padre goteó de su rostro durante un tiempo, hasta que se heló y ya no sirvió de ayuda a los sabuesos enviados tras su pista. Incluso mucho después de haberlos dejado atrás, siguió corriendo para no morir congelado. Tiritando y sollozando, huyó hacia el Oeste.

## CAPITULO 8

**L**a bruja estaba sentada, esperando, sola en la oscuridad. Algo se deslizó en la estancia, a través del agujero de la puerta. Al bajar la mirada hacia el piso en penumbra vio a su familiar.

Enflaquecido y cansado, no habló hasta que no hubo trepado hasta su seno y bebido, ávido, de él.

Entonces descansó en su regazo y la miró con sus despiadados y relucientes ojillos.

—Bueno —dijo ella—. ¿Cómo fue el viaje?

—Largo y frío —le contestó—. En forma de murciélago, viajé hasta Elfheugh llevado por el viento. En más de una ocasión, mientras reptaba por las salas de Imric, poco faltó para que me mataran. Esos elfos son endiabladamente despiertos Y sabían que yo no era una rata corriente. Pero, a pesar de todos sus desvelos, conseguí espiar sus conciliábulos.

—¿Y su plan es el que yo había pensado?

—En efecto. Skafloc irá a Trollheim para efectuar una violenta incursión en los dominios de Illrede, intentando matar al Rey o, al menos, detener sus preparativos de guerra... ahora que se ha declarado abiertamente el fin de la tregua. Mientras tanto, Imric se queda en Elfheugh para preparar las defensas.

—Bien. El viejo Conde de los Elfos es demasiado astuto, pero Skafloc, yendo solo, difícilmente podrá evitar la trampa. ¿Cuándo se marcha?

—Dentro de nueve días. Llevará consigo unos cincuenta navíos.

—Los elfos viajan deprisa, de modo que pueden llegar a Trollheim el mismo día por la noche. Con el viento que yo le enseñaré a suscitar, Valgard podrá llegar en tres días, y puedo permitirle otros tres para que se prepare. De tal suerte, si tiene que encontrarse con Illrede sólo un poco antes de que llegue Skafloc, habré de mantenerle aquí... hum, necesitará tiempo para reunir a sus hombres. Bien, tenerlo bajo control no será tarea difícil, ya que ahora es un proscrito que se dirige hacia aquí, desesperado.

—Tratas a Valgard con dureza.

—No siendo de la estirpe de Orm, nada tengo contra él; pero es el peón que muevo en un juego despiadado y peligroso. Causar la ruina de Skafloc y de sus dos hermanas no será tan fácil como matar a Orm y a sus dos hijos. Él se reiría de mi magia y de mi fuerza —la bruja hizo una mueca en la luz crepuscular—, sin lugar a dudas; pero Valgard es el peón que debo mover para traspasar el corazón de Skafloc. Y en lo que se refiere al propio Valgard, le doy una oportunidad de llegar alto entre los trolls, muy alto, si llegan a vencer a los elfos. Espero conseguir que la caída de Skafloc sea doblemente amarga, haciendo de él la causa de la ruina de Alfheim.

Y la bruja permaneció sentada, esperando; un arte que había aprendido pacientemente a lo largo de los años.

Poco antes del amanecer, cuando una luz gris y desesperanzada pareció reptar sobre la nieve y las hojas cubiertas de hielo de los árboles, Valgard llamó a la puerta de la mujer. Ella abrió al momento y el proscrito cayó entre sus brazos. Estaba casi muerto de frío y de cansancio. Por toda la piel tenía costras de sangre helada, que no contrastaban con la expresión salvaje de sus ojos y de su maltratado rostro.

Ella le dio carne, cerveza y unas hierbas extrañas, de suerte que, poco después, Valgard pudo estrecharla entre sus brazos.



Librodot

—Eres lo único que me queda —murmuró—. Mujer, tu belleza y tu lascivia han sido las causantes de todos mis males. Debería matarte y arrojarme después sobre mi propia espada.

—¿Por qué dices eso? —sonreía—. ¿A qué males te refieres? Él sepultó su rostro en la fragancia de sus cabellos.

—He matado a mi padre y a mis hermanos —dijo—, y ahora seré un proscrito para siempre.

—El que los mataras —dijo la mujer— sólo prueba que eras más fuerte que ellos; además, te habían amenazado. ¿Qué importa quiénes fueran? —sus ardientes ojos verdes se fijaron en los de él—. Pero, si el pensamiento de haber acabado con tus familiares te entristece, entonces te diré que estás confundido.

—¿Eh? —parpadeó mientras la miraba, sin comprender lo que decían.

—No eres hijo de Orm, Valgard Berserkr. Yo, que poseo la Segunda Vista, puedo decirte que incluso no has nacido de mujer, sino que provienes de tan antigua y noble progenie que te resultará difícil imaginar tu verdadero origen.

La enorme figura de Valgard se puso tan rígida como una barra de acero. La tomó de las muñecas, con tanta fuerza que le marcó los dedos, mientras su voz resonaba en la casa.

—¿Cómo has dicho?

—Imric, el Conde de los Elfos, te dejó a cambio del primogénito de Orm —explicó la mujer—. Eres el hijo que Imric tuvo con una esclava, la hija de Illrede, el Rey de los Trolls.

Valgard la empujó a un lado. El sudor perlaba su frente.

—¡Mentira! —musitó—. ¡Mentira!

—Es cierto —respondió tranquilamente la mujer. Se acercó a Valgard, quien retrocedió unos pasos, con la respiración agitada. Ella bajó el tono de su voz, que sonaba inexorable—. ¿Por qué eres tan diferente de los hijos de Orm o de los de cualquier otro? ¿Por qué desprecias por igual a dioses y a hombres, y vagas en una tristeza perpetua que sólo puedes olvidar en el tumulto de la matanza? ¿Por qué, de todas las mujeres con las que has yacido, ninguna te ha dado hijos? ¿Por qué te temen los animales y los niños pequeños? —le había acorralado en un rincón, reteniéndole con la mirada—. ¿Por qué otro motivo iba a ser, sino porque no eres humano?

—Pero yo he crecido como los demás hombres, puedo tocar el acero y las cosas consagradas, no soy un ser de Faerie...

—Ello es debido a las malas artes de Imric, quien te sustrajo a tu destino, en favor del hijo de Orm. Te engendró igual que el niño que se llevó. Como fuiste criado entre las mezquindades de los hombres resulta imposible suscitar los poderes mágicos latentes en ti. Para que pudieras crecer, envejecer y morir en el curso de la corta vida de los seres humanos, y que las cosas sagradas y terrenales que espantan a los elfos no pudieran afectarte, Imric te desposeyó de una vida que dura siglos. Pero no consiguió darte un alma humana, Valgard. Al igual que él, cuando mueras serás como la vela que se apaga al soplar, sin esperanza de cielo o infierno, o de la morada de los antiguos dioses, y no vivirás más que los hombres.

Al oír aquello, Valgard emitió un grito sofocado, la empujó a un lado y salió corriendo de la casa. La mujer rió.

Y aunque la tormenta arreció, fría y ruidosa, Valgard, pesaroso, no volvió a la casa hasta que hubo anochecido. A pesar de estar encorvado por el cansancio, sus ojos ardían con un fuego sin llama cuando miraba a su amante.

—Ahora te creo —musitó—, pues ya no me queda nada en que creer. He visto fantasmas y demonios cabalgando la tempestad, volando en la nieve y riéndose de mí mientras pasaban —fijó la mirada en un oscuro rincón de la habitación—. La noche se acerca, ya terminó el triste juego de mi vida... he perdido casa, familia e incluso mi propia alma, aunque jamás la tuviera, porque ahora comprendo que sólo era una sombra proyectada por los grandes poderes, que ahora se disponen a soplar la vela. Buenas noches, Valgard, buenas noches... —y se dejó caer, sollozando, encima de la cama.

La mujer se rió por lo bajo y permaneció a su lado, besándole con sus labios que sabían a vino y a fuego. Y cuando él, sin decir palabra, fijó sus azorados ojos en los suyos, ella susurró:

—Este lenguaje no es digno de Valgard Berserkr, el guerrero más poderoso, cuyo nombre suscita pavor desde Irlanda a Gardhariki. Pensaba que habrías recibido mis palabras con alegría,

forjándote un futuro mejor con ayuda de tu gran hacha. Te cobraste revanchas espeluznantes por cosas menores que ésta, ni más ni menos que el secuestro de tu verdadera identidad y la condena de por vida a esa cárcel que es la vida de los hombres.

Valgard sintió que iba recobrando poco a poco las fuerzas y que, mientras acariciaba a la mujer, crecían en intensidad, junto con el odio hacia todo lo que no fuera ella. Al final, dijo:

—¿Qué puedo hacer? ¿Cómo podré vengarme? Ni siquiera puedo ver a los elfos y a los trolls, a no ser que ellos lo deseen.

—Eso puedo enseñártelo yo. No es difícil otorgar el don de la Vista Encantada a los súbditos de Faerie que nacen con él. Respecto a lo otro, te diré que, si lo deseas, puedes destruir a quienes te causaron tanto mal y reírte de los que te convirtieron en un proscrito, pues serás más poderoso que los reyes de los hombres.

Valgard la miró con los ojos entornados.

—¿Y cómo? —preguntó, arrastrando las palabras.

—Los trolls están listos para hacer la guerra a sus antiguos enemigos, los elfos —explicó la mujer—. Dentro de poco, Illrede, el Rey de los Trolls, conducirá una hueste contra Alfheim, que posiblemente ataque antes a Imric, aquí en Inglaterra, de modo que el flanco y la retaguardia estén a salvo cuando más tarde se mueva hacia el Sur. Entre los mejores guerreros de Imric, ya que el hierro y las cosas consagradas no le afectan, y también debido a su fortaleza y a su saber de brujo, se encuentra Skafloc, su ahijado, o sea, el hijo de Orm que ha usurpado tu puesto. Si ahora te hicieras a la mar sin perder tiempo, fueses a ver a Illrede y le ofrecieses ricos presentes y los servicios de tus poderes de hombre, sin olvidar mencionar el hecho de que eres su descendiente, lograrías un puesto importante en su ejército. Durante el saqueo de Elfheugh podrás matar a Imric y a Skafloc, con lo que probablemente Illrede te nombrará Conde de Britania. Después, cuando hayas aprendido las artes de la brujería, podrás ser aún más grande, no te quepa duda, y conseguir anular lo que hizo Imric y convertirte en un elfo, o en un troll, auténticos, sin edad, y vivir lo que le queda de vida al mundo.

Valgard se rió, y pareció el aullido del lobo cuando caza.

—¡Eso estaría bien! —exclamó—. Criminal, proscrito e inhumano. Nada tengo que perder, y mucho que ganar. Si me uno a las huestes del frío y la tiniebla lo haré de corazón y ahogaré mi infelicidad en batallas que ningún hombre jamás haya soñado ¡Oh, mujer, mujer, poderoso y malvado es tu regalo, pero te lo agradezco sinceramente!

Y la amó ardientemente; pero, cuando más tarde habló, venciendo al sonido de la tormenta, su voz sonó gélida y tranquila.

—¿Cómo podré llegar a Trollheim? —preguntó. La mujer abrió un arcón y extrajo de él un saquito de piel, atado por uno de sus extremos.

—Partirás el día que te indique —le dijo—. Cuando las tripulaciones de tu flota estén a bordo, ábrelo. Contiene un viento que te llevará hasta allí y que te permitirá tener la Vista Encantada y ver las tierras de los trolls.

—¿Pero qué hay de mis hombres?

—Serán parte de los presentes que llevas para Illrede. Los trolls se divierten cazando hombres por las montañas y comprobarán que los tuyos son malvados al ver que ningún dios acude a socorrerlos.

Valgard se encogió de hombros.

—Si voy a ser un troll, tendré que hacer honor a mi sangre hasta en la traición —dijo—. ¿Pero, qué podré llevarle que le resulte de agrado? Debe de tener hartazgo de oro y joyas, por no decir de objetos caros.

—Llévale lo que más le guala —comentó la mujer—. Orm tenía dos hermosas hijas..., los trolls son lujuriosos. Si las atas y amordazas, de manera que no puedan esgrimir ninguna cruz ni nombrar a Jesús...

—¡Esas dos no! —exclamó Valgard, horrorizado—. He crecido a su lado. Y ya les he hecho demasiado mal.

—Precisamente esas dos —dijo la mujer—. Pues si Illrede ha de tomarte a su servicio, habrá de estar seguro de que has roto todos los vínculos que te ataban a la humanidad.



Librodot

Valgard siguió negándose. Entonces ella se acercó estrechamente a él y le besó, desgranando la historia de los sombríos esplendores que le aguardaban, hasta que finalmente asintió.

—Pero me pregunto quién eres tú, lo más malvado y hermoso del mundo —confesó.

Ella se rió plácidamente, acunada entre sus brazos.

—Me olvidarás en seguida, en cuanto tengas a tu disposición un puñado de hembras élficas.

—No... nunca te olvidaré, amada mía, que has hecho de mí todo lo que has querido.

La mujer retuvo a Valgard en su casa el tiempo que estimó oportuno, con el pretexto de que tenía que preparar tal o cual ensalmo que le devolviera la Vista Encantada, mientras proseguía con sus particulares versiones de lo que era el mundo de Faerie. Pero ello no habría sido necesario, ya que sus encantos y destreza en el amor eran más efectivos que cualquier ligadura.

La nieve llenaba el crepúsculo cuando, al fin, le dijo:

—Vete ya.

—Los dos — respondió—. Tienes que venir conmigo, porque no puedo vivir sin ti —la acarició con sus grandes manos—. Si no vienes por tu propia voluntad, te llevaré; pero creo que tendrías que acompañarme de buen grado.

—Muy bien —dijo ella, con un suspiro—. Pero estoy segura de que pensarás de otra manera cuando te haya concedido la Vista.

Se levantó, acercándose hasta donde él se sentaba, y pasó suavemente la mano por las líneas y ángulos de su rostro. Su boca se curvó en una sonrisa tristes.

—El odio es un amo terrible —musitó—. Jamás había pensado volver a sentir alegría, Valgard, por eso me despido de ti con gran pesar. Te deseo la mejor fortuna del mundo, queridísimo mío. Y ahora —le rozó los ojos con las yemas de sus dedos—. ¡Mira!

Y Valgard vio.

Como humo en el viento, la primorosa casita y la mujer alta de piel blanca vacilaron ante su vista. Presa de súbito terror, quiso verlas no a través de ojos mortales, engañados por la magia, sino como realmente eran...

Estaba sentado dentro de un cobertizo de adobe y zarza, donde un minúsculo fuego de estiércol alumbraba con débil resplandor osamentas y harapos, toscos utensilios de metal y retorcidos instrumentos de brujería. Se encontró mirando los opacos ojos de una repugnante vieja, cuyo rostro era una máscara de piel arrugada mal puesta encima de un cráneo desdentado y de mandíbula caída, de cuyo flácido seno colgaba una rata.

Enloquecido de terror, se puso de pie. La bruja le miró de soslayo.

—¡Querido, amor! —cloqueó—. ¿Por qué no vamos a tu barco? Juraste que no te irías sin mí.

— ¡Y por ti me convertí en un proscrito! —aulló Valgard.

Empuñó su hacha y la lanzó contra ella. Pero en el preciso momento en que iba a alcanzarla, su cuerpo se encogió y aparecieron dos ratas en el suelo, donde fue a dar el hacha en el mismo momento en que ambas desaparecían por un agujero.

Espumeando de ira, cogió un madero largo y lo metió en el fuego. Cuando se hubo inflamado, tocó con él los harapos y la paja. Salió afuera y se quedó mirando mientras ardía la cabaña, dispuesto a golpear cualquier cosa que se le apareciera. Pero encontró sólo las inquietas llamas, el silbido del viento y la nieve que siseaba, mientras se hundía al caer en el fuego.

Cuando no quedaban más que las cenizas, Valgard gritó a pleno pulmón:

—¡Por ti perdí hogar, familia y esperanza; por ti me decidí a no aceptar el plazo de vida que se me había concedido y a aliarme con el reino de las tinieblas; por ti me he convertido en un troll! ¡Pero óyeme, bruja, si aún sigues con vida! ¡Haré lo que me dijiste! ¡Me convertiré en Conde de los Trolls de Inglaterra (quizá alguna noche en rey de todo Trollheim), y acudiré a darte caza con todas las fuerzas de que disponga! ¡También tú, al igual que los hombres, los elfos y cualquiera que se interponga en mi camino, sentirás mi ira, y jamás descansaré hasta que no haya despellejado viva a quien me partió el corazón con una sombra!

Giró sobre sí mismo y, dando grandes zancadas, se dirigió hacia el Este, perdiéndose al poco tiempo entre el temporal de nieve.

Agazapadas bajo tierra, la bruja y su familiar intercambiaron una mueca. Aquello era, justamente, lo que habían planeado.

Las tripulaciones de la flota de Valgard estaban compuestas por lo peor de los vikingos, proscritos de sus tierras la mayor parte y todos mal acogidos adondequiera que fueran. Por este motivo, Valgard había comprado una tierra en donde pasar el invierno con ellos. Vivían bien, con siervos que les atendían, pero tantas eran las disputas y litigios que sólo su jefe era capaz de mantenerlos unidos.

Cuando llegó hasta ellos la noticia de sus crímenes, supieron que no pasaría mucho tiempo antes de que los hombres del Danelaw les cayesen encima, por lo que aprestaron sus navíos, y también sus personas, para hacerse a la mar. Pero fueron incapaces de ponerse de acuerdo respecto a dónde debían ir en pleno invierno, por lo que las disputas, e incluso las peleas, comenzaron de nuevo. Y así habrían seguido, esperando sentados a sus enemigos, si no hubiese regresado Valgard.

Entró en la sala tras la puesta de sol. Aquellos robustos hombretones de pelo en pecho seguían sentados, despachándose cuernos de cerveza, uno tras otro, mientras los gritos comenzaban a ser ensordecedores. Muchos roncaban en el suelo, junto a los perros; otros aullaban y discutían, rodeados de espectadores, más dispuestos a azuzarlos que a tranquilizarlos. Aquí y allá, entre el cambiante resplandor del fuego, corrían aterrorizados siervos y mujeres que ya habían agotado desde hacía mucho el caudal de sus lágrimas.

Valgard subió los peldaños que le conducían a su sitial vacío. Era una figura alta y terrible, con la boca fruncida en una mueca aún más siniestra que la que recordaban sus hombres, con la gran hacha, a la que ya todos habían comenzado a llamar Fratricida, colgada a la espalda. El silencio fue propagándose como en ondas, a medida que se daban cuenta de su presencia, hasta que finalmente la única voz de la sala fue la del fuego que ardía en ella.

Y Valgard dijo:

—No podemos seguir aquí. Aunque nunca invadisteis las tierras de Orm, la gente tomará como pretexto lo ocurrido para desembarazarse de vosotros. Pero no importa. Conozco un lugar donde podremos ganar grandes riquezas y fama, y hacia el que zarparemos pasado mañana, al alba.

—¿Qué lugar es ése, y por qué no nos vamos a él mañana mismo? —preguntó uno de sus capitanes, un viejo camarada cosido de cicatrices, llamado Steingrim.

—Respecto a lo último, porque tengo un asunto, aquí en Inglaterra, que debo resolver mañana —dijo Valgard—. Y, en cuanto a lo primero, os diré que nuestro destino es Finmark.

El rugido fue unánime. La voz de Steingrim se elevó por encima de él:

—Es la cosa más tonta que jamás haya oído. Finmark es pobre y está muy lejos; además, para llegar a ella hay que cruzar un mar que resulta peligroso incluso en verano. ¿Qué podernos ganar allí, sino la muerte, ya sea porque nos ahoguemos o por obra de los hechiceros que allí moran... o, en el mejor de los casos, unas cuantas chozas de adobe en las que resguardarse? Al alcance de nuestra mano se encuentran Inglaterra, Escocia, Irlanda, las Orcadas o Valland, al sur del Canal, donde podremos conseguir un buen botín.

—Ya habéis recibido mis órdenes, y habréis de obedecerlas —dijo Valgard.

—Yo no —replicó Steingrim—. Me parece que el vagar por los bosques te ha hecho enloquecer.

Como un gato montes, Valgard saltó hacia su capitán. Su hacha se estrelló contra el cráneo de Steingrim.

Un hombre gritó, aferró una lanza y acometió con ella a Valgard. El berserkr se echó hacia un lado, tiró del asta que el otro tenía sujeta con las manos y le tiró al suelo. Valgard extrajo el hacha de la cabeza de Steingrim y se quedó inmóvil, amenazante en la luz llena de humo, con los ojos que parecían copos de hielo glaciar. Preguntó en voz baja:

—¿Alguno más de vosotros desea contradecirme? Nadie habló ni se movió. Valgard retrocedió hasta su sitial y dijo:

—He actuado tan duramente porque no podemos seguir con la indisciplina de siempre. Nuestras vidas no valen nada si no somos capaces de comportarnos como un solo hombre, cuya cabeza he de ser yo, por ser el único que está preparado para ello. Ya sé que, a primera vista, mi plan suena descabellado, pero Steingrim hubiera debido oírme hasta el final. El hecho es que me ha



Librodot

llegado la noticia de que durante el verano pasado un hombre muy rico se construyó una casa en Finmark que encierra todo lo que podamos desear. Como no se esperarán que en pleno invierno vayan a atacarlos unos vikingos, podremos reducirlos con suma facilidad. Tampoco temo que pueda hacer mal tiempo durante el viaje, porque habéis de saber que tengo cierta habilidad en predecirlo y noto el tufillo de un viento favorable que está al caer.

Los hombres recordaron que el liderazgo de Valgard siempre les había supuesto grandes ventajas. En cuanto a Steingrim, carecía de allegados, ya fueran familiares o ligados a él por pacto de sangre. Así pues, todos declararon a gritos que seguirían a Valgard adondequiera que fuese. Cuando el cadáver fue llevado afuera y siguió corriendo la bebida, convocó a sus capitanes.

—Hay un lugar, aquí cerca, que hemos de saquear antes de abandonar Inglaterra —les dijo—. No será difícil y nos proporcionará un buen botín.

—¿Qué lugar es ese? —preguntó uno de los hombres.

—La casa de Orm el Fuerte, quien ahora está muerto y ya no puede defenderla.

Incluso unos saqueadores como ellos pensaron que se trataba de un acto infame, pero no se atrevieron a contradecir a su jefe.

## CAPITULO 9

**E**l banquete fúnebre en honor de Ketil también sirvió para Asmund y Orm Los hombres bebían en silencio, embargados por la angustia, pues Orm había sido un jefe muy sabio y el y sus hijos eran apreciados en la región, a pesar de no ir a la iglesia Como el terreno aun no había llegado a helarse, la fosa ya estaba excavada el día después de que ocurrieran los crímenes

El mejor navío de Orm fue llevado desde su casa hasta la fosa En el fueron depositados tesoros, carne y bebida para el largo viaje, así como perros y caballos, sacrificados al efecto, aquellos que habían resultado muertos luchando contra Valgard también subieron a el, vestidos con sus mejores galas y armas así era como Orm había querido ser enterrado, tal y como le hiciera prometer a su mujer

Cuando todo estuvo a punto, algunos días después Aelfrida salió de la casa Permaneció de pie, mirando a Orm, Ketil y Asmund en la mortecina y gris luz invernal. Su cabello suelto le caía sobre el pecho, escondiendo su rostro de aquellos a quienes contemplaba.

—Si no fuera porque el sacerdote dice que es pecado, ahora mismo me mataría para seguir a tu lado —susurró—. La vida será muy triste. Vosotros, Ketil y Asmund, erais buenos chicos, y vuestra madre siente la ausencia de vuestras risas. Me parece como si fuera ayer cuando cantaba para que os durmieseis en mi regazo, cuando erais unos pequeñines, y, sin darme cuenta, os habíais convertido en unos muchachos de largas piernas, que daba gusto mirar y todo un orgullo para Orm y para mí... y ahora yacéis tan inmóviles, mientras unos pocos copos de nieve caen sobre vuestros rostros. Es extraño —asintió con la cabeza— que no consiga acostumbrarme al pensamiento de que habéis muerto. Es como si no quisiera creerlo.

Le sonrió a Orm.

—Hemos discutido muchas veces —murmuró—, pero jamás nos guardamos resentimiento alguno porque tú me amabas y... yo a ti. Fuiste bueno conmigo, Orm, y ahora que has muerto, el mundo me parece frío, muy frío. Sólo le pido a Dios Todomisericordioso que perdone todo lo que hiciste en contra de Su ley. Pues ignorabas muchas cosas, aunque fueses muy entendido en barcos y

muy habilidoso con las manos para hacerme anaqueles y baúles, o para tallarles juguetes a los niños. Y si Dios no puede acogerte en su Cielo, entonces le pido que me deje bajar a los Infiernos contigo... Claro que sí, y si vienen a recogerte tus dioses paganos, entonces te seguiré. Y ahora, adiós, Orm, a quien amé y amo. Hasta siempre.

Se inclinó a besarlo.

—Qué fríos tienes los labios —dijo, y miró, como extrañada, a su alrededor— Ya sé por qué no quieres besarme. El que está muerto en el barco no eres tú... Entonces, ¿dónde estás, Orm?

La llevaron fuera del casco del navío y los hombres trabajaron arduamente para cubrirlo y también en la cámara mortuoria que levantaron sobre él. Cuando hubieron acabado, el túmulo se elevaba, imponente, muy cerca del mar y las olas llegaban a la playa para cantar a sus pies una oda fúnebres.

El sacerdote, que no había aprobado aquel sepelio pagano, no quiso consagrar el túmulo, pero hizo lo que pudo: rezar, y Asgerd le pagó muchas misas a intención de las almas de los difuntos.

Entre los presentes, había un joven, Erlend Thorkelsson, que estaba prometido a Asgerd.

—La casa está vacía, ahora que ya no hay hombres en ella— dijo.

—Así es —asintió la joven. El frío viento que llegaba del mar, transportando minúsculos copos de nieve, despeinaba su abundante cabellera.

—Será mejor que me quede cerca con unos cuantos amigos hasta que todo esté en orden —dijo—. Después me gustaría que nos casáramos, Asgerd. Tu madre y tu hermana podrían venir a vivir con nosotros.

—No me casaré contigo hasta que Valgard no haya sido colgado y sus hombres quemados vivos dentro de su casa —le contestó con amargura.

Erlend sonrió, pero sin alegría...

—Entonces no habrá que esperar mucho —comentó—. La flecha de la guerra no hace más que pasar de mano en mano. A no ser que huyan antes de lo que creo, esta tierra no tardará en verse liberada de su pestilencia.

—Que así sea —asintió Asgerd.

La mayor parte de los que habían acudido a la fiesta regresaron a sus hogares, excepto los colonos de Orm y Erlend y su media docena de amigos. Cuando se hizo de noche, un fuerte viento que llevaba nieve prendida en las alas comenzó a aullar en torno a la casa. Después llegó el granizo, como si los espíritus de la noche pisotearan con sus pezuñas el tejado. La sala principal parecía larguísima, oscura y triste. Todos se habían sentado, muy juntos, en uno de sus extremos. Hablaban poco, mientras menudeaban los cuernos llenos de cerveza.

Aelfrida rompió de improviso su silencio.

—Me ha parecido oír algo fuera —dijo.

—Yo no —le replicó Asgerd—. Nadie se atrevería a aventurarse a salir con una noche como ésta.

Freda, espantada por la mirada fija, y como ida, de la madre, la tocó, mientras decía tímidamente:

—No te has quedado sola. Tus hijas jamás se olvidarán de ti.

—Sí, sí —la sonrisa de Aelfrida era amarga—. La semilla de Orm vive en vosotras, pues aquellas noches tan dulces no fueron en vano —miró a Erlend—. Sé bueno con tu mujer. Lleva la sangre de los jefes.

—Creo que me resultaría imposible no ser bueno con ella —comentó.

De repente, oyeron que alguien golpeaba en la puerta. Podía escucharse un grito que conseguía imponerse sobre el sonido del viento:

—¡Abrid! ¡Abrid la puerta o la echaremos abajo!

Los hombres empuñaron sus armas mientras un siervo corría el cerrojo de la puerta y era abatido, al instante, por un hacha. Alto y amenazador, protegido por los escudos que dos hombres alzaban ante él, con un manto de nieve sobre sus hombros, Valgard penetró en la antecámara.

Y dijo así:

—Las mujeres y los niños que salgan afuera vivirán. Esta casa está rodeada por mis hombres y voy a quemarla.

Una lanza, arrojada por alguien, golpeó uno de los escudos guarnecidos de hierro. El olor a humo era más fuerte de lo normal.

—¿Acaso no has hecho bastante daño ya? —dijo Freda, con voz quebrada—. Quema esta casa si quieres; pero prefiero quedarme dentro antes que vivir gracias a ti.

—¡Adelante! —gritó Valgard, y antes de que nadie pudiera detenerle estaba dentro, con una docena de sus vikingos.

—¡No mientras me quede vida! —exclamó Erlend.

Desenvainó su espada y cargó contra él. El hacha fratricida ondeó en la mano de Valgard, chocó contra la espada con metálico estruendo, desviándola, y penetró en las costillas de Erlend, quien cayó al suelo. Valgard saltó por encima de él y cogió a Freda de una muñeca. Otro de sus hombres apresó a Asgerd. Los demás los protegieron con sus escudos, adoptando la formación de la tortuga. Cubiertos de casco y loriga, pudieron abrirse camino hasta la puerta, matando a dos o tres que les presentaron combate.

Cuando los atacantes hubieron salido, los que quedaban dentro se juntaron, se armaron mejor e intentaron una salida. Pero fueron rechazados o se vieron forzados a retroceder por guerreros que les cortaban cualquier vía de escape. Aelfrida gritó y corrió hacia la puerta; a ella sí la dejaron pasar los vikingos.

Valgard acababa de atar las muñecas de Asgerd y Freda con cuerdas bastante largas, de las que tirar, si llegaba el caso de que se negaran a caminar. El tejado del edificio alargado estaba ardiendo con llamas que desprendían mucha luz. Aelfrida aferró el brazo de Valgard y gritó, a través del rugido de las llamas:

—¡Eres peor que un lobo! ¿Qué nuevos males deparas a los últimos de tu linaje? ¿Qué te empuja a tratar así a tus hermanas, que sólo te hicieron el bien, y cómo puedes pisotear el corazón de tu madre? ¡Deja que se vayan! ¡Déjalas!

Valgard la escrutó con mirada fría y pálida, sin mover ni un músculo del rostro.

—Tú no eres mi madre —acabó por decir, y la golpeó.

Ella cayó desvanecida en la nieve, mientras él se daba media vuelta y hacía una seña a sus hombres para que llevaran por la fuerza a las dos jóvenes cautivas hacia la bahía donde estaban anclados sus navíos.

—¿Adonde nos llevas? —gimió Freda, mientras Asgerd escupía a Valgard.

Éste sonrió, un mero fruncir de labios, y dijo:

—No os preocupéis. Además, estoy a vuestro servicio, pues vais a ser entregadas a un rey —suspiró—. Os envidio. Mientras tanto, conociendo a mis hombres, mejor será que os vigile.

Las mujeres que no habían querido morir quemadas vivas salieron afuera, junto con sus hijos. Los saqueadores abusaron de ellas y después las dejaron marchar. Otras mujeres prefirieron quedarse dentro con sus hombres. Las llamas iluminaron buena parte de la heredad de Orm, pues el resto de los edificios no tardaron en ser incendiados, aunque no sin antes ser saqueados.

Valgard se fue en cuanto tuvo la certeza de que los que se habían quedado en la casa habían muerto, pues sabía que, cuando la gente de los alrededores viera el incendio, acudiría armada. Los vikingos levaron anclas y salieron a mar abierto, remando contra un viento que lanzaba sobre cubierta la fría agua de las olas.

—Así nunca llegaremos a Finmark —rezongó el timonel de Valgard.

—Yo no opino lo mismo —contestó él.

Y al amanecer, tal y como le había dicho la bruja, desató los nudos que mantenían cerrado el saquito de cuero. Al momento el viento cambió de rumbo, comenzando a soplar de popa, hasta que se convirtió en un viento constante de nordeste. Con las velas izadas, los navíos progresaron fácilmente a buena marcha.

Cuando la gente de los alrededores llegó a la heredad de Orm, sólo halló vigas carbonizadas y montones de cenizas humeantes. No muy lejos encontraron a algunas mujeres y niños que sollozaban en la cruda luz de la mañana. Aelfrida era la única que no lloraba ni hablaba. Se sentaba encima del túmulo, con el cabello y el vestido ondulantes en el salvaje viento, inmóvil, con los ojos vitreos, mirando fijamente el mar.

Durante tres días y tres noches los navíos de Valgard fueron impulsados por un ventarrón constante. Uno se hundió en las furiosas ondas, aunque la mayor parte de su tripulación pudo salvarse; las de los demás no dejaban de achicar agua todo el tiempo, de modo que los guerreros comenzaron a murmurar entre sus barbas. Pero el temor a Valgard impidió que se concretasen en franco motín.

Él permanecía casi todo el tiempo a proa de su embarcación, bien abrigado con su largo manto de cuero, cubierto de sal y escarcha, mirando por encima de las aguas. En una ocasión, un hombre se atrevió a contrariarle y fue muerto por él al momento, tras lo cual arrojó su cuerpo por la borda. Hablaba poco, pero eso le gustaba a su tripulación, ya que así no tenían que aguantar, clavada en ellos, su desconcertante mirada.

Tampoco contestó a las súplicas de Freda y Asgerd para que les dijera adonde iban, pero les dio bien de comer y de beber y las mantuvo resguardadas en el puente anterior, sin dejar que sus hombres las molestasen.

Al principio, Freda no quiso comer.

—No puedo aceptar nada de ese ladrón y criminal —dijo. Y no toda la sal que manchaba sus mejillas provenía del mar.

—Come para mantenerte con fuerzas —le aconsejó Asgerd—. No es él quien te lo da, porque se lo ha robado a otros. Además, si rezo a Dios para que nos ayude, podríamos tener una posibilidad de escapar.

—Eso te lo prohíbo —dijo Valgard, que había estado escuchando—, y si te vuelvo a oír pronunciar de nuevo esa palabra, te amordazo.

—Como tú digas —le contestó Freda—, aunque las oraciones nacen más del corazón que de los labios.

—Pero no resultan de gran ayuda en lugares como éstos —se mofó Valgard— Muchas mujeres se quejaban a su Dios cuando yo les ponía las manos encima, y de bien poco les sirvió. Pero ya está bien de hablar de dioses a bordo de mi nave.

Valgard, aunque no esperaba que el cielo fuese a ayudarlas, no quería correr riesgos, ni menos aún recordar lo que le había sido negado para siempre —la gente sin alma de Faerie muy leída en magia, había llegado a conocer la existencia de un Poder mayor que todos, que, no obstante, jamás podrían comprender— y por eso sentía un terror ciego por los simples nombres y signos a Él asociados.

Así pues, él volvió a sus pensamientos y las dos hermanas a su silencio. Tampoco los hombres hablaban mucho, de suerte que los únicos sonidos que se oían eran el ulular del viento entre las jarcias, el bramido del mar contra la proa y el crujido del maderamen al quejarse. En lo alto volaban nubes grises, de las que con frecuencia, entre remolinos, caía nieve o granizo, mientras los bajeles cabeceaban y se balanceaban, perdidos entre las tumultuosas ondas.

Al tercer día, a la caída de la tarde, bajo un cielo tan bajo y espeso que bastaba por sí solo para evocar el crepúsculo, avistaron Finmark. Los acantilados surgían lívidos de la resaca que los golpeaba con sonido atronador. Sus cumbres habrían estado desnudas, si no hubiera sido por la nieve, el hielo y un puñado de árboles sacudidos por el viento.

—Es un lugar horrible —dijo, escalofriado, el timonel de Valgard—, y no veo nada de esas tierras de las que nos hablaste.

—Dirígete hacia aquel fiordo que está delante de nosotros —le ordenó su jefe.

El viento los empujó hacia el fiordo, hasta que los tristes acantilados calmaron su ardor. Entonces arriaron los mástiles y sacaron los remos, de forma que, espumeantes, los navíos avanzaron en el crepúsculo hacia una playa sembrada de rocas. Tras aguzar la mirada, Valgard vio a los trolls.

No eran tan altos como él, pero sí el doble de anchos, con brazos como troncos de árbol que les llegaban a las rodillas, piernas cortas y arqueadas, y pies planos y unguiculados, su piel era verde, fría y viscosa, y parecía moverse encima de su carne, dura como las piedras. Bien pocos de ellos tenían cabello, por lo que sus grandes cabezas redondas, de nariz plana, con bocas llenas de grandes dientes, orejas puntiagudas y ojos distantes, hundidos en órbitas de huesos salientes, parecían repelentes calaveras. Los ojos carecían de esclerótica y eran como pozos de negrura.



Librodot

Por lo general, y a pesar de lo gélido del viento, no llevaban ropa alguna, con excepción de algunas pieles. Sus armas consistían sobre todo en mazas, hachas, lanzas, arcos y hondas que lanzaban proyectiles de piedra; todas ellas demasiado pesadas para ser manejadas por los hombres o los elfos. Pero algunos de ellos vestían yelmo y loriga, y empuñaban armas de bronce o de aleación élfica.

Valgard no pudo reprimir un escalofrío al verlos.

—¿Has cogido frío? —le preguntó uno de sus hombres.

—No..., no... es nada —musitó. Pero pensaba para sus adentros: «Espero que la bruja no me mintiese y que las hembras élficas no sean tan espantosas como esta gente: deben de ser unos guerreros formidables.»

Los vikingos encallaron sus navíos y los arrastraron tierra adentro. Después se quedaron inmóviles, esperando en el atardecer, mientras Valgard veía cómo los trolls iban llegando a la playas.

La lucha fue breve y horrible, pues los hombres no podían ver a sus atacantes. Aquí y allá, sucedía que un troll llegaba a tocar el acero y perecía carbonizado, pero la mayor parte de ellos sabían como evitar el metal. Sus risotadas resonaban entre los acantilados mientras esparcían los sesos de los hombres, les abrían en canal o les daban caza por las montañas.

El timonel de Valgard vio morir a sus amigos, mientras su jefe permanecía apoyado en el hacha, sin hacer nada. El vikingo rugió y se lanzó contra el berserkr.

—¡Esto es obra tuya! —exclamó.

—En efecto, lo es —respondió Valgard, y le recibió con un clamor de acero. Cuando acabó con el timonel, que fue cosa de poco, ya había terminado la batalla.

El capitán de los trolls se acercó a él. Las piedras quedaban trituradas a su paso.

—Fuimos informados de tu llegada por un murciélago que también era una rata —dijo, con voz sonora, en la lengua de Valgard—. Te damos nuestras más efusivas gracias por tan excelente distracción. Ven con nosotros, nuestro Rey te aguarda.

—Al momento —asintió Valgard.

Ya había amordazado a las dos hermanas, atándoles los brazos a la espalda. Atónitas por lo que habían presenciado, fueron dando tumbos, casi a ciegas, a lo largo de una profunda garganta y de la ladera yerma de una montaña; pasaron ante guardias invisibles y entraron en la gruta donde se sentaba Illrede.

Era una sala colosal, excavada en la roca y amueblada con una magnificencia que provenía de elfos, enanos, goblins y de otros pueblos, entre ellos el de los hombres. Grandes gemas resplandecían en las paredes, entre finísimos tapices, mientras copas y tejidos costosos guarnecían mesas de ébano y marfil a la luz de las antorchas que ardían a todo lo largo de la vasta sala, iluminando los ricos atavíos de los nobles trolls y de sus damas.

Gran número de siervos de las razas de los elfos, los enanos o los goblins iban y venían con trincheros de carne y copas de bebida. Todo aquello formaba parte de un festín por todo lo alto, para el que habían robado niños humanos y de Faerie, así como vacas, caballos, cerdos y vinos del sur. La música hecha de gruñidos, que tanto gusta a los trolls, resoplaba por el aire lleno de humo.

A lo largo de las paredes se apostaban los centinelas, tan inmóviles como ídolos paganos, con la rojiza luz reluciendo en la punta de sus lanzas. Los trolls que se habían sentado a la mesa bebían y se emborrachaban, discutiendo entre ellos con estruendosa algarabía. Pero los nobles de Trollheim mantenían la calma, sentados en sus tronos esculpidos.

La mirada de Valgard se posó en Illrede. El rey era ancho de cintura, con un rostro enorme y una barba, larga y rizada, de color verde. Cuando sus ojos, negros como la pez, divisaron a los recién llegados, Valgard sintió el miedo deslizarse a lo largo de su columna vertebral y tuvo que hacer esfuerzos para ocultarlo.

—Salud, Gran Rey —dijo—. Soy Valgard Berserkr, llegado de Inglaterra para solicitar un lugar entre tu hueste. Me han dicho que eres el padre de mi madre, lo que me obliga a reclamar mi herencia.

Illrede asintió con su cabeza, coronada de oro.

—Ya lo sabía —dijo—. Bienvenido, Valgard, a Trollheim, tu patria —volvió la mirada hacia las jóvenes, que, exhaustas y llenas de desesperación, se habían dejado caer al suelo, una al lado de la otra—. Pero ¿quiénes son ésas?

—Un pequeño regalo —aclaró Valgard, con aplomo—, las hijas de mi padre adoptivo. Espero que te agraden.

—¡Jo... jo, jo... jo, jo... jo! —la risa de Illrede rompió el silencio que había caído de repente—. ¡Un regalo buenísimo! ¡Hacía muchísimo que no tenía entre mis brazos a una jovencita humana!... ¡De veras! ¡Bienvenido, bienvenido, Valgard!

Se puso en pie de un salto, que hizo vibrar el suelo bajo su peso y fue a contemplar de cerca a las muchachas. Freda y Asgerd miraron angustiadas a su alrededor. Era fácil leer sus pensamientos:

«¿Dónde estamos? Parece una cueva oscura, pero Valgard habla a las paredes y el eco que responde no reproduce sus palabras...»

—Contemplad vuestro nuevo hogar —dijo Illrede, con malicia, y rozó sus ojos. De repente, ambas tuvieron la Vista Encantada y pudieron verle, inclinado sobre ellas. Aquello les impresionó tanto que, a pesar de hallarse amordazadas, pudieron oírse sus gritos.

Illrede se rió una vez más.

## CAPITULO 10

**L**a incursión que los elfos iban a hacer sobre Trollheim tenía que ser importante. ¡Se emplearía en ella cincuenta navíos largos tripulados por los mejores guerreros de entre los elfos de Britania, que ocultarían su forma y estarían protegidos por las hechicerías de Imric y de sus brujos más sabios! Se pensaba que, gracias a los encantamientos, podrían llegar sin ser vistos hasta los mismísimos fiordos del reino troll de Finmark; pero el alcance de su penetración en el interior tras su desembarco dependía de la resistencia que encontraran. Skafloc esperaba llegar hasta los mismísimos aposentos del rey Illrede y volver con su cabeza. Estaba ansioso de emprender el viaje.

—No seas demasiado atolondrado —le aconsejó Imric—. Mata e incendia, pero no malgastes guerreros en inútiles aventuras. Lo importante no es que despaches a mil trolls, sino que consigas una estimación de sus fuerzas.

—Haré ambas cosas —dijo Skafloc, con una mueca, Estaba tan inquieto como un joven garañón, con los ojos encendidos y el cabello castaño cayéndole a ambos lados de la diadema que ceñía su frente.

—No se... no sé — Imric parecía preocupado—. Siento, sin que pueda precisar cómo ni por qué, que de este viaje no saldrá nada bueno; por eso me gustaría detenerlo todo, así por las buenas.

—Aunque lo hicieras, nos iríamos de todas las maneras —aseguró Skafloc.

—Sí, lo sé. Y quizá esté equivocado. Ve, entonces, y que la suerte sea contigo.

Una noche, justo después del crepúsculo, los guerreros se embarcaron. La luna, que acababa de salir, arrojaba plata y sombras sobre los riscos y las Colinas de los Elfos, sobre la playa que abandonaban y sobre las nubes que corrían hacia el Este, en alas de un viento que llenaba el cielo con su clamor. La claridad lunar, formando líneas rotas y arabescos, caía sobre las olas, que se precipitaban entre rugidos sobre las rocas, orladas de blanco; refulgía sobre las armas y lorigas de los guerreros elfos, mientras los blanquinegros navíos largos que descansaban sobre la arena de la playa no parecían más que sombras y rayos de luz lunar.

Skafloc estaba de pie, envuelto en un manto, con el cabello ondeando al viento, mientras esperaba que se incorporasen los guerreros más rezagados. Hasta él, pálida a la luz de la luna, con los bucles de su cabellera como una nube y los ojos que le ardían, llegó Leea.



Librodot

—¡Me alegro de verte! —gritó Skafloc—. Despídete de mí y cántame una canción para que me dé buena suerte.

—No puedo saludarte como quisiera, porque no puedo acercarme a esa loriga de hierro que llevas — contestó ella, con una voz que era como la música del viento en los brezales, el murmullo de las aguas y el tintineo de miríadas de campanillas sonando a lo lejos—. Además, tengo el presentimiento de que mis hechizos de poco servirían contra el desuno que te ha sido asignado —y su mirada buscó la de él—. Sé, con certidumbre que se halla más allá de lo racional, que te diriges a una trampa; por eso, y por la leche que te di cuando eras niño y los besos que te prodigué ya de hombre, esta vez te pido que te quedes.

—Sería una bella proeza para un jefe elfo al frente de una incursión que bien puede volver con la cabeza de su enemigo —dijo, airado, Skafloc—. Ni por nada ni por nadie podría cometer acción tan deshonrosa.

—Sí... tienes razón —súbitamente, los ojos de Leea se perlaron de lágrimas—. Los hombres, de vida tan breve que resulta cruel, corren en su juventud hacia la muerte como si fueran al encuentro de una muchacha. Hace sólo unos años que te acuné, Skafloc, y hace sólo unos meses que yací contigo, en las claras noches del verano; y ambos recuerdos son igual de nítidos, pues para mí, siendo inmortal, el tiempo es siempre inmutable. Y pasarán a fundirse, en ese abrir y cerrar de ojos que para mí son los años, con el recuerdo de ese día en que tu cadáver, lleno de mil heridas, espere a los cuervos. Jamás te olvidaré, Skafloc, pero me temo que te he besado por última vez. Y, entonces, cantó así:

Hacia el mar sopla el viento esta noche,
y los hombres del mar, incansables,
salen de casa y emprenden el vuelo
buscando el rocío con las gaviotas.
Brazos de mujer, y hogares encendidos
parientes y amigos, nada les retiene
cuando un viento, allende su tierra
les habla de favorables corrientes.
La espuma y las algas los cubrirán.

Viento, ah, viento, viejo vagabundo,
gris y de raudos pies, siempre quejoso,
la mujer maldice a quien le roba el hombre,
llamándolo a su destino y a la muerte.
Los hombres del mar, besados por las rientes ondas,
frías y con el sinsabor de la sal, que engañan los corazones,
serán llevados a tumbas sin sosiego,
cuando el mar arrebate sus vidas.
Y para sus mujeres será el llanto.

A Skafloc no le agradó la canción, que tenía un regusto de mala suerte. Se volvió y dijo a gritos a sus guerreros que pusieran las naves a flote y embarcasen en ellas. Pero en cuanto estuvo en el agua, dejó atrás todos sus malos presentimientos, en aras de una renovada ansiedad.

—Este ventarrón viene soplando así desde hace tres días —dijo Goltan, uno de sus amigos—. Noto en él el hedor de un mago. Quizá alguno de ellos ponga proa en estos momentos hacia el Este.

—Entonces se ha mostrado muy amable al ahorrarnos las molestias de suscitar los vientos — rió Skafloc—. Sin embargo, si lleva tres días navegando hacia el Este, su navío ha sido hecho por los hombres. ¡Nosotros navegamos más deprisa!

Los mástiles y velas fueron alzados y los estilizados mascarones de proa, con la figura del dragón, colocados en su sitio. Corrieron como impulsados por una tormenta, como la volante nieve y el blanco rocío a punto de helarse, blanco bajo la luna. Las olas se agitaban a su paso, mientras

dejaban una amplia estela en las rugientes aguas. Y como los elfos eran los más veloces de Faerie, ya fuera a pie, a caballo o en barco, antes de medianoche los acantilados de Finmark estaban a su vista.

Los dientes de Skafloc brillaron al sonreír. Y, entonces, improvisó:

Raudos llegaron los elfos,
por el Este, hasta Trollheim,
para hacer sonar las lanzas,
y a la espada hacer cantar,
con magníficos regalos
que a los trolls van a entregar:
cráneos partidos en dos
y vísceras bien trinchadas.

Tumbaremos a los trolls
(en el ardor del tumulto),
cuando, por miedo a las llamas,
se les aflojen las tripas.
Camaradas, sed gentiles
con los trolls que clamorean:
si la cabeza les duele
¡decapitémoslos, ea!

Los elfos que ocupaban las dos bordas del barco que cabeceaba sonrieron torvamente, recogieron vela y mástil y empuñaron los remos. La flota penetró en el fiordo, dispuesta para el combate, pero no vieron ni rastro de los guardias del enemigo. En cambio, divisaron otros bajeles descansando en la arena de la playa... tres letales navíos largos, cuyas tripulaciones aparecían descuartizadas entre las rocas.

Skafloc saltó a tierra, con la espada desenvainada y el manto ondeando tras de sí.

—¡Qué extraño es esto! —dijo, inquieto.

—Parece como si se hubieran refugiado aquí, huyendo de la tormenta, para acabar siendo atacados por los trolls —comentó Goltan—. Además, no hace mucho... Mira, toca, la sangre aún está fresca, los cuerpos calientes... Quizá los criminales hayan ido a ver a Illrede para informarle de lo ocurrido.

—Entonces... ¡tenemos una suerte increíble! —exclamó Skafloc, que no había pensado en realizar un ataque por sorpresa. Por eso, en vez de sonar el cuerno, hizo una señal con la espada. Ni él ni los elfos se preocuparon de los muertos, que no eran más que hombres.

Las tripulaciones saltaron a los bajíos y arrastraron los navíos hasta bien adentro de la playa. Unos pocos elfos se quedaron de guardia, mientras Skafloc conducía al grueso de sus fuerzas por el sendero que llevaba hacia el interior.

Atravesaron una garganta, invisible a los ojos humanos, y salieron por la ladera de una montaña, cubierta de nieve de cegador brillo, cuyos picos arañaban el cielo. El viento chillaba y los abofeteaba con sus frías manos. Unas nubes deshilachadas surcaban la faz de la luna, que parecía mirarlos con ojos entornados. Ágiles como gatos, los elfos se abrieron paso por la montaña, entre riscos y despeñaderos, hasta llegar a la entrada de la cueva que se abría en la ladera.

Al acercarse, vieron salir de ella una banda de trolls, como si fueran los guardias costeros que regresaban a sus puestos. El grito de Skafloc se elevó por encima del sonido del viento:

—¡Deprisa, podemos cortarles la retirada!

Y saltó como una pantera, rodeado y seguido de los elfos. Antes de que los trolls se diesen cuenta de lo que se les venía encima, el metal aulló en sus oídos y fue lo último que oyeron. Pero, como era de esperar, el ruido había llegado dentro, de manera que, cuando entraron, los guerreros de Skafloc se encontraron con una oposición cada vez mayor.

El estruendo de las armas aumentaba en el túnel que iba en descenso. Los gritos de guerra de los elfos y los atronadores alaridos de los trolls se confundían y ocasionaban ecos espantosos.

Skafloc y Goltan abrían la marcha, escudo contra escudo, lanzando golpes a su alrededor. Los trolls, que se movían lentamente y que por lo general carecían de protección, iban cayendo, uno tras otro, bajo el filo de sus armas.

Un guerrero lanzó a Skafloc una lanza tan gruesa como el tronco de un árbol joven. La paró con su escudo, echó el asta a un lado, se acercó a su atacante y le golpeó. Su hoja de acero penetró, ardiente, en su hombro, hasta llegar al corazón. Con el rabillo del ojo vio una maza que le llegaba desde la izquierda, capaz de aplastar yelmo y cráneo al mismo tiempo. Adelantó el escudo en aquella dirección. El golpe resonó en su borde de hierro y le hizo retroceder, titubeando. Cayó sobre una rodilla, pero pudo extraer su espada del cadáver y cortarle al troll una pierna. Levantándose, imprimió a su arma una trayectoria curva y sibilante y otra cabeza de troll abandonó su cuello dando saltos.

Finalmente, los defensores, ya en retirada, llegaron a una cueva más espaciosa. Los elfos gritaron de alegría al disponer del espacio suficiente para utilizar su arma preferida. Cogieron los largos arcos que llevaban a la espalda, y las flechas de plumas grises arreciaron como la tormenta desde la retaguardia de Skafloc, cayendo sobre los trolls. Cuando los defensores, rotas ya sus filas, salieron huyendo, tuvo lugar a todo lo largo de la caverna el comienzo de los combates individuales. Pero un troll sin cota de malla no era enemigo para esos remolinos en que se habían convertido los elfos, brincando, esquivando y lanzando tajos y estocadas.

Algunos de los asaltantes murieron, con el cráneo partido o eviscerados, y no pocos sufrieron heridas. Pero para los trolls fue una carnicería. Sin embargo, la guardia del Rey se mantenía a pie firme en el pasaje abovedado que conducía al salón de los banquetes de su señor. Cuando los elfos, habiendo dado buena cuenta de los demás, cargaron contra ella, muy pocos pudieron llegar hasta sus inflexibles posiciones, pues el espacio era tan menguado que de bien poco les servía su agilidad y destreza en combatir. Se replegaron en confusión, dejando cierto número de muertos y heridos. Ningún proyectil serviría de ayuda contra aquella barrera de escudos, que cubría a los trolls desde los ojos hasta justo debajo de la rodilla.

Pero Skafloc observó la altura de la arcada bajo la que se habían parapetado los trolls.

— ¡Os mostraré el camino! —gritó a sus guerreros.

Cubierto de la sangre verde de los trolls y también de la suya propia, con el yelmo abollado y la espada y el escudo mellados, lanzó una risotada mientras envainaba su arma y cogía una lanza. Arrojándose hacia delante, clavó su punta en el suelo y cargó todo su peso en el otro extremo de su astil, pasando por encima de las cabezas de sus enemigos y aterrizando en el interior de la sala.

Al caer, desenvainó de nuevo la espada. El impacto de la caída, debido al peso de su armadura, hizo que le temblaran las piernas y cayera al suelo. Pero se levantó de un salto. Los guardias estaban bien armados, por encontrarse de servicio, pero llevaban al descubierto las piernas y parte de los brazos. Con sólo tres golpes, la hoja de acero acabó con otros tantos trolls.

Los demás se volvieron para atacarle. Entonces, los elfos se lanzaron contra la línea que acababa de romperse..., abrieron en ella una brecha y penetraron en la sala del Rey de los trolls.

Skafloc vio a lo lejos a Illrede, con una lanza en las manos, pero inmóvil como una piedra en su alto sitial; y corrió hacia él. Dos trolls que intentaron detenerle cayeron bajo sus golpes. Entonces, un hombre se le cruzó en el camino.

Durante un momento, Skafloc se quedó inmóvil, atónito al ver su propio rostro que le miraba amenazante, desde detrás del hacha que caía. Apenas tuvo tiempo de levantar el escudo. Pero el hacha no era de blando bronce o de aleación élfica, sino de auténtico acero, y no había sufrido la mella del combate, lo que no podía decirse del escudo. El hacha golpeó en su borde, hendió la madera y la chapa fina de hierro y no se detuvo hasta abrir una herida en su brazo izquierdo.

Skafloc intentó bloquear el hacha con un golpe descendente, pero el desconocido se echó hacia atrás, liberando su arma con tanta fuerza que le hizo vacilar. Entonces pasó al ataque. Skafloc echó a un lado el escudo, ya inservible. El hierro repicó y despidió chispas al chocar contra el hierro. Ambos hombres llevaban yelmo y loriga; pero, sin su escudo, el espadachín llevaba las de perder contra el gran peso del hacha. A pesar de que Skafloc conociera el arte élfico de la esgrima, consistente en tirar a fondo, parar y rodear, la espada que llevaba aquella noche no estaba lo

suficientemente equilibrada para permitirle ejercitarlo. Así pues, tuvo que permanecer a la defensiva y se vio obligado a retroceder.

Entonces la marca de la batalla los separó. Skatloc se encontró de repente frente a un troll, que combatió duramente antes de caer. Momentos después, el extranjero estaba rodeado de elfos. Se abrió paso a través de ellos y regresó al lado de Illrede, mientras los trolls que quedaban se agrupaban alrededor de ellos dos. Con furioso empuje, se abrieron camino hasta una puerta que había al fondo y desaparecieron por ella.

—¡Perseguidlos! —exclamó Skafloc en el fragor de la batalla.

Goltan y los demás capitanes elfos le dijeron a gritos que retrocediesen.

—Sería una locura —dijeron—. Fíjate que la puerta conduce a unas cavernas sin luz que se hunden en la tierra, en las que fácilmente podrían estar emboscados. Mejor será que la cerremos por este lado, no sea que Illrede vaya a azuzar contra nosotros a los monstruos del interior.

—Sí, tenéis razón —dijo Skafloc, a regañadientes.

Su mirada recorrió toda la sala, escrutando ávidamente, antes que nada, sus riquezas, para después sentir angustia al contemplar los cuerpos de los elfos desperdigados por el suelo, resbaladizo por la sangre derramada. Pero comprendió que debía alegrarse al pensar en lo reducido de su número, frente a las elevadas pérdidas del enemigo. Los trolls heridos estaban siendo rematados —y el clamor de sus gruñidos y lamentos se terminó pronto—, mientras que los elfos que habían sufrido algún daño recibían los primeros auxilios, en espera de la magia que los curaría ya de vuelta a la patria.

De improviso, los ojos de Skafloc quedaron inmóviles, no menos extrañado que cuando viera su propio rostro en el de un enemigo. Dos mujeres yacían juntas, atadas y amordazadas, cerca del trono.

Se les acercó, pero ellas se echaron a un lado cuando le vieron empuñar un cuchillo.

—Pero... si sólo quiero liberaros —dijo en la lengua del Norte, y cortó sus ligaduras. Ellas se levantaron, temblorosas y abrazándose mutuamente. Su sorpresa no hizo sino aumentar cuando la más alta, de cabello rubio, balbució entre lágrimas:

—Trai... dor y criminal, ¿cuál es la nueva infamia que preparas?

—Pero... —Skafloc reprimió su extrañeza. Aunque había aprendido varias de las lenguas de los hombres, las había usado muy raramente, por lo que las hablaba con la entonación cantarina del élfico—. Pero ¿qué he hecho? —esbozó una sonrisa—. No creo que dijerais eso porque os gustara estar atadas.

—No te rías de nosotras, Valgard, después de todo lo que nos has hecho —dijo la muchacha de cabellos dorados.

—Yo no soy Valgard —explicó Skafloc—, ni le conozco, a no ser que se trate del hombre con quien he combatido... Pero quizá no lo hayáis visto entre tanta confusión. Soy Skafloc de Alfheim, y no soy amigo de los trolls.

—¡Es verdad, Asgerd! —exclamó la muchacha más joven—. No puede ser Valgard. Fíjate, no lleva barba, va vestido de manera diferente, habla de manera extraña.

—No sé —murmuró Asgerd—. ¿La muerte que planea alrededor de nosotros es otro truco? ¿No habrá hecho otro de sus encantamientos para engañarnos? ¡Oh, sólo sé que Erlend y nuestros allegados están muertos! —y comenzó a sollozar, terminando con un violento acceso de tos.

—¡No, no! —la más joven se agarró a los hombros de Skafloc, buscando su rostro, y sonriendo acto seguido a través de las lágrimas, como los rayos del sol primaveral entre la lluvia—. No, extranjero, tú no eres Valgard, aunque te pareces mucho a él. Tus ojos son cálidos y tu boca sabe muy bien cómo reír... Gracias a D...

Él le cubrió los labios con la palma de su mano antes de que hubiera podido acabar.

—No pronuncies aún ese nombre —dijo, apresurado—. Aquí hay gente de Faerie que no soporta escucharlo. Pero nadie os hará ningún daño. Yo mismo velaré para que seáis llevadas adonde queráis.

Ella asintió, con los ojos muy abiertos. Skafloc soltó su mano y la miró durante largo tiempo. Era de estatura media, pero todo en ella era suavidad, esbeltez, juventud y belleza resplandeciendo a través de los jirones de sus ropas. Su cabello era largo y lustroso, de color bronce oscuro, con mechas

rojizas; su rostro estaba modelado con dulzura, tenía la frente amplia, la nariz suavemente respingona y la boca grande y de labios suaves. Bajo sus negras cejas, sus ojos de largas pestañas eran grandes, despiertos, brillantes y de un color gris que suscitó en la bien entrenada mente de elfo de Skafloc la vaga memoria de un recuerdo. Pero como no conseguía comprender de qué se trataba, dejó que se desvaneciera del todo.

—¿Quién eres? —preguntó, sin brusquedad.

—Soy Freda, hija de Orm, del Danelaw de Inglaterra; y ésta es mi hermana Asgerd —le contestó—. ¿Y tú, guerrero... ?

—Skafloc, ahijado de Imric, del enclave en Inglaterra de Alfheim —dijo. Ella retrocedió, consiguiendo reprimir a duras penas las ganas de santiguarse—. Ya te he dicho que no tengas miedo de mí —prosiguió, dejándose vencer por un impulso incontrolado—. Esperadme aquí mientras me hago cargo de la situación.

Los elfos estaban ocupados en saquear la sala de Illrede. Al buscar en las salas laterales encontraron esclavos de su propia especie, a los que liberaron. Finalmente, salieron de la cueva. Cerca de su entrada encontraron casas, graneros y cobertizos, que incendiaron. Aunque aún soplara un fuerte viento, el tiempo había aclarado casi del todo, por lo que las llamas rugían, resplandecientes, bajo un cielo cuajado de estrellas.

—Me parece que Trollheim ya no ofrece ningún peligro —dijo Skafloc.

—No estés tan seguro —le previno Valka el Sabio—. Los hemos cogido desprevenidos. Me gustaría saber la cuantía de su ejército y la distancia a la que se encuentra acampado.

—Ya nos enteraremos de eso en otra ocasión —dijo Skafloc—. Ahora volvamos a las naves y así podremos estar en casa antes del amanecer.

Asgerd y Freda seguían juntas, observando, casi sin darse cuenta y gracias a su Vista Encantada, lo que hacían los elfos. Les resultaban extraños aquellos guerreros tan altos, que se movían como el agua y el humo, sin hacer ruido al andar, y cuyas lorigas emitían tintineos de plata en medio de la noche. Pálidos como el marfil, con rostros de pómulos altos, orejas apuntadas de animal y ojos vacuos y relucientes, infundían terror a las miradas mortales.

Entre ellos se movía Skafloc, casi con tanta gracia y sigilo como ellos, viendo de noche como los gatos y hablando su extrañísima lengua. Sin embargo, tenía aspecto humano, y Freda, al recordar el color de su mano, tan distinto al de la piel de los elfos, suave como la seda, que había tocado accidentalmente, ya no dudó de que fuera humano.

—Debe de ser pagano para vivir entre esas criaturas —comentó Asgerd en cierto momento.

—Bueno..., supongo que lo será..., pero es amable y nos ha salvado de... —Freda tuvo un escalofrío y se arrebujó aún más en el manto que Skafloc le había entregado.

Éste hizo sonar su cuerno para indicar retirada, y la larga y silenciosa fila bajó por la montaña, desandando el camino que antes hiciera. Skafloc caminaba junto a Freda, sin decir apenas nada, pero poniendo frecuentemente su mirada en ella.

Era mucho más joven que él, y aún le quedaba un resto de encantadora e infantil torpeza que se podía apreciar en sus largas piernas y lo delgado de su talle. Llevaba la cabeza alta, con lo que sus resplandecientes cabellos parecían crepitar en la helada claridad lunar... aunque Skafloc no albergaba duda alguna de su suave tacto. Mientras bajaban por la accidentada pendiente, él la cogía, y entonces su pequeña mano quedaba escondida entre la suya, encallecida.

De repente, entre las escarpaduras resonó el bramido de un cuerno troll, al que respondieron otros dos, cuyos ecos llegaron hasta los acantilados y fueron devueltos, lacerados, por el viento. Los elfos se pararon en seco, con las orejas prestas, olfateando en el aire, mientras escrutaban la noche en busca de sus enemigos.

—Creo que han debido de adelantarse para cortarnos la retirada —dijo Goltan.

—Mal asunto —comentó Skafloc—, pero peor sería bajar a ciegas por la oscura garganta y recibir las piedras que nos podrían tirar desde arriba. Así que daremos un rodeo, en vez de atravesarla.

Y dio la llamada de combate con el lur que le llevaron. Los elfos eran los inventores del lur, grande y retorcido, que aun utilizaban, aunque los hombres hubieran olvidado su uso desde los tiempos de la Edad del Bronce Nórdico.

Dirigiéndose a Freda y a Asgerd, dijo:

—Me temo que nuevamente tendremos que luchar. Mi gente os defenderá mientras no pronunciéis los nombres que tanto les afectan. Si olvidáis mi advertencia, entonces se irán de vuestro lado y los trolls que no hayan oído vuestros rezos podrán mataros con sus flechas.

—No sería bueno morir sin invocar a... Al que está arriba — replicó Asgerd—. Sin embargo, te obedeceremos en esto.

Skafloc se rió y pasó una mano por el hombro de Freda.

—¿Cómo no vamos a vencer cuando luchamos por semejantes bellezas? —comentó, alegre.

Llamó a dos elfos para que llevaran en brazos a las jóvenes, que no podrían seguir el paso cuando se hiciera más vivo, y otros más formaron en posición de tortuga a su alrededor. Acto seguido, Skafloc, a la cabeza de una formación en cuña, bajó desde los riscos hacia el mar.

Los elfos marchaban ligeros, saltando de roca en roca, entre el canto de las mallas de sus cotas y el resplandor de la luna sobre sus armas. Cuando vieron a los trolls, una masa negra recortándose sobre el pálido puente nocturno de los dioses, lanzaron alaridos, golpearon los escudos con sus armas y se aprestaron a la batalla.

Skafloc contuvo la respiración al observar lo cuantiosa que era la fuerza troll. Calculó que los elfos se veían superados en proporción de seis a uno. Si Illrede había podido reunir semejante horda en tan poco tiempo, su ejército debía de ser numerosísimo.

—Bueno —dijo—. Cada uno de nosotros tendrá que matar a seis trolls.

Los arqueros elfos lanzaron sus flechas. Los poco ágiles trolls no consiguieron evitar aquellas nubes de flechas que oscurecían la luna, y que caían, silbando sobre ellos, una y otra vez. Muchas dieron en el blanco, pero, como siempre, la mayor parte fueron a parar inútilmente en las rocas o se clavaron en los escudos; en poco tiempo a los elfos se les acabaron los proyectiles.

Entonces cargaron, desencadenando en la noche la batalla. Los mugidos de los cuernos de los trolls y el retumbar de los lures de los elfos; los aullidos lupinos de los trolls y el grito de los elfos, parecido al reclamo del halcón; el atronar de las hachas de los trolls sobre los escudos de los elfos y el martillear de las espadas de los elfos sobre los yelmos de los trolls, llegaban, tempestuosos, hasta las estrellas.

¡Hacha y espada! ¡Lanza y maza! ¡Escudo hendido y yelmo desfondado y malla rota! ¡Roja efusión de sangre élfica que sale al paso del frío y verde raudal de sangre troll! ¡Auroras bailando la danza de la muerte sobre las cabezas de todos!

Dos figuras imponentes —cada una de ellas hubiera podido ser tomada por la otra— destacaban en la refriega. El hacha de Valgard y la espada de Skafloc abrían sangrientas brechas en la agolpada muchedumbre de vacilantes guerreros.

El berserkr, espumeando de la furia que le poseía, aullaba y golpeaba. Skafloc se mantenía en silencio, solamente roto por su jadeante respiración, pero sin mostrarse por ello menos furioso.

Los trolls habían rodeado a los elfos por los dos flancos, y como en aquella maniobra de tenaza poco contaban la rapidez y agilidad, su fuerza física acabó por imponerse. Le parecía a Skafloc que por cada rostro horriblemente boquiabierto que abatía, surgían otros dos de la nieve manchada de sangre. Debía quedarse donde estaba, mientras el sudor que corría por su cuerpo se le helaba al bajar por la cintura, y mantener asido su nuevo escudo y golpear sin descanso.

Entonces fue cuando Valgard acudió a su encuentro, presa de la berserkirgangr y del odio que sentía por todo lo relacionado con los elfos... y más aún por el ahijado de Imric. Lucharon cuerpo a cuerpo, mirándose enfurecidos a los ojos, bajo la engañosa claridad lunar.

La hoja de Skafloc golpeó con estruendo metálico el yelmo de Valgard, abollándolo. El hacha de Valgard hizo volar astillas del escudo de Skafloc. Entonces, Skafloc lanzó un golpe oblicuo que alcanzó a Valgard en una mejilla, dejando sus dientes al descubierto en una mueca espantosa. El berserkr aulló nuevamente y desencadenó una atronadora lluvia de golpes, desviando la espada de Skafloc y alcanzando su escudo, hasta que el brazo izquierdo de éste estuvo a punto de ceder, mientras la sangre se embebía en la venda que protegía su anterior herida.

Sin embargo, Skafloc aún seguía aguardando el momento propicio; y cuando su contendiente adelantó excesivamente una de sus piernas, le clavó profundamente su espada en la pantorrilla. Y le

habría dejado cojo para siempre si el filo no hubiese estado desgastado por la batalla. De cualquier modo, Valgard dio un alarido y cayó de espaldas. Skafloc se lanzó sobre él.

El impacto de algo parecido a una piedra repercutió en el yelmo de Skafloc, haciéndole caer de rodillas. Illrede, el rey de los Trolls, estaba inclinado sobre él y acababa de golpearle con la pétrea cabeza de una maza. Valgard se levantó, aprestando su hacha. Aunque los oídos le zumbaran y el dolor fuera como una banda de hierro que le oprimiera las sienes, Skafloc se echó a un lado. El hacha dio en el suelo. Enloquecido por la batalla, uno de los elfos que formaban la tortuga avanzó para golpear al berserkr antes de que pudiese liberar su hacha. Pero la maza de Illrede le alcanzó, partiéndole el cuello. Valgard levantó su hacha y golpeó con ella en dirección a la brecha abierta por el elfo que había abandonado la formación, para alcanzar a quien estaba a su lado. Pero no le hirió a él, sino a la persona que llevaba en brazos.

La tortuga se cerró, avanzando contra el hombre y el troll, que se retiraron ante tantas espadas. Skafloc, adelantándose, la guió. Iba arrastrando la pierna izquierda. Illrede recobró el contado con sus guardias. Valgard se quedó donde estaba, solo, sin ninguna secuela de su furor.

Apoyándose en la pierna sana, cubierto de sangre, se detuvo a mirar el cadáver de Asgerd.

—No quise hacerlo —dijo—. ¿Acaso mi hacha está maldita? ¿No seré yo...? —y se pasó una mano por los ojos, perplejo—. Y, sin embargo, ellas no son de mi sangre... ¿no es cierto?

Debilitado tras tanta furia, se sentó al lado de Asgerd. La batalla se iba alejando de él.

—Ahora sólo me queda matar a Skafloc y a Freda para que toda la sangre, que una vez pensé que fuera la mía, se derrame de una vez —murmuró, acariciando las muy doradas trenzas de la joven muerta—. No estaría mal servirme de ti, hacha fratricida. Y también puedo matar a Aelfrida, si es que todavía vive... ¿Por qué no? Ella no es mi madre. Mi madre es una cosa grande y horrible encadenada en las mazmorras de Imric. Aelfrida, quien me cantaba para que me durmiera, no es mi madre.

La situación iba mal para los elfos, por muy valientemente que combatieran. Desde la vanguardia, Skafloc les daba a gritos sus órdenes, reagrupándolos, ordenándolos y dirigiéndolos. Su espada cantaba la muerte, de suerte que ningún troll podía permanecer cerca de aquel remolino de acero; y así, secundado por sus guerreros, fue abriéndose camino, lentamente, hacia el mar.

Titubeó durante un instante, al ver caer a Goltan atravesado por una lanza.

—Ahora tengo un amigo menos —dijo—; se trata de un bien que jamás podré recuperar —y su voz recobró la energía cuando exclamó—: ¡Valor, Alfheim! ¡Adelante! ¡Adelante!

Y de tal suerte, lo que quedaba de los elfos rompió la línea de los trolls y se retiró hacia la playa. Valka el Sabio, Flam de las Orcadas, Hlokkan Lanzarroja y otros grandes guerreros elfos cayeron en la retaguardia. Pero los demás consiguieron llegar hasta sus naves. Algunos, para llamar la atención de los trolls, se dirigieron a las pendientes que ceñían la playa y dispersaron por ellas el botín que les quedaba. Aquello consiguió frenar el ataque, ya que Illrede prefirió recuperar sus tesoros que seguir perdiendo guerreros.

Había quedado el suficiente número de elfos para arrastrar hasta la orilla del mar, y tripular, cerca de la mitad de los navíos. Los que no pudieron utilizarse fueron incendiados con ayuda de encantamientos. Acto seguido los bajaron al agua, subieron a bordo y remaron desesperadamente, hasta salir del fiordo.

Freda, acurrucada en el fondo del navío dragón de Skafloc, pudo contemplarle cuando de pie, alto y cubierto de sangre, recortándose contra la luna, trazaba runas en el aire y murmuraba palabras que le resultaban desconocidas. El viento giró, soplando de popa, se convirtió en ventarrón, en tempestad, y con las velas tensas como el acero, los mástiles inclinados hacia proa, y las jarcias vibrantes por el esfuerzo, los navíos brincaron hacia delante. Y cada vez avanzaban más rápido, como el rocío marino, como las nubes, como el sueño, como los encantamientos, o como la luz de la luna sobre las aguas. Skafloc seguía a proa, bañado por las salpicaduras del agua y cantando sus ensalmos de brujo, sin yelmo, con el cabello flotando al viento y la desgarrada loriga tintineando, como una figura salida de las sagas antiguas y de mundos ajenos al hombre.

Freda se abismó en la negrura.

## CAPITULO 11

Se despertó en un lecho de marfil tallado, cubierto de pieles y seda. La habían bañado y vestido con una túnica de sarnita blanca. A su lado había una mesita, extrañamente trabajada, con vino, agua, racimos de uvas y otros frutos de las regiones meridionales. Aparte de aquello, sólo conseguía ver un interminable crepúsculo de tonalidad azul oscura.

Durante cierto tiempo no pudo recordar lo que le había sucedido ni imaginarse dónde podría estar. Después, los recuerdos fluyeron de improviso y comenzó a sollozar desesperadamente. Lloró durante largo tiempo, hasta que cayó en la cuenta de que en aquella atmósfera que la rodeaba se respiraba paz; entonces, cuando hubo dejado de llorar, tomó un poco de vino, que tenía alguna extraña cualidad, aparte de la de ser espiritoso, y fue como si una mano reconfortante se hubiese posado sobre su corazón, pues se quedó profundamente dormida, sin soñar.

Cuando despertó de nuevo, sintió que había descansado maravillosamente. Apenas se había sentado en el lecho, Skafloc salió del inconmensurable atardecer azulado y se acercó a ella.

No se apreciaba en él ni rastro de sus heridas. La sonrisa que enarbolaba tenía algo de apresurada. Estaba vestido con una corta túnica, ricamente recamada y un kilt que permitía apreciar bajo su piel una fuerte musculatura. Se sentó a su lado y tomó sus manos, mirándola a los ojos.

—¿Te sientes mejor? —preguntó—. Eché en el vino una droga que sirve para curar la mente.

—Me encuentro bien, sólo... sólo que no sé dónde estoy —le contestó.

—En el castillo de Imric, en Elfheug, entre las Colinas de los Elfos, al norte —dijo Skafloc, mientras ella abría desmesuradamente los ojos, asustada—. Nadie te hará daño alguno y todo será según tus deseos.

—Te estoy agradecida —susurró ella—. Lo siguiente, después de Dios...

—No, no vuelvas a pronunciar ese nombre mientras estés aquí —la amonestó Skafloc—, porque los elfos salen huyendo al oírlo y tú eres su invitada. Por lo demás, eres libre de hacer lo que quieras.

—Pero tú no eres un elfo —dijo Freda, ya calmada.

—No, soy humano, pero he crecido entre ellos. Soy el ahijado de Imric el Astuto, y me siento más cerca de él que de mi padre, quienquiera que fuese.

—¿A qué fue debido que vinieras a salvarnos? Nuestra situación era desesperada...

Skafloc le habló brevemente de la guerra y de su incursión. Cuando hubo acabado, esbozó una sonrisa franca y dijo:

—Será mejor que hablemos de ti. ¿Quién es el mortal capaz de engendrar una hija tan bella?

Freda mudó la color y comenzó a narrar su historia. Él prestó atención, sin llegar a comprender su alcance. El nombre de Orm no le decía nada, porque Imric, para cortar todos los lazos humanos de su ahijado, le había dado a entender que su intercambio con la criatura que ocupó su puesto había tenido lugar en las alejadas regiones del oeste; más aun, mediante artes que conocía muy bien, al educar a Skafloc había apagado en él cualquier curiosidad que pudiese sentir por sus progenitores. En cuanto a Valgard, Freda desconocía todo de él, excepto que era su hermano y que estaba loco. Skafloc había percibido la falta de humanidad que flotaba alrededor del berserkr, pero como tenía tantas cosas en que pensar —especialmente en Freda—, no profundizó en la materia y decidió por las buenas que debía de estar poseído por algún demonio. Y el que se pareciera a él lo atribuyó a algún encantamiento de tipo especular, que Illrede podía haberle hecho a Valgard por una docena de razones. Por lo demás, ninguno de los elfos con los que Skafloc se había aventurado a



Librodot

hablar de la cuestión había reparado en ello. ¿Era debido a que habían estado demasiado ocupados en sobrevivir, mientras luchaban, o a que la supuesta semejanza sólo estaba en su mente? El ahijado de Imric decidió no preocuparse más por aquel asunto y se olvidó de él.

Ni siquiera Freda dio mayor importancia al parecido de ambos hombres, porque jamás habría podido confundirlos. Sus ojos, sus labios, sus gestos, la manera de andar, de comportarse, de cogerla o de pensar, eran tan diferentes en ambos que casi no llegaba a darse cuenta de la similitud de estatura y complexión, así como de rostro. Sólo se preguntó, de pasada, si no tendrían un antepasado común —algún danés que hubiese pasado un verano en Inglaterra cien años antes—, y ya no volvió a acordarse de la cuestión.

Había mucho en qué pensar. La droga que había ingerido podía teñir de bruma su situación, pero jamás ocultar lo terrible de la misma. Mientras hablaba, la turbación y el subsiguiente estupor, que hasta aquel momento la angustia había mantenido a buen recaudo, se apoderaron de ella, y acabó su narración de los hechos llorando sobre el hombro de Skafloc.

—¡Muertos! —exclamó—. Muertos, todos muertos, salvo Valgard y yo. Yo... le vi matar a padre y a Asmund cuando Ketil ya estaba muerto, y vi a madre caída a sus pies. Y el hacha en el cuerpo de Asgerd... Y ahora estoy sola y quisiera estar muerta en vez de ellos... ¡Oh, madre, madre!

—Cálmate —dijo Skafloc, con evidente falta de tacto. Los elfos no le habían dicho que alguien pudiera sufrir de aquella manera.—. Al menos estás ilesa. Yo buscaré a Valgard y vengaré a tu familia.

—De bien poco servirá. La casa de Orm es un montón de cenizas y su sangre se ha derramado y perdido, excepto lo poco que queda en un loco y en una muchacha sin hogar —se cogió a él, temblando—. ¡Ayúdame, Skafloc! Me desprecio a mí misma... por sentir miedo... pero lo tengo. Tengo miedo de estar sola en este lugar...

El acarició sus cabellos con una mano, mientras que con la otra levantaba su barbilla para que pudiera mirarle a los ojos.

—No estas sola —murmuró, y la besó con la delicadeza de una mariposa. Los labios de Freda se estremecieron bajo los suyos, suaves y cálidos, con el sabor salado de las lágrimas.

—Bebe —dijo él, y le ofreció la copa de vino.

Tomó un sorbo y después otro, y poco le faltó para quedarse, hecha un ovillo, entre los brazos de Skafloc, quien la reconfortó lo mejor que pudo, ya que le parecía una gran injusticia que ella siempre hubiera conocido la infelicidad; por eso mismo, susurró ciertos ensalmos que la libraron de su angustia con mayor rapidez de lo que lo habría hecho la propia naturaleza.

Y Freda recordó que era hija de Orm el Fuerte, quien bajo su tempestuosa alegría siempre había sido severo consigo mismo, educando a sus hijos para que fueran como él. Por eso se hizo la siguiente reflexión: «Nadie puede escapar a su destino; pero tampoco nadie puede quitarnos el valor con que debemos afrontarlo.»

Y así, ya más tranquila, deseosa incluso de contemplar las maravillas de las que le hablara Skafloc, se incorporó en el lecho y dijo:

—Gracias por ser tan bueno conmigo. Ya me siento recuperada. Él se rió.

—Entonces ya es hora de que tomes algo —comentó.

Le habían traído un vestido, de la flotante y tenue seda de araña que llevaban las hembras de los elfos. A pesar de que Skafloc obedeciera a su petición de darse la vuelta mientras se lo ponía, se le subieron los colores al rostro, ya que ocultaba bien poco. Aparte de eso, no pudo dejar de sentir agrado cuando él le puso en los brazos unos pesados brazaletes de oro, y una diadema cuajada de rutilantes diamantes en la cabeza.

Pisando un suelo invisible llegaron a un largo corredor que no se apreciaba totalmente como tal en un principio, sino que parecía como si una especie de bruma se fuese haciendo más densa a medida que avanzaban, alcanzando así la solidez. Las resplandecientes columnatas se alineaban a lo largo de las paredes de mármol y los motivos ricamente coloreados de alfombras y tapices se movían en lentas e irreales danzas.

Aquí y allá se veía pasar a los siervos goblins, una especie que se encuentra a mitad de camino entre elfos y trolls, de piel verde y de aspecto tosco, pero en absoluto desagradable. Freda se



Librodot

cogió a Skafloc con un leve chillido cuando una forma amarilla, con aspecto de demonio, pasó a su lado, llevando un candelabro, precedido por un enano provisto de un gran escudo.

—¿Qué es eso? —susurró Freda. Skafloc sonrió con una mueca.

—Es un shen, y procede de Cathay. Le cogimos prisionero en una de nuestras incursiones. Es fuerte, y muy valioso como esclavo. Sin embargo, al igual que todos los de su especie, sólo puede moverse en línea recta, a no ser que sea desviado por una pared. Así se explica que el enano lleve continuamente el escudo delante de él para ponerlo oblicuamente en las esquinas, de suerte que el shen salga en la dirección adecuada, como haría un rayo de luz en un espejo.

Ella se rió, y él escuchó, maravillado, la musicalidad de su risa. En la hilaridad de las hembras de los elfos siempre había un tenue matiz de ironía y malicia; por eso, la de Freda le pareció como la mañana de un día florido.

Comieron viandas inusuales, sentados en una mesa para ellos solos, mientras salía una suave música del aire que los rodeaba. Y Skafloc dijo:

Bueno es el comer para, la amistad
hermosa, y también las copas de vino
buenas son para alegrar el gaznate
a los hombres que ven amanecer.
Pero mis ojos, ya desconcertados
por la brillante mirada de Freda,
se quedan saciados de la belleza
de la esplendente doncella del Sur.

Freda bajó la mirada, sintiendo que se ruborizaba de nuevo, y no pudo impedir una sonrisa.

Pero fue presa de remordimientos y comenzó a decir:

—¿Cómo puedo sentirme tan alegre cuando hace tan poco que todos los míos han muerto? Ha sido abatido el árbol que Protegía con sus ramas la tierra, y el viento sopla gélido sobre los campos yermos... —interrumpió su discurso y concluyó, diciendo—: Cuando los buenos se van, nos quedamos más pobres que antes.

—Pero si fueron buenos no debes compadecerlos —dijo Skafloc con desparpajo—, pues ya están a salvo de las penas de este mundo, al lado de Aquel que está ahí arriba. Más bien pienso, a decir verdad, que sólo el sonido de tu llanto puede turbar su bienaventuranza.

Freda le cogió del brazo cuando salieron de la estancia.

—El sacerdote dijo que los que mueren sin confesión... —se cubrió los ojos con la mano libre—. Los amo, y ellos se han ido y sigo llorando, sola.

Los labios de Skafloc le rozaron la mejilla.

—No mientras yo viva —murmuró—. Y no hagas mucho caso de lo que cualquier patán de sacerdote te haya dicho. ¿Qué sabe él?

Llegaron a otra sala, cuyo cielo abovedado se iba oscureciendo a medida que se hacía más alto. En ella había una mujer cuya belleza no procedía de carne mortal. A su lado, la joven se sintió pequeña y casi vulgar, y tuvo miedo.

—Ya ves, Leea, que he vuelto —saludó Skafloc en élfico.

—Sí —replicó ella—, pero sin botín y tras haber dejado atrás más de la mitad de tus guerreros. ¡Una incursión inútil!

—No del todo —dijo Skafloc—. Cayeron más trolls que elfos y el enemigo quedó desorganizado. Además, los cautivos que liberamos podrán informarnos ampliamente de lo que traman —pasó un brazo alrededor de la cintura de Freda, atrayéndola hacia sí; ella cedió de buena gana, atemorizada por la presencia de la bruja de blanco que la miraba airada—. Y fíjate qué joya me he traído.

—¿Qué piensas hacer con ella? —le elijo Leea, tanteándole—. A no ser que tu sangre deje oír su voz.

—Podría ser —contestó él, sin inmutarse. Leea se le acercó y tocó uno de sus brazos, escrutando su rostro con ojos de penumbra azulada y luz de luna.



Librodot

—Skafloc — dijo, con premura—, deshazte de esa jovencita. Envíala a su casa si no quieres matarla.

—No tiene casa —respondió Skafloc—, y no voy a condenarla a la pobreza, porque ya ha sufrido demasiado —y añadió, mordaz—: ¿Por qué te interesa lo que hagan dos mortales?

—Me interesa —dijo Leea, muy apenada—, y veo que mi presentimiento era acertado. Lo semejante llama a lo semejante... pero no en este caso, Skafloc. Toma a cualquier otra mortal, pero no a ésta. Te traerá el infortunio; puedo presentirlo, como un escalofrío que me llegara hasta el tuétano. No la encontraste por casualidad... Acabará causándote un gran daño.

—Freda no —dijo Skafloc, de manera rotunda; y para cambiar de tema le hizo una pregunta—: ¿Cuando regresará Imric? Había sido convocado al Consejo del Rey de los Elfos nada más regresar yo de Trollheim.

—Pronto estará de vuelta. Aguarda hasta entonces, Skafloc, y quizá él pueda hacer que veas claramente el infortunio que yo sólo soy capaz de presentir, y ponerte sobre aviso.

—¿Acaso yo, que he luchado contra trolls y demonios, debo temer a una joven? —dijo Skafloc, con un bufido—. No oigo aquí el croar del cuervo, sino el cacareo de una gallina —y salió, llevándose a Freda.

Leea, sintiéndose herida, le siguió con la mirada; después echó a correr por los amplios corredores, con las lágrimas brillándole en los ojos.

Skafloc y Freda vagabundearon por el castillo. En un principio, Freda se mostró parca en palabras y el tono que utilizó en ellas fue grave. Pero los filtros que había bebido y los conjuros que Skafloc le había echado consiguieron que una nueva animosidad le recorriera la mente y el corazón. Cada vez con más frecuencia, sonreía, mostraba sorpresa, charlaba y le miraba. Hasta que, finalmente, Skafloc dijo:

—Sal fuera y te enseñaré algo que he hecho para ti.

—¿Para mí? —preguntó.

—Y quizá, si las Nornas se muestras gentiles, también para mí —y se rió.

Cruzaron el patio y pasaron a través de las altas puertas de bronce. Fuera, la luz del sol brillaba cegadora sobre la blancura matizada de sombras azuladas y no se veía ningún elfo. Entraron en el bosque que resplandecía por el hielo, cubiertos por el manto de Skafloc. El aliento se condensaba por el frío, bajo un cielo sin nubes, que producía un dolor agudo al respirar profundamente. Las olas murmuraban, monótonas, y a través de los sombríos abetos suspiraba la brisa.

— ¡Qué frío! —dijo Freda, estremeciéndose. El bronce rojizo de su cabello era lo único cálido de aquel paisaje—. Fuera de tu manto hace mucho frío.

—Demasiado para que vayas por ahí pidiendo limosna.

—Alguien me recogería. Teníamos muchos amigos; y nuestras tierras, ahora mías, supongo, serían una buena dote —pareció dudar al decirlo.

—¿Para qué ir a ver a los amigos cuando los tienes al alcance de la mano? Y en lo que se refiere a tierras... mira.

Habían llegado a la cima de una colina, que formaba parte de un grupo de otras que rodeaban un pequeño valle. Allí abajo, Skafloc había conseguido que fuera verano. Los árboles estaban cubiertos de hojas verdes, cerca de una pequeña cascada que animaba a bailar con su sonido, y las flores se mecían en la hierba alta y aromática. Los pájaros cantaban, los peces saltaban en el agua, y una cierva y su cría se pararon a mirarlos, totalmente confiados.

Freda aplaudió y dio gritos de alegría. Skafloc sonrió.

—Lo hice para ti —dijo—, porque perteneces al verano, a la vida y a la alegría. Olvida la muerte y los rigores del invierno, Freda. Aquí estamos en tu estación del año.

Descendieron al pequeño valle, sin taparse con el manto, y se sentaron cerca de la cascada. La brisa ondulaba sus cabellos y, a su alrededor, abundaban los racimos de frutos silvestres. A una orden de Skafloc, las margaritas que Freda estaba cogiendo formaron por sí solas una guirnalda, que él colocó alrededor de su cuello.



Librodot

La joven no podía tener miedo de Skafloc ni de sus artes. Estaba echada de espaldas, con expresión soñadora, comiéndose una manzana que él le había ofrecido —y que tenía el mismo sabor que su vino noble y, al parecer, sus mismos efectos—, mientras escuchaba cómo cantaba.

La sonrisa de tus labios, amada,
me atrae como un grito de batalla.
Tus rizos bronce y rojo me aprisionan:
grilletes son, y más fuertes que el hierro.
Mas si, antes, nunca había doblado
el firme cuello bajo el triste yugo
diré que ahora sólo deseo la cálida,
acogida de la cárcel de tus brazos.

La vida ha sido hecha para reír,
y para amar con corazón ardientes,
pero si yo pudiese acariciarte
ya habría llegado a mi paraíso.
¡Oh, tú, que me ves, cruel encantadora,
buscando, y suplicándote tu amor!
¿Qué otra cosa podría ansiar Skafloc,
si son tus encantos las que le hechizan?

—Esto no esta bien —protestó Freda, con poca convicción, mientras hacia esfuerzos por seguir seria y no sonreír.

—¿Cómo que no esta bien? No hay nada mejor.

—Tú eres un pagano, y yo...

—Ya te he dicho que no hables de esas cosas. Ahora tienes que pagar la multa —dijo Skafloc, y le dio un largo beso en el que empleó todo su arte, que fue suave al principio y fiero al final.

Durante un momento, ella intentó resistírsele, pero se sintió sin fuerzas, que sólo recobró al unirse a él en el beso.

—¿Ha sido tan terrible? —preguntó él, con una sonrisa.

—No —dijo ella, con un susurro.

—Ya sé que tu duelo es reciente. Pero se irá desvaneciendo... Además, aquellos a quienes querías no desearían que ocurriese de otra manera.

A decir verdad, aquel duelo ya casi había desaparecido. Permanecía la ternura y cierta tristeza pasajera. ¡Qué lastima que su familia no hubiera llegado a conocerle!

—Debes pensar en el día de mañana, Freda, y más aún en el mañana de la sangre que eres la única en llevar. Te ofrezco las riquezas y maravillas de Alfheim, por supuesto, y no pido otra dote que tu persona; a cambio, tú y los tuyos seréis guardados con todo el empeño que esté a mi alcance; pero el primero de los regalos que te haré al despuntar el día será mi amor inmortal.

Aquel amor no habría podido brotar bajo coacción, pero como todo se había desarrollado de la manera más natural, las artes élficas sólo habían acelerado el deshielo de la pena y ese anhelo que en la primavera siempre se tiene del amor; puesto que para que florezca, no se necesita más calor que el de la juventud.

El día terminó y la noche llegó al valle del verano. Ambos yacían junto a la cascada, oyendo un ruiseñor. Freda fue la primera en dormirse.

Mientras la tenía abrazada, con uno de los brazos de ella posado en su pecho, y escuchaba su suave respirar, y aspiraba los olores de su cabello y de su humana condición, sintiendo su tibieza, y recordando cómo había llegado hasta él, entre risas y lágrimas, Skafloc hizo un descubrimiento repentino.

Había dispuesto todo lo necesario para que ella cayera en una trampa, más por entretenimiento que por otra cosa. Todas las jóvenes que había espiado, aquí y allá a lo largo de sus



Librodot

vagabundeos entre los humanos, raramente estaban solas, y las que lo celaban le habían parecido a su mentalidad de elfo demasiado estúpidas, en cuerpo y alma, para ser dignas de él. Pero en Freda había encontrado una hija de hombre capaz de suscitar su deseo, por lo que se preguntaba cómo sería yacer con ella.

De tal suerte, él también había acabado cayendo en la trampa.

Pero no le importaba. Estaba adormilado, echado de espaldas en la hierba y sonreía a la Osa Mayor, que relumbraba en sus interminables revoluciones alrededor de la Estrella Polar. Las frías y astutas hembras de los elfos tenían muchos poderes; pero, quizá debido a que siempre habían mantenido cerrados sus corazones, jamás habían podido arrebatarle el suyo. Freda...

Leea tenía razón. Lo semejante llamaba a lo semejantes.

## CAPITULO 12

**D**ías más tarde, Skafloc salió solo a cazar. Llevaba unos esquís encantados que le impulsaban con la rapidez del viento, subiendo las colinas y bajando los valles, vadeando ríos helados y atravesando bosques de árboles aplastados por el peso de la nieve en sus ramas, por lo que llegó a las Tierras Altas de Escocia a la puesta del sol. Cuando regresaba al hogar, con un corzo atado a la espalda, vio a lo lejos el resplandor de un fuego de campamento. Preguntándose quién o qué podría acampar en aquellas desoladas latitudes, se acercó lentamente pisando sobre la nieve, con la lanza bien dispuesta.

Caminando en el crepúsculo, alcanzó a ver una forma de poderosa estatura que, acurrucada en la nieve, se estaba preparando una buena ración de caballo a la brasa. A pesar de aquel viento que producía escalofríos, sólo llevaba un kilt de Piel de lobo; el hacha que tenía a su lado relampagueaba con un fulgor que no era de este mundo.

Skafloc sintió la presencia de una Potencia y, cuando vio que el desconocido sólo tenía una mano, un escalofrío le recorrió la espalda, pues no pensaba que fuera nada bueno encontrarse con Tyr, el As, a solas en medio de la oscuridad.

Pero ya era demasiado tarde para huir. El dios estaba mirando en su dirección. Skafloc llegó esquiando hasta el círculo iluminado por el fuego y sostuvo la mirada de los pensativos ojos negros de Tyr.

—Salud, Skafloc —dijo el As. Su voz era como una tormenta lejana en un cielo de bronce. Siguió dando vueltas al espetón que asaba la carne en el fuego.

—Salud, señor —Skafloc se sintió más tranquilo. Como los elfos carecían de alma no adoraban a los dioses, pero nunca había existido ninguna controversia entre ellos y los Ases; todo lo contrario, incluso más de un elfo prestaba servicios a los dioses de Asgard.

Tyr, cortésmente, le hizo una seña para que dejara su carga y se acomodase junto al fuego. El silencio se prolongó durante largo tiempo: sólo las llamas, más bien bajas, crepitaban y cantaban, tejiendo sus reflejos sobre el rostro enjuto y misterioso de Tyr.

Él fue quien, finalmente, habló.

—Huele a guerra. Los trolls piensan invadir Alfheim.

—Eso habíamos oído, señor — contestó Skafloc—. Los elfos estamos preparados.

—La contienda será más ardua de lo que piensas. En esta ocasión los trolls cuentan con aliados —Tyr contempló sobriamente las llamas—. Hay en juego más de lo que se imaginan los elfos o los trolls. En estos días, las Nornas están terminando de tejer más de un destino.

De nuevo se hizo el silencio, hasta que Tyr lo interrumpió, como hiciera antes.



Librodot

—Sí, los cuervos vuelan bajo y los dioses se inclinan sobre el mundo, que tiembla al paso del tiempo. Y esto es lo que te digo, Skafloc: Tendrás absoluta necesidad del presente que los Ases te hicieron cuando recibiste tu nuevo nombre. Los mismísimos dioses pasan por serias dificultades. Sin embargo, yo, El Que Hace la Guerra, me encuentro sobre la Tierra.

El viento agitó sus negros cabellos. Sus ardientes ojos se posaron en los del hombre.

—Voy a hacerte una advertencia —dijo—, aunque temo que de nada sirva ante la voluntad de las Nornas. ¿Quién era tu padre, Skafloc?

—No lo sé, señor, nunca me preocupé de saberlo. Pero puedo pedirle a Imric...

_No lo hagas. Lo que debes pedirle a Imric es que no cuente a nadie lo que sabe, y a ti menos que a nadie. Pues cuando sepas quién fue tu padre..., ese día será aciago para ti Skafloc, y el mal que dicho conocimiento te ocasione también acarreará grandes males al mundo.

Asintió de nuevo con la cabeza y Skafloc se aprestó a partir, pero sin el corzo, ya que se lo había regalado al dios como agradecimiento a sus consejos. Pero, mientras regresaba lo más deprisa que podía, con el viento que producía su carrera atronándole en los oídos, se preguntó si la advertencia de Tyr había sido realmente oportuna, ya que la pregunta de quién era él en realidad iba abriéndose camino en su mente, y la noche parecía llenarse de demonios.

Aunque su carrera fuera cada vez más rápida, sin que le importara el viento que le cortaba el rostro, no podía apartar de su mente lo que se fraguaba en su interior. Sólo Freda, pensó, mientras recobraba el aliento, sólo Freda podría quitarle el miedo del cuerpo.

Antes de la aurora divisó los muros y torres de Elfheugh, recortándose altas contra el cielo. Uno de los elfos de guardia dio una señal con su cuerno para alertar a los que estaban en la puerta. Skafloc pasó rápidamente por ella, llegando al patio. Acto seguido, tras quitarse los esquíes, penetró en el interior del torreón.

Imric, que había regresado la tarde de la víspera, estaba hablando en privado con Leea.

—¿Y qué importancia tiene que Skafloc se haya enamorado de una joven mortal? —dijo, encogiéndose de hombros—. Es asunto suyo y, además, sin importancia. ¿Estás celosa?

—Sí —contestó su hermana con franqueza—. Sin embargo, es más que eso. Fíjate en la joven y dime si no sientes que, en cierto modo, es un arma que alguien está utilizando en contra nuestra.

—Hum... ¿tú crees? —el Conde de los Elfos se acarició la barbilla e hizo una mueca—. Cuéntame todo lo que sepas de ella.

—Bueno, dice llamarse Freda, y ser hija de Orm, de una familia infortunada del sur... del Danelaw...

— ¡Freda..., la hija de Orm!... —Imric la miró estupefacto. Pero esto... significa...

Skafloc entró en tromba en la estancia. Su aspecto desordenado les impresionó. Todavía necesitó un breve instante para poder hablar; entonces, la narración de lo ocurrido brotó de él como un torrentes.

—¿Qué quería decir Tyr? —exclamó al terminar—. ¿Quién soy yo, Imric?

—Me imagino lo que quería decir — respondió, con cierta brusquedad, el Conde de los Elfos—; por eso, el secreto de tu nacimiento, Skafloc, es algo que me pertenece exclusivamente a mí. Sólo te diré que procedes de una valerosa estirpe y que no debes avergonzarte de tu sangre —y entonces volvió a sus maneras más suaves y con bellas palabras consiguió, finalmente, calmar a Leea y a Skafloc.

Pero, cuando se hubieron ido, comenzó a pasearse por la escancia y a hablar consigo en voz baja: «Alguien, y no sé cómo, nos ha hecho seguir un camino lleno de trampas y emboscadas —y apretó los dientes—. Mejor sería librarnos de la muchacha... Pero no, Skafloc la protege con todas sus fuerzas, y si hago planes contra ella, antes o después se enterará de ellos y, entonces... No, debo seguir manteniendo en secreto lo que sé. A Skafloc no le importará; a ese respecto piensa como un elfo. Pero si lo descubriera, la muchacha lo sabría al instante; y la cosa sería grave: quebrantar una de las leyes que los seres humanos siempre han considerado más importantes. Y estaría lo bastante desesperada para hacer cualquier cosa. Además, necesitamos a Skafloc.»

Y siguió barajando planes, uno tras otro, en su bien engrasado cerebro. Se le ocurrió que otra mujer sedujera a Skafloc. Pero desechó la idea porque su hijo adoptivo reconocería cualquier poción; por otra parte, ni los propios dioses tienen poder sobre el amor que florece espontáneamente. Si aquel



Librodot

amor se hubiese extinguido por sí mismo, el secreto ya no tendría importancia. Pero Imric no se atrevió a depositar su fe en una posibilidad tan débil. Así pues, decidió que había que echar tierra sobre el nacimiento de Skafloc, y cuanto antes, mejor.

El Conde de los Elfos hurgó en su memoria. Por lo que recordaba —no resultaba fácil remontarse a varios miles de años—, sólo una persona conocía toda la historia.

Mandó llamar a Lanzadefuego, uno de los elfos de confianza de su guardia, que, a pesar de ser un mozalbete de dos siglos y pico, era astuto y diestro en brujerías.

—Hará unos veinte años, en los bosques que se encuentran al sudoeste vivía una bruja —dijo Imric—. Es posible que haya muerto o que se haya ido a vivir a otro sitio, pero quiero que sigas su pista... y que, si aún está con vida, la mates con tu propia mano.

—A la orden, señor —asintió Lanzadefuego—. Si puedo llevar conmigo algunos cazadores y sabuesos, nos iremos en cuanto anochezca.

Freda recibió jubilosa a Skafloc cuando éste regresó a sus habitaciones. A pesar de la maravilla y de la magnificencia de Elfheugh, había temblado, aunque sin abandonar su apariencia de intrepidez, cuando la inquietud de Skafloc le había impelido a salir. Los habitantes del castillo, elfos, altos y esbeltos, y sus esposas, de sobrenatural belleza, enanos y goblins, e incluso seres aún más inusuales, como los wyverns, con los que salían a cazar aves, los leones y panteras, que usaban como animales de compañía, o la fiera prestancia, cambiante como la plata viva, de caballos y perros, le resultaban ajenos. El tacto de los elfos era frío; sus rostros, como los de las estatuas, y, al mismo tiempo, inhumanamente cambiantes; el lenguaje, la moda y los usos de una vida que ocupaba varios siglos la separaban de ellos. El difuso esplendor del castillo, que también era un tolmo yerto, las brujerías que aleteaban en la tibieza de su eterna luz crepuscular y las presencias que merodeaban por colinas, bosques y aguas, la oprimían con su extrañeza.

Pero cuando Skafloc estaba a su lado, le parecía que Alfheim se encontraba en las proximidades del Paraíso. («¡Que Dios me perdone por pensar eso! —se dijo—. ¡Y también por no huir de tanto paganismo y encerrarme en el frío y la tiniebla de un convento!») Skafloc era cordial, alegre y malicioso y siempre conseguía hacerlo reír e improvisar continuamente poemas, todos en su honor, y sus brazos y sus labios eran capaces de despertar en ella un frenesí que no se detenía hasta que la alegría conseguía, durante unos instantes, disolver la propia carne y transformarla en El Que Canta eternamente. Ella le había visto luchar, por lo que sabía que bien pocos guerreros, ya fuera en las tierras de los hombres o en Faerie, podían resistírsele, y eso la llenaba de orgullo. (Además, no era ninguna hija y hermana desnaturalizada, porque si había abandonado su duelo, cambiándolo por una felicidad que crecía día a día, ¿no había sido a causa de un ensalmo al que no había podido resistirse? No tenía elección, pues Skafloc habría sido incapaz de esperar a que pasase el año de duelo. Por otra parte, ¿qué mejor padre habría podido encontrar para los nietos de Orm y de Aelfrida?) Además, con ella, Skafloc siempre era gentil.

Sabía que la amaba. Debía amarla, pues de lo contrario, ¿por qué yacía con ella, pasando a su lado casi todo el tiempo, cuando podría haber conseguido todas las hembras de elfo que desease? No sabía por qué..., no sabía cuan hondo había entrado su calor humano en su alma, que jamás había sentido nada parecido. Skafloc jamás se había dado cuenta de su soledad hasta que no vio a Freda. Y sabía que, de no pagar un cierto precio —lo que no quería—, algún día moriría y su vida sería un mero recuerdo en los largos anales de los elfos. Era bueno tener al lado a alguien de la misma especie.

En los pocos días que habían pasado juntos, habían hecho tantas cosas... Habían cabalgado los caballos veloces como el viento y navegado en ágiles embarcaciones y recorrido muchas leguas de bosques y colinas. Freda era muy hábil con el arco, ya que Orm había querido que las mujeres de su familia fueran capaces de defenderse por sí mismas. Cuando se movía entre los árboles, con el arco en la mano y su cabellera de bronce resplandeciéndole, parecía una joven diosa de la caza. Habían visto a magos y ensalmadores, escuchado a músicos y escaldas, que tanto engañaban a los elfos, aunque éstos fuesen demasiado socarrones y sutiles para los seres humanos. Habían ido a visitar a los amigos de Skafloc: los gnomos que viven bajo las raíces de los árboles, los espíritus de

las aguas, blancos y escurridizos, un viejo fauno de ojos tristes, y todo tipo de animales salvajes. Y aunque Freda no fuera capaz de hablar con ellos, su sola contemplación hacía que pusiera unos ojos como platos y sonriera.

No había hecho ningún plan para el futuro, aunque daba por sentado que algún día llevaría a Skafloc a la tierra de los hombres y haría que lo bautizaran, lo que sin duda tendría como resultado que se le perdonasen los pecados del presente. Pero todavía no, ya habría tiempo para eso. Como en Elfheug no corría el tiempo, ella había perdido la cuenta de los días y las noches; además, había tanto que hacer...

Corrió hacia sus brazos. Cualquiera de las dudas, que aún le surgían al pensar en ella, se desvanecía al verla: joven, ágil, esbelta y de largas piernas, más niña que mujer, y eso que aún no era su mujer. La cogió de la cintura, la lanzó al aire y la recogió cuando caía, mientras los dos se reían a carcajadas.

—Bájame al suelo —murmuró ella—. Bájame al suelo para que pueda besarte.

—Al momento —Skafloc volvió a lanzarla al aire y trazó un signo. Freda quedó suspendida, ingrávida en mitad del aire, dando patadas y pasando de la perplejidad a la alegría. Skafloc la atrajo hacia sí y ella permaneció flotando en el aire, con su boca junto a la suya.

—No tiene sentido que me parta el cuello por hacer esto —dijo Skafloc. Y comenzó a flotar, creando, gracias a un conjuro, una nube, no de vapor de agua, sino como de plumas blancas, para que ambos pudieran descansar en ella. Un árbol crecía en su parte central, cargado de diferentes tipos de fruta, con mil arcos iris que se arqueaban bajo sus hojas.

—Algún día, cabeza loca, no te acordarás de alguno de tus trucos y te caerás y te partirás la crisma —comentó Freda.

Él se le acercó aún más, mirando sus ojos grises. Entonces comenzó a contar las pecas que oscurecían el puente de su nariz y las besó una a una.

—Debía haberte convertido en algo con manchas, como un leopardo —dijo.

—¿Necesitas una excusa tan tonta? —le contestó ella, acariciante—. Te he echado de menos, cariño mío. ¿Cómo te fue la caza?

Skafloc frunció el entrecejo, al recordarlo.

—Bastante bien.

—Estás inquieto, tesoro. ¿Algo no va bien? Durante toda la noche han estado sonando los cuernos, y todo ha sido ir y venir de pisadas y de cascos de animales. Cada día veo más guerreros armados en el castillo. ¿Qué sucede, Skafloc?

—Ya sabes que estamos en guerra con los trolls —dijo—. Les estamos dejando que se acerquen hasta nosotros, pues nos resultaría arduo desalojarlos de sus reductos montañeses mientras mantengan intacta toda su fuerza.

—Los trolls... —dijo ella, estremeciéndose entre sus brazos.

—No temas —la animó Skafloc, intentando conjurar sus propias inquietudes—. Les saldremos al encuentro en alta mar quebrantaremos su poderío. Y a los que desembarquen les dejaremos tranquilos y les daremos toda la tierra que necesiten... para quedar bien cubiertos por ella. Entonces, ya privados de su fuerza, será un juego de niños apoderarse de Trollheim. ¡Claro que el combate será duro, pero muy mal tendría que luchar Alfheim para no vencer!

—Tengo miedo por ti, Skafloc.

Y él dijo, improvisando:

El miedo de la más bella
hada por el caudillo
le hace sentir contento,
pues significa amor.
Alégrate, muchacha,
tan gualda y esplendente,
pues alegre acepto yo
el regalo que me haces.



Librodot

Mientras tanto, había comenzado a desabrocharle el ceñidor. Freda se ruborizó.

—Eres un desvergonzado —dijo, y comenzó a quitarse la ropa.

Skafloc enarcó las cejas.

—¿De qué hay que avergonzarse? —preguntó.

Lanzadefuego salió a caballo poco después del atardecer, cuando por Poniente aún quedaban unas brasas mortecinas. Tanto él como sus doce acompañantes vestían la túnica verde de la caza bajo una capa negra con capucha. Las puntas de sus lanzas y flechas eran de aleación de plata. Alrededor de sus caballos que caracoleaban, ladraban los sabuesos élficos, grandes bestias salvajes de pelaje rojo o ébano, ojos que ardían como un horno y garras afiladas como puñales, que dejaban tras de sí un reguero de baba. Por ellos corría la sangre de Garm y de Fenrir, y también de los perros de la Caza Salvajes.

Se pusieron en marcha nada más oír el sonido del cuerno de Lanzadefuego. El tamborilear de los cascos de los caballos y el ladrar de los sabuesos retumbó entre las colinas. Pasaban como el viento entre los árboles cubiertos de hielo en medio de la noche, que no tardó en hacerse tan oscura como boca de lobo. Un destello plateado, alguna empuñadura enjoyada, o un tenue resplandor, rojizo como la sangre, era lo que se podía apreciar de ellos entre el trajín de las sombras... pero nada más; sin embargo, el clamor de su paso resonaba de un extremo a otro de los bosques. Los cazadores, los carboneros o los proscritos que oían aquel estruendo, se estremecían y hacían el signo de la cruz o del martillo; y las bestias salvajes huían despavoridas.

Aún lejos de ellos, la bruja, acuclillada en el refugio que se había construido en el mismo lugar en que, antaño, se alzase su cabaña —pues sus grandes poderes provenían de las presencias que merodeaban por el lugar y de nadie más—, oyó la llegada de la partida de caza. Se inclinó sobre el escuálido fuego y murmuró:

—Los elfos han salido de caza.

—Sí —dijo, con un chillido, su familiar. Y cuando el estruendo se hizo más cercano, añadió—: Y me parece que para cazarnos a nosotros.

—¿A nosotros? —exclamó la bruja, sobresaltada—. ¿Por qué dices eso?

—Porque vienen derechos hacia aquí y porque no eres amiga de Skafloc ni de Imric —dijo, espantada, la rata, escondiéndose en el seno de ella—. Rápido, madre, rápido, pide ayuda o estamos acabadas.

La bruja no tenía tiempo de hacer ritos ni preparar ofrendas, así que pronunció, entre aullidos, la invocación que había aprendido, y una negrura más profunda que la noche surgió al otro lado del fuego.

Se postró ante ella. Tímidas y frías, las menguadas llamas azules corrieron al encuentro de la tinieblas.

—¡Socorro! —gimió—. ¡Socorro, los elfos se acercan! Los ojos la miraron sin cólera ni piedad. El sonido de los cazadores se hizo más fuertes.

—¡Socorro! —se lamentó nuevamente la bruja.

El recién llegado habló, con voz que se mezclaba con el sonido del viento, pero que parecía llegar de una distancia inconmensurablemente lejana.

—¿Por qué me has llamado?

—Ellos... quieren... mi vida.

—¿De qué te preocupas? En cierta ocasión te oí decir que no te importaba la vida.

—Aún no se ha consumado mi venganza —dijo ella, sollozando—. Y no puedo morir sin saber si todo mi trabajo y el precio que he pagado han servido para algo. ¡Amo, ayuda a tu sierva!

Los cazadores se acercaban por momentos. La bruja podía sentir el temblor del suelo debido a la proximidad de los cascos de los caballos que se acercaban al galope.

—No eres mi sierva, sino mi esclava —dijo la voz, con un susurro—. ¿Qué me importa a mí si has conseguido o no tu propósito? Yo soy el Señor del Mal, que representa todo lo fútil. ¿Acaso piensas que sólo por invocarme concluiste conmigo un pactó? No. Te engañaste; se trataba de otra cosa. Los mortales jamás me venden sus almas: me las entregan.

Y, tras aquellas palabras, el Señor Oscuro desapareció.

La bruja chilló y salió afuera. Ante ella estaban ya los sabuesos, desquiciados por el hedor de quien les había precedido, ladrando y dispuestos a echársele encima. Por eso se transformó en una rata y se metió en un agujero que había bajo la encina de los druidas.

—¡Está cerca! —dijo Lanzadefuego, que seguía a los sabuesos—. Y..., ¡vaya, han encontrado un rastro!

La jauría se acercó al árbol. La tierra salió lanzada por los aires cuando los sabuesos comenzaron a buscar su presa, arrancando raíces y ladrando. La bruja salió de su escondrijo, se mudó en cuervo y comenzó a volar. El arco de Lanzadefuego cantó y el ave cayó a tierra, convirtiéndose en una repelente anciana, sobre la que se lanzaron todos los perros. La rata salió de su seno con un brinco, pero uno de los caballos la coceó con sus cascos de aleación de plata y esparció sus entrañas.

Los sabuesos descuartizaron a la bruja, pero no sin que esta, antes de morir, gritase a los elfos:

—¡Os maldigo! ¡Y maldigo a Alfheim con el mayor de los sufrimientos! Y decidle a Imric que aquel a quien cambió, Valgard, está vivo y sabe...

Pero murió sin haber terminado su mensajes.

—La caza no resultó difícil —comentó Lanzadefuego—. Me temía que tuviéramos que recurrir a la magia para localizar su pista después de una veintena de años, e incluso tener que viajar a tierras lejanas —husmeó en el viento y añadió—: Pero, por lo que veo, podemos emplear lo que nos queda de noche para cazar algo más interesantes.

Imric recompensó espléndidamente a sus cazadores, pero cuando estos le refirieron, con cierta perplejidad, las últimas palabras de su presa, los miró ceñudo.

## CAPITULO 13

**A** Valgard le fue reservado un lugar de renombre en la corte de los trolls, por ser nieto de Illrede y, además, un poderoso guerrero inmune al hierro. Pero los nobles le tomaron ojeriza, porque también tenía sangre de elfo y provenía de las tierras de los hombres; además, estaban envidiosos de un extranjero que, en cuanto había sido capaz de hablar correctamente su lengua, gracias a un ensalmo, se había puesto a su misma altura. Así pues, Valgard no hizo amigos en Trollheim, cosa que por otra parte no buscaba, ya que el aspecto, olor y forma de vida de aquel pueblo no le agradaban.

Sin embargo, eran gente impávida y de terrible fortaleza. Sus hechiceros tenían poderes que ningún ser humano, eso le parecía a Valgard, jamás podría igualar. Su nación era, con mucho, la más fuerte de Faerie excepto —quizá— Alfheim. Aquello le convenía a Valgard, ya que le facilitaba los medios para llevar a cabo su venganza y recuperar su herencia.

Illrede le informó de sus planes.

—Durante el período de paz nos estuvimos preparando Para la guerra —dijo—, mientras los elfos holgazaneaban, intrigaban entre sí y se divertían. No somos tantos como ellos, pero junto con aquellos que están de nuestro lado, esta vez los sobrepasaremos con creces.

—¿De quiénes se trata? —preguntó Valgard.

—De la mayoría de las tribus de los goblins, a los que hemos vencido o convertido en aliados —dijo Illrede—. Desde siempre alimentan rencores contra los elfos y contra nosotros, pero yo les he prometido el derecho de saqueo y la libertad de aquellos de su especie que mantenemos como esclavos, así como una posición inferior sólo a la nuestra cuando gobernemos en todo Faerie. Son buenos guerreros, y no escasos.

»Además de ellos, disponemos de compañías que provienen de tierras distantes: demonios del lago Baikal, shen de Cathay, oni de Cipango, yinns de los desiertos de Arabia, y otros más, en número nada despreciable. Sólo han venido por el botín, porque no están del todo comprometidos con nuestra causa, pero cuando llegue el momento de la batalla dispondremos de ellos según su capacidad. También tenemos todo tipo de vagabundos y descarriados, que llegaron solos o en bandas pequeñas, como licántropos, vampiros, gules y similares. Y tenemos enanos de sobra, que son nuestros siervos, a muchos de los cuales no les importaría luchar por su libertad; y que, además, pueden manejar el hierro.

»Los elfos se encuentran solos contra estas huestes. Quizá consigan juntar unos cuantos goblins y enanos, amigos de ir contracorriente, que no les servirán de mucho. Lo mejor que puede sucederles es que reciban ayuda de los Sídh. Sin embargo, he sabido por mis espías que éstos intentan permanecer neutrales, siempre que su isla no sea atacada, lo que intentaremos evitar por todos los medios... al menos en esta guerra.

»Es bien cierto que los jefes de los elfos son astutos y versados en magia... pero también lo son mis comandantes —las risotadas de Illrede resonaron estrepitosamente—. ¡Oh, quebraremos Alfheim contra nuestra rodilla como si fuera un palo seco!

—¿No puedes pedir ayuda a Jötunheim? —preguntó Valgard, que aún estaba aprendiendo los entresijos del mundo en que se encontraba—. ¿No es cierto que son parientes de los trolls?

—¡No vuelvas a mencionarlos! —exclamó estruendosamente Illrede—. No nos atrevemos a llamar a los Jótuns por la misma razón que los elfos a los Ases —se estremeció—. No queremos ser más peones de lo que ya somos de las Potencias en lucha, más allá de este mundo sublunar. Incluso si supiésemos que iban a contestar a nuestra llamada, ninguno de nosotros se atrevería a llamarlos; y en esto coincidimos con los elfos, debido a que si uno cualquiera de los bandos, Ases o Jótuns, se moviese abiertamente en Midgard, el otro le atacaría al momento, y entonces tendría lugar la batalla final.

—¿Cómo se puede conciliar esa contienda con lo que me contaron de... del nuevo dios?

—Lo mejor es no hablar de misterios que no podemos comprender —Illrede se movió pesadamente a la luz de las humeantes antorchas, por la habitación subterránea en donde tenía lugar aquella conversación—. Me parece que los dioses son los culpables de que ninguno de los habitantes de Faerie se atreva a hacer gran cosa contra los hombres, sobre todo si éstos han sido bautizados. Algunos encantamientos, una casa ocupada toda la noche, un niño robado, o una mujer, y poco más... y eso de vez en cuando. Por el momento nos evitan, pero, cuando lleguen a temernos demasiado, llamarán a los dioses que los protegen y que los escuchan. Y lo que es aún peor, podrían invocar todos juntos a ese nuevo dios blanco, y entonces sería el fin de Faerie.

Valgard dio un respingo. Y aquella noche fue a la tumba poco profunda de Asgerd y exhumó su cuerpo, que cargó a bordo de un bote de los trolls. Puso vela hacia el sudoeste con el viento encantado que Illrede le había enseñado a suscitar se dirigió a una aldea que estaba en el estuario de Moray, en Escocia.

En la oscuridad, bajo las nubes henchidas de nieve, llevó lo que transportaba a la iglesia. Se agachó en su cementerio y en uno de sus extremos cavó una fosa, depositándolo en ella, y acto seguido volvió a llenarla para que nadie se percatara de lo ocurrido.

—Ahora duermes en tierra bendita, hermana, como habrías deseado —susurró—. Tremendamente malvadas fueron mis acciones... Quizá ahora puedas rogar por mi alma... —y entonces miró turbado a su alrededor, presa de un miedo que jamás había conocido—: Pero, ¿por qué estoy aquí? ¿Qué estoy haciendo? Ella no es mi hermana. Sólo soy una cosa creada por brujería. No tengo alma...

Emitió un gruñido y regresó a su embarcación, poniendo rumbo hacia el nordeste como si llevase a la zaga varios demonios.

Había llegado el tiempo de hacer el recuento de la hueste troll. Illrede era demasiado astuto para concentrar sus fuerzas en un único lugar, ya que los exploradores elfos podían descubrir su número. Las diversas agrupaciones de su flota se hicieron a la mar desde los respectivos puertos, con un brujo a bordo, o cualquier otro igual de hábil en las artes mágicas, capaces de conseguir que llegaran al mismo tiempo a su punto de encuentro, que debía encontrarse en algún lugar al norte de las tierras élficas de Inglaterra, de suerte que los trolls pudieran desembarcar en las playas desiertas y no en las zonas defendidas por los elfos. Illrede intentaba quebrantar en aquel lugar el poderío naval de los elfos y, después, avanzar hacia el sur, por tierra y por mar, hasta hacerse con el completo dominio de la isla. Entonces dejaría en ella parte de sus fuerzas para eliminar a los elfos que no hubieran muerto o se hubieran rendido, mientras la flota principal atravesaba el Canal y se dirigía hacia las restantes provincias de Alfheim. Sin embargo, parte de su ejército habría avanzado por tierra desde Finmark y Wendland, y los dominios de los trolls que se encuentran más hacia Oriente, con lo que el Rey de los Elfos se vería atacado por el este y —en cuanto Inglaterra fuese totalmente conquistada— por el norte, con lo que sería derrotado por tan aplastante superioridad.

—Los guerreros elfos son rápidos —dijo Illrede—, pero creo que en esta ocasión los trolls se moverán más deprisa que ellos.

—Deja que yo me ocupe de Inglaterra —suplicó Valgard—, y comprobarás que en mi condado ninguno de los elfos varones sobrevive.

—Ya se lo había prometido a Grum —dijo Illrede—; pero tú, Valgard, vendrás conmigo. En Inglaterra sólo le deberás obediencia a Grum.

Valgard respondió que con eso se conformaba. Su fría mirada midió al noble Grum, mientras se decía a sí mismo que aquel troll bien podría sufrir algún percance, lo que acabaría haciéndole a él, Valgard, Conde, como le profetizara la bruja.

Se embarcó en el navío insignia, junto con Illrede y la Guardia Real. Era un gran bajel de alto bordo y espolón de hierro forjado por los enanos, negro como la muerte, excepto por su extremo con forma de calavera de caballo que venía a hacer de mascarón de proa. Los trolls que formaban su tripulación tenían armas y cotas de aleación, llevando en su mayor parte mazas con cabeza de piedra, de peso acorde con su corpulencia. Illrede llevaba una diadema de oro encima del negro yelmo y pieles sobre su cota de escamas de dragón, invulnerable incluso al acero. Los demás estaban tan ricamente vestidos como él, formando una tripulación bulliciosa y arrogante. Valgard era el único que no llevaba ningún adorno, que habría contrastado con la expresión hosca de su rostro; pero su hacha de acero y el hierro que llevaba encima bastaban para que los trolls le tuviesen miedo.

Innumerables eran los navíos que formaban parte de la flotilla regia, la mayor parte de tamaño descomunal, por lo que la noche estaba llena de gritos, sonidos de cuernos y del trajín de pies. Los navíos largos de los trolls eran más lentos que los de los elfos, ya que también eran más grandes y pesados, así como más toscos; por eso, cuando se hizo de día, aún seguían en el mar. Los trolls se refugiaron bajo los toldos que los aislaban de la odiada luz del sol, dejando que los barcos prosiguieran su avance, invisibles para los ojos mortales que no estuvieran dotados de la Vista Encantada.

A la noche siguiente tuvo lugar el reagrupamiento de la flota. Valgard se sobrecogió al verla. Parecía como si el mar estuviera cubierto por una alfombra que se extendiera hasta el horizonte. Todos los que se encontraban en los navíos eran guerreros, a excepción de quienes cuidaban los enormes caballos, cubiertos de pelo, de los trolls. Pero los capitanes conocían y aplicaban tan bien las directrices, que todos mantuvieron las posiciones que les fueron encomendadas.

El tipo de navíos y de tripulaciones que navegaban hacia Alfheim era muy variado. Los navíos largos, pintados de negro, de los trolls iban en el centro, adoptando la formación de cuña, con Illrede en la punta. A babor y estribor estaban los goblins, algunos a bordo de navíos de factura troll y otros en sus propios navíos, ágiles y de color rojo, de proa con forma de serpiente; resultaban más alegres que los trolls y llevaban ropajes extravagantes sobre sus armaduras plateadas. Casi todos iban armados con espadas ligeras, lanzas y arcos. Los extremos de las alas de la flota estaban formados por los extranjeros: shen que enarbolaban grandes picas y oni que empuñaban katanas, a bordo de

juncos primorosamente decorados; ágiles duendes sobre galeras impulsadas por los remos de sus esclavos, provistas de ingenios de guerra montados en sus puentes; barcas llenas de demonios alados, procedentes del lago Baikal; enanos guarnecidos de hierro; monstruos de las colinas, de los bosques, de los pantanos, que no usaban otro tipo de armas que dientes y garras. Todos estaban mandados por oficiales trolls, y sólo los que eran de más confianza se encontraban en primera línea, que había sido reforzada en los flancos por navíos trolls. Detrás de la primera cuña iba otra, y detrás de ésta, las reservas, dispuestas a acudir donde se las necesitasen.

Los cuernos daban bocinazos desde los navíos de los trolls, y les contestaban las gaitas de los goblins, los gongs de los shen y los tambores de los duendes. Las nubes bajas se adherían a los mástiles, mientras el mar hervía de espuma blanca, por el bogar de tanto remo. Los fuegos fatuos corrían sobre velamen y aparejos, desparramando su resplandor azulado sobre los rostros de todos. En lo alto suspiraban los vientos, y presencias inquietantes merodeaban entre las nubes salpicadas de luz de luna, y lentas a causa de la nieve que transportaban.

—La batalla se acerca —dijo Illrede a Valgard—. Entonces podrás cobrarte la venganza que ansias.

El berserkr no contestó y siguió mirando de frente a la tinieblas.

## CAPITULO 14

Después de la incursión realizada por los elfos contra Trollheim, Imric trabajó arduamente, durante más de un mes. No consiguió enterarse de mucho en lo concerniente al enemigo, ya que Illrede y sus brujos habían protegido sus tierras con potentes hechizos, pero sí pudo saber que se estaba reuniendo una considerable fuerza que, verosímilmente, se desencadenaría en primer lugar contra Inglaterra. Por este motivo se esforzó por reunir navíos y gente de sus dominios y enviarlos a otras tierras en busca de toda la ayuda que pudieran encontrar.

Pero fueron pocos los que acudieron. Cada provincia de Alfheim se estaba preparando por su cuenta; los elfos eran demasiado orgullosos para trabajar juntos. Además, parecía que casi todos los mercenarios de Faerie estaban contratados por Illrede desde hacía ya varios años. Imric envió mensajeros a los Sídh de Irlanda, prometiéndoles un rico botín si conquistaban Trollheim, pero obtuvo la fría respuesta de que ya había suficientes riquezas reluciendo en las calles de Tir n'án Og y en las cuevas de los leprechauns. De tal suerte, el Conde de los Elfos llegó a pensar que iba a quedarse solo.

No obstante, su ejército era importante y, según crecía, noche tras noche, también crecía entre la hueste de los elfos su austera alegría. Nadie, pensaban, había llegado a reunir una fuerza tan poderosa en Alfheim. Aunque no ponían en duda su inferioridad numérica, aseguraban que era mucho mejor que la del contendiente, por la calidad de sus guerreros y de sus naves, a lo que venía a sumarse el hecho de que el combate tendría lugar cerca de su patria, en aguas y playas conocidas de todos ellos. Algunos de los guerreros más jóvenes sostenían que los elfos de Inglaterra no sólo estaban en condiciones de derrotar a la flota troll, sino que, sin ayuda de nadie, eran capaces de llevar la guerra hasta Trollheim y hacer que sus aliados los abandonasen.

De las Orcadas y de las Shetland vino Flam, hijo de aquel Flam caído en la incursión dirigida por Skafloc, que ardía en deseos de vengar a su padre. Él y sus hermanos se contaban entre los más

afamados navegantes de Faerie, y su flota de navíos dragón oscurecía las aguas mientras progresaba hacia el sur. Los escudos relucían a lo largo de las bordas, mientras el viento ronroneaba entre las jarcias, y el silbido del mar, hendido por las proas, parecía provenir de sus reptilianas cabezas.

De las colinas grises y de los páramos del país de los Dominios Pictos llegaban sus indomables caudillos, con sus armas de sílex tallado y sus corazas de cuero. Menos altos y más corpulentos que los auténticos elfos, eran morenos de piel, con largos rizos y barbas que flotaban alrededor de sus rostros tatuados, pues tenían sangre de troll y de goblin, y también de un pueblo aún más antiguo, además de la que provenía de las mujeres píctas raptadas en tiempos inmemoriales. Los acompañaban algunos de los Sídh menores, que siglos atrás llegaran a aquellas tierras con los escotos: leprechauns terriblemente pendencieros que saltaban como cabras, hermosos y altísimos guerreros, que caminaban con paso largo, cubiertos de resplandecientes cotas de malla, y que enarbolaban lanzas o bien iban montados en estruendosos carros de combate, provistos de hojas cortantes en los cubos de las ruedas para segar a los enemigos.

Del sur, de las colinas y de las costas horadadas por las cuevas de Cornualles y Gales llegaron algunos de los elfos más antiguos de la isla: ya acudiesen a caballo o conduciendo sus carros de combate, siempre cubiertos de cota de malla, sus banderas hablaban de glorias pasadas; con ellos venía el Pueblo del Mar, de cabellos verdes y piel blanca, que se rodeaba de un velo gris de niebla con aroma a salitre para evitar la sequedad de la tierra firme; los seguían algunos semidioses campestres que los romanos habían llevado a la isla consigo y que después habían abandonado; y, finalmente, los asustadizos y fugaces elfos del bosque, formados por clanes.

Las tierras de los anglos y los sajones jamás habían albergado a tantos de aquellos elfos selváticos, ya que buena parte de los que antaño fueran sus pobladores habían huido o habían sido exorcizados, pero todos los que quedaban habían acudido a la llamada, y eran innumerables. Aquellos elfos, a pesar de ser pobres y lentos de pensamiento, seguían siendo terribles en la guerra, pues no pocos de ellos descendían de Wieland o del mismísimo Odín. En lo concerniente a la forja eran los mejores del condado, ya que tenían algo de sangre de enano, y, si había que combatir, muchos elegían hacerlo con sus grandes martillos.

Pero los más poderosos y arrojados eran los que vivían en los alrededores de Elfheugh. No sólo por cuestiones de descendencia, sino de belleza, sabiduría y poderío, los nobles de quienes Imric se rodeaba resaltaban sobre los demás. Eran tan fieros que se dirigían al combate con ropajes alegres, como si fueran a una boda, y besaban sus lanzas como si fuesen sus novias; eran muy diestros y muy capaces de realizar terribles hechizos para desgracia de sus enemigos y protección de sus amigos. Los elfos recién llegados los miraban con respeto, aunque ello no les impidiera gustar de los alimentos y bebidas que enviaban a su campamento o cumplimentar debidamente a sus damas, que los seguían en busca de diversiones.

Freda se deleitaba contemplando cómo iba reuniéndose tan poderoso ejército. La vista de aquellos guerreros no humanos, que discurrían sin hacer ruido por la oscuridad y la noche, con sus rostros medio velados a su mirada, le hacían sentirse —y eso era lo que resultaba más extraño— turbada, alegre, acobardada y atrevida. Y su hombre, Skafloc, que gozaba entre ellos de gran rango, tenía entre sus manos más poder que cualquier rey mortal.

Pero su soberanía se ejercía sobre gente sin alma. Y ella no podía olvidar la fuerza, casi de oso, de los trolls. ¿Qué ocurriría si los derrotasen?

También a él se le ocurrió el mismo pensamiento.

—Quizá debiera llevarte al lado de los amigos que te quedan en las tierras de los hombres —dijo, con voz tranquila—. Podría suceder, aunque no lo creo, que perdieran los elfos. La verdad es que todos los presagios nos han sido desfavorables. Si eso ocurriera, éste no sería el lugar más apropiado para ti.

—No... no... —Freda le miró un instante, con sus ojos grises llenos de espanto, y ocultó el rostro entre su pecho—. No te abandonaré. No puedo.

Él acarició su cabello relucientes.

—Yo regresaría a recogerte, cuando todo hubiera acabado —dijo.

—No. Podría ocurrir que alguien, una vez allí, me convenciese de que me quedara o me obligase a ello; no sé quien podría ser, salvo quizá un sacerdote, porque según he oído ya han



Librodot

sucedido cosas parecidas —y pensando en las adorables hembras de los elfos y en su modo de mirar a Skafloc, se envaró en los brazos de él, quien lo notó. Su voz se hizo más firme—: Así que no te dejaré. Me quedo.

Skafloc la abrazó, lleno de contento.

Entonces llegó la noticia de que los trolls acababan de hacerse a la mar. La víspera de zarpar, los elfos celebraron una fiesta en Elfheugh.

La sala de los banquetes de Imric era muy amplia. Freda, que se sentaba al lado de Skafloc, muy cerca del sitial del Conde, no conseguía divisar con claridad las paredes que tenía enfrente, ni apenas vislumbrar las vigas, con pámpanos tallados en su madera. El fresco crepúsculo azul, tan caro a los elfos, parecía arremolinarse como el humo a través de la sala, aunque el aire de su interior fuera puro y oliese a perfume de flores. La luz provenía de innumerables candelas, fijas en enormes candelabros de pared, cuyas llamas ardían con tonos plateados, sin oscilar. Arrancaban destellos de los escudos colgados en las paredes y de los paneles de oro, primorosamente trabajados. Todos los trincheros, copas y cálices, que reposaban sobre los paños, blancos como la nieve, eran de metales preciosos constelados de gemas. Y aunque Freda pensara que se había acostumbrado a las delicadas vituallas de Alfheim, se sentía atónita ante tan gran variedad de carnes de pelo y de pluma, de pescados, de frutos, de especias, de condimentos, de cervezas, de hidromieles y de vinos que se habían dado cita aquella tarde.

Los elfos se habían ataviado ricamente. Skafloc llevaba una túnica de seda blanca encima de unas calzas de lino; un jubón con unos adornos que habían sido recamados de manera tan intrincada, que venían a ser una suerte de trampantojo; un cinturón trabajado en oro, del que pendía una enjoyada daga, enfundada en una vaina de ámbar; zapatos de piel de unicornio y una capa corta ribeteada de armiño, de color escarlata, que le caía sobre los hombros como un torrente de sangre. Freda iba vestida con un sutil vestido de seda de araña, surcado por los colores del arco iris; una gargantilla de diamantes caía sobre sus menudos y firmes senos; un ceñidor de oro macizo circundaba su talle; sus desnudos brazos habían de aguantar el peso de brazaletes de oro, y su calzado era de terciopelo. Tanto ella como Skafloc llevaban diademas enjoyadas, como correspondía a un noble de Alfheim y a su dama del momento. Los elfos de alcurnia no eran menos espléndidos, e incluso los jefes más pobres llegados de otras tierras refulgían a causa del oro nativo con que se adornaban.

Allí se podía oír diferentes tipos de música, no sólo las extrañas melodías que tanto agradaban a Imric, sino las provenientes de las arpas de los Sídh y de las gaitas de la gente de las comarcas occidentales. Todos charlaban, con la peculiar forma de hablar, rápida, mordaz y brillante, de los elfos, hecha de bromas sutiles y de fulminantes juegos de palabras; así que entre las mesas no se oían sino suaves risitas.

Pero cuando hicieron un espacio entre ellas para que los juglares pudieran mostrar sus habilidades, se oyeron voces que pedían la Danza de las espadas. Imric frunció el ceño, porque no quería que los presagios fuesen contemplados por todos, pero ya que la mayor parte de sus invitados insistieron en ello, no pudo negarse.

Los elfos se situaron en el centro de la sala: los varones de despojaron de los ropajes que más los molestaban, las hembras se desnudaron del todo, y los siervos entregaron a cada varón una espada.

—¿Qué están haciendo? — preguntó Freda.

—Es la antigua danza de la guerra —explicó Skafloc—. Me tocará hacer de escaldo, supongo, debido a que ningún ser humano puede ejecutarla sin herirse, aunque conozca perfectamente sus compases. Bailan al ritmo de noventa y nueve versos que el escaldo debe improvisar y, si nadie resulta herido, entonces es un presagio cierto de victoria; pero, si alguien resulta muerto, significa derrota y ruina; incluso una cuchillada anuncia todo tipo de males. Espero que nada de esto ocurra...

Rápidamente, los elfos se dispusieron en dos hileras que se miraban la una a la otra, y pasaron las espadas por encima de sus cabezas; detrás de cada varón se encontraba una hembra, acuclillada y en tensión. Las hileras se perdían a lo lejos, en la difusa claridad de la sala, como si en ella hubiese

surgido una especie de corredor con el techo de espadas resplandecientes. Skafloc se situó enfrente del sitial del Conde.

—¡Adelante! —gritó Imric, haciendo un falsete.

Y Skafloc cantó:

Veloz transcurre el juego de la espada,
que hace retroceder al enemigo
hasta la playa, donde la contienda
habla a gritos con voces de metal,
entre el estrépito de los broncíneos
espolones de las hendientes hachas,
humeantes de sangre, donde los reyes
del mar cantan la asamblea de las lanzas.

Mientras componía versos de tal suerte, los elfos comenzaron a danzar, y la algarabía del entrechocar de las espadas siguió el ritmo del poema. Sus compañeras avanzaron hacia delante, de suerte que cada varón tomó con su mano izquierda la derecha de su hembra, haciéndole efectuar una pirueta en el espacio, cada vez más reducido, donde las espadas relucían y chocaban las unas con las otras.

Y Skafloc prosiguió su canto:

Veloz transcurre el juego de la espada,
como la tempestad en su violencia:
sangriento relumbrón es el escudo,
resplandeciente luna de rojez;
los vientos de las sibilantes flechas,
los perversos fulgores de las lanzas,
golpearán a quienes abandonaron,
ha poco, el tibio lecho de la amante.

Las hembras de los elfos pasaban en medio de las relucientes y vibrantes hojas, con ritmo ágil y suave, entrelazándose como la espuma sobre las olas. Los varones se aproximaban unos a otros al danzar, cruzándose y dándose la vuelta, tras lo cual hacían describir a sus espadas un arco resplandeciente al que faltaba poquísimo para acertar el cuerpo de quien se hallaba enfrente, quien acababa haciéndose con el arma. Skafloc seguía improvisando:

Veloz transcurre el juego de la espada,
ensangrentando las armas que giran,
mientras quebrantan escudos y yelmos
y se levantan los gritos de guerra,
y las quejumbrosas y airadas hojas
despiden chispas y hienden los aires,
mientras los lobos aúllan, hambrientos
y al festín se dirigen los halcones.

Vuelta tras vuelta, la danza proseguía, más rápida de lo que puede discernir el ojo humano; mientras tanto, las espadas iban y venían, con continuos molinetes y cortando el aire, entre las hembras. Momentos después, las hojas parecían apaciguarse, y cuando, tocándose en la punta, se situaban dos a dos muy cerca del suelo, las damas saltaban por encima, antes de que volviesen a alzarse de nuevo tras ellas. Entonces, cada uno de los varones tejía con su espada un resplandor casi continuo de metal alrededor del cuerpo de cada una de las veloces bailarinas. Acto seguido, volvieron a la danza y las hembras saltaron y revolotearon entre los esgrimistas, durante los breves instantes en que las armas retrocedían.

Los versos de Skafloc brotaban sin parar.

Veloz transcurre el juego de la espada,
ya canta el metal, suscitando estrépito
de hojas que invita y conduce a la danza
(y a la muerte al bailarín impaciente).
Braman los lures y se carcajean,
oh, jóvenes, llamando a la asamblea.
¡Ah, cuan más dulce juego era el dormir
plácidamente al lado de la amada!

Saltando y esquivando las rumorosas espadas, en un alado frenesí de blanco, Leea gritó:

—¡Eh, Skafloc! ¿Por qué no viene tu chica, que tanto parece quererte, a bailar con nosotros y así traerte suerte? Skafloc no interrumpió sus versos:

Veloz transcurre el juego de la espada,
el escaldo que ha poco aquí cantara
entra ahora en el juego de los barcos.
Tremendo es el valor de nuestra apuesta.
No te burles de la mortal muchacha
que no comparte el baile con vosotros.
Pues mucha mejor suerte me da a mí
con un beso, que con cualquier ensalmo.

En aquel momento, un estremecimiento agitó a los elfos, pues Leea, atenta más a las palabras de Skafloc que a la propia danza, había ido al encuentro de una de las espadas. Roja era la herida que surcaba su sedosa espalda. Al recobrar el ritmo, su sangre salpicó a quienes la rodeaban. Skafloc intentó dar un tono menos siniestro a sus versos:

Veloz transcurre el juego de la espada,
y siempre hay alguno que lo pierde,
pues sólo las Nornas sin error saben
quiénes son los que jugarán mejor:
Mas, sin saber nada del vencedor
del engañoso juego de las armas,
igual de amarga será la batalla
que al enemigo daremos en Alfheim.

Sin embargo, otras hembras, afectadas por el infortunio de Leea, perdieron el ritmo, que por ser tan sutil implicaba una gran concentración, y resultaron heridas. Imric mandó parar, antes de que alguien resultase muerto y la mala suerte no fuese presentida, sino real e inmediata, por lo que la celebración acabó entre un silencio cargado de tensiones y el murmullo de los comentarios furtivos.

Skafloc, turbado, regresó junto con Freda a los aposentos de ambos, quedándose a solas un instante. Cuando volvió a su lado llevaba un ceñidor ancho, de plata cincelada. En su interior se alojaba una pequeña redoma plana, también de platas.

Se lo entregó a Freda.

—Éste es mi regalo de despedida —dijo tranquilamente—. Me lo había dado Imric, pero creo que será mejor que tú lo lleves, porque, aunque todavía pienso que podemos vencer, va no estoy seguro después de esta maldita Danza de las Espadas.

Freda lo aceptó sin hacer ningún comentario.

—La redoma contiene una droga rara y efectiva —dijo Skafloc—. Si la desventura se abatiera sobre ti y vieras que el enemigo esta cerca..., entonces habría llegado el momento de tomarla. Durante varios días estarías como muerta y quien te viera te dejaría en el sitio o te arrojaría fuera,

que es lo que suelen hacer los trolls con los cadáveres de los extraños. Así tendrías una oportunidad de escapar con vida.

—¿Qué importancia tendría seguir viva si tú hubieras muerto? —preguntó Freda, angustiada—. Mejor sería morir.

—Quizá. Pero los trolls no te matarían en seguida y a vosotros, los cristianos, os esta prohibido quitaros la vida, ¿no es cierto? —Skafloc sonrió, cansado—. Ya sé, mi bien amada, que no es el regalo de despedida más a punto para dar ánimos, pero es el mejor que tengo.

—No —murmuró Freda—. Lo acepto y te lo agradezco en lo que vale. Pero ambos tenemos un don mejor con el que regalarnos.

—¡Claro que sí! —exclamó Skafloc, y al poco rato, aunque de manera fugaz, ambos fueron nuevamente felices.

## CAPITULO 15

**E**l encuentro entre las flotas de los elfos y de los trolls tuvo lugar lejos de la costa, bastante al norte del castillo del Conde, poco después del atardecer del día siguiente. Cuando Imric, erguido al lado de Skafloc cerca de la proa del navío insignia que conducía una formación en cuña de bajeles, contempló la enormidad de la fuerza del contrario, dio un respingo y contuvo la respiración durante unos instantes.

—Nosotros, los elfos ingleses contamos con la mayor parte de la flota de guerra de Alfheim —dijo—, pero la suya es más del doble que la nuestra. ¡Oh, si los demás señores me hubiesen prestado atención cuando les decía que Illrede había firmado la tregua sólo como una forma más de hacer la guerra, y les imploraba que se uniesen a mí para aplastarle definitivamente!

Skafloc estaba al tanto de las rivalidades y vanidades, por no decir de las ansias y desidias, que habían dado lugar a aquella inacción, y a las que Imric no era totalmente ajeno. Pero ya era demasiado tarde para arrepentirse.

—No todos pueden ser trolls —dijo Skafloc—, y si es así, no creo que los goblins y demás morralla representen un gran peligro.

—No te burles de los goblins. Son buenos guerreros cuando disponen de armas a su medida —el rostro sobrio y pulcro de Imric relució durante un instante en la oscuridad, prisionero de un huidizo rayo de luna, en donde bailaban unos pocos copos de nieve, llevados por un viento cortante—. La magia no será de gran ayuda a ninguna de las partes —puntualizó—, porque los poderes que la gobiernan se encuentran equilibrados. De tal suerte, sólo queda la fuerza de los combatientes, y en esto somos los más débiles.

Asintió con su cabeza de cabellos plateados, mientras sus ojos azul luna refulgían.

—En el último Consejo del Rey de los Elfos insistí en que sería mejor agrupar todas las fuerzas de Alfheim y dejarles a los trolls las provincias exteriores, incluso Inglaterra, mientras nos



Librodot

hacíamos fuertes y preparábamos el contraataque. Pero los demás señores no quisieron ni oír hablar de ello. Ahora veremos quién tenía razón.

—Ellos, señor —dijo Lanzadefuego, sin arredrarse—, porque llevaremos a esos cerdos al matadero. ¿Cómo... íbamos a permitirles que se revolcasen en Elfheugh? Este pensamiento es indigno de ti —alzó la pica y dio un paso hacia delante.

También Skafloc, a pesar de comprender que tenían todo en su contra, sólo quería pensar en la batalla. No sería la primera vez que unos valientes conseguían vencer a enemigos poderosos. Ardía de deseos de encontrarse con Valgard, el hermano loco de Freda que tanto daño le había causado, y hendirle el cráneo.

Pero, pensaba Skafloc, si Valgard no hubiese llevado a Freda a Trollheim, él, Skafloc, jamás la habría encontrado. Por tanto, se sentía deudor, aunque de forma un tanto imprecisa, del berserkr... Una muerte rápida y limpia, en lugar de suscitar en su espalda el águila de sangre, bastaría para saldar su deuda.

Los cuernos de guerra dejaron oír su reclamo en ambas partes. Las velas y los mástiles fueron recogidos y las dos flotas marcharon remando a su encuentro. Según se acercaban, las flechas comenzaron a alzar el vuelo, una tormenta que oscurecía la luna silbó sobre las aguas y encontró su hogar en la madera o en la carne. Tres saetas cascabelearon sobre la cota de malla de Skafloc; una cuarta falló por poco su brazo y se clavó, gimiendo, en el mascarón de proa del navío. Gracias a su facultad de poder ver en la noche, descubrió a bordo a otros que no habían sido tan afortunados como él, pues yacían heridos o muertos por la andanada de los de Trollheim.

La luna presenciaba la escena, excepto cuando resultaba tapada por las apresuradas nubes, los fuegos fatuos bailaban entre la espuma y las olas se erguían con un frío esplendor blanco. Pero había luz suficiente para matar.

Después, lanzas, dardos y proyectiles de honda cruzaron entre los navíos. Skafloc lanzó una flecha que alcanzó a uno de los trolls del navío insignia en una mano, por donde quedó clavado en el mástil de la embarcación. Pero, a cambio, recibió una pedrada en el yelmo, que suscitó un ruido metálico. Se apoyó en la borda, aturdido durante unos instantes, y el mar salpicó su cabeza, que aún seguía sonándole, de agua salada.

Los cuernos aullaban, casi uno contra otro, y las líneas se encontraron. El navío de Imric se lanzó contra el de Illrede. Los guerreros de ambas proas lucharon ferozmente. La espada de Skafloc chilló antes de que lo hiciera el hacha del troll a quien se enfrentaba, y le dejó inútil de un brazo. Se lanzó hacia la hilera de escudos de la borda del navío enemigo, moviendo el suyo sólo lo justo para protegerse del atronador aluvión de golpes que le caía encima, mientras su hoja de acero hacía su labor al otro lado de su superficie. A su izquierda, Lanzadefuego tejía estocadas y molinetes con su pica, aullando por el frenesí de la batalla, sin importarle las saetas que le alcanzaban. A su derecha, Angor, de los Dominios Pictos, luchaba encarnizadamente con su larga hacha. Durante un tiempo ambas partes se intercambiaron golpes y, cuando un hombre de la primera fila caía muerto, otro se apresuraba a ocupar su lugar.

Pero hubo un momento en que Skafloc sepultó su espada en el cuello de un troll. Mientras caía, Lanzadefuego hirió con su arma el pecho del que estaba detrás. Skafloc saltó al navío enemigo, aprovechando la brecha que acababa de surgir en las filas de los trolls, y abatió al adversario que tenía a su izquierda. Cuando el guerrero que estaba a su derecha se disponía a herirle, el hacha de Angor se abatió sobre él y la cabeza del troll salió rodando hacia el mar.

— ¡Adelante! —exclamó, con un rugido, Skafloc.

Los elfos más próximos a él le siguieron. Hombro con hombro, herían a los trolls, que enseñaban los dientes y gruñían mientras intentaban rodearlos. Al oír aquel estruendo, los demás elfos resistieron el ataque y buen número de ellos se decidió a abordar al enemigo.

Las espadas volaban entre nubes de sangre. El sonido de tanto metal chocando y rompiéndose vencía al del mar y el viento. Por encima de la contienda se recortaba la figura de Skafloc, con ojos que parecían llamas azules salidas de algún infierno. Debía situarse un poco adelantado respecto a los elfos, para que su malla de hierro no fuera a causarles daño; pero ellos le cubrían las espaldas y, mientras su escudo detenía los pesados golpes y mazazos de los trolls que venían de frente, su espada

se precipitaba hacia todos los lados como una víbora. En poco tiempo los enemigos se batieron en retirada y la proa quedó limpia de ellos.

—¡Ahora, a popa! —exclamó Skafloc.

Los elfos avanzaron, con las espadas sobre los escudos, como el aire que espejea sobre la pared de una montaña. Los trolls combatieron encarnizadamente. Muchos fueron los elfos caídos con el cráneo aplastado, los huesos rotos y las carnes entreabiertas. Pero los trolls seguían retrocediendo, sin dejar a nadie en el puente, excepto a sus muertos pisoteados.

—¡Valgard! —aulló Skafloc en medio del estruendo—. ¡Valgard! ¿Dónde estás?

Aquel a quien interpelaba se dejó ver. La sangre le manaba de una de las sienes.

—La piedra de una honda me dejó sin sentido —dijo—, pero ahora siento la avidez de la batalla.

Skafloc gritó y fue corriendo a su encuentro. Entre elfos y trolls se hizo un espacio de nadie. Los primeros ocupaban desde la proa hasta el mástil, mientras que los segundos estaban arrinconados cerca de la popa; pero tanto los unos como los otros habían llegado en aquel momento al límite de sus fuerzas. Cada vez llegaban más elfos, al tiempo que, desde su propio navío, los arqueros enviaban una lluvia ininterrumpida de muerte de plumaje gris.

La espada de Skafloc y el hacha de Valgard se encontraron con un aullido de acero y una lluvia de chispas. La locura aún no había hecho presa en el berserkr; luchaba con siniestra frialdad, sólido como una roca sobre el titubeante puente. La espada de Skafloc golpeó en el mango de su hacha, pero no consiguió penetrar mucho en su madera guarnecida de piel y acabó desviándose. De tal suerte, el hacha pudo abrir un boquete en el escudo, a través del cual Valgard descargó su siguiente golpe.

Ya que no había tenido tiempo ni espacio suficientes para cargar todo su peso en él, no consiguió desgarrarle la loriga ni quebrarle ningún hueso. Pero el brazo con que Skafloc asía el escudo se le quedó colgando del costado, insensible. Valgard apuntó a su cuello, pero Skafloc cayó sobre una de sus rodillas, recibiendo aquel espantoso golpe en su yelmo, al tiempo que intentaba acertarle a Valgard en una pierna.

Casi sin sentido, a causa de la furia que le había abollado el yelmo y resbalado por uno de sus costados, se derrumbó. Valgard se tambaleó, con un muslo abierto. Ambos rodaron bajo los bancos y la batalla volvió a comenzar, pero sin ellos.

Grum, el Conde de los Trolls, había dirigido una carga desde la popa. Su enorme maza, que terminaba en piedra, aplastaba cráneos a diestra y siniestra. Hacia él fue Angor de los Dominios Pictos, quien le golpeó, cortándole el brazo derecho. Grum recogió su caída maza con el brazo izquierdo y lanzó un golpe que le rompió el cuello a Angor, tras lo cual tuvo que arrastrarse para ponerse a seguro y grabar runas salutíferas en el muñón que vomitaba sangren.

Skafloc y Valgard se levantaron y comenzaron a buscarse el uno al otro, entre aquel caos, para reanudar su combate. El brazo izquierdo de Skafloc había vuelto a recobrar la sensibilidad, mientras que Valgard aún seguía sangrando. El ahijado de Imric lanzó un violento golpe que mordió la cota de malla del berserkr y que sólo se detuvo ante una de sus costillas.

—¡Esto por Freda! —exclamó—. Por todo el mal que le hiciste.

—No tanto como el que tú le has hecho —replicó, con un rugido, Valgard. Tembloroso y debilitado, consiguió parar con su hacha la espada de Skafloc en mitad de su trayectoria, partiéndola en dos.

—¡Ah! —gritó el berserkr; pero antes de que pudiera aprovecharse de su ventaja, Lanzadefuego se lanzó sobre él como un gato furioso, con más guerreros de Alfheim a su lado. Los elfos acababan de hacerse con el navío.

—No me ofreces ninguna razón válida para seguir aquí —dijo Valgard—, pero espero verte pronto, hermano —y saltó por la borda.

Había tenido intención de despojarse de la loriga antes de que le arrastrase demasiado hacia el fondo, pero no fue necesario. Muchos navíos habían sido destruidos por los espolones del contrario o por un improvisado cambio de rumbo a lo largo de la batalla. El mástil de uno de ellos flotaba por las inmediaciones, por lo que se agarró a él con la mano izquierda, ya que la derecha aún asía el hacha Fratricida. Durante un instante se preguntó si no debía abandonarla.

Pero no... Maldita o no, era un arma excelente.

Otros trolls, que habían tenido tiempo de desembarazarse de sus equipos antes de abandonar el navío, también se agarraban al mástil.

—Moved vuestros cuerpos, hermanos —les gritó Valgard—, y llegaremos a uno de nuestros barcos..., a tiempo aún de ganar esta batalla.

A bordo del navío insignia de los trolls, los elfos no ocultaban su triunfo. Skafloc preguntó:

—¿Dónde está Illrede? Debiera encontrarse a bordo, pero no le he visto.

—Posiblemente esté sobrevolando la flota, lo mismo que Imric, en forma de gaviota —contestó Lanzadefuego—. Abramos un agujero en este maldito casco y regresemos a nuestro navío.

Y en él les esperaba Imric.

—¿Cómo se desarrolla la batalla, padrino? —le increpó Skafloc alegremente.

La voz del Conde de los Elfos sonó con amargura:

—Mal, pues aunque nosotros luchemos con encono, los trolls nos doblan en número. Algunas formaciones enemigas están desembarcando sin encontrar resistencia.

—Malas noticias, en verdad —exclamó Golric de Cornualles—. Tendremos que luchar corno auténticos demonios, o de lo contrario estaremos perdidos.

—Temo que ya lo estemos —dijo Imric.

Skafloc no consiguió captar en ese momento el auténtico significado de aquellas palabras. Al mirar a su alrededor, vio que el navío insignia se había quedado solo. Ambas flotas se estaban separando a medida que los enemigos iban cortando los ganchos de abordaje, pero la de los trolls había sufrido menores daños que la suya. Con demasiada frecuencia, los trolls dejaban fuera de combate a un navío elfo mediante el simple expediente de atacarle, al mismo tiempo y con dos de sus barcos, por babor y estribor.

_¡A los remos! —exclamó Skafloc—. ¡Debemos ayudarlos! ¡A los remos!

—Bien dicho —apostilló Imric.

El navío largo se acercó al lugar más próximo en donde la batalla se encontraba en plena efervescencia, recibiendo una lluvia de flechas.

—¡Disparad! —vociferó Skafloc—. ¡Por todos los infiernos! ¿Por qué no les respondéis?

—Nuestras aljabas están vacías, señor —dijo un elfo.

Agachándose bajo los escudos de las bordas, los elfos remaron hasta el mismo punto de la lucha. Dos de sus navíos habían sido acorralados por tres embarcaciones mercenarias y un navío dragón troll. Cuando el buque de Imric se acercó, los demonios alados del lago Baikal llegaron volando y lo atacaron desde las alturas.

Los elfos lucharon con encono, pero resulta muy difícil combatir contra un enemigo que te ataca desde el aire con una lanza. Gastaron las últimas flechas que les quedaban sin conseguir que la muerte que les llegaba de las alturas dejara de golpearlos.

Sin embargo, pudieron llegar hasta el navío que les lanzaba flechas, tripulado por goblins, y permanecer junto a él de costado. Skafloc lo abordó y comenzó a atacar a sus ocupantes con la espada de aleación élfica que reemplazaba la que antes usara. Aquella gente menuda no podía resistir un combate cuerpo a cuerpo. A uno lo partió en dos; a otro lo envió a rodar por el puente, gritando con las tripas fuera; a un tercero lo decapitó, y su cabeza cayó, dando botes, de sus hombros. La pica de Lanzadefuego atravesó simultáneamente a dos, mientras que de una patada le hundía el esternón a un tercero. Los elfos siguieron afluyendo sobre el navío y los goblins retrocedieron.

Skafloc llegó a la armería y lanzó sobre la cubierta de su navío las pesadas cajas con las flechas. Pero en vez de conducir a los suyos hacia popa, en lo que habría sido una carnicería, tocó retirada; los goblins no estaban en situación de preocuparse por nadie más que por ellos mismos. Los arcos de los elfos vibraron de nuevo y los demonios que seguían revoloteando se desplomaron sobre el mar.

Los trolls se acercaban. Skafloc vio que otros dos navíos tripulados por elfos se dirigían contra los goblins, los oni y los duendes.

—Si se ocupan de ellos, creo que nosotros podremos dar buena cuenta de los trolls —dijo.

Los guerreros de piel verde lanzaron los garfios de abordaje, pronunciaron su grito de guerra con un aullido y saltaron por encima de la borda del navío dragón elfo. Skafloc corrió hacia ellos,

resbaló en el maderamen cubierto de sangre, y cayó entre los bancos. Una lanza silbó en el lugar donde un instante antes se encontraba su pecho, con la suficiente fuerza para haberle traspasado la cota de malla, yendo a clavarse en el corazón de Golric de Cornualles, que cayó sobre el puente.

—Gracias —musitó Skafloc, levantándose.

Los trolls ya estaban encima de él. Sus golpes, cayéndole desde arriba, le alcanzaron en el escudo y en el yelmo. Él intentó herirles en los tobillos y acertó a uno de sus enemigos, que se desplomó. Pero antes de que pudiese proseguir, otro troll se inclinó sobre él, escrutando su rostro. Skafloc levantó entonces el escudo guarnecido de hierro, y el troll comenzó a gritar, emprendiendo la retirada, con medio rostro abrasado. Skafloc se levantó del montón de aparejos sobre el que estaba echado y se reunió con los elfos.

El estruendo del combate seguía sonando a través de la nieve que había comenzado a caer y que iba arreciando. Después se levantó el viento, lo que hizo que los dos navíos, aún unidos por las cuerdas del abordaje, cabecearan y chocaran uno contra el otro. Los combatientes perdían el equilibrio y caían sobre el primer puente, entre los aparejos y los bancos, llegando hasta el segundo, para levantarse de nuevo y seguir luchando. Al poco tiempo, el escudo de Skafloc estaba tan abollado que resultaba inservible. Se lo lanzó al troll con quien se encontraba intercambiando golpe tras golpe y le clavó la espada, ya embotada por el uso, en el corazón.

Entonces sintió que alguien le cogía por la escalda. Echó hacia atrás la cabeza, cubierta de acero, sin conseguir ver nada. Pero el poderoso apretón de aquellos brazos, nudosos como una encina, se mantuvo igual de fuerte. Girando aún más la cabeza, Skafloc vio que aquel troll estaba cubierto totalmente de pieles, incluidos guantes y capucha. Gracias a una llave de lucha élfica, que consistía en hacer fuerza con los brazos entre el pulgar y el índice del adversario, consiguió liberarse; pero sólo para caer en una presa digna de un oso. El navío cabeceó y ambos cayeron entre los bancos.

Skafloc no era capaz de soltarse. Y comprendió con amargura que aquella criatura podría romperle las costillas como si fuesen astiles de flecha... Puso las rodillas encima del vientre del troll, las manos alrededor del ancho cuello, y apretó a su vez.

Es muy posible que ningún otro mortal hubiera podido mantener incólume su columna vertebral contra abrazo tan espantoso. Skafloc sintió que las fuerzas le iban abandonando como el vino que se derrama de una copa volcada. Dirigió fuerza, voluntad y coraje hacia las piernas y la espalda, y también hacia las manos que estrechaban la tráquea del troll. Le pareció que ambos seguían las oscilaciones del navío y supo que no sería capaz de resistir aquello durante mucho tiempo.

Entonces el troll soltó su presa y plantó sus zarpas en las muñecas de Skafloc, en un intento desesperado de poder respirar. El hombre golpeó la cabeza de su adversario contra la base del mástil, como si fuese un ariete, una, dos, tres veces, con una furia que hizo cantar a la madera hasta que el cráneo envuelto en pieles acabó por reventar.

Skafloc permaneció echado junto al cadáver, medio ahogado, mientras el corazón estaba a punto de salírsele del pecho y la sangre le zumbaba en los oídos. Tras un instante, vislumbró a Lanzadefuego que se inclinaba sobre él y escuchó su voz sobrecogida:

—Jamás se supo que hombre o elfo matara con sus manos desnudas a un troll. Tu empresa es digna de un Beowulf y será recordada mientras el mundo exista. Hemos vencido.

Ayudó a Skafloc a salir al primer puente. Al mirar a las aguas que rodeaban al navío, entre la nieve que caía oblicuamente, el hombre vio que las embarcaciones de los mercenarios extranjeros también habían sido conquistadas.

Pero a qué precio... De las tres naves que formaban la escolta de Imric ni siquiera una veintena de elfos quedaba en pie, la mayor parte con serias heridas. La corriente las arrastraba hacia la playa, cargadas de cadáveres y de los pocos guerreros que eran capaces de manejar una espada.

Aguzando la mirada a través de la oscuridad, Skafloc observó que otro navío largo, lleno de trolls, se dirigía hacia ellos.

—Me temo que hemos perdido —dijo, con un gemido—. Lo único que nos queda por hacer es intentar salvar lo que podamos.

Los navíos iban a la deriva, sin nadie que los guiara, hacia la playa. En ella los esperaba una formación de trolls, desplegados en línea, montados en sus grandes caballos negros.

Una gaviota apareció en medio de la nevada, se posó y se convirtió en Imric.

—Nos hemos portado bien —dijo, con pesar, el Conde de los Elfos—. Cerca de la mitad de la flota troll no regresará a puerto, sobre todo la formada por sus aliados; pero nosotros... hemos agotado nuestras fuerzas. Las naves que aún podían mantenerse a flote se dieron a la fuga..., las demás esperan su destino, como nosotros —las lágrimas, quizá las primeras en varios siglos, brillaron en sus fríos ojos, desprovistos de pupila—. Inglaterra esta perdida. Y me temo que también Alfheim.

Lanzadefuego asió con fuerza el astil de su pica.

—Moriremos luchando —dijo, con una voz que sonaba hueca por el cansancio.

Skafloc asintió con la cabeza, y al pensar que Freda le esperaba en Elfheugh sintió que en su interior fluía lo poco de fuerza que aún parecía quedarles.

—¡Muramos luchando! —exclamó—. Pero antes debemos intentar salvarnos.

—Sería un buen tanto si lo consiguiéramos —dijo Lanzadefuego, no muy seguro.

Skafloc se quitó el yelmo. Tenía los cabellos pegados del sudor.

—Comencemos por quitarnos el equipo —dijo.

Los elfos apenas eran suficientes para tripular las tres naves y así mantenerlas próximas unas a otras, por lo que se fueron todos a una de ellas y alzaron el mástil y las velas. Sin embargo, la probabilidad de salir con vida parecía cada vez menor, ya que los trolls se acercaban con viento de popa, y su embarcación y la de ellos estaban muy cerca de la playa.

Skafloc luchó contra el timón, mientras su gente izaba la vela y la nave se dirigía hacia tierra. Los trolls se afanaron con los remos, en un esfuerzo por atrapar al bajel elfo o, si no, para hacer que se precipitara en unos escollos que se encontraban a proa.

—El espacio es muy estrecho —advirtió Imric.

—¡Más de lo que se imaginan! —dijo Skafloc, con una feroz mueca, entornando los ojos para ver mejor a través de los copos de nieve. Observó la espuma que hacían las olas en la playa y las oyó rugir entre el silbido del viento. Más allá estaban los escollos.

Los trolls se disponían a alcanzarlos. Skafloc ordenó a gritos que tensaran velas y se caló el yelmo. El navío giró sobre sí mismo y salió disparado hacia delante, a favor del viento. Demasiado tarde, los trolls comprendieron la maniobra e intentaron detenerse. El navío de Skafloc los embistió en mitad del casco, con un golpe que hizo crujir todas sus cuadernas. El bajel enemigo se deslizó hacia el lado contrario y fue a dar contra los escollos... rompiéndose en mil pedazos.

Los elfos de Skafloc maniobraron la vela, enloquecidos, acatando todas sus órdenes. Los remos de los trolls se rompieron cuando pasaron rozando el costado de su navío. Skafloc no tenía esperanzas de salvar su nave, pero usando la del enemigo como parachoques y palanca, podía salir mejor librado y llegar al otro extremo del arrecife, donde el mar se hallaba menos enfurecido. Cuando su navío chocó contra las rocas y se quedó empotrado en ellas, observó que por muy poco no había conseguido su propósito.

—¡Sálvese quien pueda! —exclamó Skafloc, y saltó hacia la resbaladiza piedra, cayendo en el agua que cubría hasta el cuello. Rápido como una foca, se dirigió nadando hacia la playa. Sus camaradas iban con él, excepto los que se encontraban heridos de tanta gravedad que no podían moverse y que habían tenido que quedarse en el barco que se iba a pique, a la vista ya de la playa hacia la que se dirigían.

Los demás llegaron a tierra lejos de la línea de trolls. Habrían podido escapar de ellos si no los hubieran visto algunos de los jinetes, que se lanzaron en su persecución para matarlos.

—¡Dispersaos! —exclamó Skafloc—. ¡La mayoría aún podemos salvarnos!

Mientras corría en la tempestad de nieve vio caer a los elfos, traspasados por las lanzas de los trolls o atropellados por sus caballos. Pero la mayor parte de su pequeña banda pudo salir con vida. En lo alto, la gaviota aún seguía volando.

Pero por encima del ave se cernió un poderoso halieto. Skafloc gimió. Escondido tras una roca, vio al halieto llevar a tierra a la gaviota, que se convirtió en Imric, mientras su captor resultaba ser Illrede.

Las mazas de los trolls se abatieron sobre el Conde de los Elfos, quien yacía inerte en una poza formada por su propia sangre mientras lo ataban.

Si Imric había muerto, entonces Alfheim había perdido uno de sus mejores guías. Pero si vivía... ¡ay de el! Skafloc avanzó sobre el brezo cubierto de nieve. No sentía cansancio, ni frío, ni el escozor de sus heridas. Los elfos habían sido derrotados y él sólo tenía una meta: llegar a Elfheugh y al lado de Freda antes de que lo hicieran los trolls.

## CAPITULO 16

**L**a gente de Illrede buscó un refugio para guarecerse del sol, y se quedó en él un par de días, pues la contienda también había resultado agotadora para ellos. Después se dirigieron hacia el Sur, la mitad por tierra y la otra mitad por mar. Los navíos llegaron al puerto de Elfheugh la misma noche de su partida. Sus tripulaciones, nada más desembarcar, saquearon las casas que encontraron indefensas y esperaron en las inmediaciones del castillo la llegada de los suyos.

Las fuerzas de tierra, con Grum y Valgard al frente, llegaron poco después. Los jinetes registraron la campiña, de forma que todas las bandas poco numerosas de guerreros elfos que intentaron oponerles resistencia fueron aniquiladas, aunque no sin causarles a los trolls cuantiosas pérdidas. Las granjas fueron saqueadas y quemadas, y sus habitantes encadenados en largas filas: los grilletes iban de ambas muñecas al cuello, e Imric abría la marcha. Como los trolls se lo pasaban en grande con la comida, la bebida y las hembras de Alfheim, no se dieron mucha prisa en llegar a Elfheugh.

Pero, ya fuera a causa de sus artes o por el simple hecho de no haber vuelto a oír nada de sus guerreros, los moradores del castillo ya sabían, la mañana después de la batalla, que Imric había perdido. Más tarde, al ver desde sus altos parapetos los fuegos de campamento que los cercaban y la negrura de las naves que descansaban sobre la arena o que habían anclado en la bahía, supieron que no se había tratado de una victoria pírrica sino de un completo triunfo de los invasores.

Mientras Freda miraba a través de la ventana de su dormitorio, oyó el levísimo roce de un vestido de seda. Al volverse, vio tras ella a Leea. En la mano de la hembra élfica refulgía un cuchillo.

El dolor y la malicia se dibujaban en su rostro, que ya no era el de un ídolo tallado en marfil por algún antiguo maestro del Sur. Y dijo, hablando la lengua del Norte:

—Llora lágrimas amargas por aquel cuyo amor se ha convertido en festín de los cuervos.

—Lloraré cuando sepa que ha muerto —contestó Freda, con voz átona—. Pero había demasiada vida en él para que se me ocurra pensar que ahora yace rígido.



Librodot

—¿Dónde podría estar? ¿Qué podría hacer un proscrito que se oculta? —los labios pálidos y plenos de Leea se curvaron hacia arriba—. ¿Ves este puñal, Freda? Los trolls acampan alrededor de Elfheugh y tu ley te prohíbe quitarte la vida. Pero si quieres huir yo puedo ayudarte.

—No. Esperaré a Skafloc —dijo Freda—. ¿Acaso no tenemos lanzas, flechas y máquinas de guerra? ¿No hay abundancia de comida y de bebida, no son altos los muros y resistentes las puertas? Lo que deben hacer quienes están en el castillo es defenderlo hasta que regresen los que se fueron.

Leea bajó el puñal y se quedó mirando durante largo rato a la esbelta joven de ojos grises.

—Tu ánimo es excelente —dijo, finalmente—, y me parece que comienzo a ver lo que Skafloc encontró en ti. Sin embargo, tu consejo es el de una mortal... alocada e impaciente. ¿Cómo unas simples hembras podrían defender un castillo del enemigo que derrotó a sus compañeros?

—Pueden intentarlo... o sucumbir como ellos.

—Intentarlo, quizá... Aunque no de esa manera, pero sí con otras armas —una alegría cruel le iluminó el semblante—-Armas de hembra. Pero para usarlas habremos de abrir las puertas. ¿Quieres vengar a tu amante?

—¡Sí... con flechas y puñales, y veneno si fuera necesario!

—Entonces dales tus besos a los trolls: rápidos como flechas, cortantes como pañales, amargos y mortales como el veneno en la copa. Así acostumbran a hacer las hembras de los elfos.

—¡Antes preferiría quebrantar la excelsa ley de Aquel que está en los cielos y convertirme en mi propia asesina, que prostituirme a quienes mataron a mi hombre! —declaró, orgullosa, la joven.

—¡Palabrería de mortal! —dijo Leea, despectiva, y sonrió como un gato—. Durante algún tiempo encontraré interesantes las caricias de los trolls. Al menos, representan algo nuevo, pues no resulta nada fácil encontrar algo fresco después de tantos siglos. Cuando llegue nuestro nuevo Conde, le abriremos las puertas de Elfheugh.

Freda se dejó caer encima del lecho y escondió su rostro entre las manos. Leea dijo:

—Si quieres seguir con tus alocadas ideas de mortal me sentiré muy feliz de librarme de ti. Mañana, después de la aurora, cuando los trolls duerman, te ayudaré a salir del castillo, con todo lo que quieras llevarte. Después puedes hacer lo que te plazca... Irte a las tierras de los hombres, supongo, y unir tu voz a los estridentes gemidos de las monjas, cuyo celestial esposo jamás acude a ellas. ¡Espero que lo disfrutes!

Y se fue.

Durante un tiempo, Freda permaneció echada, presa de la tiniebla y de la desesperanza. No conseguía llorar y los sollozos se resistían a salir de su garganta. Había perdido todo, familia, amante...

¡No!

Se sentó y apretó los puños. Skafloc no había muerto. No lo creería hasta que no hubiera besado sus labios exangües, entonces, si Dios era misericordioso, se le rompería el corazón y caería muerta a su lado. Pero si estaba vivo..., si yacía gravemente herido, quizá rodeado de enemigos y necesitando de su ayuda...

Se apresuró a recoger lo que podría serle de mayor utilidad. El yelmo y la loriga de él, y las ropas que llevaba debajo (que entonces le parecieron extrañamente vacías, más que cualquier otra de las que estaban junto a ellas), hacha, espada, escudo, lanza, arcos y muchas flechas. Para sí cogió una loriga ligera, del tipo utilizado por los jóvenes escuderos elfos.

Se adaptaba perfectamente a su delgada figura, y no pudo reprimir una sonrisa cuando cubrió sus cabellos rojizos con un yelmo de alas doradas y se miró en el espejo. A él le gustaría verla vestida de aquella manera, que le hacía parecer menos niña, aunque por otra parte se prestara a que le gastase alguna broma.

Aunque los pertrechos habían tenido que ser forzosamente de aleación élfica, ya que los caballos de Faene no podían soportar el contacto del hierro, Skafloc haría buen uso de ellos.

Pescado seco y otros alimentos fueron añadidos a las armas, así como pieles, mantas, su estuche de costura y cualquier otra cosa que le pudiese servir. «¡Me estoy convirtiendo en un ama de casa!», pensó, y se rió de su ocurrencia. Aquellas tres palabras le nacían sentirse alegre, como cuando vemos a un viejo amigo. Después cogió algunas cosas que no sabía para qué servían, porque recordaba que en alguna ocasión Skafloc les había dado mucha importancia: una piel de lobo, otra de

nutria y una especie de aderezo de plumas de águila, pequeñas varas de fresno y de abedul grabadas con runas, y un anillo de extrañísima factura.

Cuando todo estuvo convenientemente empaquetado, buscó a Leea. La noble dama miró atónita la figura de valkiria que estaba ante ella.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó.

—Necesito cuatro caballos —contestó Freda— y ayuda para cargar en uno de ellos todo lo que me llevo. Después, que me ayudes a salir de aquí.

—Todavía es de noche y los trolls están despiertos y merodean por todas partes. Pero como nuestros caballos no pueden viajar durante el día...

—No importa. Pueden ir más deprisa que los demás, y rapidez es lo que ahora más deseo, por encima de cualquier otra consideración.

—De acuerdo, podrás llegar a alguna iglesia antes de que se haga de día... si consigues romper el cerco —bromeó Leea—; las armas de que te has provisto te darán alguna protección durante el camino. Pero no esperes que el oro de Faerie vaya a durarte mucho tiempo.

—No llevo nada de oro, ni pienso acercarme a las tierras de los hombres. La puerta que quiero que me abras es la norte.

Leea abrió desmesuradamente los ojos y se limitó a encogerse de hombros.

—Es una locura. ¿De qué te servirá el cadáver de Skafloc...? De acuerdo... haré lo que dices —y suavizó las líneas de sus labios cuando añadió, muy bajo, y con voz a punto de quebrarse—: Dale un beso de parte de Leea, te lo ruego.

Freda no dijo nada, a pesar de que en su fuero interno sabía que Skafloc, ya estuviera vivo o muerto, jamás tendría aquel beso.

Cuando se fue, la nieve seguía cayendo copiosamente. La puerta se cerró sin hacer ruido, mientras los guardias goblins, a los que se había prometido la libertad a cambio de sus servicios, agitaban la mano, en señal de despedida. Freda comenzó a cabalgar con su reata de caballos, sin mirar hacia atrás, pues sin Skafloc los esplendores de Elfheugh no eran sino ceniza.

El viento gemía a su alrededor y le mordía a través de las pieles. Se inclinó hacia su caballo y le susurró al oído:

—¡Venga, deprisa, deprisa, demuestra que eres el mejor de los corceles, galopa deprisa y raudo hacia el Norte, hasta encontrar a Skafloc! ¡Búscale con tus poderes y sentidos sobrenaturales, y dormirás en establos de oro y correrás en libertad a través de los pastizales estivales por todos los siglos venideros!

En aquel momento sonó un grito estridente, que hizo que Freda se inmovilizase en su silla de montar, mientras sentía que el terror la iba invadiendo. Nada le resultaba más terrorífico que los trolls... y ahora la habían visto.

—¡Oh, rápido, caballito!

El viento de la galopada resonaba en sus oídos, tan fuerte que casi la despedía de la silla, obligándola a cubrirse los ojos con el brazo izquierdo que mantenía delante de su rostro. Casi no conseguía ver a través de la noche y de la niebla, a pesar de su Vista Encantada, pero le bastaba con oír el galopar de cascos tras ella.

Cada vez más deprisa hacia el Norte, siempre hacia el Norte, sin que el aire dejara de silbar en sus oídos y de morder su carne, ni sus perseguidores cesaran en sus gritos ni en su galopada. Cada vez que miraba hacia atrás veía a los trolls como si fueran una sombra más oscura que las demás, cabalgando en medio de la noche. ¡Si pudiese detenerse y ordenarles que regresaran en nombre de Jesús! Pero era una idea descabellada, porque, si bien estaba demasiado lejos de ellos para que la oyeran, no lo estaba del alcance de sus flechas.

La nieve comenzó a caer más espesa, haciendo que los trolls se fuesen rezagando, aunque Freda sabía que proseguirían, incansables, tras su pista. Y mientras volaba literalmente hacia el Norte, llegó a encontrarse muy cerca del ejército de Trollheim, que se dirigía hacia el Sur.

El tiempo corría tan veloz como el viento. Freda vislumbró el resplandor lejano de un fuego en la cima de una colina. .. Posiblemente procedía del incendio de la casa de algún elfo. Las tropas debían de calar muy cerca y, en cualquier momento, ella podía encontrarse con sus exploradores que estarían rastreando toda la zona.



Librodot

Como si alguien hubiese escuchado sus pensamientos, un aullido se elevó de las tinieblas que había a su derecha. Oyó ruido de cascos. Si le cortaban el paso...

En su camino apareció una forma monstruosa, un caballo gigantesco y peludo, más negro que la noche, con ojos que relucían como carbones, montado por un jinete de cota de malla negra, de poderosa musculatura y rostro espeluznante... ¡un troll! El caballo élfico se echó a un lado, pero no con la rapidez suficiente. El troll adelantó uno de sus largos brazos, agarró su brida y detuvo al corcel.

Freda gritó. Pero antes de que pudiese pronunciar cualquier nombre santo, el ser la había arrancado de su silla, atraído hacia sí con uno de sus brazos y tapado la boca con una fría zarpa, tan apestosa como un nido de serpientes.

—¡Jo, jo, jo! —se carcajeó el troll.

Acuciado a través de la ventosa oscuridad por la urgente sensación de que ella necesitaba ayuda, aún sin aliento por la larga caminata y el miedo de llegar demasiado tarde, Skafloc se arrojó sobre el troll. Puso un pie en el estribo de su caballo, se irguió y le clavó un puñal en el corazón.

Acto seguido, tomó a Freda entre sus brazos.

## CAPITULO 17

Cuando la hueste troll llegó a Elfheugh, en lo alto de las atalayas sonó un cuerno y las grandes puertas de bronce se abrieron de par en par. Valgard, entornando los ojos, tiró de las riendas de su cabalgadura.

—Una trampa —murmuró. —No, no lo creo —dijo Grum—. En el castillo sólo deben de quedar unas pocas hembras, que esperan que las respetemos —y presa de risa convulsa, añadió—: ¡Y así será! ¡Así será! Los cascos de los robustos caballos resonaron sobre el empedrado del patio. El aire era agradable y tranquilo, sumido en la penumbra poco cálida que se tornaba azulada en las paredes y torrecillas que llegaban hasta el cielo. En los jardines se respiraban aromas lánguidos; las fuentes rumoreaban, y arroyuelos cristalinos corrían hasta desembocar en ensenadas tan pequeñas que sólo podían contener a dos de ellos.

Las damas de Elfheugh se habían congregado ante la torre para recibir a los vencedores. Aunque en el transcurso de su avance hacia el Sur ya había visto y tomado a otras de su especie, Valgard no pudo por menos de maravillarse al verlas.

Una de ellas se adelantó, con sutiles vestiduras que se adherían a cada una de sus formas, eclipsando de tal suerte a las demás, como la luna a las estrellas. Hizo una reverencia a Grum y el frío misterio de sus ojos quedó velado por sus largas pestañas.

—Salud, señor —dijo, con voz que más parecía canto que palabras—. Elfheugh se somete a ti.

El Conde se hinchó como la rana del cuento.

—Antaño, este castillo se nos resistió durante largo tiempo —dijo—, y no pocos asaltos rechazó. Pero ahora os habéis comportado sabiamente, al decidiros a reconocer la fuerza de Trollheim. Si resultamos terribles como enemigos, nuestros amigos, en cambio, no reciben de nosotros más que espléndidos dones —sonrió con afectación—. Dentro de poco te haré un regalo. ¿Cómo te llamas?

—Soy la noble Leea, señor, hermana de Imric, el Conde de los Elfos.

—No sigas dándole ese apelativo, puesto que ahora yo, Grum, soy el Conde de esta isla, provincia de Faerie, e Imric es el último de mis siervos. ¡Traed a los prisioneros!

Lentamente, con la cabeza gacha y arrastrando los pies, los nobles de Alfheim hicieron su entrada, empujados por los guardias. Sus rostros tiznados estaban llenos de amargura y sus espaldas se arqueaban bajo un peso más opresivo que el de las cadenas. Imric, con el cabello pegado por su propia sangre, que también quedaba en las huellas que dejaban en el suelo sus pies desnudos, encabezaba la fila. Nada dijeron los elfos, ni siquiera miraron a sus hembras, mientras eran devueltos a las mazmorras. Los seguían los cautivos que no eran de tan noble condición, una fila de miseria de una milla de largo.

Illrede llegó a bordo de un barco.

—Elfheugh es nuestra —dijo—, y a ti, Grum, te dejamos en ella, para que la guardes mientras sometemos el resto de Alfheim. Aún quedan por tomar las plazas de los elfos de Escocia, Inglaterra y Gales: como muchos de ellos acecharán por bosques y colinas, te espera un arduo trabajo.

Y se dispuso a entrar en la torre.

—Aún nos queda una cosa por hacer antes de irnos —dijo—. Hace ahora novecientos años, Imric se llevó a nuestra hija Gora. Liberadla.

Mientras el rey se iba, acompañado de su séquito, Leea tiró a Valgard de la manga, atrayéndole hacia ella, y lo estudió intensamente.

—Al principio te tomé por Skafloc, un mortal que vivía entre nosotros —susurró—. Pero ahora puedo sentir que no eres humano...

—No —los labios de Valgard se contrajeron—. Yo soy Valgard Berserkr de Trollheim. Pero en cierto modo, Skafloc y yo somos hermanos, pues, tras ser engendrado por Gora, la hembra de troll, e Imric, éste me cambió por el niño que se convertiría en Skafloc.

—Entonces... —los dedos de Leea se cerraron alrededor de su brazo. Sus palabras eran como un susurro—, ¿eres el Valgard de quien hablaba Freda? ¿Su hermano?

—El mismo —su tono de voz se hizo más duro—. ¿Dónde está ella? —preguntó—. ¿Y dónde está Skafloc?

—No... lo sé... Freda ha huido del castillo, dijo que iba en su busca.

—Entonces, si no ha sido hecha prisionera en el camino, y no he oído nada al respecto, estará con él. ¡No está bien!

Leea sonrió, con los labios prietos y los ojos cerrados.

—Al final comprendo lo que Tyr el As quería decir —susurró en voz baja, hablando consigo misma—, y la razón por la que Imric lo mantenía en secreto —y, ya a plena voz, dirigiéndose valientemente a Valgard, preguntó—: ¿Por qué piensas que no está bien? Has matado a toda la descendencia de Orm, excepto a ellos dos, y has hecho todo lo posible para que les ocurriera lo peor. Si odiabas a esa familia, como todo parece indicar, ¿qué mejor venganza podrías encontrar?

Valgard sacudió la cabeza.

—Nada tenía contra Orm o su familia —murmuró. Y mirando a su alrededor, presa de un súbito desconcierto, como si acabara de despertarse de un sueño inquieto, añadió—: Supongo que he debido de odiarlos mucho para hacerles tanto daño... a mis propios hermanos... —se pasó una mano por la frente—. No, no son de mi sangre, ¿o sí lo son?

Y cortó la conversación, dejando a Leea y acercándose al rey. Leea siguió sus pasos, sin dejar de sonreír.

Illrede se había sentado en el sitial de Imric. Su mirada se hallaba fija en una puerta interior. Hizo una mueca que quería ser una sonrisa cuando oyó las pisadas de sus guardias.

—Traen a Gora —murmuró—. Mi pequeñita, que hace tanto tiempo reía y jugaba dando vueltas alrededor de mis rodillas —puso una pesada mano sobre los hombros de Valgard—. Tu madre.

Gora entró vacilando en la sala, delgada, llena de arrugas, arqueada por el peso de los siglos que había pasado arrebujada en la más completa oscuridad. Sobre aquel rostro de calavera, sus ojos miraban fijamente, vacuos, excepto cuando pasaba frente a ellos alguno de los fantasmas que poblaban su mentes.

—Gora —Illrede se incorporó a medias y volvió a caerse en el asiento.

Ella movió la cabeza hacia todas las direcciones, completamente ciega.



Librodot

—¿Quién llama a Gora? —murmuró—. Quien llama a Gora llama a una muerta. Gora está muerta, señor, lleva muerta novecientos años. La enterraron debajo de un castillo; sus huesos blanqueados empujaron su torre hacia las estrellas. ¿Por qué no dejáis que la pobre muerta repose en paz?

Valgard retrocedió, alzando casi una mano para apartar la cosa que avanzaba en dirección a él dando traspiés. Illrede extendió sus brazos hacia ella.

—Gora, ¿no me conoces, no conoces a tu padre? ¿No conoces a tu hijo?

Su voz sonó en la sala como un viento lejano.

—¿Cómo es posible que una muerta pueda conocer a alguien? ¿Cómo es posible que una muerta pueda dar a luz a alguien? El cerebro que diera a luz tantos sueños se ha convertido en un paridero de dragones. Las hormigas rampan por el interior de la oquedad donde antaño latiera un corazón. ¡Oh, devolvedme mis cadenas! ¡Devolvedme el amante que me hacía suya en la oscuridad! —gimió—. No hagáis que la pobre muerta, que se espanta de miedo, salga de su tumba, señor, ni despertéis a la loca, porque la vida y la razón son monstruos que sólo viven para devorar a quien les dio el nacer.

Echó la cabeza hacia un lado, como si escuchase algo.

—Oigo el retumbar de cascos de caballo —dijo, en voz muy baja—. Oigo cascos galopando por los confines del mundo. Es el tiempo que cabalga, mientras la nieve cae de las crines de su caballo y los relámpagos brotan de sus cascos, dejando a su paso hojas marchitas, que se agitan en el viento que desata. Se va acercando, oigo el romperse de mundos ante él...

¡Devolvedme mi muerte! —gimió—. ¡Dejadme bajar, reptando, a mi tumba, para ocultarme del tiempo!

Y cayó al suelo, sollozando. Illrede hizo una seña a sus guardias.

—Llevadla afuera y dadle muerte —ordenó. Y, volviéndose hacia Grum, dijo—: Colgad a Imric de los pulgares sobre carbones ardiendo hasta que hayamos conquistado Alfheim y podamos pensar en la recompensa que se merece —se levantó y exclamó—: ¡Eh, guerreros de los trolls, recoged vuestras cosas! ¡Zarpamos al instante!

Aunque todos habían esperado el momento en que serían agasajados con un festín, ninguno de los que vio el rostro del rey se atrevió a protestar por su decisión, y al poco tiempo la mayor parte de los negros navíos ya había desaparecido del horizonte, rumbo al Sur.

—Así tocamos a más —bromeó Grum. Y, al darse cuenta de lo pálido que se encontraba Valgard, añadió—: Me parece que esta noche vas a beber de lo lindo.

—Sí —asintió el berserkr—, y después, en cuanto disponga de gente, me iré a luchar.

Los jefes de los trolls reunieron a las hembras del castillo y escogieron las que más les apetecían antes de dejar las demás a sus guerreros. Grum puso la mano que le quedaba en el talle de Leea.

—Has demostrado sabiduría al entregarte —dijo, con una mueca—, porque no dejaré que bajes de rango. Podrás seguir siendo la Dama del Conde.

Ella le siguió mansamente, pero al pasar junto a Valgard esbozó una sonrisa. La mirada del berserkr la siguió, fascinado. Jamás había visto ninguna hembra semejante; con ella, se dijo, podría olvidar la bruja de cabello negro que aún hechizaba sus sueños.

Los trolls comieron y se emborracharon durante algunos días, tras lo cual Valgard llevó sus tropas a conquistar otro castillo que aún resistía, ya que un crecido número de elfos había conseguido guarecerse en él. Aunque no era de gran tamaño, sus murallas se levantaban altas y macizas Y las flechas de sus defensores mantenían a distancia a los trolls.

Valgard esperó mientras fue de día. Ya cerca del crepúsculo, avanzó reptando, amparándose en las zonas boscosas y en los roquedales, hasta llegar a las murallas, sin que los elfos, soñolientos y deslumhrados por la luz que aún quedaba, le vieran.

Cuando se hizo de noche, los cuernos dieron la señal del combate y los trolls avanzaron. Valgard se levantó y, con un poderoso impulso, consiguió encajar un gancho en un merlón. Subió por la soga que pendía de él, hasta arriba del todo, e hizo sonar su cuerno.

Los centinelas elfos cargaron contra Valgard. A pesar del hierro que llevaba encima, su lucha fue desesperada. Pero los trolls no tardaron en dar con la soga y seguirle. Cuando dispusieron de un espacio libre de atacantes en el parapeto, otros, desde abajo, apoyaron en él varias escalas. Al poco tiempo, ya había el suficiente número de trolls para llegar hasta las puertas y abrirlas a los que esperaban fuera.

Lo que siguió fue una espantosa matanza de elfos. La mayor parte fueron hechos cautivos y llevados encadenados a Elfheugh. Valgard no hizo otra cosa que saquear e incendiar a todo lo largo de la comarca, regresando con un cuantioso botín.

Grum le recibió de mala gana, pues pensaba que Valgard se estaba haciendo demasiado famoso entre los trolls.

—Podías haberte quedado con la guarnición que dejaste en el castillo —dijo—, pues este lugar es demasiado pequeño para los dos.

—Es verdad —murmuró Valgard, midiendo al Conde con sus gélidos ojos azules.

Sin embargo, Grum no pudo por menos de celebrar su regreso con un festín y colocarle a la derecha de su sitial. Las damas de los elfos servían a los trolls, y Leea no dejaba de llevarle a Valgard más y más cuernos de vino generoso.

—Para nuestro héroe, el más esforzado de los guerreros no sólo de las tierras de los hombres, sino de toda Faene —dijo Leea, brindando a la salud de Valgard.

La luz plateada esplendía sobre su piel, a través de su fino vestido de seda, y a Valgard comenzó a darle vueltas la cabeza, pero no sólo por efecto del vino que había bebido.

—¡Puedes darme las gracias de otra manera mucho mejor! —exclamó y, abrazándola, la puso encima de sus rodillas y la besó apasionadamente, a lo que ella respondió con el mismo ardor.

Grum, que seguía sentado en su sitial, un tanto desmadejado, bebiendo sin decir una palabra, se agitó, colérico.

—¡Vuelve a tu quehacer, zorra infiel! —la regañó y, dirigiéndose a Valgard, dijo—: ¡Deja a mi hembra! ¡Tú ya tienes la tuya!

—Pero ésta me guata más —replicó Valgard—. Te la cambio por otras tres.

—¡Ja, esas tres puedo quitártelas cuando me apetezca, ya que soy... tu Conde! La que elegí es mía. Déjala en paz.

—El botín pertenece a quien sabe hacer mejor uso de él —le provocó Leea, sin abandonar las rodillas de Valgard—. Y tú sólo tienes una mano.

El troll salió lanzado de su asiento, ciego de rabia, y echó mano de su espada, pues los de su especie no se la quitan para comer.

—¡Socorro! —gritó Leea.

El hacha de Valgard pareció saltar sola hacia su puño. Antes de que Grum, debido a la desventaja de tener que usar la mano izquierda, pudiese desenvainar su espada, el arma del berserkr se clavó en su cuello.

Grum cayó a los pies de Valgard, chorreando sangre, y alzó la mirada hacia su pálido rostro, aún contorsionado de ira.

—Eres un hombre malvado —dijo—, pero ella es peor —y murió.

En la sala se levantó un gran clamor, las armas comenzaron a chocar entre sí y los trolls avanzaron hacia el sitial. Algunos gritaron pidiendo la cabeza de Valgard, mientras otros juraban que lo defenderían con sus vidas. Durante un momento, estuvo a punto de desencadenarse una batalla.

Entonces Valgard tomó de la cabeza de Grum la diadema que fuera de Imric, manchada de sangre, y se la puso en la suya. Se subió en el sitial y mandó callar a todos.

Poco a poco fue haciéndose la calma hasta que sólo se oyó la pesada respiración de los presentes. Las armas relucían, desnudas, se sentía el acre olor del miedo y todos los ojos estaban puestos en Valgard cuando habló, altanero, desde la autoridad que le daba su fuerza.

Había hierro en sus palabras:

—Esto ha ocurrido antes de lo que había pensado, era inevitable. ¿Qué utilidad tenía para Trollheim un lisiado como Grum, inútil para el combate, quien no sabía hacer otra cosa que tragar, emborracharse y dormir con mujeres que debieran haberles tocado en suerte a otros hombres mejores que él? Yo, que tengo en mis venas sangre que nada tiene que envidiar a la mejor de Trollheim y que



Librodot

ya he demostrado que puedo conseguir la victoria, soy más digno de ser vuestro Conde. Por otra parte, ya lo soy, por la expresa voluntad de mi abuelo, el rey Illrede. No tardaréis en comprobar que esta voluntad resulta beneficiosa para todos los trolls, sobre todo los de Inglaterra. Os prometo victorias, riquezas, vida lujosa y gloria, si me aclamáis como vuestro Condes.

Extrajo su hacha del cadáver de Grum y la levantó en alto.

—Quien ponga en tela de juicio mi derecho habrá de pasar sobre mi cadáver... ahora —prosiguió—. Pero a quien me sea fiel le daré el mil por uno.

Al oír aquello, los guerreros que le habían seguido en el asedio le aclamaron. Los demás, que no deseaban luchar, se les fueron uniendo uno tras otro, con lo que Valgard se sentó definitivamente en el sitial y el festín pudo proseguir. Como Grum no había sido muy apreciado entre los trolls y, además, los pocos parientes que tenía no estaban muy unidos, el weregild fue aceptado sin rechistar.

Más tarde, cuando se encontraba a solas en su dormitorio con Leea, Valgard la miró fijamente, con expresión sombría.

—Es la segunda vez que una mujer me incita a matar a alguien —dijo—. Si fuera sabio partiría tu cuerpo en tres pedazos.

—No puedo impedírtelo, señor —murmuró ella con dulzura y le pasó los blancos brazos alrededor del cuello.

—Sé que no podría hacerlo —afirmó Valgard, con rudeza—. Así que dejémonos de chachara. Cuando me falta la paz que encuentro en ti, siento la negrura de mi vida.

Quedó en silencio; poco después preguntó:

—¿Era lo mismo con los elfos..., con Skafloc? Ella levantó la cabeza, de modo que la red suavemente perfumada de sus cabellos les cubriera el rostro a ambos.

—Basta con que haya sido así contigo, señor —musitó, y le besó.

A partir de entonces, Valgard gobernó en Elfheugh. A principios del invierno salió de la fortaleza para realizar frecuentes incursiones contra las plazas fuertes de los elfos y dar caza a los fugitivos con sus guerreros y sus sabuesos. Pocos castillos quedaban sin incendiar, y cuando los elfos intentaban oponerle resistencia les echaba encima sus tropas, que siempre atacaban dando rugidos. Algunos de los elfos que capturó con vida fueron a parar a las mazmorras o, más afortunados, acabaron realizando trabajos serviles; a la mayor parte los mandó matar y repartió a sus hembras entre los trolls. Pero él nunca se quedaba con ninguna, pues sólo sentía deseos por Leea.

Del Sur llegó la noticia de que los ejércitos de Illrede estaban empujando a los elfos hacia ellos. Todas las regiones de Valland y Flandes pertenecientes al reino de Faerie estaban en poder de los trolls. Al Norte, sólo los elfos de Escania disfrutaban de libertad; pero iban siendo rodeados tan rápido como lo permitía la gran masa forestal de su tierra. Por otra parte, todo hacía esperar que los trolls entrarían en un breve plazo de tiempo en las tierras donde vivía el Rey de los Elfos.

Los hombres habían tenido algunas visiones vagas de tanto suceso: fuegos distantes, sombras que galopaban, vientos tempestuosos que traían el clamor del metal y la batalla. Pero además de todo eso, estaba la magia que se perdía sin llegar a su objetivo y que causaba todo tipo de desórdenes y ruidos, enfermedades del ganado, cosechas arruinadas y, en general, mala suerte. En algunas ocasiones, sucedía que un cazador llegaba a un campo totalmente cubierto de huellas de pisadas y de sangre, e incluso conseguía ver con el rabillo del ojo algunos cuervos devorando cadáveres que no parecían humanos. La gente se encerraba en sus casas, ponía trozos de hierro en las vigas y maderos del porche o de la puerta, e invocaba la protección de sus diferentes dioses.

Según pasaba el tiempo, Valgard seguía consolidando su posición en Elfheugh. Había capturado todos los castillos y colinas fortificadas con las que se había topado, había devastado toda la tierra comprendida desde las Orcadas a Cornualles, por lo que, si aún quedaban elfos, debían de estar bien escondidos..., pues la verdad era que sólo salían de su escondrijo para atacar a sus guerreros, de suerte que siempre volvían mermados a sus fortalezas; también vertían veneno en los alimentos y en el agua, tullían a los caballos, corroían armas y cotas y suscitaban tormentas de nieve, como si toda la isla se levantase contra el invasor.

Los trolls mantenían bajo su garra a Inglaterra, de eso no había duda, y día a día, la fuerza de aquella garra iba en aumento. Pero, a pesar de ello, Valgard ansiaba como nunca la llegada de la primavera.



Librodot

## CAPITULO 18

**S**kafloc y Freda se refugiaron dentro de una cueva. Era un agujero profundo tallado en la pared de un acantilado, que se alejaba oblicuamente de la playa, bastante al norte de las Colinas de los Elfos. Detrás de ella se extendía una floresta de árboles cubiertos de hielo que se espesaba hacia el sur y se desvanecía entre páramos y tierras altas, más al norte. Aquella tierra, lóbrega y poco acogedora, no estaba habitada por nadie de Faerie, por lo que era uno de los lugares más idóneos para hacer planes que les permitieran proseguir la lucha.

No podían excederse en el consumo de la magia para no ser descubiertos por los trolls, por lo que Skafloc hizo buen uso de las pieles y plumas que Freda le había llevado, cazando con la apariencia del lobo, la nutria o el águila, y sólo se permitió transformar en cerveza el agua del mar y hacer algún que otro leve encantamiento. Como no resultaba nada fácil seguir con vida en aquel lugar dominado por los vientos —el invierno más crudo que se recordaba en Inglaterra desde la Era Glacial—, Skafloc tenía que pasar la mayor parte del tiempo cazando.

El interior de la cueva era húmedo y frío. Los vientos azotaban su entrada y las olas chocaban contra las rocas y casi entraban en ella. Pero, cuando Skafloc regresó de la primera expedición de caza realmente larga, al menos durante un momento, pensó que se había equivocado de lugar.

Un fuego ardía, amoroso, en un hogar de piedra, provisto de una rústica chimenea hecha de mimbres y de pieles sin curtir. Otras pieles tenían como finalidad aislarlos del frío, al cubrir suelo y paredes, mientras que otra, colgada a la entrada, los resguardaba del viento. Los caballos, al fondo, estaban atados a una estaca, rumiando el heno que Skafloc había obtenido de las algas, gracias a sus artes mágicas, y las armas de repuesto, brillantes y bien ordenadas, habían sido dispuestas en fila, como si la cueva fuese una sala donde se estuviese celebrando algún festín. Detrás de cada arma había un pequeño ramo de muérdago.

Agachada sobre el fuego y dando vueltas a un espetón de carne, estaba Freda. Skafloc se detuvo de repente, pues casi se le para el corazón al verla. Sólo llevaba una breve túnica, y su esbelto cuerpo de largas piernas y suaves curvas, en muslos, talle y seno, parecía flotar en medio de la penumbra, como si fuese un pájaro dispuesto a levantar el vuelo.

Ella le vio acercarse, y a través de sus cabellos, rojizos y despeinados, sus grandes ojos grises le miraron con alegría, iluminando su rostro enrojecido y tiznado por el humo. Sin decir nada, corrió a su encuentro, con su forma de moverse tan juvenil, y ambos se abrazaron durante un instantes.

—¿Por qué has hecho todo esto, cariño? —preguntó Skafloc, maravillado.

Ella se rió, halagada.

—No soy un oso, ni un hombre, para poner un montón de hojas en un rincón y decir que va a ser mi casa durante el invierno. Algunas de estas pieles ya las teníamos, el resto me las he tenido que procurar por mi cuenta. ¡Oh, como ves, soy una buena ama de casa! —y se acercó más a él, tiritando de frío—. Como te habías ido tan lejos y no tenía nada que hacer, no se me ocurrió nada mejor que ponerme a trabajar en algo para cansarme durante el día y así poder dormir bien por la noches.

A Skafloc le temblaron las manos mientras la acariciaba.

—Este lugar no es para ti. La vida del proscrito es ardua y peligrosa. Debería llevarte a algún lugar habitado por los hombres, para que esperaras en él nuestra victoria u olvidaras nuestra derrota.

—¡No... no, jamás haré una cosa semejante! —y cogiéndole de las orejas acercó la boca de él hasta la suya. Entonces, entre risas y sollozos, insistió—: He dicho que no te abandonaré. No, Skafloc, no te resultará nada fácil librarte de mí.



Librodot

—La verdad —admitió él, tras un instante— es que no sé lo que podría hacer sin ti. A tu lado todos los problemas parecen desvanecerse.

—Entonces no me dejes sola nunca más.

—Tengo que salir a cazar, amada mía.

—Pues cazaré contigo —y señaló la pieza que se asaba al fuego—. Ya que, a fin de cuentas, no se me da del todo mal.

—Lo mismo que otras cosas —dijo, riéndose. Y, volviendo a su seriedad de antes, añadió—: Freda, donde yo quiero ir, no sólo hay caza, sino también trolls.

—Entonces iré contigo —el rostro de la joven se había puesto tan serio como el suyo—. ¿Acaso piensas que no tengo nada de qué vengarme?

Skafloc levantó la cabeza, orgulloso, para bajarla después, al inclinarse a besarla, lo mismo que un halieto con su presa.

—¡Así sea! Orm el Guerrero estaría orgulloso de tenerte por hija.

Los dedos de Freda comenzaron a contornear una de sus mejillas y, tras llegar a la barbilla, pasaron a la otra.

—¿No sabes quién era tu padre? —le preguntó.

—No —contestó, sintiéndose incómodo al recordar las palabras de Tyr—. Jamás lo he sabido.

—No importa —dijo ella, con una sonrisa—, excepto por el hecho de que él también podría estar orgulloso. Creo que Orm el Fuerte habría dado todas sus riquezas por tener un hijo como tú... Con esto no quiero decir que Ketil y Asmund fuesen débiles. Y a falta de ello, se habría sentido muy feliz de saber que estabas con su hija.

Según fue avanzando el invierno, las condiciones de vida fueron haciéndose más duras. El hambre era un invitado asiduo en la cueva, y el frío traspasaba a hurtadillas la piel de la entrada y se reía del fuego, viéndose contenido solamente por el calor que Skafloc y Freda generaban bajo las pieles de oso con las que se cobijaban. Salían a cazar durante días enteros, montados en sus veloces caballos élficos que casi no tocaban la nieve, buscando sus presas en las vastas y blancas soledades.

De vez en cuando pasaban ante las renegridas ruinas de una fortaleza élfica. En tales ocasiones Skafloc perdía la color y pasaba varias horas en silencio. Sólo en muy raros momentos encontraban algún elfo con vida, cubierto de harapos y casi en los huesos, a quien nada contaba el hombre de formar ninguna banda, porque sólo habría servido para atraer la atención de los trolls, ya que no para oponerles resistencia. Si hubiera sido posible obtener ayuda de fuera, las cosas hubieran marchado de otra manera y habría tenido sentido unirse en bandas.

Skafloc siempre estaba en guardia contra los trolls. Si encontraban su rastro, él y Freda salían al galope. Si divisaban a lo lejos un grupo numeroso, les lanzaban una rociada de flechas y salían a escape; o bien Skafloc esperaba a que se hiciera de día, para deslizarse en los abrigos donde se refugiaban los trolls y cortarles el cuello. Cuando sólo se las tenía que ver con dos o tres, iba a su encuentro, tirando molinetes con su espada, y la canción de ésta, junto con el silbido de las flechas de Freda, era lo último que oían los trolls antes de morir.

Por ambas partes se trataba de una caza despiadada. Con frecuencia se guarecían en una cueva o debajo de alguna gran roca para protegerse del temporal, mientras los trolls que los perseguían pasaban ante sus ojos sin verlos, ya que sólo el leve encantamiento producido al salmodiar algunas frases secretas escritas en alfabeto rúnico los protegía de cualquier mirada directa y ocultaba sus huellas. Flechas, lanzas y piedras de honda cortaban el aire a su alrededor cuando emprendían la huida, después de abatir con sus flechas a dos o tres de los guerreros de una compañía. Desde la cueva que se había convertido en su hogar veían pasar los negros navíos largos de los trolls, tan cerca de ellos que podían contar los remaches de los escudos de sus guerreros.

Aparte de eso seguía haciendo frío, mucho frío.

Sin embargo, el llevar aquella vida hizo posible que Skafloc y Freda llegaran a conocerse. Aprendieron que sus cuerpos no eran lo más importante en el amor, y Skafloc se preguntó si habría tenido los redaños suficientes para seguir luchando si Freda no hubiese estado a su lado. Sus flechas



Librodot

habían abatido a muchos trolls, y sus atrevidas tácticas de emboscada, muchos más..., pero los besos que ella le daba en aquellos dulces momentos de paz eran lo que le infundía valor, y la ayuda y el sosiego que sabía darle, hora tras hora, aumentaban su fuerza. Y a ella le parecía que él era el más grande, el más bravo y el más gentil de todos los hombres, su espada y su escudo, y a un mismo tiempo, su hermano y su amante.

Incluso llegaba a confesarse a sí misma que aquella vida no le había hecho perder la fe, aunque ya no fuese tan devota como antes, lo que inducía en ella un leve sentimiento de culpabilidad. Skafloc le había explicado que las palabras y los signos de aquella fe podrían anular la magia que les era tan necesaria. Por su parte, Freda pensaba que sería una blasfemia usarlos para sacar ventaja en aquella guerra que enfrentaba a dos especies sin alma; mejor sería, y posiblemente más saludable, rezar con el corazón en vez de con los labios. Y en lo referente a aquella guerra, como era la de Skafloc también se había convertido en la suya. Algún tiempo después, cuando hubieran conseguido la victoria, le llevaría a hablar con un sacerdote, pues estaba segura de que Dios no le iba a negar la fe a un hombre como él.

La vida del proscrito era ruda. Pero hacía que el cuerpo se acostumbrase a ella, aguzando los sentidos, endureciendo los tendones y fortaleciendo el espíritu, y ella lo sintió en carne propia. El viento impulsaba la sangre en sus venas hasta producirle hormigueo; las estrellas prestaban sus fulgores a sus ojos. Con la propia vida balanceándose en el filo de una espada, aprendió a saborear cada uno de sus momentos con una plenitud que jamás hubiera podido imaginar.

Era extraño, se decía, que a pesar de sentirse hambrientos, ateridos de frío y asustados, no hubiera entre ellos palabras de reproche. Ambos pensaban y actuaban como si fueran uno solo, como si hubieran salido del mismo molde. Sus diferencias servían simplemente para cubrir las necesidades del otro.

—En cierta ocasión, estando en presencia de Imric, me jacté de no haber conocido nunca el miedo, la derrota o el mal de amor —dijo Skafloc, mientras, echado en el suelo de la caverna, reposaba su cabeza en las rodillas de Freda, dejando que ella le peinase los cabellos, agitados por el viento—. Él me habló entonces de las tres cosas que resultan esenciales en la vida de la especie humana. Por aquel tiempo no le comprendí. Pero ahora me doy cuenta de su sabiduría.

—¿Y él cómo podía saberlo?

—No lo sé, pues los elfos sólo habían conocido la derrota en muy contadas ocasiones, el miedo, casi nunca, y el amor, jamás. Pero desde que te conocí, amada mía, he encontrado juntas en mi interior estas tres cosas. Estaba a punto de ser más elfo que hombre. Tú me hiciste humano de nuevo, y lo que me queda de élfico se va desvaneciendo.

—Pero no se ha perdido, pues algo de los elfos ha entrado en mi sangre. Me temo que cuanto menos pienso en lo que es correcto y santo, tanto más voy tomándole aprecio a lo que resulta útil y agradable. Mis pecados van en aumento...

Skafloc atrajo el rostro de Freda hacia el suyo.

—Entonces has hecho muy bien. Tanto parloteo de deberes, leyes y pecados no es bueno.

—No blasfemes... —comenzó a decir.

Pero él interrumpió sus palabras con un beso. Freda intentó soltarse y todo acabó en una pelea incruenta con revolcones y carcajadas; cuando se terminó, Freda ya había olvidado sus prevenciones.

Después de que los trolls completaran la devastación de los territorios de los elfos, se retiraron a sus plazas fuertes, aventurándose fuera de ellas muy raramente, excepto en formaciones demasiado nutridas para ser atacadas. El humor de Skafloc, que había acumulado en la cueva una notable cantidad de carne congelada, gracias a la caza de gran número de ciervos, se estaba deteriorando a causa de la inacción. Su viveza se ofuscaba mientras pasaba los días acurrucado en la cueva, refunfuñando.

Freda intentó darle ánimos.

—Ahora corremos menos peligros —dijo.



Librodot

—¿Y para qué nos sirve esta seguridad, si no podemos luchar? —contestó Skafloc—. No hacemos más que esperar el fin. Alfheim se está muriendo. Dentro de poco, todo el reino de Faerie pertenecerá a los trolls. ¡Y yo... sigo aquí sentado!

Días después, Skafloc salió de la cueva y vio un cuervo que volaba contra el viento, bajo el cielo encapotado. El mar seguía hiriendo las rocas que se encontraban al pie de la cueva, estremeciéndose y retrocediendo para dar un nuevo asalto, y la espuma de las olas se helaba en cuanto mojaba cualquier cosa.

—¿Qué novedades hay? —preguntó Skafloc en la lengua de los cuervos, dando comienzo a un diálogo que no se desarrollo con estas mismas palabras, pues tanto aves como animales poseen lenguajes muy diferentes de los usados por los hombres, pero sí con el mismo significado.

—Vengo del sur, del otro lado del Canal, para avisar a los míos —contestó el cuervo—. Valland y Wendland han caído ante los trolls, Escania está a punto de sucumbir, y los ejércitos del Rey de los Elfos no hacen más que retroceder en todos sus dominios. Grande es el festín, pero los cuervos debemos darnos prisa si queremos llegar a él, porque la guerra ya no puede durar mucho.

Al oír aquellas palabras, Skafloc montó en tan ardiente cólera que aprestó su arco y disparó al ave. Pero, cuando ésta cayó muerta a sus pies, la ira le abandonó, dejando en su lugar un vacío que comenzó a llenarse poco a poco de tristeza.

—Ha sido una vileza matarte, hermano —dijo en voz baja—, porque no obraste mal, sino todo lo contrario, al eliminar de este mundo los despojos desordenados y malolientes del pasado. Fuiste amistoso conmigo y estabas indefenso... y yo te he matado mientras dejo que mis enemigos vivan en paz.

Regresó a la cueva y, de repente, comenzó a llorar. Parecía que los sollozos fueran a descoyuntarle las costillas. Freda le abrazó, hablándole como a un niño, y él derramó en su seno todas sus lágrimas.

Aquella noche no pudo dormir.

—Alfheim ha caído —murmuró—. Antes de que se derrita la nieve, Alfheim sólo será un recuerdo. Lo único que puedo hacer es cabalgar al encuentro de los trolls y arrastrar conmigo, camino a los infiernos, al mayor número de ellos.

—No digas eso —dijo Freda—. De ese modo traicionarías estúpidamente tu empeño... y también a mí. Es mucho mejor, y más propio de valientes, seguir con vida y combatir.

—Combatir... ¿con qué? —preguntó con amargura—. Nuestra flota ha sido hundida o dispersada y nuestros guerreros muertos, encadenados o proscritos, como nosotros. Solo el viento, la nieve y los lobos moran en los arrogantes castillos, y el enemigo ocupa los sitiales de nuestros señores de más rancio abolengo. Los elfos están solos, desnudos, a Punto de morir de hambre, desprovistos de armas...

Ella le besó. Y como si acabase de ver un luminosísimo relámpago, le pareció divisar ante sus ojos el brillo de una espada elevada hacia lo alto, que le llegase a través de las tinieblas.

Durante un largo momento, Freda lo sintió tan envarado como una barra de hierro y tan tembloroso como si la barra se hubiese convertido en un martillo; y él murmuró en la penumbra:

—La espada..., el regalo que me hicieron los Ases cuando me dieron este nombre... Sí, la espada...

El miedo a lo desconocido se insinuó en Freda.

—¿Qué quieres decir? ¿A qué espada te refieres?

Entonces, mientras yacían en la oscuridad, muy juntos para protegerse de la helada, él le contó entre susurros, como si tuviese miedo de que la noche pudiese escuchar lo que decía, lo sucedido cuando Skirnir había llevado la espada rota, la manera como Imric había emparedado sus fragmentos en las mazmorras de Elfheugh y cómo Tyr le había prevenido de la inminencia del momento en que le sería necesaria.

Cuando acabó, era precisamente Freda quien buscaba calor entre sus brazos, la misma que había cazado a tantos trolls armados. Su voz le llegaba débil e indecisa:

—No me gusta, Skafloc. Hay algo malo en todo esto.

—¿Malo? —exclamó—. Pero si es la única esperanza que nos queda. Odín, que lee el futuro, debió de ver con antelación el día de la derrota de Alfheim... y por eso nos dio la espada, para que lo impidiéramos. ¿Desprovistos de armas? ¡Ja! ¡Ya verás cuando la vean!

—Es un error comerciar con cosas paganas, y mucho más cuando son ofrecidas por los propios dioses paganos —dijo Freda, intentando convencerle—. ¡De ellas sólo puede venir el mal! ¡Oh, amado mío, olvida la espada!

—Lo cierto es que no hay que poner en duda que todo esto obedece a un plan de los dioses —dijo—, pero lo que ellos buscan no debe ser muy diferente a lo que nosotros queremos. Me parece que Faerie se encuentra en un tablero de ajedrez donde Ases y Jötuns mueven a elfos y trolls en una partida más allá de nuestro entendimiento. Y hasta el más sabio jugador siempre intenta no malgastar sus piezas.

—Pero si la espada está sepultada en Elfheugh...

—Conseguiré entrar, de uno u otro modo. De hecho, ya se me ha ocurrido una idea.

—Pero si la espada está partida en varios trozos, ¿cómo vas... vamos a encontrar al gigante que, según me has dicho, puede repararla? ¿Cómo obligarle a forjarla para ser usada contra los trolls, a fin de cuentas, sus parientes?

—Ya habrá algún medio —el tono de Skafloc era tan tajante como el acero—. Ahora mismo recuerdo uno, aunque un tanto peligroso. Es posible que no lo consigamos, pero no por ello el regalo de los dioses deja de ser nuestra última oportunidad.

—El regalo de los dioses —Freda comenzó a llorar—. Te repito que de todo esto no vendrá nada bueno. Me parece ya sentirlo, frío y agobiante. Si te embarcas en esta búsqueda, Skafloc, nuestros días juntos están contados.

—¿Me dejarías por esto? —preguntó, estupefacto.

—No... no, querido... —y se cogió a él, cegada por la oscuridad y las lágrimas—. Sólo era un sollozo que se escapaba de lo más profundo de mi alma... y sin embargo sé...

Skafloc la atrajo aun más hacia sí, y la besó ardientemente, hasta que a ella le comenzó a dar vueltas la cabeza y él rió de alegría; finalmente, Freda no pudo por menos de olvidar todas sus angustias, porque resultaban indignas de la esposa de Skafloc, y gozó de su compañía.

Pero en su amor había un anhelo que jamás había conocido antes. Y en lo más profundo de su ser supo que ya no volverían a darse muchos momentos como aquél.

## CAPITULO 19

**A** pocas horas antes de que la noche de aquel día llegase a su fin, después de salir de la cueva a dar un paseo con los caballos, que se convirtió en una galopada frenética, tiraban de las riendas de sus corceles élficos. Skafloc no podía estar inactivo mientras Alfheim se moría. La media luna recorría un cielo lleno de nubes, y su tenue luz se filtraba a través de los árboles cargados de carámbanos que se destacaban, resplandecientes, sobre la nieve. El aliento humeaba y ascendía como el humo hacia el cielo, en el aire inmóvil y frío, reluciente como un espectro que abandonase los labios de un muerto.

—No nos arriesgaremos a acercarnos los dos a Elfheugh —el susurro de Skafloc sonó anormalmente alto en aquella quietud, entre la penumbra del bosquecillo que los ocultaba—. Pero yo puedo llegar solo, con el aspecto de un lobo, antes del amanecer.

—¿Por qué tanta prisa? —Freda se agarró a su brazo y él notó el sabor de la sal en su mejillas—. ¿Por qué no ir de día, cuando ellos duermen?



Librodot

—El cambio de piel no puede efectuarse en pleno día —explicó—. Y una vez dentro de los muros del castillo, lo mismo da que sea de día o de noche, ya que los trolls pueden estar despiertos o dormidos a cualquier hora. Cuando esté en el interior buscaré a quienes puedan ayudarme. Sobre todo, estoy pensando en Leea.

—Leea... —Freda se mordió el labio inferior—. No me guala esta empresa a la desesperada. ¿No hay otra forma de hacerlo?

—Ninguna que se me ocurra. Tú, tesoro, tendrás que cumplir la tarea más ingrata, lo admito, esperarme aquí, sola, hasta que vuelva —miró su rostro, que permanecía en la penumbra, como si quisiera grabar en su memoria cada uno de sus rasgos—. Ahora recuerda: antes de que salga el sol, haz una tienda con las pieles que hemos traído para que los caballos se guarezcan bajo ella. Y recuerda que regresaré en forma de hombre, ya que tengo que llevar encima el paquete con la espada. Por tanto, podré viajar de día, sin correr riesgos hasta que se haga de noche, pero no podré caminar muy deprisa, por lo que no podré estar de vuelta hasta mañana por la noche. No seas imprudente, princesa. Si los trolls se acercan, o si yo no he regresado dentro de tres noches, márchate. ¡Huye al mundo de los hombres y de la luz del sol!

—Puedo soportar la espera —dijo ella, con voz átona—, pero dejar este lugar, sin saber si estás vivo o... —le faltó el aire— muerto, sería algo superior a mis fuerzas.

Skafloc bajó de su silla y comenzó a caminar por la nieve, que crujió bajo su peso. Se desvistió rápidamente, quedándose desnudo. Tiritando de frío, se ató la piel de nutria alrededor de la cintura, echó por encima de sus hombros las plumas del águila y se cubrió, lo más que pudo, como si se tratara de una capa, con la piel de lobo.

Freda desmontó a su vez. Se besaron con frenesí.

—Adiós, mi bien amada —dijo—. Adiós, hasta que vuelva con la espada.

Se volvió para no contemplar su silencioso llanto y demorarse, y se ciñó la piel gris. Se puso a cuatro patas y recitó la fórmula de rigor. Entonces, su cuerpo comenzó a estirarse y moldearse y él sintió que sus sentidos se hacían más confusos, como resultado del cambio. Freda vio cómo se transformaba, tan deprisa como si se fundiera, hasta que en el lugar donde había calado apareció un enorme lobo, cuyos ojos resplandecían, verdes, en la oscuridad.

Durante un instante, el frío hocico del animal olfateó su mano mientras ella acariciaba su áspera pelambre. Y, después, se fue.

Se alejó en la nieve, corriendo entre árboles y matorrales, más rápido y menos fatigado que un hombre. Resultaba extraño ser un lobo. El juego de huesos, músculos y tendones era diferente del de su propio cuerpo. El aire le rizaba la piel. Su vista estaba nublada, y carecía de relieve y color. Pero podía oír hasta el sonido más débil, cualquier suspiro, cualquier susurro, de manera que la tremenda soledad de la noche se había poblado de murmullos... la mayor parte de tonos demasiado agudos para el oído humano. Y olfateaba el aire como si fuese algo vivo, lleno de incontables y sutiles olores, rastros y sugerencias que se arremolinaban en el extremo de su hocico. Se trataba de sensaciones que los hombres no pueden describir con palabras.

Era como encontrarse en un mundo nuevo, un mundo donde cada cosa fuera diferente. Y él mismo se encontraba cambiado, no sólo en lo corporal, sino en los nervios y en el cerebro. Su mente seguía los derroteros propios de un lobo, más estrechos, pero en cierto modo más agudos. Bajo la forma del animal no era capaz de captar todos los pensamientos que tenía como hombre, al igual que cuando recobraba la forma humana no podía recordar todo lo que había sentido y pensado como fiera.

¡Adelante, siempre adelante! La noche y las millas volaban bajo sus patas. Los bosques gemían con su vida secreta. Captó el olor de una liebre —una liebre asustada, echada cerca de él que le miraba con unos ojos enormes— y su boca de lobo babeó de placer. Pero su alma humana prevaleció sobre aquella enjuta figura gris. Un búho lanzó su inconfundible llamada; árboles, colinas y ríos envainados en hielo pasaban en vertiginosa confusión; la luna avanzaba fatigosamente por el cielo, y él seguía corriendo.

Y al final, amenazador y recortándose sobre nubes teñidas de plata, pero con los pináculos de sus torres engastados de gélidas estrellas invernales, divisó Elfheugh. ¡Elfheugh, Elfeugh, bellísima y perdida, convertida en una inmensa amenaza negra que se proyectaba hacia el cielo!

Se agachó sobre su vientre peludo y se acercó, arrastrándose, hasta la colina, hasta las murallas de Elfheugh. Todos sus sentidos de lobo estaban al acecho, rastreando el espacio que le rodeaba... ¿Había enemigos cerca?

El olor a serpiente, propio de los trolls, llegó hasta él. Bajó la cola y sacó las garras. El castillo apestaba a troll... y lo que era peor, a miedo, a angustia y a rabia contenida.

Con sus nublados ojos de lobo no conseguía ver bien el extremo superior del muro bajo el que se hallaba agazapado. Oyó a los guardias que estaban arriba y se puso a temblar por los deseos que le entraron de destrozarles la garganta.

«Calma», se dijo. Cuando llegaron a su altura y le sobrepasaron, decidió que ya era tiempo de cambiar de piel. Se retorció de angustia, por las contracciones y el acomodo de su cuerpo, y el cerebro se le oscureció de nuevo. Entonces, comenzó a agitar sus grandes alas de águila y se elevó hacia el cielo.

Su vista se había hecho muy aguda, y veía las cosas con nitidez sobrehumana, mientras que de la alegría del vuelo, del viento y de la inconmensurabilidad del cielo se hacían eco cada una de sus plumas. Sin embargo, el austero cerebro del águila supo imponerse y negarse a proseguir aquella ebriedad imponente. Sus ojos no eran los de un búho, y en vuelo, constituía un excelente blanco para las flechas de los trolls.

Superó el muro y sobrevoló el patio, plegando las alas en el aire para frenar. Se posó en la torre, a la sombra de otra, más pequeña, cubierta de hiedra, y nuevamente sufrió los dolores del cambio. Después, convertido en nutria, aguardó unos instantes.

Bajo aquella apariencia, su olfato no era tan agudo como el del lobo, pero sí mucho más que el del hombre, mientras que su vista era mejor y su oído igual de bueno. Su cuerpo estaba en nerviosa alerta, y cada pelo, ya fuera del cuerpo o del hocico, enviaba a su cerebro sensaciones que a un hombre, a él, le habrían resultado indescriptibles; y su agilidad, su viveza y el lustre de su pelaje eran una continua fuente de alegrías para el cerebro vanidoso, coqueto y juguetón de la nutria.

Permaneció inmóvil, pero con todos los nervios en tensión. De las almenas brotó una marejada de gritos de alarma. Y como eso quería decir que alguien debía de haber vislumbrado el águila, juzgó más aconsejable abandonar el patio.

Se deslizó ágilmente a lo largo del muro, amparándose en las sombras. La nutria era demasiado grande para pasar desapercibida —mejor hubiera sido una comadreja o una rata—, pero era lo más que podía hacer. Y estaba agradecido al hecho de que Freda le hubiese llevado aquellas tres pieles mágicas. Le invadió un sentimiento de ternura, que debió reprimir, pues no podía pararse a pensar en ella... aún.

Había una puerta medio abierta, por la que se deslizó furtivamente. Se encontraba en la parte trasera del edificio; pero él conocía bien cada rincón y recoveco de aquel laberinto. Sus bigotes se estremecían mientras olfateaba el aire. Aunque aquel lugar apestaba a troll, también estaba cargado con el olor del sueño, lo que era una suerte. Podía sentir que alguien se movía, pero no era un gran problema, ya que podría evitar pasar cerca.

Atravesó el salón de los banquetes. Los trolls yacían en desorden, roncando sus borracheras. Los tapices estaban desgarrados, los muebles llenos de rayas y golpes, y los adornos de oro, plata y gemas, un trabajo de siglos, habían sido robados. Mejor habría sido, pensó Skafloc, ser derrotado por los goblins. Al menos eran gente educada. Pero aquellos sucios puercos...

Subió las escaleras, hacia donde se encontraban los que antaño fueran los aposentos de Imric. Quienquiera que fuese el nuevo Conde, seguramente dormiría en ellos... y tendría a Leea a su lado.

La nutria se aplastó contra la pared y descubrió sus dientes afilados como agujas en una sonrisa silenciosa. Sus ojos amarillos relampaguearon. Al otro lado del pasillo olía a troll. El Conde había apostado un guardia y...

Como un relámpago gris, el lobo cayó sobre el troll. Adormilado, el guerrero no supo qué le había atacado hasta que las fauces le desgarraron la garganta. Cayó al suelo entre el tintineo de su cota de malla, con la bestia encima del pecho, y murió.

El lobo se agachó. La sangre le caía de las fauces. Tenía un sabor amargo. La pelea había hecho mucho ruido... pero no, no se oía ningún sonido de alarma ni de que nadie acudiese a investigar... Después de todo, el castillo era tan grande... Debía correr el riesgo de que el cadáver



Librodot

fuera encontrado mientras él estaba dentro. Eso significaría que le habían descubierto... pero no. Había una solución.

Transformándose rápidamente en hombre, Skafloc usó la Daga del troll muerto para darle un tajo en la garganta, de manera que todos pensaran que una espada, y no los dientes de un lobo, había acabado con su vida. Así podrían pensar que el guardia había muerto en una disputa entre borrachos. ¡Vaya broma! Aquella idea suscitó en él una mueca mientras se limpiaba la boca y escupía la sangre que aún tenía en ella.

Convirtiéndose de nuevo en nutria, siguió pasillo adelante. Escaleras arriba, la puerta de los aposentos de Imric se veía cerrada, pero eso no era obstáculo para el, que conocía los seseos y silbidos secretos que abrían su cerradura. Los formuló someramente, empujó con el hocico la puerta abierta, y entró.

En el lecho de Imric había dos personas. Si el nuevo Conde se despertaba, aquello supondría el fin de la búsqueda de Skafloc. Se arrastró sobre su liso vientre de nutria en dirección al lecho, y cada movimiento le pareció terriblemente ruidoso.

Al llegar a él, se levantó sobre sus patas posteriores. El rostro de diosa de Leea descansaba sobre una almohada, rodeado de una nube de cabellos de oro y plata. Cerca de ella se encontraba la cabeza de tonos castaños de un hombre, de rostro adusto hasta en el sueño... pero que en todos los rasgos y en la configuración de sus músculos faciales era idéntica a la suya.

Así supo Skafloc que Valgard, el responsable de tantos males, era el nuevo Conde. Y mucho le costó abstenerse de plantar sus dientes de lobo en aquella garganta, saltar con su pico de águila sus ojos, o lamer con su lengua de nutria sus vísceras abiertas.

Pero aquellos eran impulsos propios de un animal. El darles satisfacción habría supuesto, muy posiblemente, hacer ruido y acabar perdiendo la espada que había ido a buscar.

Rozó con su hocico la suave mejilla de Leea, quien movió sus largas pestañas, al tiempo que sus ojos relampagueaban con la luz de la comprensión.

Muy despacio, se incorporó en la cama. Valgard se revolvió, dormido, y gimió. Ella se quedó inmóvil. El berserkr hablaba en sueños. Skafloc sólo pudo comprender algunas palabras:

—... El niño que cambiaron..., el hacha... ¡Oh, madre, madre...!

Leea deslizó un pie en el pavimento y, apoyándose en él, se levantó del lecho. La blancura de su cuerpo relucía a través del agitado velo de su larga cabellera. Como una sombra, salió de la habitación, atravesó una segunda y llegó a una tercera. Skafloc la siguió. Sin hacer ruido, al volver, Leea había ido cerrando todas las puertas.

—Ahora podemos hablar —dijo, en un susurro.

Avanzó hacia ella, tras recobrar su figura humana, y Leea cayó en sus brazos, con una risa en sordina que casi era un sollozo. Le besó durante largo rato, a lo que él no se opuso, pues, a pesar de acordarse de Freda, era ardientemente consciente de la adorable hembra que tenía entre sus brazos.

Ella se dio cuenta e intentó arrastrarle a un diván.

—Skafloc —susurró—. Amor mío. Él se dominó.

—No tengo tiempo —dijo, con rudeza—. He venido a por la espada rota que los Ases me regalaron cuando se me dio el nombre.

—Estás cansado —las manos de Leea siguieron las ásperas líneas de su rostro—. Has pasado frío y hambre, y has estado a punto de perder la vida. Déjame que te cure y te conforte. Tengo una habitación secreta...

—No tengo tiempo, no tengo tiempo —refunfuñó—. Freda me espera en el mismísimo corazón del poderío troll. Llévame hasta donde se encuentra la espada.

—Freda —Leea palideció visiblemente—. Así que la joven mortal sigue contigo.

—Sí, y se ha batido por Alfheim como un valiente guerrero.

—Yo tampoco he estado mal —dijo Leea, dando a su antiguo humor, cargado de malicia, un toque de melancolía—. Valgard ha matado a Grum, el Conde de los Trolls, y sólo por mi amor. Es fuerte, pero le tengo encadenado —se acerco a él—. Es mejor que un troll, es casi como tú..., pero no del todo, Skafloc, y ya estoy cansada de fingir que sí lo es.

—¡Vamos, deprisa! —exclamó Skafloc, tomándola de los hombros y zarandeándola suavemente—. Si me encuentran aquí podría ser el fin de Alfheim. A cada momento que pasa, disminuye mi suerte.

Ella permaneció en silencio durante un instante. Finalmente, echó una mirada afuera, por el cristal de la amplia ventana, hacia un mundo en donde las nubes acababan de engullir la luna, una tierra silenciosa y helada en la tiniebla que Precede a la aurora.

—Sí —dijo—. Tienes razón, por supuesto. Nada mejor, ni mas natural, que apresurarte a volver con tu amor..., con Freda.

De repente se volvió hacia él, presa de una hilaridad silenciosa.

—¿Quieres saber quién fue tu padre, Skafloc? ¿Debo decirte quién eres en realidad?

Él le tapó la boca con la mano, anulado por sus antiguos miedos.

—¡No! ¡Ya conoces la advertencia de Tyr!

—Sella entonces mis labios —dijo—, con un beso.

—¡No puedo esperar más...! —obedeció—. ¿Podemos irnos ya?

—Ese beso era frío —murmuró, desolada—, tan frío como el deber. Bueno, sigamos nuestro camino. Pero estás desnudo y desarmado. Ya que no puedes llevar encima nada de hierro, dado que estás cambiando de piel todo el tiempo, ponte, al menos, algunas ropas —y abrió un baúl—. Aquí hay túnicas, pantalones, calzado, mantos, y todo lo que puede servirte.

Skafloc revolvió entre las ropas con rapidez febril. Estaban guarnecidas con ricas pieles, y debían haber sido confeccionadas a partir de las de Imric para que Valgard las usase, porque le quedaban como si fuesen suyas. Metió una espada corta en el cinto. Leea ocultó su propia desnudez con una capa de color rojo fuego, y después le condujo hacia otra escalera.

Bajaron más y más. El lugar era gélido y silencioso, pero el silencio que reinaba en él parecía a punto de romperse. En una ocasión, pasaron junto a uno de los trolls de la guardia. Skafloc sintió que se le erizaba el cabello y llevó su mano al arma que llevaba a la cintura. Pero el guardia sólo inclinó la cabeza, tomándole por su doble. En su vida de proscrito, Skafloc se había dejado crecer la barba, que, aunque completa, llevaba arreglada, como Valgard.

Llegaron a las mazmorras, donde sólo unas pocas antorchas muy espaciadas entre sí iluminaban la húmeda penumbra. Los pasos de Skafloc resonaban en los corredores, llenos de sombras que parecían casi sólidas. Leea le guió, sin hablar.

Finalmente, se encontraron en un lugar donde la piedra mostraba una leve capa de cemento, encima de la cual se habían garabateado varias runas. Al lado había una puerta cerrada, hacia la que señaló Leea.

—En esta celda, Imric mantuvo encerrada a la madre de Valgard —explicó—. Ahora se encuentra en ella, colgado de los pulgares, encima de un fuego que nunca muere. Con mucha frecuencia se convierte en la diversión preferida de Valgard, quien acude aquí cuando está borracho, para azotarle hasta hacerle perder el sentido.

Los nudillos de la mano de Skafloc, que este había cerrado violentamente sobre la empuñadura de su espada, se habían vuelto blancos. Sin embargo, no podía dejar de preguntarse si aquello sería realmente peor que la suerte que Imric había hecho correr a la hembra de troll y a mucha otra gente. ¿No tendría razón Freda —y también el Cristo blanco de quien le había hablado en alguna ocasión— cuando decía que las injusticias sólo generan mayores injusticias y que todo se termina con el Ragnarók; que había venido un tiempo en donde el orgullo y la venganza habrían de quedar a un lado, para dejar paso al amor y al perdón, que, a pesar de no hallarse fuera de la esfera del hombre, son las cosas más difíciles de acometer por él?

Sin embargo, si bien era cierto que Imric le había adoptado y Alfheim era su patria, ¿cuál era la razón de que no debiese conocer el origen de su nacimiento entre los hombres...? Furioso, hundió la punta de su espada en la pared.

Hasta ellos llegó un leve rumor, de voces que gritaban y de pies que corrían.

—Una alarma —dijo Leea, en voz baja.

—Han debido de encontrar al guardia que he matado —Skafloc hizo más fuerza con su espada. Poco a poco, el cemento fue cediendo.

—¿Te vio entrar alguien? —preguntó Leea.

—Han podido verme en forma de águila —la hoja se rompió con un chasquido. Skafloc masculló una maldición y siguió forcejeando con lo que le quedaba de espada.

—Si Valgard oye lo del águila será lo bastante astuto para suponer que su guardia no ha muerto en una reyerta. Si envía gente a registrar el castillo, y nos encuentran... ¡Démonos prisa!

El ruido que procedía de arriba sonaba cada vez más fuerte, aunque no tanto como el roce del metal de su improvisado utensilio contra la piedra, o el agua cayendo desde tiempo inmemorial en las mazmorras.

Skafloc introdujo la hoja rota en un resquicio e hizo palanca con ella. Una, dos, tres veces, hasta que la piedra cayó al suelo.

Había llegado al nicho. Sus manos se estremecieron cuando sacó la espada.

La tierra húmeda se había adherido a los dos fragmentos de la gran hoja. Era de dos filos, y tan enorme y pesada que sólo el más fuerte de los hombres podría empuñarla. A pesar de llevar sepultada tanto tiempo, no se había oxidado, y sus filos aún eran tan cortantes como los de una navaja. Guarda, empuñadura y pomo relucían como el oro, viniendo a ser, respectivamente, la cola, el cuerpo y la cabeza de un dragón enroscado; los resplandecientes remaches eran como un tesoro que guardase con su cuerpo. A lo largo de su oscura hoja había grabadas unas runas que Skafloc no pudo descifrar. Y tuvo la impresión de que las más poderosas debían encontrarse escondidas en la punta.

—El arma de los dioses —dijo, mientras la empuñaba, sobrecogido—. La esperanza de Alfheim...

—¿Esperanza? —Leea retrocedió, levantando las manos como si fuera a impedir que algo o alguien se le acercara—. ¡Lo dudo! Y ahora que está en nuestras manos, lo dudo cada vez más.

—¿A qué te refieres?

—¿Es que no lo sientes? —dijo Leea—. ¿No notas el poder y la avidez que se alojan en ese acero, contenidos por esas runas desconocidas? Quizá la espada provenga de los dioses, pero no es de ellos. Hay en ella una maldición, Skafloc. Y traerá desventura a todo el que la toque.

Leea comenzó a temblar de un frío que nada tenía que ver con el que hacía en las mazmorras. Luego dijo:

—Creo... Skafloc, creo que sería mejor que emparedases de nuevo la espada.

—¿Qué otra esperanza nos queda? —envolvió los dos fragmentos en su manto y se puso el paquete bajo el brazo—. Debemos irnos.

A regañadientes, Leea le condujo a una escalera.

—Habrá que disimular —dijo—, ya que no podremos evitar que nos vean. Déjame a mí hablar por los dos.

—No, sería peligroso para ti, a no ser que vinieras conmigo.

Ella se volvió, rápidamente, con el rostro encendido.

—¿Te preocupa mi suerte?

—Por supuesto, lo mismo que la de Alfheim.

—¿Y... Freda?

—Ella me preocupa más que todo el mundo, dioses, hombres y Faerie incluidos. La amo.

Leea volvió a mirar hacia delante. Su voz sonó apagada cuando dijo:

—Conseguiré salvarme. Siempre me queda el recurso de decirle a Valgard que me obligaste o que me engañaste.

Llegaron a la salida. Había una gran confusión de guardias, yendo y viniendo, entre gritos.

—¡Deteneos! —exclamó un troll nada más verlos. El rostro de Leea llameó con el resplandor de un fuego perdido entre los hielos.

—¿Quieres detener al Conde? —preguntó.

—Perdón... perdóname, señor —balbució el troll—. Es que... como te he visto hace sólo un momento, señor...

Salieron al patio. Cada uno de los nervios de Skafloc le decía que emprendiese la huida, cada músculo estaba contraído a la espera del grito que querría decir que debía salir corriendo. ¡Corre, corre! Temblaba por el esfuerzo de tener que caminar con naturalidad.

Fuera había pocos trolls: por Oriente asomaban ya las primeras claridades de la odiosa aurora. Hacía mucho frío. Leea se detuvo en la puerta oeste e hizo señas de que la abrieran. Miró a los ojos de Skafloc, con expresión distante y fría.

—A partir de aquí deberás seguir solo —dijo, arrastrando las palabras—. ¿Sabes lo que tienes que hacer?

—Más o menos —respondió—. Debo encontrar al gigante Bolverk y hacer que forje de nuevo la espada para mí.

—Bolverk..., «el que hace el mal»... Su propio nombre ya es en sí signo de mal agüero. He comenzado a intuir el carácter de esa espada y la razón por la que ningún enano se atrevería a forjarla otra vez —Leea asintió con la cabeza—. Sé lo que piensas cuando aprietas de esa manera los dientes, Skafloc. Ni todas las huestes del infierno podrán detenerte..., sólo la muerte, o la pérdida de tu voluntad de combatir. ¿Pero qué tiene que ver tu querida Freda en todo esto? —sus últimas palabras estaban cargadas de sarcasmo.

—Ella vendrá conmigo, aunque intentaré persuadirla de la conveniencia de quedarse al margen —Skafloc sonrió, orgulloso y enamorado. La débil luz de la aurora dio a su cabello un toque de oro helado—. Nada nos separara!.

———No-o-o. Pero, en lo de encontrar al gigante, ¿quién te mostrará el camino?

El rostro de Skafloc palideció.

—No resultará agradable —dijo—, pero puedo evocar a un muerto. Los muertos saben muchas cosas, e Imric me enseñó los ensalmos que los obligan a hablar.

—Es una acción desesperada, pues a los muertos no les gusta que se los despierte de su sueño atemporal, y toman venganza por ello. ¿Te mantendrás incólume frente a un espectro?

—Lo intentaré. Creo que mi magia es lo bailante fuerte para protegerme de él.

—Quizá no deba protegerte sólo a ti, pero... —Leea hizo una pausa cargada de astucia antes de proseguir—. Quizá su venganza no fuera tan terrible si alguien mediase por ti..., digamos..., Freda.

E hizo una pausa, en espera de que la sangre le afluyera por las mejillas y los labios. También ella se había quedado un poco pálida.

—¿Tanto te preocupa esa muchacha? —añadió en un susurro.

—Sí. Mucho —dijo, con voz ronca—. Tienes razón, Leea. No puedo arriesgarme. Creo que preferiría la caída de Alfheim a que... que...

—¡No, aguarda! Te iba a indicar un plan. Pero antes tengo que preguntarte una cosa.

—¡Deprisa, Leea, deprisa!

—Sólo una cosa. Si Freda te abandonase... No, no me interrumpas para decirme que jamás lo hará, simplemente es una suposición... Si ella te dejase, ¿qué harías entonces?

—No lo sé. No puedo ni imaginármelo.

—Quizá... ¿Ganar la guerra y regresar aquí? ¿Volver a ser un elfo?

—Quizá. No lo sé. ¡Deprisa, Leea! Ella esbozó su sonrisa felina, mirándole con ojos soñadores:

—Sólo quería decirte esto: que en lugar de evocar a cualquier muerto, llamaras a quienes se sentirían felices de ayudarte y por quienes deseas cobrar cumplida venganza. ¿No fueron exterminados por Valgard todos los familiares de Freda? Pues entonces, ¡evócalos a ellos, Skafloc!

Durante un momento, él se quedó inmóvil. Después, dejó caer el envoltorio con la espada, levantó en vilo a Leea, tomándola entre sus brazos, y la besó con tanta fuerza que casi le corta la respiración. Tras agacharse a recoger el preciado paquete, salió por la puerta y se apresuró a alcanzar el bosques.

Leea siguió mirándole, con los dedos sobre sus labios, que aún le hormigueaban. Si tenía razón en lo de la espada, volvería a ocurrir algo que ya había sucedido antaño. Y, por aquel motivo, se echó a reír.

Valgard se enteró de que un hombre idéntico a él había sido visto en el interior del castillo. Su amante, con aspecto aturdido y tembloroso, dijo, desesperada, que alguien la había hechizado mientras dormía, por lo que era incapaz de recordar nada. Pero aquello no le importó gran cosa,

porque sobre la nieve podían verse sus huellas, y porque los sabuesos de los trolls eran capaces de rastrearlas, aunque llegasen a desaparecer.

Al atardecer, el Conde guiaba a sus jinetes en la persecución.

Mientras tanto, Freda seguía escondida en su retiro, mirando hacia Elfheugh a través de los bosques, iluminados por la desnuda y espectral luna.

Estaba helada de frío aquella noche de espera, la segunda, tanto que parecía que el frío ya había dejado de ser una sensación para convertirse en parte integrante de ella misma. Se había acurrucado entre los caballos, que siendo élficos estaban fríos y carecían del cálido calor de los animales domésticos. Curiosamente, el pensar en los caballos de Orm le había hecho recordar lo sola que se encontraba. Se sentía como si fuese la última criatura viva en un mundo formado exclusivamente de luz de luna y nieve.

No se atrevía a llorar. ¡Skafloc, Skafloc! ¿Aún sigues vivo?

Se levantó un viento que hizo que unas nubes más espesas cruzaran el cielo, de forma que la luna parecía huir de los grandes dragones negros que no dejaban de devorarla para, acto seguido, vomitarla y volver a devorarla. El viento gemía y rugía a su alrededor, desordenando sus vestidos y clavándole los dientes en la carne. ¡Uhh, uhh!, cantaba, desplegando de improviso una cortina de nieve sobre ella, blanca bajo la luna, ¡uhh, uhh, que te cojo!

¡Uhh, uhh!, sonaron, como un eco, los cuernos de los trolls. Freda se sobresaltó. El miedo se clavó en ella como un puñal. Ellos estaban cazando... y, ¿quién podía ser la presa sino...?

Al instante oyó los ladridos de sus sabuesos, más cerca, cada vez más cerca, aquellos tremendos perros negros que en vez de ojos tenían ardientes brasas. ¡Oh, Skafloc! Freda tropezó y cayó hacia delante, sin oír sus propios sollozos... ¡Skafloc!

Una tiniebla que antes no estaba se acercó a ella. Freda se aplastó contra el tronco de un árbol, mientras lo golpeaba con frenesí:

—Quítate de en medio, cosa, hazte a un lado, Skafloc me necesita. ¡Oh!

Cuando volvió la claridad, vio al extraño. Era alto, y llevaba echado por encima un manto, agitado de tal forma por el viento que parecía tener alas. Bastante entrado en años, su larga cabellera y su barba ondeaban grises, como la pelambre de un lobo, bajo aquella apresurada luz. Pero la lanza que empuñaba jamás habría podido ser esgrimida por un mortal. Aunque un sombrero de ala ancha mantuviese su rostro entre sombras, Freda llegó a distinguir el resplandor de un único ojo.

Entonces retrocedió, con la respiración entrecortada, intentando invocar al Cielo. La voz la contuvo, profunda y pausada, de la misma esencia que el viento y, sin embargo, fluyendo con la misma majestuosidad que un glaciar:

—Vengo a ayudarte y no a hacerte daño. ¿Quieres tener de nuevo a tu hombre junto a ti?

Freda cayó de rodillas, sin habla. Durante un momento, bajo la luz confusa y oscilante de la luna, fue capaz de ver más allá de la nieve que caía, más allá de millas y millas de nieve helada, hasta llegar a la colina por donde huía Skafloc. Iba desarmado, cansado y tambaleándose, con los sabuesos pisándole los talones. Sus ladridos llenaban el cielo.

La visión se desvaneció. Miró a la forma nocturna que se inclinaba sobre ella.

—Tú eres Odín —susurró—, y no debo hacer pactos contigo.

—Todavía puedo salvar a tu amante... y sólo yo, porque es pagano —el único ojo del dios se clavó en ella con la fuerza de una lanza—. ¿Estás dispuesta a pagar el precio que pido?

—¿Qué quieres? —preguntó ella, jadeantes.

— ¡Decídete, los sabuesos están a punto de descuartizarlo!

—¡Lo pagaré..., te lo pagaré...! Él asintió.

—Entonces, jura por tu propia alma y por todo lo que te sea sagrado que, cuando vuelva para reclamarlo, me darás lo que tienes detrás de tu ceñidor.

—¡Lo juro! —exclamó. Las lágrimas la cegaban, eran lágrimas de libertad. Odín no había resultado ser tan despiadado como decían, si se limitaba a pedirle a cambio, como algo simbólico, la droga que Skafloc le había entregado—. Lo juro, señor, y que tierra y cielo tengan piedad de mí si no cumplo mi juramento.

—Con eso me doy por satisfecho —dijo—. Ahora los trolls siguen una pista falsa y Skafloc se dirige hacia aquí. ¡Mujer, recuerda tu palabra!

La oscuridad volvió, mientras una nube escondía la luna. Cuando pasó, el Vagabundo ya se había ido.

Freda casi ni se enteró, pues agarraba con fuerza a Skafloc, quien, sin creer aún que había sido arrancado de las fauces de los sabuesos de los trolls y llevado a salvo al lado de su amada, tenía la suficiente lucidez para responder a sus besos.

## CAPITULO 20

**S**ólo descansaron dos días en la gruta antes de que Skafloc se empeñase en emprender el viaje.

Freda no lloró, pero sentía que la angustia de las lágrimas no derramadas se agolpaba en su garganta.

—Tú piensas que para nosotros va a surgir un nuevo día —dijo en un determinado momento—. Pero yo te digo que se trata de la noche.

El la miró sin comprender lo que decía.

—¿A qué te refieres?

—La espada esta llena de maldad. Vamos a hacer algo equivocado: de ello no resultará nada bueno.

Skafloc le puso las manos en los hombros.

—Comprendo que no quieras que tus parientes recorran ese camino tan terrible —dijo—. Es algo que tampoco me agrada; pero, ¿quiénes, de entre tanto muerto, podrían ayudarnos, sin hacernos ningún mal? Quédate aquí, Freda, si piensas que no podrás soportarlo.

—No... no, estaré a tu lado hasta en el Infierno. No temo a mis parientes. Vivos o muertos, entre nosotros hay amor; y ahora también a ti te toca algo de él —Freda bajó la mirada y se mordió los labios hasta que le dejaron de temblar—. Si esta idea se nos hubiera ocurrido a uno de los dos, no me habría dado tan malos presentimientos, porque creo que cuando Leea te la propuso no lo hizo de buena fe.

—¿Por qué iba a querer hacernos daño?

Freda movió negativamente la cabeza y no contestó. Skafloc dijo, con voz pausada:

—Debo confesar que no me agrada del todo tu encuentro con Odín. No tiene por costumbre cobrar precios tan bajos. Pero lo que realmente persigue es algo que se me escapa.

—Y la espada... Skafloc, si los trozos de esa espada rota llegan a unirse de nuevo, se desatará sobre el mundo un poder terrible, que traerá interminables sufrimientos.

—Para los trolls —Skafloc se puso en pie hasta que sus cabellos rubios tocaron el techo lleno de humo de la caverna. Sus ojos relampaguearon en la penumbra, con tonos azulados—. No hay otro camino que el que vamos a tomar, por arduo que nos parezca. Y no olvides que ningún hombre sobrevive a su destino; así que mejor será enfrentarse a él cara a cara.

—Y hombro con hombro, como haremos nosotros —añadió Freda, apoyando su cabeza rematada en broncínea cabellera sobre su pecho, mientras las lágrimas le fluían copiosamente—. Sólo te pido una cosa, cariño mío.

—¿Qué quieres pedirme?



Librodot

—Que no salgamos esta noche. Esperemos un día más, uno sólo, y entonces nos iremos —y le clavó los dedos en los músculos de los brazos—. No más tarde, Skafloc.

Él asintió, a regañadientes.

—¿Por qué?

Ella no quiso decírselo, y tras el amor que siguió a todo aquello él no se acordó de preguntárselo de nuevo. Pero Freda no lo olvidó. Y cuando le tenía más estrechamente abrazado contra su pecho y sentía latir su corazón contra el suyo, lo recordaba, y eso daba a sus besos un ansia terrible.

Y de una manera que no pudo explicar, supo que aquella había sido su última noche.

El sol salió, brilló débilmente a mediodía y se hundió detrás de las pesadas nubes de tormenta que llegaban del mar.

Un viento, tan cortante como los dientes de un lobo, aullaba sobre las olas que se lanzaban con ruidosa muerte hacia los acantilados. Poco después del anochecer pudo escucharse, durante un instante, el lejano sonido de cascos de caballos galopando por el cielo, más veloces que el viento, y el sonido de relinchos y ladridos. Incluso Skafloc sintió escalofríos. Era la Caza Salvaje.

Él y Freda montaron en sus cabalgaduras élficas, llevando sus enseres en las otras dos, ya que no pensaban regresar a la cueva. Skafloc llevaba atada a la espalda la espada rota, envuelta en una piel de lobo. Su hoja de aleación élfica descansaba en su vaina, a su costado; en la mano izquierda llevaba una lanza y, lo mismo que la amazona que le acompañaba, completaba su atuendo con yelmo y loriga, cubierta esta última con pieles.

Mientras se alejaban al trote, Freda se volvió para mirar la entrada de la cueva. A pesar de parecer fría y lóbrega, les había dado la felicidad. Apartó la mirada y miró decidida hacia delante.

—¡Al galope! —exclamó Skafloc, y los caballos élficos obedecieron su orden.

El viento se arremolinaba a su alrededor, mordiéndolos en la carne. Saltaban las aguas, la nevisca y la espuma formando cortinas que los fustigaban, blancas bajo la huidiza y convulsa luna. Él mar rugía dirigiéndose hacia la tierra, desde un horizonte embravecido, rompiéndose en los acantilados y en la playa. Cuando las olas retrocedían, ribeteadas de espuma, el cascabeleo de las piedras sugería los movimientos agitados y gemebundos de algún monstruo aprisionado en el hielo. La noche era tempestad, nevisca y olas violentas, un estruendo que llegaba hasta las laceradas y móviles nubes. La luna fue subiendo por el cielo y, si bien en un principio fue al paso, acabó galopando sobre los acantilados.

¡Deprisa, deprisa, no aflojéis el paso, oh, vosotros, los mejores de entre todos los caballos, galopad raudos hacia el Sur, siguiendo la costa, partid el hielo con vuestros cascos, haced saltar chispas de las rocas, galopad, galopad! ¡Cabalgad con el aire zumbando en vuestros oídos y su hielo entrando en vuestros pulmones, cabalgad a través de una blanca cortina de sibilante nevisca, a través de las tinieblas y de las tierras de los hombres! ¡Deprisa, cabalgad deprisa, hacia el Sur, para saludar al muerto que yace en su tumba!

Un cuerno de los trolls dio la alarma cuando pasaron por el puerto de Elfheugh. Skafloc y Freda, a pesar de su Vista Encantada, no fueron capaces de divisar el castillo, pero en cambio comenzaron a oír ruido de cascos de cabalgaduras detrás de ellos. Aquel estruendo se debilitó al poco tiempo, ya que los trolls no podían ir tan deprisa, ni querían seguir a su presa al lugar adonde se dirigía aquella noche.

¡Deprisa, deprisa, a través de los bosques, donde el viento silba entre las ramas cargadas de hielo, esquivando los árboles que clavan como garras sus ramas desnudas..., a través de estanques helados, subiendo a las oscuras crestas de las colinas, bajando hasta las llanuras y cruzando campos yermos...! ¡Galopad, galopad!

Freda comenzó a reconocer el camino. El viento aún estaba cargado de nevisca, pero las nubes eran más delgadas, y la gibosa luna esparcía su luz por campos de labranza y prados rodeados de nieve. Ya había estado allí antes. Recordaba el río y el prado oscuro, donde había ido a cazar con Ketil, cuando ella y Asmund habían estado pescando un caluroso día de verano, y también aquel prado donde Asgerd había entrelazado coronas de margaritas para ella... ¿hacía cuánto tiempo?

Las lágrimas se le congelaron en las mejillas. Sintió que Skafloc se acercaba para tocarle en el brazo y la sonrisa regresó a su ensombrecido rostro. Su corazón casi no podía soportar el volver a aquellos lugares, pero él se encontraba a su lado, y cuando los dos estaban juntos no había nada que no pudiesen afrontar.

Lentamente, montados en sus jadeantes y vacilantes corceles, que bajo su orden habían aflojado su avance, sin decir una palabra, pero cabalgando cogidos de la mano, llegaron adonde había estado la mansión de Orm. Vieron grandes montones de nieve, acumulada por el viento, blancos a la luz de la luna, de los que sobresalían vigas carbonizadas. A lo lejos, en uno de los extremos de la bahía, se levantaba el túmulo.

Un fuego ardía sobre él, crepitando y llameando con tonos blancoazulados... sin calor, sin alegría, pero llegando bastante alto en la tiniebla. Freda se santiguó, tiritando. Así habían ardido antaño, en el ocaso, los fuegos sepulcrales de los antiguos héroes paganos. Seguramente a aquel pagano errante le habría gustado aquello: no podía ser tierra consagrada si en ella reposaba Orm. Pero, por muy lejos que se encontrase en las innombrables tierras de la muerte, seguía siendo su padre.

No podía sentir miedo del hombre que la había llevado a caballito en sus rodillas y que le había cantado canciones que casi tiran abajo la casa. Pero no podía dejar de temblar.

Skafloc desmontó. Tenía las ropas pegadas al cuerpo por el sudor. Jamás había utilizado anteriormente la magia que debería poner en práctica aquella noches.

Avanzó... y se detuvo de repente, con el aliento escapándosele entre los dientes mientras desenvainaba su espada. Negra bajo la luz de la luna y del fuego, una forma estaba sentada, inmóvil, como si fuese una lápida hincada sobre el túmulo, bajo las ululantes llamas. Si tenía que luchar contra un...

Freda gimió, y dijo, con la voz de una niña que se hubiera perdido:

—¡Madre!

Skafloc la tomó de la mano, y juntos escalaron el túmulo.

La mujer que estaba sentada, sin preocuparse del fuego, podría haber sido Freda, se dijo Skafloc, desconcertado. Tenía los mismos rasgos desenvueltos, los mismos ojos grises, muy separados, el mismo cabello castaño de reflejos rojizos. Pero no, no..., era mayor que ella. Carcomida por la pena, sus mejillas estaban hundidas, sus ojos miraban fijamente al mar, pero sin verlo, sus cabellos se agitaban, desordenados, en el vendaval. Encima de sus andrajos llevaba un pesado manto de piel, que cubría su triste figura.

Cuando los recién llegados se acercaron al fuego, ella volvió lentamente la cabeza y estudió detenidamente a Skafloc.

—Has regresado. Bienvenido, Valgard —dijo con voz opaca—. Aquí estoy. Ya no puedes hacerme daño. Sólo puedes darme muerte, que es lo que más deseo.

—Madre —Freda cayó de rodillas delante de la mujer. Aelfrida la miró fijamente.

—No comprendo —dijo, al cabo de un tiempo—. Te pareces a mi pequeña Freda... pero ella está muerta. Valgard te llevó con él, y no puedes haber seguido con vida mucho tiempo —asintió con la cabeza, sonrió, y echó los brazos hacia delante—. Ha sido bueno que abandonaras la tranquilidad de tu tumba y vinieras a verme. He estado tan sola... Ven, mi querida niña muerta, ven a mis brazos y te cantaré hasta que te duermas, como hacía cuando eras pequeñita.

—Estoy viva, madre, estoy viva... como tú... —Freda dejó de llorar y comenzó a toser, estando a punto de ahogarse—. Mira, toca, estoy caliente, estoy viva. Y este no es Valgard, es Skafloc y me ha salvado de él. Es Skafloc, mi dueño, un nuevo hijo para ti...

Con extrema dificultad, Aelfrida se puso en pie y se apoyó pesadamente en el brazo de su hija.

—He esperado —dijo—, he esperado aquí todo el tiempo, por eso pensaron que estaba loca. Me traen comida y todo lo que necesito, pero no se quedan, porque tienen miedo de la loca que no quiere abandonar a sus muertos —rió tranquilamente, muy tranquilamente—. ¿Acaso es esto locura? Los que abandonan a sus seres queridos... ¡esos sí que están locos!

Y siguió escrutando el rostro de Skafloc.



Librodot

—Eres igualito que Valgard —dijo, en el mismo tono—. Tienes la misma estatura que Orm, y tu prestancia debe repartirse entre la suya y la mía, a partes iguales. Pero tus ojos son más gentiles que los de Valgard —de nuevo se rió con aquella risa tan tierna—. ¿Y por qué tenían que decir que estaba loca? ¡Esperaba, eso era todo, esperaba, y ahora, saliendo de la noche y de la muerte, dos de mis hijos han regresado a mi lado.

—Podemos hacer que veas a los demás antes de que se haga de día —dijo Skafloc, mientras ayudaba a Freda a bajar a su madre del túmulo.

—Madre está viva —murmuró la joven—. Pensaba que también había muerto, pero estaba viva, aquí, sentada en el frío del invierno, desamparada. ¿Qué he hecho?

Se echó a llorar y Aelfrida la consoló.

Skafloc no se atrevió a esperar más. Hincó varias varas, grabadas con caracteres rúnicos, una por cada punto cardinal, se colocó en el pulgar de la mano izquierda el anillo de bronce que tenía engastada una piedra de pedernal, y se situó en la parte de la tumba que daba al oeste, levantando los brazos hacia el cielo. Del otro lado llegaba el rugido del mar. La luna seguía corriendo entre las deshilachadas nubes. La nevisca seguía cayendo, arrastrada por el viento. Skafloc comenzó a recitar su conjuro. Sentía calambres por todo el cuerpo y la garganta totalmente seca. Zarandeado por el poder que brotaba de todo su ser, trazó los signos con sus manos levantadas.

El fuego rugió y se elevó. El viento maulló como un gato salvaje y las nubes devoraron la luna. Skafloc declamó estas palabras:

¡Despertad, oh, conductores
de hombres, guerreros caídos!
Yo, Skafloc, os evoco,
y os despierto con mi canto.
Os conjuro a regresar
por el infernal camino.
¡Oh, muertos, ligados por las runas,
levantaos y contestadme!

El túmulo se agitó. La helada llama que lo coronaba fue haciéndose cada vez más alta. Y Skafloc prosiguió con su conjuro:

¡Abrase, pues, este túmulo!
¡Salgan fuera de él los muertos!
Que los héroes que cayeron
a esta tierra, ahora, se acerquen.
Acudid, mas no olvidéis
las espadas enmohecidas,
los escudos destrozados,
y las lanzas empapadas.

Tras aquellas últimas palabras, el túmulo se abrió, con un resplandor de fuego, y Orm y sus hijos aparecieron por su boca. El jefe gritó, airado:

¿Quién se atreve a sacudir
el túmulo, y a exigirme
que regrese de la muerte
con runas y encantamientos?
¡Huye, más bien, de la cólera
del muerto, oh, tú, extranjero!
Y permite que los muertos
descansen en sus tinieblas.

Orm se apoyaba en su lanza, que aún llevaba clavada. Se le veía exangüe y cubierto de escarcha. Sus ojos resplandecían, ciegos, entre las llamas que crepitaban y giraban a su alrededor. A su derecha se hallaba Ketil, rígido y pálido, con una raya negra en la cabeza resaltando entre sus cabellos. A su izquierda estaba Asmund, envuelto por las sombras, cubriendo con sus brazos la herida de lanza de su pecho. Detrás de ellos, Skafloc podía ver, aunque vagamente, el navío funerario y la tripulación que se movía dentro de él, despierta de su sueño.

Expulsó de su mente el terror que le producía lo que acababa de surgir de la tumba y dijo:

Ningún miedo podrá hacerme
olvidar mis intenciones.
Estas runas os obligan.
¡Levantaos y contestadme!
¡Que las ratas se decidan
a anidar en vuestros cuerpos
si no me decís al punto
lo que voy a preguntaros!

La voz de Orm sonó lejana y extraña, como si el viento hablase por ella:

Hondo y sin ensueños, brujo,
es el sueño de la muerte.
Los muertos, al despertar,
se sienten enfurecidos.
Los fantasmas siempre cumplen
las más terribles venganzas
cuando sus tristes despojos
alguien saca de sus tumbas.

Freda dio un paso hacia delante,.

—¡Padre! —exclamó—. ¡Padre! ¿No reconoces a tu hija?

Los ojos vacíos de Orm llamearon al mirarla, y la cólera que ardía en ellos se extinguió. Asintió con la cabeza y permaneció inmóvil en el fuego que silbaba y giraba. Entonces le tocó hablar a Ketil:

De verte estamos contentos,
mujer de cabellos de oro.
¡Doncella como el sol, fúlgida,
hermana, sé bienvenida!
Gélidos y cenicientos
están nuestros pechos hueros,
tan fríos como la tumban.
¡Acércate a calentarnos!

Freda se acercó lentamente a Orm. Padre e hija se miraron en la luz fría e inquieta de aquel fuego. Ella cogió sus manos; estaban frías, como la tierra de la que habían salido. Y Orm dijo:

¡Si en la muerte no había sueños,
mil terrores sí que había!
Y tus lágrimas, querida,
mi corazón desgarraban.
Mil víboras derramaban
sobre mí sus mil venenos,
cuando en la muerte te oía



Librodot

llorar con gran desconsuelo.

Y, por tanto, yo te ordeno,
a ti, bienamada hija,
vivir siempre entre alegría,
y entre risas y canciones.
Y la muerte será, entonces,
el más caro de los sueños,
arropado en calma y paz,
y circundado de rosas.

—No tengo ánimo para hacer lo que me dices, Orm —dijo Freda; y tocó su rostro—. Tienes el cabello helado. Hay tierra en tu boca. Estás frío, Orm.

—Estoy muerto. El abismo de la tumba nos separa.

—Que no nos separe, entonces. ¡Llévame contigo, Orm! Y Orm rozó con sus labios los de Freda. Y Skafloc dijo a Ketil:

Habla sin miedo, oh, tú, muerto,
y dime cómo encontrar
la morada de Bolverk,
el gigante..., el herrero.
Dime también, oh, guerrero,
sin atreverte a mentirme,
cómo poder inducirle
a que temple bien mi acero.

Y Ketil le respondió:

Tu búsqueda es vana, oh, brujo,
pues buscas la desventura.
La peor de las desdichas
muy pronto te alcanzara.
A Bolverk olvida pronto
pues mil penas te dará.
Y abandónanos ahora
mientras la vida te dura.

Skafloc negó con la cabeza. Entonces, Ketil se apoyó en su espada y declamó:

Hacia el Norte, en Jötunheim,
cerca, muy cerca de Utgard,
mora Bolverk, el gigante,
bien dentro de la montaña.
Ve a los Sidh, que te darán
un barco para encontrarle.
Dile que Loki desea
ver ya el juego de la espada.

Asmund, que seguía ocultando su rostro entre las sombras, habló en ese momento, con voz cargada de pena:

Es amargo y muy cruel,
hermano mío, hermana...



Librodot

el destino que las Nornas
al nacer os asignaron.
Los muertos que despertasteis
mucho habrían agradecido
que omitieseis el conjuro
que desata la verdad.

El horror atenazó a Freda. No podía hablar. Se acercó, casi arrastrándose, a Skafloc, y juntos se quedaron mirando fijamente a los cansados y sabios ojos de Asmund, quien, pausadamente, mientras las llamas danzaban, blancas, alrededor de su negra figura, dijo:

La ley de los hombres vivos
es válida entre los muertos.
En verdad es cosa ardua
decidirse a respetarla.
Por ello pronunciaré
las palabras más amargas.
Has de saber, Skafloc,
que Freda es tu propia hermana.

Hermano, sé bienvenido,
oh, tú, guerrero valiente.
Y aunque del todo inconsciente
siempre fuiste tú, hermana,
con vuestro amor, más que puro,
el parentesco quebrasteis.
¡Adiós, mis queridos niños,
a la pena condenados!

El túmulo se cerró con un ruido que parecía como si fuera a desmoronarse. Las llamas se hicieron más pequeñas y la luna volvió a arrojar su débil resplandor.

Freda se apartó de Skafloc, lo mismo que si se hubiera convertido en un troll. Él fue en su busca tropezando como un ciego. Un sollozo sin lágrimas se ahogó en su garganta. Ella se volvió y echó a correr.

—Madre —sollozaba—. Madre.

Pero el túmulo aparecía solitario bajo la luna.

Ningún hombre volvió a ver nunca más a Aelfrida.

El día comenzaba a despuntar sobre el mar. El cielo estaba encapotado y opresivo, con nubes que parecían colgar, heladas, sobre un paisaje blanco y desolado. Unos cuantos copos de nieve eran impulsados por el viento.

Freda estaba sentada encima del túmulo y miraba a lo lejos. No lloraba. Se preguntaba si no se le habrían secado los ojos.

Skafloc acababa de dejar los caballos a cubierto. Se acomodó a su lado. Su voz y la expresión de su rostro eran tan plomizos como el amanecer.

—Te amo, Freda.

Ella no le contestó. El dejó pasar cierto tiempo y añadió:

—No puedo por menos de amarte. ¿Qué importa que el azar hiciera que tuviésemos la misma sangre? Nada. Sé de pueblos, de gente humana, que acostumbraban a hacer este tipo de matrimonios. Freda, ven conmigo, y olvida esa maldita ley...

—Es la ley de Dios —dijo ella, en el mismo tono de derrota que él había usado—. Y no puedo quebrantarla conscientemente. Mis pecados ya son demasiado graves.



Librodot

—Y yo digo que si un dios se interpone entre dos que se han amado como nosotros, no estoy dispuesto a escucharlo. Si se atreve a acercárseme, le enviaré de vuelta a su casa dando aullidos.

—¡Claro... como que eres un pagano! —dijo Freda, colérica—. ¡Y como ellos te comportas, ahijado de los elfos sin alma, que te atreves a traer a los mismísimos muertos de sus tumbas, sin importarte las angustias que ello pueda ocasionarles! —un leve color apareció en sus mejillas—. ¡Pues vuelve con tus elfos! ¡Vuelve con Leea!

Skafloc se levantó al mismo tiempo que ella. Intentó cogerla de las manos, pero Freda se liberó de un tirón. Él dejó caer los brazos.

—¿No tengo esperanzas? —preguntó.

—Ninguna —e hizo intenciones de irse—. Buscaré una casa por las cercanías. Quizá consiga expiar lo que he hecho —de repente, se encaró con él—. ¡Ven conmigo, Skafloc! ¡Ven, olvida tu paganismo, bautízate y haz las paces con Dios!

El negó con la cabeza.

—No con ese dios.

—Pero... yo te quiero, Skafloc, te quiero demasiado para desear que tu alma vaya a parar a otro lugar que no sea el Cielo.

—Si me amas —dijo él, con voz muy baja—, quédate conmigo. No te tocaré... sino como hermano. Pero quédate conmigo.

—No —dijo Freda—. Adiós. Y se fue..

Él la siguió. La nieve crujió bajo los pies de ambos. Cuando la adelantó y se volvió para mirarla, ella vio que contraía los labios, como si un cuchillo le estuviese desgarrando las entrañas.

—¿Ni siquiera me darás un beso de despedida, Freda? —preguntó.

—No —casi no se la oía, y ella apartó su mirada de él—. No me atrevo.

Y salió corriendo.

Skafloc la miró mientras se iba. La luz arrancaba resplandores cobrizos de su cabello, el único color en aquel mundo gris y blanco. Rodeó un grupo de árboles y desapareció. Skafloc se encaminó lentamente en la dirección opuesta, alejándose de la granja vacía.

## CAPITULO 21

**E**n los días que siguieron, el largo y cruel invierno comenzó a decaer. Y una tarde, hacia el ocaso, Gulban Glas Mac Grici, que estaba en la cima de una colina, captó en el viento del Sur el primer hálito de la primavera, inusual, por lo débil.

Se apoyo en su lanza y, aún en el crepúsculo, miró a través de la nieve que bajaba hasta el mar. La tiniebla y las estrellas salían por Oriente, que era la dirección por donde llegaba una barca de pescadores. Era una simple embarcación hecha por hombres, comprada o robada a algún inglés, y el que estaba a su timón era un ser humano. Pero de él emanaba algo extraño, que venía a unirse al hecho de que sus ropajes, mojados de agua de mar, fuesen de factura élfica.

Encalló en la playa y arrastró su embarcación hasta la arena seca. Entonces Gulban le reconoció. Los Sídh irlandeses se mantenían apartados del resto de la gente de Faerie, pero ello no les había impedido relacionarse en el pasado con los de Almeim. Gulban recordaba a Skafloc como un joven alegre que vivía con Imric; por eso le había costado trabajo reconocerle en el hombre que acababa de llegar, más delgado y torvo de lo que cabía achacar al infortunio de su pueblo.

Skafloc se encaminó a la colina donde estaba el altísimo jefe guerrero, cuya figura negra se recortaba sobre un cielo entre rojo y azul verdoso. Al acercarse, reconoció a Gulban Glas, uno de los Cinco Guardianes del Ulster, y le saludó.

El jefe le devolvió el saludo con la misma gravedad que la que él empleara, inclinando la cabeza cubierta con un yelmo dorado, hasta que los largos y oscuros cabellos ocultaron sus pómulos. Pero, curiosamente, no fue capaz de reprimir un respingo cuando notó la maldad que yacía dormida en el envoltorio de piel de lobo que Skafloc llevaba a la espalda.

—Me dijeron que te esperase —explicó. Skafloc le miró, levemente sorprendido.

—¿Tan lejos llegan los oídos de los Sídh? —preguntó.

—No —dijo Gulban—, pero saben cuándo va a ocurrir algo portentoso. ..¿ya qué otra cosa podría referirse, en estos tiempos, que no fuese a la guerra que enfrenta elfos y trolls? Así pues, supusimos que vendría a vernos un elfo, trayendo extrañas nuevas, y supongo que ese debes de ser tú.

—¡El elfo... sí! —afirmó Skafloc, casi con brusquedad. Su rostro estaba surcado de profundas arrugas y tenía los ojos inyectados en sangre; lo descuidado de su indumentaria era impensable en alguien de Alfheim, por muy desesperados que corrieran los tiempos.

—Acompáñame —le instó Gulban—. Lugg Brazo Largo debe pensar que el asunto es importante, pues ha convocado a Consejo a todos los Tuatha Dé Danann, así como a los señores de otras tribus de los Sídh, en la Cueva de Cruachan. Pero estás cansado y hambriento. Antes iremos a mi casa.

—No —dijo Skafloc, con una brusquedad igualmente ajena a los elfos—. Esto no puede esperar. Sólo quiero el descanso y los alimentos imprescindibles para reponerme. Llévame al Consejo.

El jefe guerrero se encogió de hombros y prosiguió su camino, con su manto azul como la noche ondeando en el viento. Dio un silbido, y dos de los excelentes caballos de ligeros cascos de los Sídh se acercaron galopando. Al olfatear a Skafloc, relincharon y se espantaron.

—No les gusta lo que llevas —dijo Gulban.

—A mí tampoco —comento, lacónico, Skafloc. Se aferró a una de aquellas sedosas crines y se montó en la silla—. ¡Y ahora, deprisa!

Los caballos emprendieron el galope, tan rápidos como los de los elfos, volando sobre colinas y valles, campos y florestas, lagos y ríos helados. En la penumbra, Skafloc vislumbró a mucha gente de los Sídh, dotada con la facultad de ver las cosas antes de que ocurran: un jinete de resplandeciente loriga, armado con una lanza de reluciente terror; un lechepraun pendenciero, a la puerta de su casa subterránea; el rostro, extrañamente apuntado, de un hombre muy delgado, envuelto en un manto, que tenía plumas grises en la cabeza en vez de cabello; una sombra furtiva; el débil sonar de gaitas en bosquecillos secretos. El aire invernal estaba tenuemente cargado de neblina, y brillaba sobre la capa de nieve. La noche iba cayendo en silencio. Las estrellas comenzaron a pestañear, tan brillantes como los ojos de Freda... ¡No! Skafloc expulsó de su mente aquellos pensamientos.

Al poco tiempo, los jinetes llegaban a la Cueva de Cruachan. Cuatro centinelas que montaban guardia fuera se tocaron la frente con la espada, a guisa de saludo, y se hicieron cargo de las retozonas cabalgaduras. Gulban condujo a Skafloc al interior.

Una luz verde mar llenaba la inmensa y áspera bóveda de la cueva. Del techo colgaban estalactitas relucientes, y los escudos de las paredes reflejaban la clara luz de las velas. Aunque no había encendido ningún fuego, allí dentro hacía calor, y podía apreciarse el tenue olor de humo de turba tan característico de Irlanda. El suelo estaba cubierto de juncos. El suave sonido que hacían sus pies al pisar encima fue el único sonido que Skafloc alcanzó a oír mientras se dirigía a la mesa del Consejo.

A los extremos se encontraban los jefes del pueblo de Lupra, pequeños, fuertes y vestidos muy toscamente: Udan Mac Audain, rey de los leprechauns, y Beg Mac Beg, su tanist; Glomhar O'Glomrach, de potente cintura y brazo poderoso; los jefes Conan Mac Rihid, Gaerku Mac Gaird, Mether Mac Mintan, y Esirt Mac Beg, vestidos con pieles y oro nativo. Con gente como aquella, un mortal podía sentirse como en su casa.

En el centro de la mesa estaban los Tuatha Dé Danann, los hijos de Danu, la Madre Tierra, llegados de la dorada Tir n'an Og para celebrar el Consejo Sagrado en la Cueva de Cruachan. Silenciosos y temibles, estaban sentados, bellísimos y espléndidos, y hasta el mismísimo aire parecía rebosar del poder que había en ellos, pues habían sido los dioses de Irlanda antes de que Patricio, el



Librodot

santo, llevase hasta allí el Crísto blanco: aunque hubiesen tenido que huir ante la Cruz, aún conservaban grandes poderes y vivían con el esplendor de los días de antaño.

Lugh Brazo Largo se sentaba en el trono, a su derecha tenía al guerrero Angus Mac Oc y a su izquierda al Rey del Mar Manannán Mac Lir. También había otros de los Tuatha Dé Danann: Echu Ollathir, también conocido como el Dagda Mor; Dove Berg, el Irascible; Cas Corrach; Mac Cuill, hijo del Avellano; Mac Cecht, hijo del Arado; Mac Gréine, hijo del Sol, y muchos otros más, de gran fama; y con ellos estaban sus esposas e hijos, y los arpistas y guerreros de su séquito. Daba gloria ver tan magna asamblea, una gloria terrible.

Pero aquello no impresionaba a Skafloc, a quien ya no importaban ni la majestad, ni la maravilla, ni el peligro. Avanzó a grandes pasos hacia ellos, la frente alta y los ojos al encuentro del oscuro fulgor de los de Lugh, mientras pronunciaba el saludo de rigor.

La profunda voz de Brazo Largo brotó de su austero rostro:

—Sé bienvenido, Skafloc de Alfheim, y bebe con los jefes de los Sídh.

Le hizo seña de sentarse en un asiento vacío a su izquierda, justo después del de Manannán y su esposa Fand. Los coperos sirvieron doradas copas del vino de Tir n'an Og, y, mientras bebían, las arpas de los bardos tocaron una melodía fascinante.

Fuerte y dulce era aquel vino; entró en Skafloc como una llama que quemara todo su cansancio, pero sólo sirvió para traerle de nuevo la tristeza.

Angus Mac Oc, el guerrero de rubios cabellos, dijo:

—¿Cómo van las cosas en Alfheim?

—Ya sabes que mal —contestó con brusquedad Skafloc—. Los elfos luchan en solitario y caen... como caerán uno tras otro todos los pueblos divididos de Faerie, que acabarán siendo devorados por la gente de Trollheim.

Las palabras de Lugh sonaron firmes e implacables:

—Los Hijos de Danu no temen a los trolls. ¿Cómo vamos a tener miedo nosotros, que derrotamos a los Fomorianos, y que después de haber sido vencidos por los Milesios nos convertimos en sus dioses? Con mucho gusto habríamos ido a luchar al lado de Alfheim...

—¡Ya lo veo! —Dove Berg golpeó en la mesa con el puño. Su cabellera parecía roja como una antorcha en la verdosa claridad de la cueva, y su grito despertó mil resonancias entre sus paredes—. ¡No ha habido contienda tan importante, ni tanta gloria que ganar en más de cien años! ¿Por que no podemos ir?

—Bien sabes la respuesta —dijo Echu Ollathir, el Padre de las Estrellas. Se envolvía en un manto que parecía una oscuridad azul, constelado de diminutos puntos luminosos, que también brillaban en su cabello y en las profundidades de su mirada. Cuando movía las manos, parecía que una minúscula lluvia de estrellas bailase en el aire—. Se trata de algo más que de una simple guerra entre dos facciones de Faerie. Es una fase de la larga disputa que opone los dioses del Norte a sus enemigos del Hielo Eterno; y resulta difícil saber con cuál de ambas facciones haya de mostrarse más cautela. No arriesgaremos nuestra libertad para convertirnos en simples piezas del ajedrez del mundo.

Skafloc se agarró a los brazos de su asiento, hasta que los nudillos se le quedaron sin sangre. Su voz tembló un poco.

—No he venido a pedir vuestra ayuda en esta guerra, aunque sería de agradecer. Sólo quiero que me prestéis un navío.

—¿Puedo preguntarte para qué? —dijo Mac Gréine. Su rostro era brillante y las llamas ondeaban sobre su resplandeciente loriga y el broche dorado, con forma de disco solar del que emergían rayos, con que sujetaba su manto.

Skafloc contó rápidamente el asunto del regalo de los Ases, y acabó diciendo:

—He conseguido llevarme la espada de Elfheugh, y gracias a la magia he descubierto que podría obtener de los Sídh un bajel con el que llegar hasta Jötunheim. Así que he venido a pedirlo —inclinó la cabeza—. Es cierto que vengo como un mendigo. Pero, si vencemos, comprobaréis que los elfos no son ingratos.

—Me gustaría ver esa espada —dijo Manannán Mac Lir.

Era alto, delgado y fuerte, de piel blanca y cabello de oro y plata, con un levísimo toque de verde. Sus ojos eran cambiantes, entre verdes, grises y azules, y su voz suave, aunque podía convertirse en un rugido. Iba ricamente vestido, y su espada corta llevaba engallados en empuñadura y vaina, oro, plata y preciadas gemas; pero sobre los hombros llevaba echado un gran manto de cuero negro que había visto demasiadas tempestades.

Skafloc abrió el envoltorio que contenía la espada, o, mejor, sus trozos, y los Sídh, que podían soportar el hierro lo mismo que la luz del día, se abalanzaron para verla. De repente, retrocedieron como un solo hombre, al sentir la ponzoña que contenía aquella hoja.

No tardaron en correr los murmullos. Lugh levantó su cabeza coronada y miró duramente a Skafloc.

—Estás en tratos con el Mal —dijo—. En esta espada duerme un demonio.

—¿Qué otra cosa os esperabais? —comentó Skafloc, encogiéndose de hombros—. Da la victoria.

—Sí, pero también la muerte. Acabará contigo si la empuñas.

—¿Así, rota? —y cerró el envoltorio.

El acero hizo ruido en el silencio en que había caído, como si las dos partes de la espada se pelearan entre sí; y había algo en aquel sonido que hizo que todos los que lo oyeron sintieran escalofríos.

—Os pido un navío —rogó Skafloc—. Os lo pido en nombre de la amistad que había entre los Sídh y los elfos, en nombre de vuestro honor de guerreros y en el nombre de vuestra misericordia, como hijos que sois de la Madre Tierra Danu. ¿Me lo dejaréis?

De nuevo se hizo el silencio, roto finalmente por Lugh.

—No resulta fácil negarte nuestra ayuda...

—¿Y por qué no le ayudamos? —exclamó Dove Berg. Su espada brilló al desenvainarla, lanzarla en el aire y recogerla al caer con la mano diestra—. ¿Por qué no reunimos las fuerzas de los Sídh y les hacemos la guerra a esos bárbaros de trolls? ¡Cuan pobre y mísera se vería Faerie si los elfos fuesen aplastados!

—¿Y cuánto tardarían los trolls en caer sobre nosotros? —preguntó Conan.

—Calma, señores —ordenó Lugh—. Entre todos debemos pensar lo que hemos de hacer —se levantó, dominando a todos con su imponente estatura—. Sin embargo —dijo—, considérate nuestro huésped, Skafloc, Ahijado de los Elfos. Te has sentado a nuestra mesa y bebido nuestro vino; bien nos acordamos de cómo antaño fuimos recibidos en Alfheim. Lo menos que podemos hacer es ofrecerte, como un pequeño don, el navío que nos pides. Pero yo soy Lugh Brazo Largo, y los Tuatha Dé Danann hacen lo que quieren sin pedir el parecer de Ases o Jótuns.

Nada más pronunciar aquellas palabras, las armas relampaguearon, las espadas golpearon de plano los escudos, y los bardos comenzaron a improvisar cantos de guerra mientras pulsaban con frenesí las cuerdas de sus arpas. Frío y sosegado en aquel tumulto, Manannán Mac Lir dijo a Skafloc:

—Te ofrezco una embarcación. No es más que un pequeño bote, pero es lo mejor de mi flota. Y como es difícil de manejar y el viaje puede resultar interesante, iré contigo.

Al oír aquello, Skafloc se alegró. Una tripulación muy numerosa no tenía por qué resultar más útil que una reducida —quizá, todo lo contrario, porque llamaría mas la atención—; y, por otra parte, el Rey del Mar sería el mejor de los marinos.

—Puedo darte las gracias con palabras —dijo—, pero preferiría hacerlo con un juramento de fraternidad. Mañana...

—No tan deprisa, impulsivo —sonrió Manannán. Sus ojos soñadores escrutaron a Skafloc con más atención de lo que parecía a simple vista—. Descansaremos un poco y haremos una fiesta. Veo que necesitas un poco de alegría; además, un viaje al País de los Gigantes no es cosa que se haga a la ligera, y menos aún sin los preparativos pertinentes.

Skafloc no pudo negarse a aquella proposición, pero en su fuero interno estaba enfurecido. No podía sentir alegría en aquellos días. Para lo único que le sirvió el vino fue para traerle a la memoria...

Sintió que alguien le tocaba suavemente en el brazo y, al volverse, se encontró con Fand, la esposa de Manannán.



Librodot

Las hembras de los Tuatha Dé Danann eran majestuosas y bellísimas, porque habían nacido diosas. Ninguna palabra podría haber descrito lo esplendorosas que eran. Y Fand la que más.

Su cabello sedoso, dorado como la luz del sol en un atardecer estival, le caía en ondas desde la corona hasta la frente. Su vestido vibraba con los colores del arco iris, sus torneados y blancos brazos resplandecían cargados de enjoyados anillos... que palidecían ante su persona.

Sus sagaces ojos violeta miraron a Skafloc o, mejor, a través de él. Su voz atemperada era música.

—¿Estabas dispuesto a viajar solo a Jötunheim?

—En efecto, mi señora —contestó Skafloc.

—Jamás humano alguno pudo ir y regresar, salvo Thjalfi y Roskva; pero porque fueron acompañando a Thor. Debes de ser demasiado valiente o demasiado temerario.

—¿Cuál es la diferencia? Tanto me da morir en Jötunheim como en otro lugar.

—Y si vives... —parecía más angustiada que espantada—. Si vives, ¿volverás con la espada y la usarás..., sabiendo que acabará causándote la muerte?

Skafloc asintió, indiferentes.

—Creo que consideras la muerte como una amiga —murmuró—. Es una amiga más bien extraña para un hombre joven.

—La única amiga fiel que hay en el mundo —dijo—. Pues siempre podemos estar seguros de que la muerte está a nuestro lado.

—Creo que estás condenado, Skafloc, Ahijado de los Elfos, y eso me da pena. Desde los tiempos de Cu Chulainn... —por un momento, sus ojos se nublaron—, nadie de tus características había vivido entre los mortales. Y me aflige ver que el niño alegre y travieso que recordaba se ha convertido en un joven sombrío e introvertido. Un dragón te roe el pecho y el sufrimiento hace que busques la muerte.

El no contestó, limitándose a cruzarse de brazos y a mirarla como si no la vieses.

—Pero incluso la angustia acaba por morir —dijo Fand—. Puedes sobrevivir. Y yo usaré todas mis artes para protegerte, Skafloc.

—¡Magnífico! —exclamó, incapaz de contenerse—. ¡Tú haciendo magias para cuidar mi cuerpo y ella, rezando para preservar mi alma!

Y se fue adonde estaban las copas de vino. Fand suspiró.

—La angustia os acompañará en vuestro viaje, Manannán —dijo a su marido.

Él Rey del Mar se encogió de hombros.

—Déjale que siga con su melancolía. No creo que consiga estropearme el viaje.

## CAPITULO 22

**T**res días después de la celebración del Consejo, Skafloc se encontraba en la playa, contemplando cómo un leprechaun sacaba el bote de Manannán de la gruta que le servía de cobijo. Era una embarcación pequeña y estilizada, y su casco plateado parecía demasiado frágil para la navegación en alta mar. El mástil tenía incrustaciones de marfil; la vela y otros aparejos eran de seda colorada. Una magnífica imagen de Fand ejecutando una danza, al parecer de oro, se hallaba a proa y hacía las veces de mascarón.

La dama en persona acudió a despedirlos. El resto de los Tuatha De Danann ya lo habían hecho con antelación, de suerte que no había nadie más entre las frías brumas grises de la mañana. La niebla resplandecía como gotas de rocío en sus cabellos trenzados, y sus ojos adquirieron más brillo Y un color violeta más profundo cuando deseó buen viaje a Manannán.



Librodot

—Que la fortuna te acompañe —le dijo— y que vuelvas pronto a las verdes colinas de Erin y a las doradas calles del país de la Juventud. De día, pondré la mirada en el mar y, de noche, el oído entre las olas, en espera del regreso a casa de Manannán.

Skafloc se mantenía distante, mientras pensaba cómo se habría despedido Freda de él. Y se dijo, embargado por la nostalgia:

Infortunado es el joven
que parte sin que su amada
de él acuda a despedirse
quedamente, en la mañana.
Más fríos que sus besos
es el rocío del mar.
Siento el corazón pesado...
¿Cómo la podré olvidar?

—Vamonos —dijo Manannán. Él y Skafloc bajaron del pequeño muelle hasta el bote y alzaron la reluciente vela. El hombre se encargó del timón, mientras el dios tocaba un acorde en su arpa y cantaba así:

Viento, te llamo, antiguo, incansable,
desde lo hondo del cielo y el mar.
Llévame lejos, hasta lo impensable,
respóndeme, amigo, con tu gritar.
Desde colinas que están a tu espalda,
hasta las tierras del nunca jamás,
acude viento, sin perder la calma.
¡Empuja mi bote, empújalo ya!

Al acabar la canción, se levantó una potente brisa y el bote se lanzó hacia las ondas frías y verdes que dejaban en los labios un sabor a sal. La embarcación de Manannán era tan rápida como las de los elfos, por lo que bien pronto fue imposible distinguir las tierras grises de las nubes, igualmente grises, que se perfilaban en los confines del mundo.

—Me parece que para encontrar Jötunheim habrá que hacer algo más que navegar hacia Septentrión —dijo Skafloc.

—Es cierto —replicó Manannán—. Será necesario algún que otro encantamiento; pero, sobre todo, corazón animoso y brazo fuerte.

Entornó los ojos al mirar hacia delante. El viento agitaba sus cabellos, y su rostro era, al mismo tiempo, majestuoso y sonriente, amable y distante.

—El primer hálito, casi imperceptible, de la primavera recorre las tierras de los hombres —dijo—. Este invierno ha sido el peor desde hace siglos, y creo que es debido a que el poder de los Jótuns se extiende por el mundo. Estamos navegando hacia los hielos eternos de su patria.

Posó su mirada en Skafloc.

—Hace tiempo que debiera haber ido hasta los límites de lo creado, hasta los confines del mundo, y no haber esperado tanto. Pues ¿no soy acaso el Rey de la Mar Océana? La mejor época habría sido cuando los Tuatha Dé Danann éramos dioses y nuestro poder se hallaba en su culmen —movió la cabeza, con pesar—. Incluso los Ases, que aún siguen siendo dioses, no regresan incólumes de las escasas incursiones que hacen a Jötunheim. En cuanto a nosotros dos... no sé... No sé... —y, recobrando el arrojo, añadió—: ¡Pero yo navego adonde quiero! ¡Ninguna de las aguas de los nueve mundos quedará sin surcar por la quilla de Manannán Mac Lir!

Skafloc no hizo comentario alguno, concentrado como estaba en sí mismo. El bote parecía animado de vida propia. El viento sonaba entre las jarcias, como si pulsase las cuerdas de un arpa, y la espuma de las olas formaba un velo aureolado con los colores del arco iris alrededor de la bellísima imagen de Fand. El aire era gélido, pero el sol había amanecido cegador: tras beberse las



Librodot

brumas, dispersaba polvo de diamantes entre las olas, que se rompían en la quilla con un grito, bajo la bóveda de azur surcada de blancas nubes que corrían veloces. El timón transmitía su vibración al brazo de Skafloc, que, incapaz de apreciar la frescura de la mañana, dijo en voz baja:

Claro se presenta el día,
y frío, llamando al mar
con voz de viento, jugando,
como un titán, con las olas.
Si estuvieses a mi lado,
bienamada, en este bote,
me sonreiría la vida.
(¿Acaso me anhelas, Freda?)

Manannán escrutó su rostro.

—Esta empresa requiere todo nuestro empeño —dijo—. No dejes, por tanto, nada en tierra. Skafloc enrojeció de ira.

—No ha venido contigo hombre que tema a la muerte —contestó, desabrido.

—El hombre que no tiene nada por lo que vivir no es el más peligroso para sus enemigos —dijo Manannán.

Y, cogiendo su arpa, cantó una de las antiguas canciones guerreras de los Sídh. Era extraño oír aquello entre la vastedad de las olas, el cielo y el viento. Por un instante, Skafloc tuvo la impresión de ver entre las nubes: huestes indistintas enzarzadas en combatir unas contra otras, con el sol llameando sobre sus emplumados yelmos; y bosques de lanzas bien dispuestas; banderas ondeando en su carrera; cuernos dando alaridos; y carros, con hoces en los cubos de sus ruedas, retumbando por los cielos.

Navegaron a toda vela durante tres días y tres noches. El viento siguió soplando a sus espaldas y el bote cabalgó sobre las olas tan deprisa como el aire. No descuidaron la guardia en ningún momento; durmieron por turno en sus sacos bajo el exiguo puente de proa; comieron pescado seco, queso, galletas y las demás vituallas que había a bordo; y pudieron beber a sus anchas gracias a sus conjuros, que convertían el agua salada en potable. Cruzaron entre ellos pocas palabras, puesto que Skafloc no estaba de humor para charlas y Manannán encontraba la satisfacción del inmortal en sus propios pensamientos. Pero el respeto y la amistad recíprocos fructificaron entre tan arduas fatigas, de suerte que llegaron a cantar juntos las poderosas canciones que los impelían hacia los confines de Jötunheim.

Y el bote corría veloz. De hora en hora sentían espesarse el frío y la lobreguez según avanzaban hacia el Norte, adentrándose en el corazón del invierno.

El sol bajó de sus alturas, hasta convertirse en un pálido y lejano disco sobre el lúgubre horizonte, que apenas llegaba a verse entre las apresuradas nubes de tormenta. El frío creció inexorablemente, mordía la carne y los huesos a través de las ropas, y calaba hasta el alma. El agua del mar se transformaba en carámbanos al golpear en las jarcias, mientras que la dorada Fand, en la proa, estaba cubierta de escarcha. Al tocar cualquier objeto metálico, se les pegaba en él la piel de los dedos, y el aliento formaba carámbanos en sus bigotes.

El mundo que los rodeaba se fue convirtiendo, a medida que entraban en él, en un mundo nocturno, en el que navegaban por mares negros, levemente salpicados de plata, entre montañas espectrales de luz de luna, todas de hielo, los icebergs. El cielo era una tiniebla absoluta, cuajada de incontables estrellas que relucían con luz cargada de pesares, entre las que danzaban las auroras boreales que traían a la memoria de Skafloc los extraños fuegos que aparecieron durante su operación de nigromancia. En aquella tremenda desolación, el aullido del viento y el rumor del mar era lo único que se oía.

En Jötunheim no se entraba como en cualquier otro reino de Midgard. Se trataba, simplemente, de perderse mar adentro una vez hubieran avistado la costa, en aguas que se iban tornando cada vez más frías, muertas y tenebrosas, hasta que las únicas luces que se vislumbraran fueran las de las estrellas, la luna y las estremecedoras auroras boreales. Skafloc pensó que aquel

reino no debía encontrarse en la Tierra, sino en alguna extraña dimensión cerca de los confines del mundo, donde lo creado se precipitaba nuevamente en el abismo de donde había surgido. Y supo que navegaba en el Mar de la Muerte, alejado completamente del mundo de los vivos.

Después de los tres primeros días de su periplo, en que habían visto la luz del Sol, perdieron el sentido del tiempo. La Luna y las estrellas giraban de manera distinta a la acostumbrada, y el tiempo no se manifestaba en el viento, en las olas o en el frío helador. Los hechizos de Manannán comenzaban a fallar. Había sobrepasado los límites de la región en que sus poderes tenían vigencia. Llegaron vientos de locura, que habrían impedido navegar a cualquier otro barco que no hubiera sido aquel. La nieve y la nevisca caían cegadoras. El bote cabeceaba y daba vueltas entre la galerna, llenándose de agua helada que les hacía tiritar, mientras la vela ondeaba y el timón quería ir a su antojo. Los icebergs se recortaban, monstruosos, en la negrura, yendo al encuentro del bote, de forma que los navegantes podían a duras penas esquivarlos.

Pero las nieblas eran lo peor: una humedad gris sin viento ni sonido, que limitaba la visibilidad apenas a media braza, que mojaba y helaba, metiéndose entre las ropas hasta llegar a la piel, para después bajar hasta los pies y ocasionar una tremenda tiritona. Entonces el bote permanecía varado, apenas sin moverse, excepto por un levísimo e invisible oleaje, y lo único que se llegaba a escuchar era el sonido que hacía al chocar contra el casco y el gotear de los carámbanos que cubrían todo el cordaje. Buscando a tientas, maldiciendo y tiritando, Skafloc y Manannán intentaban cambiar aquel mal tiempo mediante encantamientos. Tenían la impresión de que unas Potencias invisibles se movían agazapadas entre aquella niebla, mirando, famélicas, al interior del bote.

Entonces llegó una tormenta, con rumbo contrario al que ellos llevaban, y los ardores de la maniobra les hicieron olvidar sus inquietudes. El mástil gimió, las cuerdas se tensaron, casi a punto de cortarles las manos, las olas bramaron contra el casco, que venía lanzado hacia un cielo delirante, para bajar acto seguido, como si fuese a desplomarse sobre el mismísimo infierno.

Y Skafloc dijo:

Negras y frías, las potentes olas
golpean como el trueno nuestro barco.
Timón y jarcias caen en rebeldía,
de nevisca, viste el embravecido aire.
Tropiezan y maldicen los marinos,
pues lamentan haber perdido el ancla.
Amargos son los tragos que ellos beben:
salada es la cerveza de las ondas.

Pero no dejó de maniobrar. Manannán, pensando que desfogarse de aquella manera era mucho mejor que quejarse, sonrió bajo aquel cielo enloquecido.

Pasó el tiempo, y al final llegaron a su meta. Se la podía ver a lo lejos, bajo la luz de estrellas que no parpadeaban y de auroras boreales que danzaban y se elevaban altas entre montañas desoladas y glaciares de reflejos verdes. Los acantilados, sobre los que se desplomaban las olas, daban paso a un terreno empinado: un mundo inmenso, muerto, lleno de picachos, campos de hielo y de vientos aullando sobre la nieve antigua.

—Ahí tenemos a Jötunheim —dijo Mannanán, señalando con el brazo, y sus palabras casi se perdieron entre el ruido que los envolvía—. Creo que Utgard, cerca de donde, según tú, vive el gigante, debe de estar más al Este.

—Si tú lo dices... —Skafloc había perdido el sentido de orientación desde hacía mucho tiempo, y, por otra parte, lo mismo que los elfos, no conocía de aquellas costas más que rumores capaces de helar la sangre.

Ya había dejado de sentir cansancio. Seguía marchando como si fuese un navío con el timón condenado, ya que era lo único que tenía que hacer y a nadie le importaba si se derrumbaba o no.

Pero, poco después, mientras se había quedado inmóvil, mirando la terrible faz del País de los Gigantes, pensó que Freda podría ser tan infeliz como él. Quizá más; pues él podía perderse en la



Librodot

empresa de la espada y saber que ella estaba a salvo, mientras que ella sólo sabía que había emprendido una búsqueda mortal, y que bien poco podía hacer al respecto, sino pensar en ello.

—No se me había ocurrido —musitó, sorprendido; de repente, comenzó a sentir que las lágrimas mojaban sus mejillas y que comenzaban a helarse. Entonces declamó:

Sé que largo será el tiempo
para olvidar a mi amada
y que siempre, en mis viajes,
triste y sólo yo estaré.
Callado está el corazón
donde, antaño, ella cantaba.
Pues tremendo es mi dolor
por la pena que la embarga.

Y volvió a abismarse en sus pensamientos. Manannán le dejó tranquilo, porque había aprendido que era inútil intentar sacarle de aquel estado; el bote avanzó hacia el Este en alas del viento apresurado.

Parecía que nada se moviera en aquella desolación de hielo y rocas, excepto las sonoras olas, los diablos de las nieves arremolinándose en las montañas y los aleteos de las auroras boreales. Pero sentía que no lejos de ellos había Presencias. Aquella era la tierra que había producido toda aquella gente que amenazaba a los dioses del Norte: Asa-Loki, Utgard-Loki, Hel, Fenrir, Jörmungandr y Garm, que devorará la Luna al llegar el fin del mundo.

Cuando Skafloc se había repuesto de su ataque de melancolía, el bote ya había recorrido una distancia considerable, y Manannán costeaba cada uno de los fiordos para ver si conseguía dar con lo que estaba buscando. El Rey del Mar estaba inquieto, porque casi podía oler los miasmas de las madrigueras de Ütgard y no se atrevía a acercarse a aquella ciudad sombría.

—Bolverk vive en una montaña, según me han dicho —comentó Skafloc—. Eso quiere decir que hay que buscar una cueva.

—Cierto, pero lo malo es que esta maldita tierra está llena de cuevas.

—Habrá que buscar una grande, supongo. Con indicios afuera de que dentro están trabajando en una forja.

Manannán asintió y se dirigió hacia el fiordo más cercano. Mientras se acercaban a los acantilados, Skafloc pudo comprobar su tamaño. Su altura era tal que sintió vértigo al intentar divisar sus cimas. Sobre ellas se movían unas cuantas nubes, iluminadas por las auroras. Y entonces tuvo la sensación de que aquellas paredes de roca iban a desplomarse sobre ellos... y que los lados del mundo se iban a partir en dos y a precipitarse en el mar, hundiéndose en él.

El bote pasó por debajo de los acantilados como si fuera una hormiga y entró tímidamente en el fiordo. Hasta donde se extendía la vista, surgía un laberinto de escollos e islotes, tan altos que tapaban las estrellas. Pero las fosas nasales de Skafloc se estremecieron ante un leve aroma llevado por el viento —de humo y hierro fundido—, al tiempo que escuchaba el lejano repiqueteo de un martillo.

No hubo lugar para palabras. Manannán avanzó, decidido, en el fiordo; y bien pronto los acantilados les cortaron el viento y los dos navegantes tuvieron que remar. Avanzaban rápido, pero como la longitud del fiordo era enorme, daba la impresión de que apenas se movían.

El silencio se fue haciendo más profundo, como si el sonido hubiese muerto congelado y las auroras boreales danzasen sobre su tumba. Algunos copos de nieve seca cayeron del gran cielo estrellado. El frío seguía mordiendo como antes. A Skafloc le parecía que aquella calma era la del animal de presa a la espera de lanzarse contra su víctima, con los ojos glotones y meneando la cola. De alguna manera, sabía que estaban siendo observados.

Lentamente, el bote giró alrededor de los entrantes y salientes del fiordo y de esta manera pudieron divisar el interior. En una ocasión, Skafloc oyó el ruido de algo que salía arrastrándose de la tierra y que parecía seguirlos. El viento aullaba sobre la parte superior de los acantilados, tan alto que casi parecía soplar entre las estrellas.

Resultaba extraño ver la imagen de Fand, que seguía danzando, adentrarse en Jötunheim.

Finalmente, el bote llegó a un lugar donde una áspera y empinada pendiente bajaba de una montaña cuya cima estaba coronada por la Estrella Polar. Un glaciar corría a lo largo de la pendiente, reluciente en aquella incómoda semioscuridad, para desembocar en el mar.

—Al parecer, debemos desembarcar aquí —dijo Manannán.

Algo silbó entre los bloques de hielo que se daban la vuelta en uno de los flancos del glaciar.

—Me parece que antes tendremos que vencer a un centinela —dijo Skafloc.

Él y su compañero se prepararon, vistiendo loriga y yelmo, sin olvidar echarse las pieles por encima para resguardarse en lo posible del frío demoledor. Cada uno asió escudo y ciñó espada. Skafloc llevaba otra espada desenvainada en la mano enguantada, mientras que Manannán empuñaba su larga lanza, cuya punta reflejaba la escasa luz reinante con fulgor lunar.

El bote tocó tierra con suavidad en una playa de hielo y esquistos. Skafloc desembarcó sin tener que mojarse en aquella agua sucia. Tiró del casco y lo encalló en la arena seca sin perder tiempo, mientras Manannán montaba guardia, aguzando la vista para horadar la tiniebla que los envolvía. Después se oyó un sonido estridente, como si algo, de enorme peso, se arrastrase sobre las piedras.

—Nuestro camino es tenebroso y huele a maldad —recalcó el Rey del Mar—; pero la indecisión no nos dará seguridad.

Y comenzó a andar entre los fragmentos de hielo y roca, tan grandes como casas. La negrura se espesó hasta el punto de que los viajeros tuvieron que caminar a tientas, a la luz de las pocas estrellas que brillaban entre los desgarrones de las nubes. El hedor se hizo insoportable, aureolado en aquellos momentos de una sensación de intenso frío, a la que se añadían silbidos y ruidos cada vez más fuertes.

Cuando pasó por encima de una hondonada que conducía hacia el glaciar, Skafloc vio dentro de ella una forma larga y pálida, y sus dedos apretaron con más fuerza la empuñadura de su espada.

La cosa se deslizó fuera de su escondrijo y se lanzó contra él. El grito de guerra de Manannán resonó en la pendiente. Acosó con su lanza a la amenazante forma.

—¡Fuera de nuestro camino, gusano blanco! —gritó.

La cosa silbó y atacó a Skafloc. Sus anillos se apoyaron en las piedras y las lanzaron a gran distancia. Skafloc se echó a un lado y, cuando la cabeza plana golpeó donde él se encontraba un instante antes, atacó con su espada. La fuerza del golpe repercutió en su espalda y el monstruo se lanzó contra él, con las fauces desencajadas. Y aunque en aquella oscuridad casi no podía ver a la criatura, intuyó que podría engullirle entero. Manannán clavó su lanza en el pálido cuello. Skafloc lanzó otro golpe a la cabeza. El olor a matadero se aferró a su garganta; respirando hondamente para llenar de aire los pulmones, reanudó su ataque. Una gota de sangre, o de veneno, le salpicó, perforándole la cota de malla y quemándole el brazo.

Lanzó una maldición y descargó con furia nuevos golpes sobre la serpenteante cabeza. Entonces sintió que se quedaba sin espada, ya que había comenzado a disgregarse por efecto de la sangre de la criatura, y oyó romperse el astil de la lanza de Manannán al entrar en ella.

Desenvainando las espadas que llevaban a la cintura, el Rey del Mar y el hombre avanzaron de nuevo. El gusano retrocedió, y ellos lo persiguieron hasta el glaciar.

Era algo terrible de ver. Sus espiras llegaban ondulando hasta la mitad de la pendiente, blancas como la lepra y más gruesas que un caballo. La cabeza de serpiente se mantenía oscilante, en lo alto, goteando sangre y ponzoña. La lanza rota de Manannán estaba clavada en uno de sus ojos; el otro relucía amenazante, mirando hacia el suelo. La lengua entraba y salía de sus fauces, imposible de distinguir a simple vista, silbando como el viento en un vendaval.

Skafloc resbaló en el hielo. El gusano se lanzó contra él. Pero Manannán fue más rápido, y pudo cubrir con su escudo al hombre caído, al tiempo que golpeaba al monstruo con su espada. La hoja hirió las abiertas fauces. Skafloc se puso en pie e hirió a su vez.

El gusano los zarandeó con uno de sus anillos. Skafloc salió rodando y chocó contra un montón de nieve acumulada por el viento. Manannán quedó aprisionado entre sus espiras, pero, antes de que el monstruo pudiese triturarlo, había clavado su espada entre dos de sus costillas.



Librodot

Aquello era demasiado para el gusano, que salió huyendo hacia el mar, deslizándose sobre la nieve. Jadeantes y temblorosos, los viajeros se sentaron durante largo tiempo bajo las auroras boreales,- antes de reanudar su marcha.

—Las espadas de repuesto también están inservibles —dijo Skafloc—. Deberíamos ir a coger otras nuevas.

—Ni lo pienses. El gusano puede estar acechándonos en la orilla y, si no, el vernos de nuevo podría suscitar su furia —replicó Manannán—. Las armas que tenemos resistirán hasta que nos hayamos hecho con la espada rúnica.

Escalaron lentamente el resbaladizo glaciar, que relucía misteriosamente. Delante de ellos, la montaña negra ocultaba la mitad del cielo. El viento les traía el resonar de un martillo casi imperceptible.

Avanzaron hasta que sintieron sus pulmones a punto de estallar y sus corazones al borde del colapso. A menudo tenían que reposar, e incluso descabezar un sueño allí mismo, en el glaciar, por lo que se felicitaron de haber salido del bote con víveres. El hielo tenía partes muy afiladas y traicioneras.

Nada se movía ni parecía vivir entre aquellos hielos, pero el martillear les llegaba cada vez con más fuerza.

Finalmente, Skafloc y Manannán llegaron a la cima del glaciar, que se encontraba a medio camino de la montaña coronada por la Estrella Polar. Un estrecho sendero, accidentado y sembrado de piedras, que apenas se veía en la oscuridad, se dirigía hacia el Oeste, contorneando un precipicio que parecía insondable. Los viajeros se ataron el uno al otro y treparon por él.

Después de muchas caídas, en las que cada uno de ellos salvó la vida al otro al agarrarse fuertemente a las rocas, llegaron a una cornisa que iba a dar a la entrada de una cueva. De las profundidades llegaba el sonido del hierro.

Un enorme perro de pelaje rojizo había sido encadenado a la entrada. Aulló y se lanzó contra ellos. Skafloc alzó su espada, dispuesto a matarlo.

—No —dijo Manannán—, tengo el presentimiento de que intentar matar a esta fiera nos traería una gran desventura. Lo mejor será que intentemos pasar por delante de él.

Y eso hicieron: se taparon con los escudos que habían juntado y caminaron como cangrejos, cogiéndose con el brazo derecho a la pared rocosa. El perro se lanzó contra ellos con todo su peso y sus dientes rozaron el borde de sus escudos. El aullido retumbó en sus cráneos. A muy duras penas consiguieron mantenerse a mayor distancia que la que le proporcionaba la cadena al perro.

Se encontraron rodeados de tiniebla; cogiéndose de la mano, bajaron dando tumbos por un túnel en declive, tantearon el terreno para evitar los pozos y, con mucha frecuencia, acabaron golpeándose contra estalagmitas o hiriéndose con ellas. El aire estaba menos frío que fuera, pero la humedad se encargaba de que pareciese lo contrario. Oyeron el rumor de unas aguas tumultuosas y pensaron que debían de pertenecer a alguno de los ríos que recorren las entrañas del infierno. A medida que avanzaban, el batir del martillo se iba haciendo más fuerte y más cercano.

En dos ocasiones les llegó un ladrido que suscitó innumerables ecos y que tuvo como resultado que se aprestaran al combate. Más tarde se sentaron encima de algo grande y pesado, que se comió parte de sus escudos. Consiguieron acabar con aquello a pesar de estar a oscuras, pero no pudieron saber qué forma tenía.

Poco después vieron un resplandor rojizo, como el de la estrella que brilla en la constelación del Cazador. Apresuraron el paso y llegaron, después de un tiempo más largo de lo que hubieran deseado, a una vasta sala cubierta de hielo. Y acto seguido entraron en ella.

Estaba iluminada débilmente por el fuego poco vivo de una forja de considerable tamaño. En aquella luz, que casi tenía el color de la sangre medio coagulada, consiguieron distinguir, aunque vagamente, algunos utensilios de tamaño gigantesco que sólo podían pertenecer a un herrero. Pero quien se inclinaba sobre el yunque era un Jötun.

Era enorme, tan alto que casi no conseguían ver su cabeza en aquella fétida penumbra, y tan robusto que parecía rechoncho. Sólo llevaba un mandil de escamas de dragón encima de su peludo cuerpo, tan nudoso como un viejo tronco de árbol y tan musculoso como un nido de serpientes. Sus

negras cabellera y barba le llegaban a la cintura. Sus piernas eran cortas y arqueadas, cojeaba de la derecha y tenía una joroba tan enorme que podía tocar el suelo con las manos.

Cuando Skafloc y Manannán entraron, volvió hacia ellos su rostro terrible, de gran nariz y boca ancha, lleno de arrugas y cicatrices. Bajo sus pesados arcos superciliares había dos cavidades negras: le habían arrancado los ojos.

Su voz repetía el estruendo y los siseos de los ríos que recorren el infierno.

—¡Jo, jo, jo! Durante trescientos años Bolverk ha estado trabajando solo. Ahora la hoja debe ser forjada —y tomó aquella con la que estaba trabajando y la arrojó en mitad de la cueva. El estruendo metálico que hizo al caer repercutió en las paredes durante un tiempo considerable.

Skafloc se echó hacia delante para encontrarse con aquella mirada vacía y dijo:

—Te traigo un nuevo trabajo que a la vez te resultará antiguo, Bolverk.

—¿Quiénes sois? —gritó el Jötun—. Puedo oler a los hombres mortales, pero aquí siento algo más que una pizca de tufillo a Faerie. El otro es un semidiós, pero no pertenece a los Ases ni a los Vanes —y buscó a tientas, a su alrededor—. No me hacéis gracia ninguno de los dos. Acercaos para que pueda despedazaros.

—Estamos cumpliendo una misión que no te atreverás a estorbar —dijo Manannán.

—¿Cuál? —la pregunta de Bolverk resonó por las cavernas hasta acabar perdiéndose en el interior de la tierra. Entonces Skafloc declamó:

Desde su oscura prisión,
cansado y atormentado,
Asa-Loki ya desea
ver el juego de la espada.
He aquí el arma tremenda
que el guerrero empuñara.
El azote de los héroes,
¡oh, Bolverk, fórjalo ya!

Y abrió el envoltorio de piel de lobo, dejando que los dos trozos de la espada cayesen a los pies del gigante.

Las manos de Bolverk palparon los trozos.

—¡Sí! —dijo, entrecortado—. Recuerdo bien esta hoja.

Dyrin y Dvalin me buscaron a mí cuando tuvieron que hacer esta espada para que Svafrlami los liberase, pero también para vengarse de él. En ella forjamos hielo, muerte y tormenta, poderosas runas y encantamientos, y el vivo deseo de hacer el mal —esbozó una mueca—. Muchos guerreros han buscado esta espada, porque trae la victoria. No hay nada que no pueda morder y jamás pierde su filo. En su acero hay veneno, y las heridas que inflige no curan con medicinas, magias u oraciones. En esto consiste su maldición: cada vez que sea desenvainada deberá beber sangre y acabará siendo la perdición de quien la empuñe.

Y dio un paso hacia ellos.

—Por eso —dijo pausadamente—, Thor la quebró hace mucho tiempo, pues en todos los Nueve Mundos nadie, sino él, tenía el poder de hacerlo; desde entonces ha permanecido olvidada en el mundo de los hombres. Pero ahora..., ahora, si Loki llama a las armas, como tú dices, será porque es necesaria.

«Yo no he dicho eso —murmuró Skafloc—, aunque quisiera que lo pensaras.»

Pero Bolverk no le oyó. El Jötun miraba al vacío con mirada ciega, mientras sus dedos acariciaban la espada.

—Así que es el fin —susurró—. Se acerca el ocaso final del mundo, cuando dioses y gigantes devasten la creación entera, mientras se matan entre sí; cuando Surt disperse las llamas que llegarán a los muros del cielo, los cuales crepitarán al arder; cuando el Sol se oscurezca, la tierra se precipite en el mar y las estrellas caigan. ¡Mi esclavitud está a punto de acabar! ¡Ciego y enterrado en una montaña, acabará en una llamarada de fuego! ¡De acuerdo, mortal, forjaré la espada!



Librodot

Y cumplió su palabra. El clamor llenó la cueva, las chispas volaban, los fuelles soplaban, y mientras trabajaba pronunciaba hechizos que hacían temblar las paredes. Skafloc y Manannán se guarecieron en el túnel que había antes de llegar a la cueva.

—Esto no me gusta, y preferiría no haber venido jamás —dijo el Rey del Mar—. Él mal está a punto de cobrar vida. Nunca dijeron de mí que fuese un cobarde, pero te aseguro que no tocaré esa espada; y, si fueses sabio, harías lo mismo. De lo contrario, acabará convirtiéndose en tu propio destino.

—¿Y qué más da? —replicó Skafloc, de mal humor.

Oyeron el ruido como de entrar en ebullición que hacía la hoja al ser forjada con veneno. Los humos que se desprendían en el proceso quemaban como un latigazo cuando tocaban la piel desnuda. El siniestro cántico de Bolverk resonaba en las cavernas.

—No malgastes tu vida por un amor perdido —fue el ruego de Manannán—. Aún eres joven.

—Todos los hombres nacen para morir —dijo Skafloc, y la discusión pareció zanjada.

El tiempo pasó —aunque no pudieron comprender cómo el gigante pudo hacer tan deprisa su trabajo, ciego como estaba y sin ayuda— hasta que oyeron la voz de Bolverk, que gritaba:

—¡Entrad, guerreros!

Avanzaron en la luz rojiza. Bolverk tenía la espada en alto. La hoja aparecía resplandeciente, era como una lengua azul, con unas diminutas llamas desplazándose alrededor de sus filos. Los ojos del dragón de la empuñadura relucían y el oro de su cuerpo parecía arder con el rubor que le es propio.

—¡Cógela! —exclamó el gigantea.

Skafloc empuñó el arma. Era pesada, pero la fuerza fluyó de ella hacia su brazo. Estaba tan maravillosamente equilibrada que se convirtió en parte de sí mismo.

Describió con ella un arco que hendió el aire, y golpeó una roca. La piedra se partió en dos. Skafloc dio un alarido de triunfo y giró el arma alrededor de su cabeza. Brillaba en la penumbra con el fulgor del rayo.

—¡Ja, ja, ja! —se rió a carcajadas. Y comenzó a declamar:

¡Veloz transcurre el juego de la espada!
Los enemigos pronto escucharán
el sibilante canto de las armas.
¡Cuan sedienta está la espada embrujada!
Aullando en su ansia de apagar la sed
desgarra el hierro, lo penetra y canta
entre los cráneos destrozados, para
saciarse en el torrente de mil sangres.

Las risotadas de Bolverk se unieron a las suyas.

—Eso, empúñala con alegría —dijo el Jötun—. Aplasta a tus enemigos... dioses, gigantes, mortales, no importa. ¡Ahora la espada es libre y el fin del mundo se aproxima!

Y entregó al hombre una vaina recubierta de pan de oro.

—Mejor será que la enfundes —dijo—, y que no la saques de su vaina si no es para matar —hizo una mueca—. Pero siempre encontrará la manera de obligarte a desenvainarla en el momento equivocado... y, al final, no lo dudes, se volverá contra ti.

—Con tal de que abata antes a mis enemigos —replicó Skafloc—, poco me importará lo que ocurra después.

—Quizá te importe... entonces —dijo Manannán, en voz baja. Y, levantando la voz, añadió—: Vamonos. Éste no es lugar para hablar.

Y se fueron. El rostro ciego de Bolverk pareció seguir sus pasos.

Cuando hubieron salido —el perro encadenado se hizo a un lado, con un gemido, para dejarlos pasar—, comenzaron a descender hacia el glaciar, con paso apresurado. Cuando estaban cerca de su final, oyeron un ruido sordo y miraron hacia atrás.

Negras, recortándose contra la estrellas, más altas que una montaña, eran las tres formas que bajaban a su encuentro.

—Creo que Utgard-Loki ha descubierto de alguna manera tu truco y no desea que sigas el juego a los Ases, cualquiera que sea. No nos resultará nada fácil salir de aquí —dijo Manannán, momentos antes de echar a correr hacia el bote.

## CAPITULO 23

**L**a guerra que Manannán Mac Lir y Skafloc, el Ahijado de los Elfos, llevaron a cabo en Jötunheim bien valdría la pena ser contada. También habría que hablar de su lucha contra las enloquecidas galernas y la bruma inmóvil, contra la resaca y los escollos, contra los témpanos de hielo y contra un cansancio tan profundo que sólo la imagen de Fand, brillando en medio de la noche interminable, podía aportarles consuelo. También su bote, el mejor de todos, se habría merecido una banda de oro y una canción.

Muchos fueron los encantamientos con que los Jótuns intentaron aniquilar a quienes habían ido a visitarlos, y la fortuna adversa hizo que éstos sufrieran sus efectos. Pero el hombre y el dios utilizaron los pocos hechizos que resultaban válidos en aquel lugar, y no sólo contrarrestaron buena parte de la magia de los gigantes, sino que suscitaron contra ellos tormentas que con sus vientos huracanados azotaron la tierra e hirieron las laderas de las montañas donde residen los Jótuns.

Jamás intentaron luchar abiertamente contra ellos —aunque, en dos ocasiones, cuando alguno se atrevió a acercárseles, le dieron muerte—, pero se defendieron de los monstruos marinos y terrestres que azuzaron en su contra. Con mucha frecuencia escaparon de sus perseguidores por muy poco, sobre todo cuando se dirigieron al interior en busca de comida, durante los largos períodos de viento adverso, y cada una de las aventuras que les ocurrieron entonces podría dar lugar a una historia.

También habría que hablar de la incursión efectuada en una enorme granja, con objeto de robar caballos. Después de hacerse con un botín, en el que los corceles no eran la parte más importante, la incendiaron. Los animales que se llevaron eran sólo los ponis más pequeños de aquella tierra, pero en el mundo de los hombres habrían sido clasificados entre los garañones más enormes y pesados, por sus voluminosas formas, de pelaje hirsuto y negro, sus ojos ardientes y sus corazones malvados. Pese a ello, se mostraron dóciles con sus nuevos amos y se estuvieron quietos en el bote, donde escasamente había espacio para ellos. Y, lo que es más importante, no se asustaban de la luz del día ni del hierro, ni siquiera de la espada de Skafloc, y jamás acusaban cansancio.

Debiera decirse que no todos los Jótuns eran gigantes, lo mismo que tampoco eran horrendos ni aborrecibles. Después de todo, algunos de los suyos habían llegado a ser reyes de Asgard. Un agricultor perdido en el campo podía dispensar una buena acogida a huéspedes que le eran totalmente desconocidos, sin hacerles demasiadas preguntas. No pocas hembras eran de estatura humana, bien favorecidas y bien dispuestas. Manannán, el de la lengua suelta, comprobó que la vida del proscrito no era del todo desagradable. Pero Skafloc jamás miraba dos veces seguidas a aquellas hembras.

Habría muchas otras cosas de qué hablar: del dragón que tenía un enorme tesoro de objetos de oro, de la Montaña de Fuego, del Abismo Insondable y de la Reina de las Gigantas. Habría que contar lo que les ocurrió cuando fueron de pesca a uno de los ríos del Infierno, y lo que pescaron en él. Las historias de la Batalla Interminable y de la Bruja del Bosque de Hierro y de la canción que oyeron cantar en voz baja a la aurora boreal, en el secreto de la noche... serían igualmente dignas de escucharse, pues cada una de ellas es como una saga. Pero dado que no forman parte de la trama



Librodot

principal de la historia, habrán de ser consignadas en los anales de Faerie. Bástenos saber que Skafloc y Manannán abandonaron Jötunheim y pusieron proa al Sur, hacia las aguas de Midgard.

—¿Cuánto ha durado nuestra ausencia? —preguntó el hombre.

—No lo sé. Más de lo que aquí nos ha parecido —el Rey del Mar se deleitó con el olor de la fresca brisa y alzó la mirada hacia un límpido cielo azul—. Ya es primavera —quedó en silencio unos instantes, y añadió—: Ahora que tienes la espada... y que ya la has alimentado con sangre... ¿qué piensas hacer?

—Intentaré unirme al Rey de los Elfos, si es que aún sigue vivo —Skafloc miró torvamente al frente, por encima de las olas viajeras, hacia la imprecisa línea del horizonte—. Déjame en el continente, al sur del Canal y partiré en su busca. ¡Que los trolls se atrevan a detenerme! Cuando los hayamos barrido de Alfheim, desembarcaremos en Inglaterra y la reconquistaremos. Por último, iremos hasta las madrigueras en donde viven y aplastaremos con nuestro pie a su maldita progenies.

—Sí podéis —dijo Manannán, frunciendo el ceño—. Aunque, desde luego, debéis intentarlo.

—¿Nos ayudarán los Sídh?

—Esa decisión compete al Consejo Supremo, aunque es casi seguro que no mientras queden trolls en Inglaterra, ya que nuestro país podría ser saqueado mientras sus guerreros están en otra parte. Pero en cuanto se fueran de ella, sí que os ayudaríamos, no sólo por la lucha y la gloria, sino por eliminar para siempre una amenaza a nuestro flanco —el Rey del Mar alzó orgullosamente la cabeza—. ¡Pero pase lo que pase..., por la sangre que hemos derramado juntos, las fatigas, la navegación tan arriesgada, los peligros que arrostramos en compañía, y todas las vidas que nos debemos el uno al otro, Manannán Mac Lir y su hueste estarán contigo cuando entres en Inglaterra!

Se estrecharon las manos en silencio. Y poco después, Manannán desembarcaba a Skafloc y a su caballo Jötun, y ponía rumbo a Irlanda... y a Fand.

Skafloc, a lomos de su negro corcel, cabalgaba al encuentro del distante Rey de los Elfos. El caballo estaba enflaquecido y, aunque no demostrase el cansancio que sentía, el hambre se alojaba en su vientre. La apariencia de Skafloc tampoco era mucho mejor, con sus ropas desgarradas y descoloridas, su yelmo y escudo llenos de abolladuras y polvo, y el manto que llevaba echado sobre los hombros, gastado por el uso. En el transcurso de sus viajes había perdido peso y sus poderosos músculos estaban a flor de piel, tensa sobre sus robustos huesos; pero, a pesar de todo ello, cabalgaba erguido sobre la silla, más altanero que nunca. Innumerables arrugas surcaban su rostro, que había perdido toda su juventud y parecía el de un dios proscrito. En muy pocas ocasiones mostraba una fina ironía, ya que por lo general se comportaba con altanera reserva. Sólo la cabellera rubia agitada por el viento seguía siendo joven. En suma, parecía Loki, cabalgando por la llanura de Vigrid en el último ocaso del mundo.

Se dirigió a las colinas, mientras la naturaleza renovada le rodeaba. Había llovido por la mañana y el terreno estaba lleno de fango, pozas y arroyuelos que resplandecían al sol. La hierba crecía deprisa, de un frío color verde claro hasta donde llegaba la vista; y en los árboles despuntaban las yemas y sus ramas se estremecían con nueva vida, en claro augurio del verano.

Aún hacía frío; entre las colinas soplaba un fuerte viento, que hacía que a Skafloc se le enrollara el manto alrededor del cuerpo. Pero era un viento de primavera, pícaro y escandaloso, que hacía que la sangre expulsase la pereza invernal. El cielo aparecía sin brumas y completamente azul, el sol brillaba a través de nubes blancas y grises, y las lanzas de su luz herían la hierba húmeda, suscitando reflejos y destellos. El trueno resonaba por el oscurecido sudeste, pero entre aquellas masas de nubes humeantes relucía el arco iris.

De lo alto llegaba la llamada de los gansos salvajes, las aves migratorias que regresaban a casa. Un tordo ensayaba su canción en un bosquecillo y dos ardillas jugueteaban en un árbol, como si le recorrieran llamaradas rojas.

No tardarían en llegar los días cálidos y las noches claras, los bosques llenos de verde y las flores moviéndose en sus tallos. Algo se agitó dentro de Skafloc mientras cabalgaba, el abrirse de una ternura enterrada y casi olvidada.

«¡Oh, Freda, si estuvieses conmigo....'»

El día iba desapareciendo hacia Poniente. Skafloc seguía montado en su caballo incansable, sin molestarse en pasar desapercibido. Aunque marchaba al paso, para que el negro garañón Jötun pudiese ir mordisqueando la hierba mientras avanzaba, la tierra temblaba bajo aquellos tremendos cascos. Estaban entrando en las tierras de Faerie, más específicamente, en los dominios continentales de Alfheim, y se dirigían hacia las soledades montañosas donde se suponía que aún resistía el Rey de los Elfos. Skafloc y su cabalgadura ya se habían encontrado con los inequívocos signos de la guerra —granjas incendiadas, armas rotas, huesos descarnados...—, que se desvanecían con la rapidez típica con que lo hacían las cosas de Faerie. De vez en cuando, aparecía la pista fresca de algún troll y Skafloc se relamía.

Llegó la noche, que le resultó extrañamente cálida e iluminada después de las regiones en que había estado. Siguió adelante, cerrando los ojos en algún momento mientras cabalgaba, pero sin dejar de tener el oído despierto. Mucho antes de que los jinetes enemigos se cruzasen en su camino, ya los había oído y se había calado el yelmo.

Eran seis, poderosas formas negras a la luz de las estrellas. Al verlo se quedaron estupefactos: un mortal, vestido y pertrechado como un elfo, pero también como alguien de los Sídh..., cabalgando un corcel parecido a los suyos, pero mucho más grande y peludo. Le cerraron el paso y uno de ellos gritó:

—¡Alto en nombre de Illrede, Rey de los Trolls!

Skafloc espoleó su montura y cargó, al tiempo que desenvainaba la espada. La hoja resplandeció en la noche con un azul maligno. Cayó todo lo deprisa que pudo sobre sus enemigos y, antes de que hubiesen llegado a darse cuenta, había partido en dos el yelmo, con el cráneo dentro, a uno, y descabezado a otro.

Un troll, a su izquierda, le golpeó con una maza, y otro, a su derecha, con un hacha. Guiando el caballo con las rodillas, colocó su escudo entre él y el primero. Su espada dio un salto para encontrar al segundo, clavándose en su pecho después de haber atravesado el astil de su hacha. Girando la espada alrededor de su cabeza, Skafloc abrió en canal, desde los hombros a la cintura, al troll que estaba a su izquierda. Con un dedo tiró de las riendas. Su monstruoso caballo se alzó sobre las patas traseras y lanzó con las delanteras una violenta coz que reventó el cráneo del quinto troll.

El que quedaba gritó y emprendió la huida. Skafloc le lanzó su espada, como si fuese un refulgente relámpago, clavándosela al troll en la espalda, con tanta fuerza que le salió por el pecho.

Skafloc siguió cabalgando, en busca del sitiado Rey de los Elfos. Poco antes del alba se detuvo a la orilla de un río para descabezar un breve sueño.

Le despertó un ruido de hojas y el leve temblor del suelo. Dos trolls avanzaban a hurtadillas hacia él. Se puso en pie de un salto, desenvainando la espada, sin tiempo de hacer nada más. Los trolls se acercaron. Al primero le alcanzó en el corazón, después de atravesar con su espada escudo y pecho. Liberando rápidamente la hoja empapada en sangre, la mantuvo ante sí, de suerte que el segundo troll no pudo detenerse a tiempo y se clavó en ella. Skafloc resistió el tremendo impacto de aquel cuerpo gracias a la fuerza ultraterrena que fluía de su arma.

—Casi ha resultado demasiado fácil —dijo—; pero estoy seguro de que aún no ha venido lo bueno.

Y, montando en su caballo, reanudó la marcha. Cerca del mediodía, encontró una cueva con varios trolls dentro, durmiendo. Los mató y se comió sus provisiones. Poco le importaba ir dejando tras de sí un reguero de cadáveres, que cualquiera podría seguir. ¡Que lo intentasen!

Cuando comenzaba el ocaso, llegó a las montañas. Eran altas y bellísimas, con picos nevados flotando en el cielo del atardecer. Se oía el canto de las cascadas y el murmullo de los pinos. Pensó lo extraño que resultaba que aquel lugar tan pacífico y bello fuera escenario de la matanza. En justicia, debería haber estado allí con Freda, disfrutando de su amor, y no con un tétrico caballo negro y una espada maldita.

Pero así estaban las cosas. ¿Qué habría sido de ella?

Subió una pendiente y cruzó un glaciar que resonó bajo los cascos de su corcel. La noche se iba extendiendo por el cielo, clara y fría en aquellas alturas, mientras una luna, casi llena, mudaba las cumbres en fantasmas. Poco después, Skafloc oyó, lejano e irreal en las apacibles soledades que le envolvían, el sonido grave de un lur. El corazón le dio un brinco. Espoleó su caballo, que se lanzó al



Librodot

galope, de risco en risco, sobre los ventosos abismos. El aire aullaba en sus oídos y los ecos de sus herraduras resonaron entre las montañas.

¡Alguien estaba luchando!

El áspero bramido de un cuerno troll llegó hasta él, y también, aunque de manera paulatina y disminuidos por la distancia, los gritos de los guerreros y el resonar de las armas. Una flecha silbó cercana. Hizo una mueca y se agachó en la silla. No había tiempo para ajustarle las cuentas al arquero; presas de mayor tamaño se hallaban ya a la vista.

Superó una cresta y a la luz de la luna divisó el campo de batalla. Cualquier hombre sólo habría visto una cumbre azotada por los demonios de las nieves, que se encargan de suscitar los torbellinos, y quizá le habría extrañado la singular nota que parecía escucharse en el viento. Pero la Vista Encantada de Skafloc era capaz de ver más allá. La cima de la montaña era un castillo de altas murallas, engalanado de hielo, cuyos torreones llegaban hasta las estrellas. En las pendientes más altas, y rodeándolo, se habían montado las negras tiendas de un numerosísimo ejército troll. En uno de los pabellones, de mayor tamaño que los demás, ondeaba una enseña negra; desde el torreón más alto del castillo flotaba al viento el estandarte del Rey de los Elfos: los poderosos señores de Faerie se encontraban al fin frente a frente.

Los trolls, aullando todo el tiempo, habían emprendido el asalto a la fortaleza. Era tal su número que ocultaban la base de las murallas, mientras apoyaban las escalas e intentaban subir por ellas. Disponían de muchas y muy variadas máquinas de guerra: maganeles, que vomitaban bolas de fuego sobre los parapetos; torres móviles de asalto, que lanzaban sobre las murallas oleada tras oleada de guerreros; arietes que golpeaban las puertas; catapultas que enviaban sus piedras contra la muralla... Los gritos, el ruido del ir y venir de soldados y caballos, el golpear de los metales, el rugido de los cuernos y los lures, llenaban la noche con una tormenta de sonidos que desencadenaba demoledoras y humeantes avalanchas y hacía vibrar los campos de hielo más cercanos.

Los elfos, que se habían hecho fuertes en sus bastiones, conseguían repeler a los trolls. Las espadas relucían, las lanzas y las flechas oscurecían la luna, el aceite hirviendo se derramaba de los calderos, las escalas se daban la vuelta y caían... Pero los trolls no dejaban de afluir y los elfos eran muy pocos. El asedio estaba llegando a su fin.

Skafloc desenvainó la espada. La hoja silbó cuando abandonaba su vaina, brillando con reflejos ondulantes bajo la luz de la luna.

—¡Hai, ha! —gritó, espoleando su caballo y bajando la pendiente envuelto en una nube de nieve.

No le importó el barranco que le cerraba el paso. Cuando se le acabó el camino, sintió que los músculos de su caballo entraban en tensión y, antes de darse cuenta, estaba volando por los aires, rodeado de estrellas. Cuando cayó al otro lado, el choque le hizo castañetear los dientes; pero se recuperó al momento y se lanzó hacia la ladera de la montaña.

El campamento de los trolls estaba casi vacío. Skafloc tiró de las riendas, y su caballo se detuvo a oler el viento. Él se agachó para coger de una hoguera una tea medio apagada. La velocidad del galope avivó el tizón, mientras cabalgaba incendiando las tiendas. Poco después, muchas ardían y sus llamas se propagaban a las demás. Skafloc se dirigió hacia las puertas del castillo, armándose completamente para el encuentro.

Como siempre, cogía el escudo con la mano izquierda y la espada con la derecha, guiando su caballo con las rodillas y con su voz. Antes de que los trolls que se encontraban en la puerta norte se dieran cuenta de su presencia, ya había dejado fuera de combate a tres y su bestial caballo había hecho lo propio con otros tantos.

Entonces, la mayor parte de sus enemigos se volvió contra él. Su espada subía y bajaba, girando y silbando, hendiendo una y otra vez yelmos, cráneos y lorigas, carne y hueso. Jamás parecía terminarse su danza de la muerte mientras segaba trolls como trigo maduro.

Le rodearon, pero ninguno podía tocar el hierro que le cubría, por lo que muy pocos de sus golpes le alcanzaron. Pero él no los sintió... como siempre que empuñaba aquel arma.

Lanzó un tajo de izquierda a derecha, y una cabeza cayó rodando de unos hombros. Otro más, y a uno de los jinetes le abrió el vientre. Un tercero cortó yelmo, cráneo y cerebro. Un guerrero a pie intentó herirle con una lanza y le arañó en el brazo. Skafloc se agachó y le hizo morder el polvo. Pero

lo cierto es que la mayor parte de los infantes murieron por las coces y los mordiscos del caballo Jötun.

El estruendo y el chillido de los metales heridos llegaba hasta la luna. La sangre humeaba en la nieve que ya estaba empapada de ella, llena de cadáveres nadando en innumerables pozas. El garañón negro, su jinete y la terrorífica hoja dominaban la escena, abriéndose camino hacia las puertas.

—¡Hiere, espada, hiere!

El pánico se abatió sobre los trolls, que salieron huyendo. Skafloc gritó:

—¡Hai, Alfheim! ¡El Padre de la Victoria cabalga esta noche con vosotros! ¡Salid, elfos, salid y matad!

Un anillo de fuego, el del campamento que había sido incendiado, rodeaba el campo de batalla. Los trolls lo vieron y desmayaron en su intento. Además, sabían reconocer un caballo Jötun y una espada embrujada nada más verlos, así que todos se preguntaban quién era aquel ser que combatía contra Trollheim.

Skafloc hizo caracolear a su caballo delante de las puertas. La sangre que manchaba su cota de malla brillaba a la luz de la luna y del fuego. Sus ojos relucían con el mismo tono azulado de su espada. Desafiaba a sus enemigos e invitaba a los elfos a efectuar una salida.

Un susurro de espanto corrió entre las filas de los desesperados trolls:

—... Es Odín, ha venido a hacer la guerra... No, tiene dos ojos, es Thor... Es Loki, que se ha liberado de sus cadenas, el fin del mundo está próximo... Es un mortal, poseído por un demonio... Es la Muerte...

Los lures sonaron, las puertas se abrieron de par en par y un grupo de elfos a caballo salió por ellas. Eran muchísimo menos numerosos que los trolls, pero una nueva esperanza animaba sus rostros demacrados y daba vida a sus ojos. A su cabeza, sobre un caballo blanco como la leche, con la corona brillando a la luz de la luna y la barba y los cabellos flotando sobre su loriga y su capa azul oscura, iba el Rey de los Elfos.

—No esperábamos verte con vida, Skafloc —gritó, entre el tumulto.

—Y sin embargo, aquí me tenéis —contestó el hombre, sin dar muestra alguna de su antigua reverencia..., pues pensaba que nada podría atemorizar a quien había hablado con los muertos y navegado más allá de los confines del mundo, y a quien, por otra parte, ya no le quedaba nada que perder.

Los ojos del Rey de los Elfos se posaron en la espada rúnica.

—Ya sé qué arma es esa —murmuró—. Ignoro si será bueno para Alfheim que esté en nuestro bando. Bien... —y levantó la voz—: ¡Adelante, elfos!

Sus guerreros cargaron contra los trolls; muy cruenta fue la batalla. Espadas y hachas subían y bajaban, goteando sangre; el metal gritaba mientras se partía; las lanzas y flechas oscurecían el cielo; los caballos pisoteaban a los muertos o relinchaban al ser heridos; los guerreros luchaban, perdían el resuello y caían a tierra.

—¡Aquí, Trollheim! ¡A mí, a mí!

Illrede reagrupó a su gente y organizó a unos pocos en una formación en cuña que debía partir en dos, y dejar aisladas, las filas de los elfos. Su corcel de ébano resoplaba como un trueno, mientras su hacha jamás descansaba ni erraba sus blancos, por lo que los elfos comenzaron a retroceder ante él. A la luz de la luna, y confundiéndose con su cota de escamas de dragón, su rostro parecía de hielo verdoso, era un maelstrón de rabia; los zarcillos de su barba se retorcían, los ojos le ardían como un fuego negro.

Skafloc le vio y aulló como un lobo. Hizo dar media vuelta a su caballo y lo lanzó contra Illrede. Su espada gritó y restalló, abatiendo enemigos como si fuera un leñador talando árboles jóvenes, como una confusa llama azul en la noches.

—¡Ah! —rugió Illrede—. ¡Dejádmelo! ¡Es mío!

Skafloc e Illrede cabalgaron el uno hacia el otro a lo largo de un camino súbitamente despejado de contendientes. Pero cuando el troll vio la espada rúnica, perdió el aliento y tiró de las riendas.

La risa de Skafloc pareció un ladrido.



Librodot

—En efecto, ha llegado tu fin. La tiniebla se abate sobre ti y tu maldita raza.

—Los males de este mundo no hay que achacárselos siempre a los trolls —dijo Illrede, con voz pausada—. Me parece que tú has cometido un acto mucho más malvado que cualquiera de los míos al traer a este mundo esa espada de nuevo. A pesar de la naturaleza de los trolls, que nunca pedimos, sino que nos fue adjudicada por las Nornas, nosotros nunca habríamos hecho una cosa semejantes.

—¡Porque no os habríais atrevido! —se mofó Skafloc, y se lanzó sobre él.

Illrede luchó valientemente. Su hacha hirió en el codillo al caballo Jötun. No caló mucho, pero sí lo suficiente para que el garañón relinchase y se encabritase. Cuando Skafloc intentaba mantenerse en la silla, Illrede intentó herirle.

El hombre interpuso su escudo, que se partió en dos, aunque consiguió mantener lejos de él la afilada hacha; Skafloc se agitó en su silla por efecto del golpe. Illrede se acercó más, dispuesto a destrozarle la cabeza. El yelmo se desarmó y sólo la fortaleza sobrenatural que le prestaba la espada impidió a Skafloc desvanecerse.

Illrede levantó el hacha de nuevo. Aún sin haberse recobrado del todo, Skafloc le golpeó, sin mucha energía. Sin embargo, espada y hacha se encontraron entre una lluvia de chispas, y con un gran estruendo el hacha se partió en dos. Skafloc agitó la cabeza para despejarse. Se rió y le cortó a Illrede el brazo izquierdo.

El Rey de los Trolls titubeó. La hoja de Skafloc volvió a caer, llevándose el otro brazo.

—No es propio de guerreros jugar con el enemigo inerme —dijo Illrede, con un gemido—. Es la espada quien hace esto, no tú.

Al oír aquello, Skafloc le dio muerte.

Entonces, el miedo hizo presa en los trolls, que se retiraron en desorden. Los elfos se lanzaron furiosamente contra ellos. El estruendo de la batalla resonó entre las montañas. A la vanguardia de los elfos, su rey combatía sin dejar de incitarlos; pero era Skafloc quien, cabalgando por todas partes y cosechando guerreros con la espada que no sólo parecía gotear sangre, sino fuego azul, infundía en sus enemigos el más hondo de los espantos.

Al final, los trolls se desbandaron y huyeron. Los elfos, implacables, les dieron caza, abatiéndolos y obligándolos a regresar al campamento incendiado. No se salvaron muchos.

El Rey de los Elfos refrenó su caballo cuando comenzaban a despuntar las primeras luces del alba y contempló la espantosa carnicería que rodeaba los muros del castillo. Una fría brisa ondulaba sus cabellos, libres ya del yelmo, las crines y la cola de su caballo. Skafloc cabalgó a su encuentro, demacrado y derrengado, manchado de la sangre y los sesos del enemigo, aunque sin haber perdido sus ansias de venganza.

—Ha sido una gran victoria —dijo el Rey de los Elfos—. Sin embargo, somos el último bastión de los elfos. Los trolls han recorrido a sus anchas todo Alfheim.

—Algo que no podrán seguir haciendo —replicó Skafloc—. Los atacaremos de nuevo. Como ahora se encuentran muy dispersos, todos los elfos que no se sometieron a ellos y que aceptaron vivir como proscritos se unirán a nosotros. Por lo menos, podremos armarlos con lo que les quitemos a los trolls que vayamos matando. La guerra será ardua, pero mi espada nos dará la victoria. Además —prosiguió, pausadamente—, tengo un nuevo estandarte que alzar a la vanguardia de nuestro ejército, y espero que sirva para espantar a nuestros enemigos —y entonces levantó en alto la lanza en donde había clavado la cabeza de Illrede. Los ojos sin vida parecían mirarlo y la boca esbozar una mueca amenazantes.

El Rey de los Elfos dio un respingo.

—Tu corazón es implacable, Skafloc —dijo—. Estas muy cambiado desde la última vez que nos vimos. De acuerdo, será como deseas.

## CAPITULO 24

**E**n la madrugada de aquel día de invierno, Freda llegó a las tierras de Thorkel Erlendsson. El granjero acababa de levantarse y de salir a ver qué tiempo hacía. Por un instante no dio crédito a sus ojos: una joven vestida de guerrero, con armas y cota de malla de un metal desconocido, del color del cobre, y ropajes igualmente extraños, que avanzaba dando tumbos, como una ciega... no, no podía ser.

Hizo ademán de coger una lanza que estaba detrás de la puerta, pero desistió cuando volvió a mirar a la joven, ya más de cerca, y reconoció a Freda: cansada y abatida. Quien se dirigía hacia la casa era Freda, la hija de Orm.

Thorkel la condujo al interior. Aasa, su mujer, se apresuró a ayudarla.

—Has estado fuera mucho tiempo, Freda —dijo—. ¡Bienvenida a casa!

La joven intentó responder, pero de su boca no salió ninguna palabra.

— ¡Pobre niña! —murmuró Aasa—. ¡Pobre niña perdida! Vamos, te ayudaré a meterla en la cama.

Audun, el hijo de Thorkel que iba detrás del primogénito Erlend, asesinado como se recordará, entró en la casa.

—En el corazón de una doncella de noble cuna no hace tanto frío como afuera —comentó y, al ver a la joven, preguntó—: ¿Quién es?

—Freda, la hija de Orm —contestó Thorkel—, que ha vuelto, no sé cómo.

Audun se inclinó sobre ella.

—¡Vaya, es maravilloso! —dijo, lleno de alegría. Y la cogió por el talle pero, antes de que pudiera besarla, la muda angustia de ella le caló en el corazón, haciéndole desistir—. ¿Pero qué ocurre? —preguntó.

—¿Ocurrir? —dijo Aasa, bruscamente—. Mejor sería preguntar qué es lo que no le habrá ocurrido a esta pobre infeliz. Y ahora, patosos y cegatos de hombres, salid fuera y dejadme que la meta en la cama.

Freda permaneció despierta durante largo rato, mirando a la pared. Cuando finalmente Aasa le llevó de comer y le obligó a tomar algo, murmurando palabras de aliento y acariciándole el cabello como habría hecho una madre con su pequeña, Freda se echó a llorar. Largo fue el caudal de sus lágrimas, aunque silencioso. Aasa la tuvo cogida todo el rato, dejando que echase fuera toda su pena. Y de tal suerte, ya calmada, Freda se quedó dormida.

Más tarde, a petición de Thorkel, aceptó quedarse a vivir entre ellos durante un tiempo. Aunque su recuperación fue rápida, ya no era la muchacha alegre que todos recordaban.

Thorkel le preguntó qué le había sucedido y, como ella bajó la mirada, al tiempo que palidecía, se apresuró a añadir:

—No, no tienes que hablar si no quieres.

—No tengo ningún motivo para ocultar la verdad —dijo, tan bajo que apenas se la oyó— .Valgard nos llevó, a mí y a Asgerd, hacia el Este, en su barco, para entregarnos a un rey pagano y que hiciera con nosotras lo que quisiera. Apenas habíamos desembarcado cuando... otro vikingo cayó sobre él, haciendo huir a sus guerreros. Valgard escapó y Asgerd murió en la refriega. El otro guerrero me llevó con él. Finalmente, como tenía, creo..., que hacer negocios en tierras lejanas y no me podía llevar..., me dejó en la granja de mi padre.

—Vas vestida de forma extraña.

—Todo lo que llevo encima es del vikingo. No sé de dónde lo sacaría. En más de una ocasión luché a su lado. Era un buen hombre, a pesar de ser pagano —Freda miró al fuego del hogar de la habitación en donde estaban sentados—. Es cierto. Era el mejor, el más bravo y el más amable de los hombres —apretó los labios—. ¿Y por qué no iba a serlo? Venía de buena familia.

Se levantó y salió de la casa con paso vivo. Thorkel la siguió con la mirada, mientras se mesaba la barba.



Librodot

—No ha dicho toda la verdad —dijo, en voz alta—, pero creo que será lo único que oigamos de sus labios.

Ni siquiera al sacerdote que la confesó Freda le contó más cosas. Después se alejó, sola, y se detuvo en una elevada colina, a mirar el ciclo.

El invierno se estaba acabando y hacía un día espléndido, sin asomo de frío. La blanca nieve relucía sobre la blanca tierra, mientras, encima de su cabeza, ninguna nube alteraba el azul del cielo.

Freda dijo para sí en voz baja:

«Ahora estoy en pecado mortal, por no haber confesado que había yacido con él sin estar casados, y además siendo su hermana. Cargaré sobre mi alma ese peso que llevaré hasta la tumba. Padre Omnipotente, Tú sabes que nuestro pecado era demasiado maravilloso y sincero para ser enlodado con el nombre más feo. Castígame a mí, pero perdónale a él, que no conocía tu ley —se le subieron los colores a la cara—. Además, creo que debajo de mi corazón llevo algo que a ti, María, no te habría resultado ajeno... No permitas que reciba un nombre infame por lo que hicieron sus padres. Padre, Madre e Hijo, haced conmigo lo que queráis, pero perdonad al inocente pequeño.»

Cuando regresó se sintió más serena. El aire frío besaba la sangre de sus mejillas, los rayos del sol se mudaban en bronce y cobre al caer sobre sus cabellos, y sus ojos grises refulgían. Había una sonrisa en sus labios cuando se encontró con Audun Thorkelsson.

Aunque poco mayor que ella, era alto y fuerte; experto en la labranza, parecía que también se le diera bien el juego de las armas. Sus rizos rubios resplandecían sobre un rostro que se ruborizaba y sonreía malicioso, por turnos, como el de una muchacha. Al ver a Freda, salió a su encuentro.

—Te... estaba buscando..., Freda —dijo.

—¿Por qué me buscabas? ¿Querías algo de mí? —preguntó ella.

—No, bueno... sí, te buscaba... para hablar contigo —dijo, finalmente. Y echó a andar a su lado, mientras de vez en cuando le echaba una mirada furtiva.

—¿Qué vas a hacer? —se decidió a preguntarle a Freda.

La serenidad la abandonó. Echó una mirada al cielo y otra al campo. Desde allí no se veía el mar, pero el viento aún era lo suficientemente fuerte para hacerle llegar su voz, incansable, inquieto.

—No lo sé —dijo—. No tengo a nadie...

—¡Oh, sí que lo tienes! —exclamó. Quiso seguir hablando y no pudo decir nada más, por mucho que se maldijese en su fuero interno.

El invierno fue quedándose poco a poco exangüe bajo las alegres armas de la primavera. Freda aún seguía en casa de Thorkel. Nadie había hecho alusión alguna al hecho de su hijo ilegítimo, pues pensaban que lo extraño hubiera sido lo contrario, después de todo lo que había debido de pasar. Gracias a su fortaleza y a su estado de salud, y quizá porque aún aleteaba a su alrededor algo del hechizo de los elfos, casi no sufría náuseas, lo que le permitía trabajar duro e irse a dar largos paseos cuando no había nada que hacer, preferiblemente sola, aunque con mucha frecuencia Audun se ofreciese a acompañarla. Aasa estaba contenta de tener a alguien que la ayudase y una amiga con quien poder hablar, ya que no tenía hijas, y porque en su casa trabajaban pocas mujeres, al contrario de la de Orm. Pero ella era la que más hablaba, pues Freda se limitaba a contestar educadamente cuando le preguntaba... siempre, claro, que hubiese estado atendiendo a lo que decía la otra.

Al principio, el paso del tiempo la había torturado, menos por el peso de su pecado y la pérdida de los suyos —eso podía soportarlo, pues la nueva vida que crecía en su interior la consolaba— que por la ausencia de Skafloc.

Ni un signo, ni una palabra, ni una pista de él desde aquella última mirada cargada de desolación cerca de la tumba de Orm, en el amanecer invernal. Se había ido, acorralado por sus enemigos, hacia la más siniestra de las tierras, en busca de lo que acabaría trayéndole el infortunio. ¿Dónde estaría en aquel momento? ¿Seguiría vivo, o yacería rígido en el suelo, con los cuervos comiéndole esos ojos que habían brillado al contemplarla? ¿Deseaba la muerte con la misma intensidad con que tiempo atrás había deseado a Freda? ¿ O había olvidado lo que le resultaba tan duro de recordar, perdiendo su humanidad en el frío olvido de los besos de Leea...? No, eso no podía ser, jamás podría olvidar su amor mientras siguiese con vida.

Pero, si estaba vivo..., ¿dónde estaba, y durante cuánto tiempo más podría seguir con vida?

Una y otra vez soñaba con él, como si se encontrase vivo a su lado, con su corazón latiendo al unísono con el suyo, y la estrechase entre sus brazos, fuertes y al mismo tiempo tiernos. Le murmuraba cosas al oído, se reía, le recitaba un poema de amor, y el juego se convertía en amor... Pero todo acababa con el despertar de ella en la oscuridad y en el aire denso de la habitación cerrada.

Freda había cambiado. Vivir entre seres humanos le parecía aburrido y miserable después de los encantos de la corte de los elfos y de los días locos, ¿por qué no?, y alegres, en que salían a cazar trolls en medio de las soledades invernales. Y como Thorkel sólo se había bautizado para que los ingleses se aviniesen a comerciar con él, ella tenía pocas ocasiones de ver a un sacerdote..., lo cual, conociendo el pecado que se albergaba en su corazón, la alegraba. Por otra parte, las iglesias le parecían tétricas, después de los bosques, las colinas y el rumoroso mar. Aún seguía amando a Dios —pues, ¿no era la tierra entera Su obra, mientras que una iglesia era, a lo más, obra de unos pocos?— pero no se decidía a invocar Su nombre con frecuencia.

A veces no podía resistirse a levantarse de la cama en mitad de la noche, coger un caballo y cabalgar hacia el Norte. Con su Vista Encantada podía vislumbrar algo de Faerie... un gnomo vivaracho, un búho que no había nacido de huevo, un navío negro que bordeaba la costa. Pero aquellos a los que se atrevía a llamar huían de ella, por lo que nada podía saber de la marcha de la guerra.

Sin embargo, aquel mundo vagamente vislumbrado, irreal y lunar, era el mundo de Skafloc. Y durante un tiempo, milagrosamente breve, también había sido el suyo.

Siempre estaba haciendo algo para no pensar demasiado, y su cuerpo joven y sano florecía. Cuando las semanas se convirtieron en meses, sintió dentro de sí el mismo impulso que a los pájaros les hacía volver y a los árboles echar brotes tan hermosos como puños de niños recién nacidos. Se miró en las aguas de un estanque y vio que, dejando atrás la niñez, de repente se había hecho mujer... La figura esbelta estaba más llena, el seno turgente y en aumento, la sangre corriéndole más asentada, justo bajo la piel.

Si él pudiese verla en aquellos momentos... No, no, mejor que no venga. Pero le amo, le amo tanto...

El invierno se esfumó entre lluvias y truenos. La primera nota de verde, de tonos suaves, se esparció sobre árboles y prados. Los pájaros regresaban a casa. Freda vio una pareja de cigüeñas, que le resultaban conocidas, volando en círculos, desconcertadas, alrededor de las tierras de Orm. Siempre habían anidado en el tejado de su casa. Lloró en silencio, como hacen las últimas lluvias de la primavera. Se sentía con el corazón vacío.

No, no era eso, se estaba llenando de nuevo, pero no con la antigua alegría desenfrenada, sino con una felicidad más reposada. Su hijo crecía en su interior. En él —o en ella, daba lo mismo—, renacían todas las esperanzas perdidas.

Se detuvo en el crepúsculo, debajo de las flores de un manzano, mientras los pétalos le caían encima a cada soplo de brisa. El invierno se había ido. Skafloc vivía en la primavera, en las nubes y en las sombras, en el alba y en el crepúsculo, y en la luna que cabalgaba alta, hablándole entre el viento y riendo con la brisa del mar. Y por más que volviese el invierno una y otra vez, en la grande e interminable danza circular de los años, supo que siempre llevaría el verano en el corazón, aquel año y todos los que le deparase el futuro.

Thorkel estaba haciendo los preparativos para un viaje al continente, con el propósito de comerciar, y quizá para hacer alguna pequeña incursión a la antigua usanza vikinga, siempre que se le presentara la ocasión. Él y sus hijos llevaban planeando desde hacía mucho tiempo este viaje, pero a Audun se le habían quitado las ganas de viajar, por lo que finalmente le dijo a su padre:

—No puedo ir.

—¿Cómo? —exclamó Thorkel—. ¿Tú, que soñabas con el viaje más que todos nosotros, ahora quieres quedarte?

—Bueno... Es que creo que alguien debería quedarse.

—Tenemos buenos vigilantes. Audun apartó la mirada, incómodo.

—También los tenía Orm.

—Esta granja es mucho más pequeña que la de Orm, y por eso linda con más gente. ¿Acaso has olvidado que todos nuestros vecinos decidieron tener guardias después de lo ocurrido? —los ojos

perspicaces de Thorkel miraron fijamente a su hijo—. ¿Qué te ocurre, muchacho? Di la verdad. ¿Tienes miedo de luchar?

—Bien sabes que no —contestó Audun, acalorándose—, y aunque no lleve sobre mí la mancha de la sangre soy capaz de matar a cualquiera que lo afirme. Pero es que ahora no quiero ir, y eso es todo.

Thorkel asintió con la cabeza, lentamente.

—Entonces es por Freda. Lo imaginaba. Pero ella no tiene parientes.

—¿Y eso qué importa? Las tierras de su padre serán suyas. Yo mismo conseguiré un poco de dinero cuando me haga a la mar el próximo verano.

—¿Y el hijo que espera de ese vagabundo, de quien nunca habla pero en quien no deja nunca de pensar? Audun miró al suelo, furioso.

—¡Otra vez la misma historia! —murmuró—. No fue culpa suya. Ni del pequeño. Sería feliz si pudiera sentarle en mis rodillas. Ella necesita a alguien que la ayude..., sí, que la ayude a olvidar al hombre que la abandonó de manera tan inconsiderada. ¡Si diese con él, ya verías si tengo o no miedo de luchar!

—De acuerdo... —dijo Thorkel, encogiéndose de hombros—. Podría obligarte a que vinieras conmigo, pero veo que realmente no lo deseas —y, haciendo una pausa, añadió—: Tienes razón, tanta tierra no debe quedar sin producir. Y ella será una buena esposa, capaz de traer al mundo muchos hijos robustos —sonrió, aunque podía leerse la turbación en sus ojos—. Entonces, cortéjala y conquístala, si es que puedes. Espero que tengas más suerte que Erlend.

Después de la siembra, Thorkel se hizo a la mar con sus demás hijos y otros jóvenes. Y, como tenían pensado visitar bastantes tierras en las costas más lejanas del Mar del Norte, nadie esperaba su regreso hasta finales del otoño o comienzos del invierno. Audun, un tanto melancólico, siguió con la mirada el barco que se iba. Pero, al volverse y ver a Freda a su lado, se sintió bien pagado por todos sus desvelos.

—¿De verdad que sólo te has quedado para ocuparte de la cosecha? —preguntó.

—Supongo que tú intuirás la verdad —dijo con valentía, a pesar del tremendo calor que sentía en las orejas.

Freda apartó la mirada y no dijo nada.

Los días fueron haciéndose más largos y la tierra pareció crecer en plenitud: la tibieza del viento, el grito de la lluvia, el cantar de los pájaros, el bramido de los ciervos, el resplandor plateado de los peces en los ríos, las flores y la claridad de las noches... y los pataleos, cada vez más frecuentes, del niño que Freda llevaba en su vientres.

Y siempre, con una constancia igual de creciente, Audun estaba a su lado. Pero siempre, en un acceso de infelicidad, Freda le echaba de su lado. Y siempre, la expresión de pena que veía en su rostro le hacía sentir remordimientos.

No dejaba de volver a la carga una y otra vez, con palabras poco afortunadas, a las que ella prestaba poca o ninguna atención. Escondía el rostro en la fragancia de los ramos de flores que él le entregaba y le veía sonreír a través de los pétalos, tímido como un perrillo... ¡Qué extraño, un joven tan grande y seguro que era más débil que ella!

Si se casaban, sería él quien se entregase a ella, y no a la inversa. Pero no era Skafloc, sólo Audun. ¡Oh, amado inolvidable!

El recuerdo de Skafloc se estaba convirtiendo en un verano a punto de terminarse y dejar paso a un nuevo año. Templaba su corazón sin producirle quemaduras, y la nostalgia que sentía por él era como un tranquilo lago de montaña sobre cuya superficie comienzan a bailar los rayos del sol. Sentir un dolor interminable era un signo de debilidad, indigno por otra parte de lo que habían compartido.

Audun le gustaba. Sería un buen escudo para el hijo de Skafloc.

Una tarde, cuando ella y Audun estaban en la playa, con las aguas que murmuraban a sus pies y el crepúsculo rojo y oro a su espalda, el joven la tomó de las manos y, con una firmeza aprendida desde hacía poco, dijo:

—Freda, sabes que te amaba desde antes de que se te llevaran. En las últimas semanas he intentado conseguir tu mano de manera franca. Al principio no quisiste escucharme, y después no

quisiste responderme. Ahora te pido una respuesta sincera y, si tal es tu voluntad, dejaré de molestarte. Freda, ¿quieres casarte conmigo?

Ella le miró a los ojos, y su respuesta fue pausada y clara:

-Sí.

## CAPITULO 25

**A** finales del verano, el clima de las tierras septentrionales comenzó a tornarse lluvioso. Durante días y noches enteros el viento azotó las Colinas de los Elfos, cubriéndolas con un velo gris, desgarrado solamente por los relámpagos. Los trolls no se atrevían a dejar Elfheugh, pues las bandas de sus enemigos sin patria habían crecido en número, en recursos, en astucia y en el arte de hacer emboscadas. Bajos de moral y de energías, bebían, jugaban, discutían y volvían a beber. En aquella atmósfera cargada y temerosa, la menor palabra podía terminar en una pelea a muerte. Mientras tanto, las hembras de los elfos que se habían convertido en sus amantes se habían hecho tan perversas, que no pasaba un día sin que alguien perdiese la amistad, y frecuentemente la vida, por culpa de una de ellas.

Por los oscuros corredores se oían cosas inquietantes. Se decía que Illrede..., ¡ay!, había sucumbido, y que su cabeza, enarbolando una mueca inmutable, descansaba en un barril de salmuera hasta poco antes de la batalla, momento en que se convertía en el estandarte del enemigo. Guro, el nuevo rey, era incapaz de mantener la cohesión entre las diferentes fuerzas de los trolls, al contrario que el antiguo, y cada vez que lanzaba un contraataque era rechazado. Un demonio, montado en un caballo gigantesco, con una espada y un corazón salidos del Infierno, conducía a los elfos a la victoria sobre un enemigo que les doblaba en número.

Wendland había caído, murmuraba alguien, y el terrible caudillo de los elfos había cercado y exterminado a los trolls de la guarnición, sin perdonar a ninguno. Se decía que podría haberse recorrido aquel campo de batalla de un extremo a otro sin dejar de pisar los cuerpos de los trolls.

Las fortalezas de Noruega, Gotaland, Svealand y Dinamarca habían sido tomadas por asalto, comentaba otro: a pesar de ser castillos de los elfos, construidos con la minuciosidad propia de aquel pueblo para hacer imposible su asalto, habían caído con la misma rapidez con que se rindieran anteriormente a los trolls, y, con esa misma rapidez, sus guarniciones habían sido pasadas por la espada. En el golfo de Jutlandia, los elfos habían capturado una flota entera, que era la que estaban usando para hacer incursiones sobre la mismísima Trollheim.

Los aliados y los mercenarios, de los pocos que habían sobrevivido, los estaban traicionando. Se decía que una compañía de shen se había rebelado en Gardhariki contra sus compañeros trolls, acabando con ellos. Una revuelta de los goblins había supuesto la caída de tres ciudades —o cinco, o una docena, ¡qué más daba!— de Trollheim.

Los elfos se estaban adentrando en Valland, llevándose por delante a los trolls en retirada..., una retirada que se convirtió en desbandada y finalmente, con el mar a la espalda, y entre los cromlechs y menhires del Pueblo Antiguo, en una carnicería. En el castillo, todo eran consejas en lo concerniente a aquel espantoso caballo, que quitaba la vida a los guerreros con sus coces, y al arma que era mucho peor que él, pues traspasaba los metales como si fuesen simples telas, sin sufrir mella en su doble filo.

Valgard, cada vez más enjuto, torvo y lacónico, a medida que pasaban los meses, intentó levantarles la moral.



Librodot

—Es cierto que los elfos se han reagrupado —dijo—, y que han adquirido cierto poder; pero, ¿acaso no habéis visto nunca a nadie debatirse antes de morir? Están gastando sus últimas energías, que no les valdrán de nada.

Lo que los trolls sabían muy bien era que cada vez llegaban menos navíos del otro lado del Canal o de los mares orientales, pero que las noticias que les contaban hablaban de derrota. Por eso Valgard tuvo que prohibirles que hablaran con sus tripulaciones. También sabían que los elfos proscritos, al mando de Flam y de Lanzadefuego, iban creciendo en osadía, al punto de que ni siquiera un ejército podía estar a salvo de sus flechas furtivas, ni de sus relampagueantes incursiones a caballo o de sus inopinados desembarcos; que los Sídh de Irlanda se estaban armando como si fueran a ir a la guerra; y, finalmente, que el cansancio, la desesperación y la envidia crecían entre sus propias filas, alimentadas con las insidias de las hembras de los elfos.

Valgard, incansable, recorría el castillo de arriba abajo, desde las más altas torres, donde hacen su nido chovas y azores, hasta las más profundas mazmorras, escondrijo de la araña y el sapo. Maldiciendo continuamente, en ocasiones golpeaba a alguien, e incluso llegaba a matarlo si era presa de un acceso de rabia. Sentía que se ahogaba, encerrado en aquellos muros de niebla azulada por los proscritos del exterior, por las fuerzas crecientes del Rey de los Elfos y por la vida que había llevado hasta entonces. Y nada podía hacer para remediarlo.

Carecía de sentido salir afuera, pues era como luchar contra las sombras: de los furtivos no quedaba ni rastro, pero, de repente, sin que nadie supiese de dónde había salido, una flecha se clavaba en la espalda de un troll, una cuerda se enroscaba alrededor del cuello de otro, un foso con agudísimas estacas en el fondo engullía a un caballo y a su jinete. Ni siquiera en la mesa se podía estar seguro, pues de vez en cuando moría uno de sus guerreros, con síntomas evidentes de envenenamiento, y ninguna de las melifluas sirvientas ofrecía pista alguna, dando a entender que podría haber sido obra de otro troll, impulsado por el rencor.

Los elfos se mostraban astutos y pacientes, convirtiendo su debilidad en fortaleza mientras esperaban momentos mejores. Los trolls no conseguían comprenderlos, por lo que, poco a poco, comenzaron a temer a la especie que habían derrotado.

Pero ahora eran los elfos quienes les infligían derrota tras derrota, pensó Valgard con tristeza. Y si en la medida de lo posible intentaba ocultar a sus guerreros aquel hecho, en cambio no conseguía impedir los cuchicheos y las disputas.

Así pues, no podía hacer otra cosa que sentarse en el sitial de Imric y beber copa tras copa de su ardiente vino. Leea le servía, y su copa jamás estaba vacía. Él se iba apagando en silencio, con los ojos en blanco, sin ver, hasta que se derrumbaba en el suelo.

Sin embargo, cuando no estaba demasiado bebido y podía caminar, como aquella tarde, levantaba lentamente su poderoso cuerpo. Vacilando levemente, atravesaba la sala donde los jefes de los trolls yacían entre porquerías y vómitos, tomaba una antorcha y bajaba por una escalera tallada groseramente en la roca. Apoyándose en la fría y resbaladiza pared, llegaba hasta la puerta de una de las mazmorras y la abría.

El blanco cuerpo de Imric, lleno de tiznones y de coágulos de sangre, relucía en la penumbra, por efecto de la luz de los carbones encendidos bajo sus pies. Los diablillos que cuidaban de aquel fuego lo mantenían continuamente encendido. Mientras, el Conde seguía colgado de los pulgares, sin comida ni bebida. Tenía el vientre hundido, la piel tensa sobre las arqueadas costillas, la lengua negra..., pero seguía siendo un elfo y aquello no era suficiente para acabar con él.

Sus almendrados ojos, azules y nebulosos, se posaron fijamente en Valgard, con esa mirada impenetrable que tanto le desazonaba. El berserkr disfrazó su miedo con una mueca.

—¿Adivinas el motivo de mi visita? —preguntó. Su voz era engolada, pero él estaba a punto de perder el equilibrio.

Imric no contestó. Valgard le abofeteó en la boca, y el golpe sonó muy fuerte en aquel silencio y suscitó múltiples ecos. El diablillo se echó a un lado, con los ojos y las garras brillándole en la oscuridad.

—Sí que lo adivinas, a no ser que el cerebro se te haya secado en el cráneo —dijo Valgard—. Ya he venido en otras ocasiones, y volveré más veces.



Librodot

Cogió un látigo de un gancho de la pared y peinó con sus dedos las largas tiras de cuero. Le relucían los ojos mientras se pasaba la lengua por los labios.

—Te odio —susurró. Y acercó su rostro al de Imric—. Te odio por traerme al mundo. Te odio por robarme mi herencia. Te odio porque eres lo que nunca podré ser... ni a pesar de que lo deseara, ¡elfo maldito! Te odio por tus artes malvadas. Te odio porque tu condenado hijo adoptivo no está al alcance de mi mano y tengo que contentarme... ¡contigo!

Levantó el látigo. El diablillo salió corriendo hacia un rincón, lo más deprisa que pudo. Imric no emitió ningún sonido, ni hizo movimiento alguno.

Cuando a Valgard se le cansó el brazo, usó el otro. Cuando también se le cansó, arrojó el látigo y se fue.

Se le estaba pasando el efecto del vino, dejando en su lugar una sensación de frío y de dolor de cabeza. Cuando se acercó a una ventana escuchó el ruido de la lluvia.

El verano, tan odiado por los trolls, y por el que tanto había estado suspirando a la espera de poder descansar en verdes valles y en las márgenes de risueños ríos, que había malgastado en fútiles salidas contra los elfos o permaneciendo encerrado dentro de aquellos muros, se estaba desvaneciendo. Pero lo mismo le pasaba a Trollheim. En Valland se había hecho el silencio. La última noticia que se tenía de ella hablaba de una tremenda batalla que había terminado en una matanza.

¿Es que nunca iba a dejar de llover? Sintió un escalofrío ante el hálito de humedad que entraba por la ventana. Un relámpago zigzagueó blancoazulado, y los huesos le temblequearon en espera del trueno.

Subió las escaleras, con paso vacilante, y se dirigió a sus aposentos. El troll de guardia estaba tirado en el suelo, hecho un ovillo, completamente ebrio... ¡Ja! ¿Sería cierto que todos eran unos borrachos y que se asesinaban unos a otros? ¿Es que entre toda aquella horda, maloliente y alborotadora, no habría nadie a quien poder abrirle su corazón?

Llegó al dormitorio y se detuvo, imponente y encorvado, en el umbral. Leea se levantó del lecho. Al menos ella, pensó, un tanto embotado de ideas, no se portaba como una cualquiera, al igual que las demás hembras del castillo, y le confortaba cuando no se encontraba bien consigo mismo.

Relampagueó de nuevo. El trueno hizo estremecerse las paredes. El viento aulló, lanzando la lluvia contra la ventana. Los tapices se agitaron y las velas parpadearon en la corriente de aire frío.

Valgard se sentó pesadamente a un lado de la cama. Leea le pasó los brazos alrededor del cuello, mientras le miraba fijamente con sus fríos ojos lunares; la sonrisa, la sedosa suavidad y el olor que desprendía eran fascinantes, aunque desprovistos de calor. Le habló dulcemente mientras, fuera, seguía la tormenta:

—¿Qué has hecho, mi señor?

—Lo que ya sabes —musitó—, y me pregunto por qué no has intentado impedírmelo nunca.

—El más fuerte hace lo que quiere con el más débil —deslizó una mano bajo la ropa de él, indicando a las claras lo que podría hacer con ella; pero Valgard no prestó atención.

—Es cierto —dijo, apretando los dientes—. Esa ley es buena cuando quien la aplica tiene la fuerza. Pero ahora los trolls están cediendo, pues Skafloc (en todo lo que oigo aparece Skafloc) ha regresado con un arma que le da la victoria. Y me pregunto si esa ley sigue siendo la correcta.

Se volvió para mirarla, con expresión sombría.

—Pero lo que no consigo comprender —añadió— es la caída de las grandes fortalezas. Incluso un ejército elfo, victorioso a campo abierto, debiera haber perdido su filo al chocar contra sus murallas. Algunas de estas fortalezas siempre se mantuvieron en poder de los elfos a pesar de todo lo que enviamos contra ellas. A otras las conquistamos por el hambre; pero la mayoría se rindieron sin lucha, como ésta. Las hemos abastecido con una tropa numerosa y con todo tipo de suministros y armas... y las hemos perdido en cuanto una tropa del Rey de los Elfos se ha lanzado a su asalto —movió la desgreñada cabeza—. ¿Por qué?

Abrazó sus delicados hombros con sus enormes manos, y continuó con aquella especie de monólogo:

—Elfheugh no caerá. ¡No puede caer! La mantendré en mi poder hasta que los mismísimos dioses entren en liza contra mí. ¡Ja! Anhelo combatir..., pues sólo eso puede animarme y acabar con

el aburrimiento de mi gente. Y los aplastaremos, ¿me oyes? Les haremos retroceder y entonces pondré la cabeza de Skafloc, clavada en una pica, en lo alto de estas murallas.

—Sí, mi señor —murmuró Leea, sonriendo por lo bajo.

—Soy fuerte —dijo Valgard, con voz ronca—. Cuando era un vikingo, les rompía los huesos a los hombres con las manos desnudas. Y no tengo miedo, pues soy astuto. He ganado muchas victorias, y todavía ganaré muchas más.

Dejó caer las manos encima de las rodillas; los ojos se le habían ensombrecido.

—Pero, ¿por qué? —murmuró—. ¿Por qué soy así? Porque así me hizo Imric. Me moldeó a imagen del hijo de Orm. Si estoy vivo no es por otra razón, y mi fuerza, mi apariencia y mi cerebro son los de... Skafloc.

Se levantó, se quedó absorto, mirando al vacío como un ciego, y exclamó:

—Pues, ¿qué soy yo, sino la sombra de Skafloc?

El relámpago dio un brinco, llameante, fuego del infierno perdido en el cielo. El trueno le siguió. Arreció el viento. La lluvia caía a mares sobre los cristales de las ventanas. Una ráfaga de viento que venía de algún sitio apagó las velas.

Valgard titubeó, avanzando a tientas en la oscuridad iluminada por los relámpagos de la tormenta.

—¡Le mataré! —masculló—. Le sepultaré en lo más hondo del mar. Mataré a Imric, a Freda, y a ti, Leea..., a todo el que sepa que no estoy realmente vivo, que soy un fantasma encerrado dentro de una carne moldeada a imagen de un hombre vivo... Carne viva, mis manos están frías...

Las ruedas del carro del trueno seguían rodando en los cielos. Valgard aulló.

—¡Eso, sigue descargando tu martillo a tu alrededor! ¡Haz ruido mientras puedas! ¡Abrazaré con mis frías manos las columnas de la Sala de los Dioses y provocaré su hundimiento! ¡Pisotearé el mundo con mis pies! ¡Liberaré las tormentas, las tinieblas y los hielos del Norte, no dejaré tras de mí más que cenizas! Pues soy... ¡la Muerte!

Alguien llamó desesperadamente a la puerta, pero apenas se oyó debido a la tormenta. Valgard dio un alarido bestial y abrió. Sus dedos buscaron el cuello del troll que se encontraba ante él, sucio y cansado.

—Comenzaré contigo —dijo.

Los labios se le llenaron de espumarajos. El mensajero intentó resistir, pero ni siquiera la fuerza de un troll era suficiente para liberarse de aquel abrazo.

Cuando le dejó caer al suelo, muerto, la berserkirgangr abandonó a Valgard. Débil y tembloroso, se apoyó en una de las jambas de la puerta.

—¡Ha sido un desatino! —dijo, entrecortado.

—Quizá vinieran otros más con él —dijo Leea. Salió al rellano y llamó—: ¡Eh, aquí! ¡El Conde desea hablar con los que acaban de llegar!

Un segundo troll, igual de cansado y de sucio que el que le había precedido, con una cuchillada en la mejilla, que le sangraba, se dejó ver, aunque sin hacer ademán de subir por las escaleras.

—Cuando salimos éramos quince —gimió—. Sólo quedamos Hru y yo. Los proscritos han estado acechándonos a lo largo del camino.

—¿Qué mensaje me traéis? —inquirió Valgard.

—Los elfos han desembarcado en Inglaterra, señor. Y también hemos oído que los Sídh de Irlanda, capitaneados por el mismísimo Lugh Brazo Largo, están en Escocia.

Valgard asintió con su rostro demacrado.

## CAPITULO 26

**A**provechando la protección de una tormenta de otoño, Skafloc condujo a través del Canal a lo más selecto de los guerreros elfos. Él era el jefe de aquella hueste, pues el Rey de los Elfos se había quedado al mando de las restantes fuerzas que intentaban expulsar a los trolls de los dominios continentales de Alfheim. Reconquistar Inglaterra, le había advertido su rey, no sería tarea fácil; y si los trolls rechazaran su ataque, entonces Britania podría convertirse en el punto de reunión de sus fuerzas dispersas y, más tarde, en su principal base para el contraataque. Skafloc se encogió de hombros.

—La victoria acompaña a mi espada —dijo.

El Rey de los Elfos le miró fijamente antes de responderlo.

—Ten cuidado con esa espada. Hasta ahora nos ha servido de ayuda; sin embargo, es traicionera. Antes o después, está destinada a volverse contra el que la empuña, quizá cuando más se la necesite.

Skafloc prestó poca atención a estas palabras. No deseaba morir a cualquier precio —a fin de cuentas, todavía le quedaban por hacer muchas cosas en este mundo—, y, además, ¿quién sabía si no le faltarían aún muchos años? Pasara lo que pasase, todavía no tenía intenciones de deshacerse de la espada. Le daba lo que nadie más podía darle. Cuando la empuñaba en la batalla no se convertía en un berserkr todo lo contrario: su conciencia de las cosas era más nítida, su ingenio más pronto y más asentado. Pero se sentía como una llama que subiese hacia lo alto, como si abandonase su propio cuerpo y dejase de estar solo, siendo uno con lo que había hecho y con lo que iba a hacer. Así podía sentirse como un dios. Y así, aunque de manera diferente, se había sentido cuando estaba con Freda.

Reunió navíos, guerreros y caballos en unas playas de Armórica, ocultas a la vista. Envió mensajes a los jefes de los elfos de Inglaterra diciéndoles que ya podían comenzar a reagrupar a su gente. Y de noche, cuando las tempestades cubrían con su manto el mundo septentrional, cruzó el Canal con su flota.

La cellisca caía de un cielo que era negro excepto cuando parecía que los relámpagos lo partiesen en dos; entonces, las gotas que acababan de caer sobre la tierra, ya viniesen del cielo o de las hojas de los árboles, relucían por unos instantes con un intenso color blanco. En el mar, los truenos avanzaban y rugían a través del clamoroso y embravecido aire. Las olas hervían, blancas de la espuma y del rocío marinos, precipitándose hacia el Oeste y llegando muy lejos, entre gruñidos, a cualquier playa. Ni siquiera los elfos se atrevieron a izar las velas, por lo que hicieron su recorrido a fuerza de remo. La lluvia y el mar salpicaban sus rostros y manchaban sus vestiduras. Fuegos azules reptaban sobre los remos y las oscilantes cabezas de dragón de las proas.

A través de la tiniebla, surgió Inglaterra. Los elfos remaron hasta que les pareció que los músculos les iban a estallar. La resaca golpeaba entre gritos la playa y los arrecifes. El viento zarandeó los navíos, intentando que se despedazaran contra las rocas o que chocaran entre sí. Skafloc enseñó los dientes y dijo, para que todos le escucharan:

Gélidos y lujuriosos
son las besos que las hijas
de Ran, las de alabastrinos
brazos, nos otorgan, elfos,
mientras gritan y se ríen,
agitando así sus trenzas,
blancas y llenas de sal,
y muestran sus firmes pechos.

Desde la proa de su navío largo, que seguía balanceándose por las olas, vio el promontorio hacia el que se dirigían; y, por un momento, la nostalgia estuvo a punto de vencerle. Para conjurar su pena, declamó:



Librodot

De vuelta a casa, el ululante viento
de granizo engallado me ha traído
—¡cuán ardua fue, en verdad, la travesía!—
muy cerca de la adorada Inglaterra.
Ella vive detrás de aquella playa:
¿Volveré, acaso, a verla alguna vez?
¡Ay de mí, aquella rubia mujer
nunca abandonará mis pensamientos.

Pero luego tuvo que dedicar toda su atención a la maniobra para doblar el cabo.

Cuando todos los navíos de la flota hubieron ejecutado aquella operación, llegaron a la rada donde debían desembarcar. Una pequeña flotilla vigiló la operación mientras los demás navíos, uno tras otro, siguiendo un orden, embarrancaban en la arena y eran arrastrados posteriormente a tierra firme y amarrados.

A continuación, las tripulaciones se aprestaron a formar. Uno de los capitanes le hizo una pregunta a Skafloc:

—No nos has dicho quién tiene que quedarse de guardia para vigilar las naves.

—Nadie —contesto—. Necesitamos a todos los guerreros en las tierras del interior.

—¿Cómo? ¡Los trolls podrían llegar hasta aquí y quemar la flota entera, y entonces no tendríamos posibilidad alguna de retirarnos!

Skafloc miró hacia la playa, iluminada por los relámpagos.

—Para mí sí que no hay retirada —dijo—. No abandonaré Inglaterra, ni vivo ni muerto, hasta que los trolls sean expulsados de ella.

Los elfos le miraron con algo que no era el temor reverencial que inspiraba su fama de guerrero. Ni siquiera parecía un mortal, alto y cubierto de hierro, con la demoníaca espada a la cintura. En el azul líquido de sus ojos chispeaban unos destellos verdosos que recordaban los de la mirada de un lobo. Los elfos pensaron que estaba condenado.

Se montó en su caballo Jötun. Su orden resonó en el viento:

—Tocad los lures. ¡Esta noche cabalgaremos al encuentro de nuestra presa!

El ejército se puso en marcha. Un tercio estaba formado por tropas de a caballo. Los demás esperaban poder conseguir pronto cabalgadura. Cuando los elfos tenían que luchar en tierra, preferían hacerlo a caballo, como los franceses y los normandos, y no como los ingleses o los daneses. La lluvia caía sobre ellos, las hojas muertas crujían bajo sus pies, los relámpagos crepitaban y el frío viento se abría paso con el primer hálito del nuevo invierno.

Poco después escucharon el remoto y broncíneo sonido de los cuernos de batalla de los trolls. Los elfos empuñaron las armas y sonrieron a la luz de los relámpagos. Asieron los escudos, que rezumaban lluvia, y los lures sonaron de nuevo.

Skafloc cabalgaba en la punta de la formación en cuña. En aquel momento no sentía ninguna alegría. El pensamiento de una nueva carnicería le hacía sentir náuseas y desánimo. Y sin embargo sabía que pensaría de otra manera cuando desenvainase su espada, por lo que apenas podía esperar a dar la señal de comenzar el combate.

Entonces aparecieron los trolls, una masa oscura sobre las grandes colinas onduladas. Debían de haber sentido la presencia de los recién llegados y despachado fuerzas de alguno de los castillos próximos, posiblemente del de Alfarhoi. Su número no era despreciable, aunque bastante inferior al de los elfos. La mitad iba a caballo, y Skafloc oyó a alguien, cerca de él, comentar alegremente:

—Aquí es donde voy a procurarme cuatro patas para ir más cómodo.

El jefe que estaba a su derecha se mostró menos animado.

—Los sobrepasamos en número —dijo—, pero no lo suficiente para derrotarlos. No sería la primera vez que unos bravos guerreros hacen morder el polvo a huestes más numerosas.

—No tengo miedo de que vayan a derrotarnos —replicó Skafloc—; sin embargo, sería una desgracia que matasen a muchos de los nuestros, porque entonces el siguiente asalto podría ser el último —su rostro se volvió amenazador—. ¡Maldición! ¿Dónde está el grueso de los elfos de



Librodot

Inglaterra? Ya deberíamos haber establecido contacto con ellos... A no ser que nuestros mensajeros hayan sido capturados por el camino.

Los cuernos de los trolls dieron la señal de ataque. Skafloc desenvainó su espada y la hizo girar alrededor de su cabeza. Los relámpagos arrancaron de su hoja un brillo cegador, que despedía un fuego azulado.

—¡Adelante! —gritó, y espoleó su caballo. La gloria del poder brotó en su interior.

Lanzas y flechas volaron sobre sus cabezas, sin que la tormenta permitiese verlas u oírlas. El viento lacerante impedía hacer puntería, por lo que el choque de las armas no tardó en comenzar.

Skafloc se echó hacia delante, apoyándose en el estribo y comenzó a herir a sus enemigos. Un troll le golpeó, pero su espada le cortó los brazos. Otro se le acercó, con el hacha en vilo. La hoja gritó y le alcanzó en el cuello. Un piquero lanzó su arma; la punta rebotó en el escudo de Skafloc, quien partió en dos su astil, mientras su cabalgadura pisoteaba al troll, incrustándole en el fango.

¡Hacha y espada! ¡Estruendo y raudal de estrellas! ¡Metal hendido, carne abierta, guerreros cayendo al suelo, diabólica danza de los relámpagos!

Skafloc cabalgaba entre el estruendo de las armas, golpeando una y otra vez. El impacto de sus mandobles repercutía en su cota de malla y en sus propios huesos, de suerte que sus hombros recibían de rebote cada golpe que daba. Las armas le rodeaban y eran detenidas por el escudo o desviadas por la espada. El grito de ave de presa de su hoja se podía escuchar a través del viento y del trueno. Nadie podía hacerle frente. Condujo a sus guerreros a través de las líneas de los trolls y se volvió para cubrir su retaguardia.

Sin embargo, los trolls seguían luchando obstinadamente. Formaron varias bolsas y mantuvieron sus posiciones, lanzándoles una lluvia de flechas. Los caballos que cargaban sobre ellos acababan en la empalizada de lanzas. Los elfos caían bajo las hachas y las mazas. ¿Dónde estaban los refuerzos? ¿Iban a llegar alguna vez?

Como respondiendo a aquella muda pregunta, se oyó un cuerno... y otro, y un tercero... y un grito de guerra, una granizada de proyectiles... ¡y una avalancha de cientos de elfos cubiertos de harapos se desató en la noche!

—¡Viva Alfheim!

Lanzadefuego galopaba en la vanguardia. La sangre goteaba de su lanza lo mismo que la lluvia de su yelmo. La alegría brillaba en su rostro. A su lado, con el hacha mellada por mil batallas, iba Flam de las Orcadas. También acudían a la batalla otros jefes elfos, como si hubiesen salido de la tierra para vengarse de quienes los habían expoliado.

A partir de entonces no resultó difícil acabar con los enemigos, y al poco tiempo los cadáveres eran los únicos ocupantes del terreno. Skafloc, Lanzadefuego, Flam y el resto de los comandantes celebraron consejo sin bajar de sus cabalgaduras.

—Vinimos lo más deprisa que pudimos —dijo Lanzadefuego—. Tuvimos que detenernos en Runehill para ocupar la fortaleza, ya que nuestras amigas nos habían abierto sus puertas y dentro sólo quedaban unos pocos trolls. ¡Qué bien se comportaron las valientes! Espero que, al ver que casi toda la guarnición se ha quedado en el campo de batalla, hayan puesto Alfarhói a punto para nosotros.

—Bien —asintió Skafloc.

Acabada la batalla y envainada ya la espada, volvía a acusar el cansancio. La tormenta estaba muriendo sobre sus cabezas, entre gruñidos y centelleos, el viento había decaído y la lluvia lavaba enérgicamente un cielo resplandeciente.

—Los Sídh de Erin también están combatiendo —dijo Flam—. Lugh ha desembarcado en Escocia, y Manannán está expulsando a los trolls de las islas y aguas más al Norte.

—¡Ah!... ¡Ha mantenido su palabra! —Skafloc enarboló una cálida sonrisa—. Manannán es un verdadero amigo. Y el único dios de quien puedo fiarme.

—Pero sólo porque es un semidiós que ha perdido la mayor parte de sus poderes, poniéndose al nivel de Faerie —murmuró Lanzadefuego—. No es prudente tener tratos con dioses... o gigantes.

—Bueno, mejor será que nos movamos y así lleguemos antes del amanecer —dijo Flam—. Hoy podremos dormir en Alfarhói. ¡Oh, cuánto hace que no duermo en uno de nuestros castillos al lado de una de nuestras damas!

Los labios de Skafloc se contrajeron, pero se mantuvo en silencio.



Librodot

Aunque el otoño de aquel año hubiese llegado con tanta animosidad, no tardó en sosegarse y seguir así durante un período insólitamente largo. Era como si la tierra diese la bienvenida a sus enamorados de antaño. Algunos yacían con ella para siempre, y los arces los recordaban en el color de sus hojas. Otros árboles se estremecían con mil colores de oro y bronce, sobre colinas brumosas que se levantaban bajo un cielo de ensueño. Las ardillas se movían por todas partes, recogiendo su pequeña cosecha; los ciervos movían los cuernos y bramaban orgullosos; el lejano grito de los gansos que se dirigían al Sur bajaba hacia el suelo, lo mismo que las hojas. De noche, incontables, las estrellas brillaban como nunca, tanto que parecía que pudiera cogérselas con la mano y arrancarlas de la cristalina negrura en que estaban prendidas.

Y la fortuna de los elfos seguía siendo buena. Al Norte y al Sur, al Este y al Oeste, sus enemigos eran rechazados con pérdidas insignificantes para ellos. Pues no sólo tenían aliados temibles, sino que, como estaban mejor equipados y podían disponer de los refuerzos que les llegaban semana tras semana desde que el Rey de los Elfos hubo comenzado a limpiar el continente, estaban recobrando sus cantillos con gran facilidad. Los trolls, por su parte, se habían quedado completamente aislados desde que Manannán mantenía con mano fuerte el bloqueo. Hacia el fin de la estación, los elfos comenzaban a lamentarse de lo difícil que resultaba encontrar a alguien con quien luchar.

Pero aquello no alegraba a Skafloc, pues sabía a qué era debido. En cuanto Valgard comprendió que sus tropas irían cayendo poco a poco en el campo de batalla, comenzó a llevarlas a Elfheugh lo más deprisa que pudo; algunos grupos permanecieron donde estaban, para impedir que los elfos pudiesen atacar contingentes más nutridos. Pero Skafloc no ponía en duda que sería capaz de vencer aquella última resistencia, por alto que fuese el precio que pagar.

No es que le preocupase en exceso, sino que ofendía su sentido del perfeccionismo, por lo que no hacía más que sopesar distintos planes para terminar aquel asunto cuanto antes. Pero sus pensamientos no iban tan deprisa como antaño, debido a la segunda cuestión que le roía por dentro, y cada vez más desde que la paz estaba al alcance de la mano.

Las batallas campales dieron paso a escaramuzas, a encuentros de poca importancia, a una marcha sin incidentes. Durante días, que se convirtieron en semanas, su espada durmió en su vaina. Entonces se le avivaron los recuerdos. En cierta manera, había esmerado que la herida de lo más profundo de su ser se le hubiese cerrado con el tiempo. Pero descubrió que no había sido así. Y ya no fue capaz de decir qué le desconsolaba más: si sus largos insomnios o sus sueños.

En aquella tesitura en que se encontraba, el otoño se fue convirtiendo en invierno. Pero éste se acabó la noche en que, estando en el Danelaw, Lanzadefuego —a quien Skafloc no había contado más que a los demás, dejándole creer que se había cansado de su compañera humana, o que la había llevado a las tierras de los hombres para su seguridad— fue a su encuentro para decirle:

—Quizá te interese saber que, cuando cabalgaba en el crepúsculo por una granja que no está muy lejos de aquí, vi a una joven que muy bien podría ser Freda, la hija de Orm. Estaba embarazada, y me dio la impresión de que no sólo soportaba el peso del niño, sino el de una gran pena.

Aquella tarde, Skafloc salió a pasear solo. El negro garañón iba al paso... no más deprisa que un corcel mortal. Las hojas caídas crujían bajo sus cascos, después de bailar ante él en el frío viento. Las que aún colgaban de las ramas de los árboles todavía estaban brillantes, como si quisieran instar al jinete a que se hiciese una corona con ellas. El crepúsculo descendió cargado de bruma, mientras atravesaba bosques que a su jinete le resultaban conocidos.

Skafloc no acusaba el peso del yelmo, de la loriga y de la espada de empuñadura en forma de dragón. Sus cabellos se movían, largos y sueltos, bajo el bonete que los cubría. Su rostro, de rasgos muy marcados y de piel curtida por las inclemencias del tiempo, era impasible. Sin embargo, su corazón latía y latía, y la sangre le zumbaba en los oídos, las manos le sudaban y tenía la boca seca.

La penumbra se convirtió en una oscuridad llena de sonidos. Vadeó un arroyuelo de aguas susurrantes y frías como el hielo, y con su Vista Encantada distinguió las hojas muertas que flotaban hacia el mar como oscuras barquichuelas. Oyó el ulular de un búho y el crujido de unos árboles... pero, sobre todo, el silencio no exento de melodía en que vivía su corazón.

¡Oh, Freda, Freda! ¿De veras estás tan cerca?

Muchas estrellas habían comenzado ya su parpadeo cuando Skafloc llegó a la granja de Thorkel Erlendsson. Silbó una fórmula que obligó a los perros a salir corriendo sin ladrar y sin hacer ruido al pisar en el suelo. La granja estaba a oscuras, salvo el débil resplandor de un fuego que se filtraba por la rendija inferior de la puerta principal de la casa.

Desmontó. Le temblaban las rodillas. Tuvo que hacer un esfuerzo de voluntad para llegar a la puerta. Habían corrido el cerrojo, lo que le obligó a detenerse para preparar el hechizo que le abriría la puerta.

Como Thorkel era un terrateniente y no un jefe guerrero, el salón de su casa no era grande; nadie dormía en él, excepto cuando había huéspedes. Freda, aún despierta, se hallaba sentada cerca del fuego del hogar, como era su costumbre. Audun entró en la sala, desde la puerta trasera. Los ojos le brillaban más que la llaman.

—No puedo dormir —dijo—. Los demás duermen... ¡y cómo!... Así que me he vestido y me he venido hasta aquí, con la esperanza de poder hablar sin que los demás nos estén mirando.

Se sentó en el banco, muy cerca de ella. La luz se reflejaba con colores rojizos en los cabellos de Freda. No los llevaba recogidos en una redecilla a la manera de una esposa, sino en una trenza.

—Casi no puedo creer en mi buena fortuna —dijo Audun—. Mi padre regresará un día de éstos, y entonces nos casaremos.

Freda sonrió.

—Déjame, al menos, que antes tenga a mi pequeño y que me restablezca un poco —replicó—. Creo que puede venir en cualquier momento —y, con expresión seria, preguntó pausadamente—: ¿No tendrás nada contra mí... o contra él?

—¿Por qué iba a tenerlo? —dijo Audun—. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Es tu hijo. Eso es suficiente para mí. Será como si fuese mío.

Y la tomó entre sus brazos.

El cerrojo se desplazó hacia un lado. La puerta se abrió y el viento de la noche entró en la estancia. Freda distinguió la alta figura recortándose sobre la oscuridad. No podía hablar. Se levantó y retrocedió, medio encogida, hasta que la pared se lo impidió.

—Freda —dijo Skafloc, como con un graznido, sobreponiéndose a los leves silbidos del fuego y a su crepitar.

Fue como si una banda de hierro rodease fuertemente el pecho de Freda, quien levantó los brazos, que cayeron inertes a sus costados, con las manos vueltas hacia dentro.

Como un sonámbulo, Skafloc se acercó a Freda. Y ella comenzó a andar hacia él, primero dio un paso y luego otro.

—¡Detente! —la voz de Audun rompió el silencio. Ante él se extendía, vacilante, la enorme sombra. Tomó una lanza que descansaba en un rincón y se interpuso entre Skafloc y Freda.

—¡Detente...! ¡Te digo... que te detengas! —balbució—. ¿Quién eres? ¿Qué quieres?

Skafloc trazó un signo en el aire y musitó un ensalmo. Los que estuviesen en la parte posterior de la casa no se despertarían mientras él se hallase dentro. Lo había hecho sin pensar, como si espantara una mosca.

—Freda —insistió.

—¿Quién eres? —gritó Audun, con voz cascada—. ¿Qué quieres? —al ver cómo se miraban los dos, de un modo que no comprendía, lanzó un gemido de dolor.

Skafloc miró por encima del hombro del joven, casi sin fijarse en él.

—Freda —dijo—. Mi amada, mi vida. Ven conmigo. Ella negó rotundamente con la cabeza, aunque, al mismo tiempo, abrió los brazos.

—Me fui a Jötunheim y volví para guerrear, pensando que el tiempo y las espadas podrían hacer que te olvidara —dijo Skafloc, dolorido—. Pero no sirvió de nada. No mientras lleve conmigo esta portadora de muerte, que no obedece a leyes ni a dioses, ni a nada de lo que se encuentra en los Nueve Mundos. ¿Pero qué nos importan a ti y a mí? Ven conmigo, Freda.

Ella inclinó la cabeza, con el rostro desencajado por la lucha que tenía lugar en su interior. Sollozó en silencio, mientras sus costillas parecían a punto de quebrarse y los ojos se le llenaban de lágrimas.



Librodot

—¡La estás haciendo sufrir! —gritó Audun.

Y lanzó un golpe con su lanza, que, por lo inesperado, resbaló sobre la parte de la loriga que cubría el pecho de Skafloc y salió desviada hacia arriba, hiriéndole en una de las mejillas. El Señor de los Elfos resopló como un lince y se llevó la mano a la espada.

Audun repitió el golpe. Skafloc se echó a un lado, inhumanamente rápido. La espada silbó, s-s-s-s-s, mientras abandonaba su vaina, y cortó el astil de la lanzan.

—¡Apártate de nuestro camino! —gritó Skafloc, entrecortándosele las palabras.

—¡No mientras viva mi esposa! —Audun estaba fuera de sí de cólera y de miedo (no de miedo a la muerte sino a lo que había visto en los ojos de Freda). Se echó a llorar. Desenvainó el puñal e intentó herir a Skafloc en el cuello.

La espada llameó en lo alto, silbó al caer y cantó en huesos y cerebro. Audun se derrumbó en el suelo y chocó contra una pared, quedando apoyado en ella, horriblemente inerte.

Skafloc, inmóvil, miró fijamente la ensangrentada hoja que tenía en la mano.

—No quise hacerlo —dijo, entre susurros—. Sólo intentaba golpearle de plano. Olvidé que esta cosa tiene que beber cada vez que es desenvainada...

Miró a Freda, quien le miraba boquiabierta, temblorosa, como si fuese a gritar.

—¡No quise hacerlo! —gritó—. Pero, ¿qué importa? ¡Ven conmigo!

Ella intentó decir algo. Al final lo consiguió, aunque con voz medio estrangulada:

—Vete. Ahora mismo. Y no vuelvas más.

—Pero... —Skafloc avanzó hacia ella, envarado. Freda se detuvo y tomó el puñal de Audun, que relampagueó en su mano.

—Vete —dijo—. Acércate más y te lo clavo.

—Me gustaría que lo hicieras —replicó. Se detuvo, tambaleándose un poco. La sangre le corría por la mejilla herida y goteaba en el suelo.

—O me mato yo, si es necesario —le dijo Freda—. Tócame si te atreves, criminal, pagano, que te gustaría yacer con tu propia hermana, como un animal o un elfo; tócame y me clavaré este puñal en el corazón. Dios olvidará el pecado más leve si consigo evitar el más grave.

La rabia hizo presa en Skafloc.

—¡Eso, llama a tu dios, salmodia tus oraciones! —dijo—. ¿Es eso todo lo que sabes hacer? Estabas dispuesta a venderte por comida y un tejado, lo que no es sino una forma de prostitución, por mucho que la bendijeran todos tus sacerdotes..., después de lo que me prometiste antaño —alzó la espada—. Preferiría ver muerto a mi hijo antes de nacer, que en manos de ese dios tuyo.

Freda permaneció de pie, ante él.

—Hiere si quieres —dijo, desafiante—. Hombres jóvenes, mujeres y niños a punto de nacer... ¿son esos todos tus enemigos?

Skafloc bajó la gran hoja y, de repente, sin limpiarla, la devolvió a su funda, con un sonido metálico. Entonces la furia le abandonó, dando paso a la debilidad y a la angustia. Se encogió de hombros.

—Así que reniegas de mí... —dijo pausadamente, negando con la cabeza—. La espada está maldita. No era yo quien decía esas locuras ni quien ha matado a ese pobre muchacho. Te amo, Freda, te amo tanto, que el mundo resplandece cuando estás cerca y se oscurece cuando te vas. Entonces... soy como un mendigo... Por eso te pido que vuelvas.

—No—repitió ella, entre sollozos—. ¡Déjame! ¡Vete! —gritó—: ¡No quiero volver a verte! ¡Vete!

Él se volvió hacia la puerta. Le temblaban los labios.

—En una ocasión te pedí un beso de despedida —dijo con voz queda—, y no quisiste dármelo. ¿Querrás ahora?

Freda se acercó a la figura inerte de Audun, se arrodilló a su lado y rozó sus labios con los suyos.

—Cariño mío, cariño mío —gimió, mientras acariciaba el ensangrentado cabello y cerraba los ojos sin vida—. Que Dios te lleve hacia Él, Audun mío.

—Entonces, adiós —dijo Skafloc—. Quizá te vuelva a pedir un beso otra vez, pero esa vez será la última. No creo que me quede mucho tiempo de vida, ni me importa. Pero te amo.



Librodot

Y se fue, cerrando la puerta tras sí, en el viento de la noche, y llevándose sus hechizos. La gente de la granja fue despertada por los ladridos de los perros y el ruido de cascos de caballo que parecían dirigirse hacia los confines del mundo. Cuando llegaron a la habitación que estaba tras la entrada principal y vieron lo ocurrido, Freda les dijo que un proscrito había intentado secuestrarla.

En la oscuridad que precedía al amanecer, se cumplió su destino. El niño que llegaba era grande y estrecho de caderas. Aunque Freda se quejó bien poco, sus penas fueron largas y dolorosas.

Con un criminal rondando cerca, no podían salir a buscar un sacerdote con la debida urgencia. Las mujeres ayudaron a Freda lo mejor que pudieron; pero Aasa seguía con el ceño fruncido.

—Primero Erlend y ahora Audun —se decía en voz baja—. La hija de Orm no trae buena suerte.

Cuando se hizo de día, los hombres salieron en busca del criminal. No encontraron nada, y a la puesta del sol regresaron a sus casas, diciendo que al día siguiente uno o dos de ellos podrían ir a la iglesia, ya que había desaparecido el peligro. Mientras tanto, Freda ya había dado a luz un niño sin tacha, que gritaba a pleno pulmón, excepto cuando bebía, hambriento, de su seno. Poco antes del atardecer, Freda, temblorosa y exhausta, yacía en la habitación que le habían asignado, con su hijo entre los brazos.

Sonrió a la criatura.

—Eres un niño precioso —dijo, casi cantando; todavía no había regresado de aquella tierra de sombras donde últimamente estuviera, y nada le parecía del todo real, excepto lo que apretaba contra su seno—. Eres pelirrojo, pecoso y hermoso. Así debía de ser tu padre.

Se le saltaron las lágrimas, dulces como el agua de una fuente en medio del bosque, pero la boca le sabía a sal.

—Le amo —dijo en un susurro—. Que Dios me perdone, siempre le amaré. Tú eres lo único que queda de lo que hubo entre nosotros.

Poco antes de abismarse en la negrura, el sol ardió con el color de la sangre. Una luna gibosa parecía volar a través de nubes empujadas por un viento cortante. Aquella noche habría tormenta; el largo otoño que diera la bienvenida a los elfos ya había pasado y el invierno se acercaba al galope.

La granja estaba ovillada bajo el cielo. A su alrededor, los árboles gemían. El atronar del mar era perfectamente audible.

A medida que avanzaba la noche, el viento se convirtió en un vendaval, empujando ante sí montones de hojas muertas.

De vez en cuando, el granizo tamborileaba en el tejado, como si algún espíritu nocturno bailase un zapateado en la viga maestra. Freda estaba despierta.

Cerca de la medianoche, le pareció escuchar la lejana llamada de un cuerno. Al oírlo, algo recorrió su cuerpo. El recién nacido lloró y ella lo atrajo hacia sí.

El cuerno volvió a sonar, más fuerte, más cerca, a través del fragor del viento y del insistente choque de las olas. Freda oyó ladridos, pero diferentes a los usuales. Un estruendo de cascos resonó a través de la noche, llenando el cielo con el estrépito de su galopada y haciendo temblar el suelo.

La Cabalgata de Asgard, la Caza Salvaje... Freda se quedó inmóvil, cubierta por un sudario de pánico. ¿Por qué nadie de la casa parecía oír aquel ruido? Su hijo lloraba encima de su pecho. El viento azotaba los postigos de la ventana.

Entonces oyó un tremendo ruido de cascos de caballo en el patio. El cuerno volvió a sonar de nuevo, como si fuese a tirar abajo la casa. El clamor de los perros inundó las paredes, como una música de hierro y bronce.

En la habitación de Freda había una puerta que daba al exterior. Alguien estaba llamando en ella. El cerrojo se desplazó hacia atrás y la puerta se abrió de par en par. El viento recorrió toda la habitación, haciendo ondear el manto de quien acababa de entrar.

Aunque no ardía ninguna luz, pudo verle. Debía de estar inclinado sobre ella bajo las vigas. La punta de su lanza relucía igual que su único ojo. Barba y cabellos del mismo color que un lobo gris parecían caer de debajo del sombrero de ala ancha que mantenía su rostro entre tinieblas.

Habló con la voz del viento y el mar, y también del profundo cielo:

—Freda, hija de Orm, he venido a recoger lo que juraste que me darías.



Librodot

—Señor... —ella intentó protegerse. Sólo tenía una manta por escudo. Si Skafloc estuviera...—. Señor, mi ceñidor está en ese arcón.

Odín rió en la noches.

—¿Piensas que yo quería un somnífero? No, lo que me tenías que dar era lo que estaba detrás del ceñidor, o sea, el infante que ya llevabas en tu seno.

—¡No! —apenas oyó su tremendo grito, llevó a la criatura, que había comenzado a llorar, a su espalda—. ¡No, no, no! —se incorporó en la cama y cogió el crucifijo que estaba colgado encima de su cabeza—. ¡En el nombre de Dios, de Cristo, te ordeno que desaparezcas!

—Con eso no me asustas —dijo Odín—, porque al comprometerte conmigo renegaste de su ayuda. ¡Ahora dame el niño!

La empujó suavemente con uno de sus brazos y cogió al recién nacido con el otro. Freda salió, arrastrándose, del lecho y se echó a sus pies.

—¿Para qué lo quieres? —preguntó, entre gemidos—. ¿Qué vas a hacer con él?

El Vagabundo respondió desde una altura inconmensurable:

—Su destino es grande y terrible. La partida entre los Ases, los Jótuns y los nuevos dioses no ha terminado. Aún brilla Tyrfing en el ajedrez del mundo. Thor la rompió por miedo a que fuese a herir las raíces de Yggdrasil; pero yo la recogí más tarde y se la entregué a Skafloc, porque Bolverk, el único que era capaz de forjarla de nuevo, habría desestimado la petición de un As o de un elfo. La espada era necesaria para rechazar a los trolls —a quienes Utgard-Loki estuvo ayudando en secreto—, para que Alfheim no fuese gobernada por un pueblo que era amigo de los enemigos de los dioses. Pero Skafloc no podrá guardar inactiva durante mucho tiempo aquella espada, porque lo que se encuentra encerrado en ella le inducirá a aniquilar a los trolls; y eso es precisamente lo que los Jótuns no pueden permitir, por lo que efectuarán un movimiento, y entonces los dioses tendremos que salir a su encuentro, y el fin del mundo estará al alcance de la mano. Skafloc debe sucumbir, y este niño, nacido gracias a todo lo que urdí, habrá de empuñar algún día la espada y conducirla a la consumación de su destino.

—¿Skafloc debe morir? —Freda dio un golpe en el suelo—. ¿También él? ¡Oh, no, oh, no!

—¿Por qué habría de seguir viviendo? —preguntó Odín, con frialdad—. Si fueses a Elfheugh, a su lado, adonde ahora se dirige, y volvieses a unir lo que se quebró en el túmulo, él estaría encantado de deponer las armas. De otro modo, se halla condenado. La espada le matará.

Con un ondear de su manto, el Cazador Salvaje desapareció. Su cuerno sonó, sus perros ladraron y aullaron, el sonido de los cascos se alejó, y todo pareció perderse en la noche. Después sólo quedó el hueco silbido del viento, el tumulto de las olas y el llanto de Freda.

## CAPITULO 27

**V**algard estaba en la estancia superior de la torre más alta de Elfheugh y veía cómo se iban reuniendo las fuerzas del enemigo. Tenía los brazos cruzados, el cuerpo inmóvil como una roca, y el rostro como esculpido en piedra. Nada en él parecía vivo, excepto sus ojos. A su espalda se encontraban los otros jefes del castillo y de los ejércitos en fuga que se habían refugiado en aquel último y poderosísimo bastión. Estaban cansados y abatidos, heridos la mayor parte, y todos ellos miraban temerosos las huestes de Alfheim.

A la derecha de Valgard, Leea resplandecía bajo la luz de los rayos que la luna decaída arrojaba a través de las troneras, y que también dejaban entrar la brisa que agitaba su vestido de seda

de araña y enmarañaba sus cabellos. En sus labios enarbolaba un asomo de sonrisa y sus ojos resplandecían con el azul apagado del crepúsculo.

Bajo los muros de Elfheugh, las empinadas pendientes se veían blanquecinas por el rocío y la claridad lunar. Por ellas avanzaba el ejército de los elfos. Las armas entrechocaban, las cotas de malla tintineaban, los lures mugían, los caballos suscitaban sonidos de campanas al pisar la tierra helada, los escudos devolvían los rayos lunares, y las hachas y las puntas de las lanzas brillaban frías bajo las estrellas. Los elfos estaban montando el campamento; sus tiendas ceñían el castillo y sus fuegos florecían rojizos. Por todas partes se movían las umbrosas formas de los guerreros.

Una especie de trueno sacudió las colinas. Apareció un carro de guerra, tan brillante como el sol. Las llamas aleteaban por las espadas de los cubos de sus ruedas. Cuatro enormes caballos blancos tiraban de él, arqueando sus cabezas de sedosas crines y resoplando como vientos tempestuosos. El que estaba de pie, armado de lanza, detrás del auriga, superaba a los demás en estatura. Sus cabellos negros enmarcaban un rostro majestuoso y torvo. Sus ojos ardían con luz propia.

Un troll dijo, inquieto:

—Ése es Lugh Brazo Largo. Condujo a los Tuatha Dé Danann contra nosotros. Nos ha segado como si fuésemos grano. Los cuervos de Escocia oscurecían la tierra, demasiado ahítos para volar, y no escaparon con vida ni cien trolls.

Valgard siguió con su silencio.

Con un manto rojo sobre la loriga plateada, Lanzadefuego hizo caracolear a su caballo ante los muros del castillo. Brillante y hermoso era su rostro, aunque cruel, porque jamás abandonaba su rictus burlesco, y su lanza se levantaba alta, como si con ella quisiera empalar las estrellas.

—Era el jefe de los proscritos —murmuró alguien—. Sus flechas llegaban a todas partes. Salían de noche para atacarnos, dejando tras de ellos muerte y fuego.

Valgard seguía sin inmutarse.

En la bahía bañada por la luna, los cascos de los navíos de los trolls humeaban o yacían sobre la playa destrozados. Los navíos largos de los elfos echaban el ancla, con sus escudos y lanzas reluciendo en ellos.

—Flam de las Orcadas capitanea los prisioneros a quienes liberó Manannán Mac Lir —dijo un jefe troll, con voz acerba—. Los mares se hallan libres de nuestros navíos. Sólo uno consiguió romper su bloqueo para informarnos de que las costas de Trollheim habían sido saqueadas e incendiadas.

Valgard podría haber sido una estatua esculpida en piedra negra.

Los elfos comenzaron a levantar un pabellón mayor que los demás. Un hombre se dirigió hacia él, montado en un caballo negro de tamaño descomunal, para plantar allí su estandarte: una lanza en cuya punta había sido clavada la reseca cabeza de Illrede. Los ojos muertos miraban fijamente a los de la torre.

Un troll dijo con voz desfallecida:

—Aquel es su jefe, Skafloc el Mortal. Nadie puede resistírsele. Nos llevó hacia el Norte como a un rebaño de ovejas, matando a nuestra gente. La espada que empuña, lo mismo penetra una simple tela que piedra o metal. Me pregunto si es realmente un hombre y no un demonio salido del infierno.

Valgard se sobresaltó.

—Le conozco —dijo con voz queda—, y quiero acabar con él.

—Señor, no puedes. Esa arma suya...

—¡Silencio! —Valgard se volvió para echarle al troll una mirada capaz de dar con él en el suelo y azotarle con sus palabras—. ¡Locos, cobardes, lacayos! Los que tengan miedo de luchar que se vayan al matadero, así morirán rápidamente. En lo que a mí se refiere, combatiré con él, aquí en Elfheugh.

Su voz se hizo más profunda, casi tanto como la de los carros de guerra de afuera.

—Este castillo es la última plaza fuerte que nos queda en Britania. Ignoro cómo cayeron las demás. Cuando los nuestros no tuvieron más remedio que retirarse, sólo vieron los estandartes de los elfos ondeando por encima de ellos. Pero nosotros sabemos que este castillo, que nunca ha sido tomado, está guarnecido ahora de guerreros que superan en número a los de fuera. Está protegido



Librodot

contra la magia y cualquier asalto directo. Nada, sino nuestra propia ineptitud, será la causante de su pérdida.

Levantó por encima de la cabeza el hacha que jamás le abandonaba.

—Lo único que han hecho esta noche ha sido levantar el campo. El alba no tardará en llegar. Mañana por la noche podrán comenzar el asedio, con un asalto, lo más seguro. Si lo hacen, los rechazaremos y saldremos a perseguirlos. Si no, seremos nosotros quienes ataquemos, con la fortaleza a nuestra espalda para retirarnos a ella si las cosas comenzaran a irnos mal.

Los dientes le brillaban entre la barba.

—Pero creo que podremos hacer que huyan ante nosotros. Somos más que ellos y más fuertes, individuo por individuo. Skafloc y yo nos buscaremos el uno al otro, pues no hay amor entre nosotros. Le mataré y me haré con su espada victoriosa.

Hizo una pausa y el jefe de los trolls de Escocia aprovechó para hacerle una pregunta.

—¿Qué hay de los Sídh?

—No son todopoderosos —comento rápidamente Valgard—. Cuando hayamos segado el suficiente números de elfos para que comprendan que su causa está perdida, los Sídh pedirán la paz. Entonces Inglaterra se convertirá en un enclave troll, defendiendo a nuestra patria de cualquier asalto hasta que hayamos reunido las fuerzas suficientes para atacar de nuevo al Rey de los Elfos.

Su mirada sombría fue al encuentro de la de Illrede.

—Y yo —murmuró para sí— me sentaré en su trono. Pero, ¿de veras me importa? ¿Acaso hay algo que tenga valor en este mundo?

Poco después de que se hiciera la calma en aquella noche tan agitada, uno de los guardianes tuvo el valor suficiente para levantarse del lecho, encender una lámpara con las brasas del hogar y salir a ver lo que pasaba en la casa de Thorkel Erlendsson. Se encontró con la puerta de la habitación de Freda, la hija de Orm, abierta de par en par: su niño no estaba y ella yacía desvanecida y ensangrentada en el umbral. La metió nuevamente en el lecho. Poco después, Freda sufrió un acceso de fiebre y comenzó a gritar cosas que hicieron que el sacerdote, ya en la casa, moviese la cabeza y se santiguase.

Nadie consiguió que contara lo sucedido. En los días que siguieron, intentó irse en dos ocasiones, pero en ambas hubo alguien que la vio y la obligó a volver; ella lo hizo, pues no tenía fuerzas para oponerse a nadie.

No tardó en llegar la noche en que se despertó sin que nadie la vigilase, con la mente lúcida —o así se lo parecía— y con un poco de su antigua energía, que el reposo le había hecho recobrar. Durante unos momentos siguió echada, haciendo planes. Entonces se deslizó del lecho, apretando las mandíbulas, no le fueran los dientes a castañetear por el frío, y comenzó a buscar el arcón donde se guardaban sus vestidos.

Cuando dio con él, se vistió con una larga falda de lana y un manto con capucha, que había encontrado a tientas, y con el calzado en la mano se dirigió a la cocina para coger un poco de pan y queso que llevarse.

Cuando volvió de nuevo a su habitación, se detuvo a besar el crucifijo que estaba colgado encima de la cama.

—Perdóname si puedes —susurró—, porque le amo más que a ti. Soy mala, pero el pecado es mío, no suyo.

Y salió a la luz de las estrellas. Eran innumerables y muy nítidas, pues no parpadeaban. La noche era silenciosa, salvo por el hielo que crujía bajo sus pies. El frío la mordió. Se dirigió hacia el establo.

El castillo seguía bañado en sombras y en silencio mientras el día se acercaba al crepúsculo. Leea pasó las manos por debajo de uno de los brazos de Valgard, que cruzaba su seno. Lenta y cuidadosamente, lo puso sobre el colchón y se deslizó fuera del lecho.



Librodot

Él se dio la vuelta, murmurando en sueños. El vigor de antaño le había abandonado, dejándole un rostro que era el que correspondía a un cráneo revestido de piel llena de cicatrices y tirante, salvo en dos sitios: los ojos y la mandíbula. Leea le miró. El puñal que había cogido de una cómoda brillaba en su mano.

Sería fácil cortarle la garganta... No, estaban en juego muchas cosas. Si fallaba en lo más mínimo —y él tenía los reflejos de un licántropo, incluso cuando dormía—, todo estaría perdido. Por eso se alejó, tan silenciosa como una sombra, cubrió su desnudez con un vestido y un ceñidor, y abandonó la habitación del Conde. En la mano derecha llevaba el puñal y en la izquierda las llaves del castillo, tomadas del escondrijo que ella misma sugiriera a Valgard.

Por las escaleras se cruzó con otra hembra de su especie, que llevaba entre las manos una gavilla de espadas, posiblemente de la armería. No intercambiaron palabra alguna.

Los trolls se agitaban en un sueño inquieto. De vez en cuando, Leea pasaba cerca de un guardia, que se limitaba a echarle una mirada de adulación. Resultaba frecuente que aquellas damas salieran a cumplir personalmente cualquier capricho que se les antojase a sus señores.

Leea llegó a las mazmorras y se dirigió a la puerta de la celda donde se encontraba Imric, abriendo su triple cerradura.

El diablillo se quedó mirándola fijamente en la oscuridad rojiza que acababa de perder su silencio. Leea se abalanzó sobre él. Agitó las alas, pero antes de que pudiese gritar ya estaba en el suelo, con la garganta abierta.

Leea apartó los carbones encendidos y cortó las cuerdas que mantenían atado a Imric, quien cayó pesadamente en sus brazos y permaneció inmóvil como un cadáver, cuando ella le depositó en el suelo.

Acto seguido, grabó runas salutíferas sobre varios trozos de carbón apagado y las puso bajo la lengua y los pies de Imric, así como encima de sus ojos. Murmuró unos ensalmos y la carne comenzó a crecer en los lugares que había abandonado, haciendo gemir de dolor al elfo, aunque sin conseguir arrancarle una queja.

Leea extrajo algunas llaves del manojo y se las entregó a Imric.

—Cuando te hayas recuperado —dijo en voz baja—, libera a los elfos cautivos. Han sido llevados a los torreones para proporcionarles a los trolls mayor seguridad. Las armas están escondidas en el viejo pozo detrás de la torre. No vayáis a cogerlas hasta que la batalla no esté en su culmen.

—De acuerdo —dijo Imric, con la garganta reseca—. Iré a coger también agua, vino, y un trozo de carne... además de todo lo que me deben los trolls —el brillo de sus ojos estuvo a punto de estremecer a la mismísima Leea.

Descalza, recorrió un pasaje subterráneo que la condujo a la torre de los astrólogos, por aquel entonces en desuso, que se levantaba sobre los muros externos de la parte este del castillo. Siguió subiendo las escaleras hasta llegar a los grandes instrumentos de latón y cristal. Desde allí se dirigió hacia un balcón circular. Aunque se encontraba entre sombras, el sol que iba hundiéndose en el horizonte casi llegaba a cegarla con su resplandor y a herirla con los rayos de la más terrible e invisible de las luces. Por eso casi no podía ver a quien estaba al otro lado de los muros, alto y vestido con una reluciente loriga, que acudía a la cita, tal y como ella pidiera en el mensaje que había enviado la víspera por mediación de un murciélago.

Por más que lo intentase, no podía verle. Quizá era un guerrero de los Sídh, aunque quizá —el corazón le dio un vuelco— pudiera tratarse de Skafloc en persona.

Se apoyó en la barandilla y lanzó hacia fuera el manojo de llaves, que describió un arco brillante hasta que fue detenido por la punta de la lanza de quien permanecía al otro lado; en él estaban las llaves que abrían las puertas del castillo.

Leea se apresuró a entrar en la confortable penumbra. Con la gracia de un pajarillo echó a correr hacia los aposentos del Conde. Cuando apenas se había quitado la ropa y metido en el lecho, Valgard parpadeó, despierto.

Se puso en pie y echó un vistazo por la ventana.

—Ya ha comenzado a ponerse el sol —dijo—. Es hora de armarse para la batalla.

Y cogiendo un cuerno de la pared, abrió la puerta que conducía a las escaleras y tocó una larga llamada. Los guardias que lo oyeron se pasaron el aviso, de suerte que, poco a poco, llegó a todos los del castillo..., sin saber que también era la señal para que todas las damas que en él estaban clavaran un puñal en el corazón del troll que había sido su dueño.

Freda seguía desmayándose y recobrándose a cada instante, aunque sin llegar a caer del caballo, rodeada de un torbellino de tinieblas manchado de resplandores rojizos. Lo que le devolvía la lucidez era el dolor, tan agudo como una espada, que hería su cuerpo, aún no recuperado del todo, y que ella agradecía con palabras mudas que no podían brotar de sus resecos labios.

Había cambiado dos veces de caballo, y aún exigía a sus cabalgaduras un esfuerzo sobrehumano. Colinas y árboles huían a su paso, como las piedras que uno contempla a través de las aguas de un río de rápida corriente. Incluso le llegaban a parecer cosas irreales, como pertenecientes al mundo de los sueños; nada era real excepto el tumulto que llenaba su mente.

Recordaba que, en una ocasión, su caballo había tropezado, arrojándola a un arroyuelo. Cuando había salido de él, el agua se le había congelado en los cabellos y en el vestido mojado.

Muchas eternidades después, cuando el sol seguía una vez más su curso descendente, tan rojo como la sangre, su segundo caballo se deslomó. El primero había muerto varios días antes. El otro tampoco se levantó. Freda se puso de pie, chocando con los árboles, porque sus ojos ya no podían verlos, y se adentró entre los arbustos, cuyas ramas se le iban clavando.

El clamor que oía en su interior se iba haciendo cada vez más fuerte. No sabía qué era, ni le preocupaba. Sólo le importaba una cosa: seguir avanzando hacia el Norte, hacia Alfheim.

## CAPITULO 28



Librodot

a cerca del ocaso, Skafloc ordenó tocar los cuernos de batalla. Sus elfos salieron de las tiendas y entraron en la penumbra, entre un fragor de metal y de gritos de venganza Los caballos coceaban y relinchaban, los carros retumbaban al correr sobre el suelo helado, y una floresta de lanzas se alzaba tras los ondeantes estandartes y la cabeza de Illrede.

Skafloc montó en su corcel Jötun. La espada que se llamaba Tyrfing parecía estremecerse a su flanco Bajo el yelmo, su rostro parecía la consumida máscara de algún dios de la guerra, ya olvidado, pero aún implacable.

—¿Oyes ese alboroto dentro del castillo? —preguntó a Lanzadefuego.

—Sí —contestó el elfo, con una mueca—. Los trolls acaban de saber por qué cayeron tan fácilmente los demás castillos Pero no creo que consigan descubrir dónde se encuentran nuestras hembras, con tanto lugar secreto como hay en la fortaleza, antes de que hayamos acabado con ellos.

Skafloc le entregó una de las llaves del manojo que llevaba a la cintura.

—Tú conducirás el ataque por la parte posterior, con un ariete —le recordó, de manera innecesaria—. Cuando abramos la puerta norte, atraeremos a tantos defensores que tú podrás entrar fácilmente por la sur. Flam y Rucca realizarán maniobras de diversión a derecha e izquierda, y después correrán en nuestra ayuda cuando entremos. Yo, con los Sídh y las tropas de la Guardia que nos ha enviado nuestro Rey, atacaré la puerta norte.

La enorme luna llena salió del mar, por el Este. Su luz suscitaba reflejos en el metal y en los ojos de los contendientes, que se tornaban espectrales al caer sobre los estandartes y los blancos caballos. Los lures dejaron oír su voz, y de la hueste brotó otro tipo de ruido que, tras resonar entre riscos y acantilados, llegó hasta las estrellas. Entonces, los elfos y sus aliados se pusieron en orden de combate.

Un alarido se abrió camino a través de la noche. Los trolls debían de estar desalentados, porque un tercio habían sido asesinados mientras dormían y los supervivientes eran incapaces de dar con los autores de la fechoría, bien ocultos sin duda en el laberíntico interior de aquel castillo; pero eran guerreros valientes, y Valgard, rugiendo tras ellos, les recordaba su misión. Desde los muros, sus arqueros enviaban contra los elfos una lluvia incesante de flechas.

Las saetas rebotaban, con un tintineo, en los escudos y las cotas; pero algunas conseguían abrirse camino hacia la carne. Muchos guerreros mordían el polvo, mientras los caballos relinchaban y bufaban, y los muertos y heridos se agolpaban en el camino hacia la cima de la colina.

Esta era bastante escarpada, y sólo se podía llegar a la puerta norte siguiendo un camino muy estrecho. Los elfos no necesitaban ningún camino, porque, con su manera de caminar que casi no tocaba el suelo, saltaban sobre los taludes y las rocas resbaladizas por la helada, yendo de risco en risco, mientras lanzaban su grito de guerra. Algunos disparaban garfios, que se enganchaban en los remates de las paredes rocosas, y trepaban por las cuerdas que pendían de ellas; otros subían con sus caballos. De tal suerte, todos iban llegando al terreno explanado sobre el que se había levantado el castillo, y no perdían tiempo en lanzar flechas contra sus murallas.

Skafloc se adelantó por el camino para guiar a los carros de los Tuatha Dé Danann, que retumbaban tras él de una manera espantosa, con ruedas que centelleaban y pulverizaban las piedras, y armaduras —las de sus ocupantes— que brillaban como si fueran de bronce en fusión. Aunque las flechas llovían sobre yelmos, lorigas y escudos, ni los guerreros ni sus aurigas sufrían daño alguno. Lo mismo se podía decir de Skafloc, aún a lomos de su tenebroso caballo, a lo largo de un sendero de sombras y de engañosos reflejos lunares.

En aquel momento, los elfos ya habían llegado a las murallas. Sobre ellos se desplomaba agua hirviendo, aceite inflamado y vitriolo, espeso por el frío, lanzas, piedras y el temible fuego griego. Los elfos aullaron cuando la carne se les cayó a pedazos de los huesos, y sus camaradas retrocedieron, gritando.

Skafloc aullaba, deseoso de desenvainar la espada. Los elfos que le seguían trajeron un ariete de tortuga, que va montado en una especie de cobertizo sobre ruedas, y cubierto de esta forma llegó hasta las puertas.

En la parte superior de las murallas, Valgard indicó a sus guerreros que hicieran uso de las máquinas de guerra. Antes de que las puertas forradas de bronce se doblegasen por los golpes del

ariete, el cobertizo que lo protegía habría sido aplastado por las enormes piedras que, desde arriba, dejarían caer sobre él.

Skafloc introdujo la primera llave en la cerradura y la hizo girar, musitando las runas apropiadas. Una segunda llave, una tercera... Valgard estaba a punto de cortar la cuerda que liberaría las piedras que pendían de lo alto de la muralla. Los trolls aguardaban el momento preciso.

Siete llaves... ocho. Valgard estaba a punto de desatar un infierno sobre ellos. Nueve llaves... ¡y los cerrojos dejaron de mantener cerrados los batientes!

Skafloc obligó a su caballo a echarse hacia atrás, de suerte que sus patas anteriores dieron tal coz sobre los batientes que los hicieron añicos, permitiéndole entrar al galope en el estrecho y largo túnel que formaba la espesa muralla y que iba a dar al patio de armas, iluminado por la plateada luz de la luna. Tras él pasaron, suscitando ecos en aquel pasaje, los carros de Lugh, Dove Berg, Angus Mac Oc, del Dagda, Mac Cuill, Mac Cecht, Mac Gréine, Manannán y de toda la hueste de los Sídh, entre un estruendo de cascos de caballo y de pasos a la carrera. ¡La puerta era suya!

Los guardias se aprestaron a defenderse. Un hacha hirió en una de sus patas al caballo Jötun, que relinchó y coceó, convirtiendo a muchos guerreros en un despojo sangriento.

Skafloc desenvainó su espada. La hoja llameó en aquella media luz con el tono azulado del hielo, y entonó su canción de muerte, subiendo y bajando, hiriendo como una víbora. El clamor y el estruendo del metal llegaron hasta las estrellas, lo mismo que los gritos, el silbar de las hojas y el cataclísmico retumbar de las ruedas.

Los trolls comenzaron a retroceder. Valgard aulló, con los ojos brillándole con el mismo color verdoso que el de los lobos, y guió a un grupo de sus guerreros que estaba en las murallas hasta el patio, atacando con decisión a los invasores por el flanco. Un elfo cayó bajo su hacha, liberó su filo y golpeó a otro, aplastando el rostro de un tercero con el extremo del mango... y de tal suerte, golpeando a diestra y siniestra, se adentró en la batalla.

En la puerta sur comenzó a dejarse oír el golpear rítmico del ariete de Lanzadefuego. Los trolls lanzaron sobre él piedras, aceite hiriendo, lanzas, flechas y dardos, hasta que a sus espaldas surgió una tropa enjuta, ensangrentada y llena de harapos, pero que empuñaba armas sedientas de venganza: los prisioneros liberados por Imric, con él a la cabeza. Los trolls se volvieron contra lo que se les venía encima, y así Lanzadefuego pudo abrir las puertas.

—¡Al torreón! —gritó Valgard—. ¡Al torreón! ¡En él nos haremos fuertes!

Los trolls se abrieron camino para llegar hasta él. Formaron una muralla de escudos contra la que tintineaban las espadas de los elfos, y se dirigieron, aprovechando su peso y su fuerza, hacia la puerta del torreón.

Estaba cerrada.

Valgard se lanzó contra la puerta, que le rechazó, a pesar del violento encontronazo. Destrozó su cerradura con el hacha y penetró en el interior del torreón, seguido de sus guerreros.

Los arcos cantaron en la oscuridad reinante. Muchos trolls cayeron. Valgard dio un salto hacia atrás, con una flecha clavada en la mano izquierda. La voz de Leea se mofó de él:

—¡Las hembras de los elfos guardan esta casa en nombre de sus amantes... bastante mejores que los que han tenido en los últimos tiempos, oh, imitación de Skafloc!

Valgard se volvió, arrancándose la flecha de la mano. Aulló y comenzó a echar espuma por la boca. Volvió al patio, con el hacha que giraba y retumbaba mientras no dejaba de golpear a cualquiera que se interpusiera en su camino. La berserkirgangr se había apoderado de él.

Skafloc luchó aureolado de la fría gloria que le insuflaba la espada rúnica. Era fuego en su mano. A su alrededor todo era salpicar de sangre y sesos, rodar de cabezas sobre el empedrado, aplastar de tripas bajo los cascos de su caballo.... mientras él seguía luchando, incansable, gélidamente consciente y lúcido, aunque fuera de sí, de manera que era uno con la carnicería. Repartía muerte lo mismo que el sembrador grano, y en cualquier parte a la que se dirigiese las líneas de los trolls se venían abajo.

La luna subió de las aguas donde había construido un puente —qué extraño que estuviesen tan tranquilas— y remontó las alturas del castillo. Su luz se derramó sobre aquel horror. Las espadas volaban, las lanzas se hundían en la carne, las hachas y las mazas golpeaban, el metal y los guerreros gritaban de dolor. Los caballos se encabritaban, relinchaban, coceaban, con las crines manchadas de

sangre seca. La contienda iba y venía por encima de los muertos, pisoteándolos, hasta convertirlos en algo irreconocible.

La luna siguió subiendo en el cielo, hasta que desde el patio parecía que una atalaya, al Este, le atravesaba el corazón. Entonces los trolls cedieron.

Sólo quedaban unos pocos. Los elfos les dieron caza desde los cimientos del castillo hasta las blancas laderas de la colina, como si fueran animales.

—¡A mí, a mí! —retumbaba la voz de Valgard sobre el moribundo fragor de la batalla—. ¡Aquí, trolls, venid y combatid!

Skafloc le oyó y tiró de las riendas de su caballo para ir a su encuentro. Vio a su doble erguido y enorme ante la puerta, manchado de sangre, de los pies a la cabeza, rodeado de cadáveres de elfos. Una docena de trolls estaba intentando llegar hasta él y resistir a su lado hasta el fin.

Él era el causante de todo aquello... La sonrisa que apareció en los labios de Skafloc bien podría haber sido la de la espada Tyrfing. Valgard, Valgard..., ¡vas a encontrarte con tu destino! Y Skafloc espoleó su caballo.

Mientras cabalgaba, le pareció ver por un momento que un halcón salía volando de algún sitio sobre el mar y se dirigía hacia la luna. Un escalofrío le recorrió los huesos, y supo, en alguna parte de su ser, que estaba condenado.

Valgard le vio llegar y esbozó una mueca. Apoyó la espalda en el muro y levantó el hacha. El garañón negro se le echó encima. Golpeó con su hacha como nunca lo había hecho. El arma partió en dos el cráneo del caballo.

Aquel enorme peso sólo podría haberlo soportado el mismísimo muro. Cuando el garañón se derrumbó, las piedras se estremecieron. Skafloc saltó de la silla. Con la agilidad de un elfo, se dio la vuelta en el aire para caer de pie. Pero le fue imposible evitar el choque contra la pared y caer, de rebote, dentro del pasaje que había tras la puerta.

Valgard recuperó su hacha y corrió para acabar con su enemigo. Skafloc se había arrastrado por el interior de la muralla y había ido a parar a la ladera de la colina que daba a la bahía y al mar. El brazo derecho colgaba de su costado, roto. Arrojó el escudo y empuñó la espada con la mano izquierda. La sangre le corría por el rostro herido, fluyendo hacia la hoja.

Valgard se le acercó.

—Muchas cosas se terminarán esta noche —dijo—, y tu vida es una de ellas.

—Ambos nacimos la misma noche —contestó Skafloc. Un vómito de sangre abandonó su boca al mismo tiempo que las palabras—. No transcurrirá mucho tiempo entre nuestras muertes —y se burló—: Cuando yo me vaya, ¿cómo podrás seguir estando aquí, tú, que eres mi sombra?

Valgard rugió y le atacó. Skafloc alzó la espada. El hacha Fratricida chocó contra la hoja y, con un estruendo, un crujido y una lluvia de chispas, se partió en dos.

Skafloc retrocedió, titubeante, se recobró y alzó nuevamente la espada. Valgard avanzó con las manos desnudas hacia él, emitiendo un profundo aullido.

—¡Skafloc! ¡Skafloc!

Al oír aquel grito, el hijo adoptivo de Imric se volvió. Por el camino llegaba Freda, tambaleándose, exhausta, ensangrentada, en harapos, su Freda, que volvía a su lado.

—Skafloc —llamó—. Amor mío...

Valgard se abalanzó y arrebató la espada de la mano del enemigo que ya no le veía. La levantó, describiendo un amplio arco, y la abatió.

Aullando, levantó la espada de nuevo. Relucía bajo la sangre que la cubría, con fuegos azulados que no eran de este mundo.

—¡He vencido! —gritó—. ¡Soy el amo del mundo y lo pisoteo con mis pies! ¡Venid, tinieblas!

Pero sólo golpeó el aire. Su mano, resbaladiza por la sangre que había derramado, perdió su presa. La espada giró sobre sí misma y cayó encima de él, de punta. El peso enorme del arma le hizo perder el equilibrio, de suerte que, tras abrirse paso por su cuello, quedó clavada en la tierra. Y en ella se quedó clavado Valgard, con la espada brillando ante sus ojos mientras le robaba la vida por su garganta abierta. Intentó arrancarse la hoja, pero sólo consiguió que sus filos le abrieran las venas. Y aquel fue el fin de Valgard, el Hijo Cambiado.



Librodot

Skafloc yacía con espalda y pecho partidos. Su rostro estaba pálido bajo la luz de la luna. Pero, cuando Freda se inclinó sobre él, fue capaz de sonreír.

—Esto se acaba, tesoro —susurró—. Eres demasiado bella para un hombre que va a morir. Y demasiado adorable para llorar. Olvídate de mí...

—¡Jamás! ¡Jamás! —sus lágrimas cayeron sobre él como la lluvia de una mañana de primavera.

—¿Me darás un beso de despedida? —preguntó.

Sus labios ya estaban fríos, pero ella los buscó ávidamente. Y, cuando abrió nuevamente los ojos, Skafloc yacía muerto entre sus brazos.

Las gélidas estrías de luz, las primeras del nuevo día, comenzaban a aparecer por Oriente, cuando Imric y Leea salieron del castillo.

—¿Por qué curar a la joven y llevarla a su casa? —no había ningún eco de victoria en la voz de la dama élfica—. Mejor sería enviarla entre tormentos al Infierno. Fue ella quien mató a Skafloc.

—Fue su destino —contestó Imric—. Y ayudarla es lo último que podemos hacer por él. Pues si nosotros, los elfos, no conocemos eso llamado amor, sí podemos hacer lo que habría alegrado a un amigo.

—¿No conocemos el amor? —murmuró Leea, tan bajo que el no pudo oírla—. Eres sabio, Imric, pero hasta tu sabiduría tiene sus límites.

Bajó la mirada hacia Freda, que estaba sentada en la tierra, blanca por el rocío, acunando a Skafloc entre sus brazos. Y, como si quisiera que se durmiera, le cantaba la nana que había pensado cantarle a su hijo.

—Su hado fue más afortunado que el mío —dijo Leea.

Imric interpretó mal sus palabras, quizá inconscientemente. O quizá no.

—Los hombres son más felices que los habitantes de Faerie... o que los dioses, si comenzamos a hacer comparaciones —dijo, asintiendo con la cabeza—. Mejor vivir con la brevedad de una estrella fugaz, cruzando brillante el cielo, que con una inmortalidad que no permite ver nada fuera de ella —miró la espada, que aún relampagueaba en la garganta de su presa—. Siento que mi fin se avecina —dijo en un susurro—. Siento que se acerca el día en que Faerie se desvanecerá, cuando el mismísimo Rey de los Elfos se convierta en un simple espíritu de los bosques y después en nada, y los dioses se oculten. Y lo peor de todo es que considero justo que los inmortales no vivan para siempre.

Se acercó a la espada.

—En cuanto a ésta —dijo a los enanos que le seguían, siervos suyos—, la cogeremos y la arrojaremos al mar, bien lejos de nosotros. Aunque no creo que sirva de mucho. La voluntad de las Nornas nunca puede ser cambiada, y la espada aún no ha realizado su última fechoría.

Subió con los siervos en un bote, para cerciorarse de que cumplían correctamente su tarea. Mientras tanto, Manannán Mac Lir se había llevado a Freda y al cadáver de Skafloc, para ocuparse personalmente del bienestar de la primera y de los honores debidos al segundo. Cuando Imric estuvo de vuelta, él y Leea regresaron a Elfheugh, pues el alba invernal estaba a punto de despuntar, pero caminando muy lentamente.

Y aquí termina la saga de Skafloc, el Ahijado de los Elfos.

## POSFACIO DEL AUTOR

A finales del año del Señor de 1018, Sighvat Thordarson viajó a través de Gotaland en cumplimiento de la misión que le encargara el rey Olaf de Noruega. La mayor parte de la gente con la que se encontró seguía apegada a sus antiguas costumbres. En cierta ocasión, la propietaria de un dominio rural no quiso dejarles, ni a él ni a su séquito, pasar allí la noche, porque todo estaba a punto para la celebración del sacrificio conocido como Alfarblót. Era un signo de los tiempos, de aquellos tiempos, que, en cualquier momento, un hombre instruido supiese improvisar. Y como Sighvat era un escaldo, habló así:

«Para no suscitar de Odín la cólera,
fuera habréis de estar», dijo la mujer.
«Paganos somos y a punto de hacer
un gran sacrificio, oíd, miserables.»
La castellana, que así expulsó
de sus tierras a tan cristiana gente,
declaró hallarse a punto de ofrecer
un sacrificio de sangre a los elfos.

O, al menos, eso dice el poeta Snorri Sturlusson, un poco posterior a Sighvat Thordarson, en su Heimskringla. En otras obras de la misma época podemos leer que, cuando los «navíos largos», los barcos de guerra de los vikingos, regresaban a sus bases, se procedía a quitar de sus proas las cabezas de dragón que les servían de protección contra los monstruos marinos y también para anunciar que iban en son de guerra, no fuera que los elfos se diesen por ofendidos. Y es que estos seres aún seguían teniendo carácter divino.

Naturalmente, cuando los escandinavos comenzaron a confiar sus conocimientos a los manuscritos, los elfos se habían convertido en una especie de divinidades tutelares y de dioses tópicos, como las dríades griegas o los kami de algunos ríos del Japón. Las Eddas sitúan a algunos de ellos en el Asgard, al servicio de los Ases. Pero la palabra «elfo» es utilizada para designar dos especies distintas que pueblan dos de los Nueve Mundos. Mientras que Alfheim es el hogar de los «elfos de la luz», altos y rubios, Svartalfheim, cuyo nombre significa literalmente «la patria de los elfos de la oscuridad», podría ser, aunque esta puntualización se halle sujeta a controversia, el lugar donde viven los enanos. Es interesante recalcar, dicho sea de paso, que estos últimos tienen un papel mucho más relevante que los primeros en todas las historias que han llegado hasta nosotros.



Librodot

La posterior sistematización realizada por los folkloristas disminuyó aún más la importancia de los elfos, convirtiéndolos en una especie de espíritus de poca monta, reduciéndolos de tamaño y olvidando su parentesco con los enanos, que no habían dejado de conservar su poder e importancia. Sin embargo, el fantasma de Alfheim se paseó por la Edad Media y el Renacimiento..., inspirando en muchos poetas la idea del reino de Faerie, la Tierra Encantada, cuyos habitantes, de aspecto humano, demuestran una jovialidad y un dominio de las artes mágicas que no son patrimonio de este mundo.

En nuestros días, J. R. R, Tolkien, en su delicioso ciclo de la «Tierra Media», ha devuelto a los elfos un poco del esplendor de pasados tiempos, aunque no sólo los presentara bellísimos e instruidos, sino sabios, reposados, honorables, amables y llenos de bondad hacia toda criatura viviente... —en suma, dotados de las mejores cualidades que podía imaginar—, de manera que sus elfos se parecen más a los habitantes del reino de la Gloriana de Edmond Spenser que a los que iban a acudir al sacrificio que se hacía en su honor en la lejana comarca de Gotaland. No hay necesidad de decir que en ello no hay nada de erróneo; de hecho, tal enfoque era necesario para que el profesor Tolkien consiguiera lo que se proponía.

Pero hará ahora unos cuarenta años, un joven estudioso de estas materias, que se llamaba como yo, viajó con su imaginación hacia atrás en el tiempo —ni más ni menos que hasta el siglo noveno—, y comprobó que dioses y elfos tenían una naturaleza muy diferente de la que se suponía. Eran tiempos crueles, al menos en Europa. La crueldad, la rapiña y el desenfreno campaban por sus respetos. Los horrores que los vikingos llevaran a Inglaterra y Francia no eran peores que los realizados anteriormente por Carlomagno, en el curso de sus numerosas incursiones a la patria continental de los sajones, ni que aquellos que los miembros de la Primera Cruzada perpetrarían en Jerusalén. Es indudable que la civilización del siglo veinte no ha recibido la gracia del Humanismo, pero aún tendría que recorrer, marcha atrás, un largo camino antes de tocar ese fondo que —Dios no lo permita— bien podría ser, a fin de cuentas, la regla, y no la excepción, de la Historia.

Y como los hombres siempre tienden a hacer a dioses y semidioses a su propia imagen, el joven escritor se imaginó que elfos y Ases eran seres amorales... y completamente despiadados cuando se veían contrariados. Aquello cuadraba con lo que él había leído sobre tan interesante tema en Eddas y Sagas.

Por lo demás, se divirtió introduciendo una pizca de racionalidad, a la manera de la estupenda revista Unknown Worlds. Le parecía de todo punto natural que los habitantes de Faerie estuviesen más avanzados tecnológicamente que sus contemporáneos humanos. Imagínense, si quieren, otras especies racionales capaces de practicar la magia, con la posibilidad, por ejemplo, de controlar mentalmente fenómenos externos gracias a medios que aún resultan desconocidos para la ciencia —ahí entrarían los recientes trabajos y especulaciones en lo tocante a la «parapsicología»—. Supongan que las susodichas especies pudieran vivir indefinidamente, cambiar de forma y otras cosas por el estilo. Un metabolismo tan diferente al nuestro también tendría sus desventajas, como la imposibilidad de soportar la luz y las radiaciones solares, o las desastrosas reacciones electroquímicas que induciría en él el contacto con el hierro. ¿Por qué esos inmortales no iban a compensar sus desventajas descubriendo metales no ferrosos y las propiedades de sus aleaciones? Los navíos de los elfos, ¿no podrían navegar virtualmente «en alas del viento», siempre que hubieran obtenido cascos de rozamiento prácticamente nulo? En cuanto al tipo de castillo que tanto aparece en las películas de época, y que encontramos en la obra, hay que decir que no existía en la Europa de la época del rey Alfredo el Grande, pero la gente de Faerie podría llevar construyéndolo desde tiempo inmemorial. Del mismo modo, otros anacronismos aparentes no vendrían a ser sino los logros de especies más antiguas que el hombre. Y como una cultura guerrera y aristocrática, caracterizada por el conservadurismo que da una vida muy larga, no sentiría la necesidad de conseguir un gran desarrollo en lo que a ciencia se refiere, no tendremos que molestarnos en buscar entre las ruinas de Faerie máquinas de vapor o pertrechos bélicos a base de pólvora.

The Broken Sword fue publicada en 1954 por la editorial Abelard-Schuman. Realmente, no había resultado nada fácil encontrar un editor para ella. Más tarde, en 1971, gracias al profesor Tolkien, cuya noble obra ha hecho popular en todo el mundo el género de la fantasía heroica, Lin Cárter, por entonces Consultor Editorial de una colección de la editorial Ballantine Books, pensó reeditarla.

Y aquello supuso para mí un dilema. Si antes hablé del autor de la novela como si se tratase de otra persona, no fue por afectación o extravagancia. La verdad era que nos separaba toda una generación. A principios de los setenta yo no habría escrito una obra tan larga, tan prolija y tan implacablemente feroz. Ya me había acostumbrado a trabajar más en la línea de Three Hearts and Three Lions. Aquel joven, ingenuo en muchos aspectos, que se llamaba como yo, podía dar, aun sin quererlo, una idea errónea de mi obra y de mi personalidad. Pero, al mismo tiempo, no me sentía con la autoridad suficiente para rechazar todo lo que había hecho, ya que ello supondría una injusticia con aquellas personas que hubieran oído hablar del libro en cuestión y que lo comprasen porque quisieran leerlo.

Como así andaban las cosas, llegué a una especie de compromiso. Redacté una especie de prólogo — posfacio en la presente edición— y después, sin cambiar la trama, realicé unos cuantos retoques. ¡Estoy seguro de que el joven autor se habría sentido agradecido de contar con la ayuda de un hombre más experimentado que él, no sólo en el campo literario, sino también en las técnicas del combate medieval! Como no lo rescribí de cabo a rabo, el estilo no es el mío. Sólo me limité a eliminar algunos adjetivos que me parecían redundantes y alguna que otra palabra áspera o gruesa, a corregir algunos errores e incongruencias, y a cambiar, por razones que sólo a mí competen, un personaje por otro, en una escena breve pero importante, que el lector avezado descubrirá.

La presente edición española aparece después de que Baen Books publicase, en 1988, el texto de Ballantine, que conoció una reedición en 1973.

Así que lo que acaban de leer ha sido la traducción de The Broken Sword, tal y como fuera concebida hace cerca de cuarenta años, sólo que levemente mejorada. Espero que les haya gustado.

Y en cuanto a lo que les ocurrió a quienes aún seguían vivos al final de la novela, a la espada, y a la mismísima Faerie... —que obviamente ya no existe en la Tierra—, esa es otra historia y será contada en otra ocasión.

Poul Anderson,
otrora conocido en la
Sociedad del Anacronismo Creativo
con el nombre de
Sir Bela de la Marca Oriental.

# FIN